

JEROME CHARYN

Ojos azules

UN CASO DE ISAAC SIDEL



Lectulandia

Los ojos azules del agente de policía Manfred Coen ven a diario cómo Nueva York se hunde en un pozo negro repleto de crimen, violencia y miseria. La desaparición de la joven Caroline Vander, hija de un millonario, no es más que otro episodio de la tragedia que asola a las familias honradas de la ciudad. En esta ocasión, sin embargo, el caso parece ir más allá de lo común, ya que Caroline no sería la primera niña secuestrada que aparece tiempo después en México.

Para llegar al fondo de la investigación e intentar salvar a la pequeña, Coen deberá regresar al Bronx de su infancia para sondear a antiguos vecinos y amigos que, muy a su pesar, quizá tengan mucho que ver con los secuestros. Fantasmas del pasado, traiciones y lealtades enfrentadas harán casi imposible la tarea de Coen, que ni siquiera sospecha que su propia vida corre peligro.

Ojos azules es un retrato de la Nueva York más desconocida, de sus angostos callejones y de los sabuesos del crimen organizado que se mueven por ellos como pez en el agua.

Lectulandia

Jerome Charyn

Ojos azules

Isaac Sidel - 01

ePub r1.0

Titivillus 09.12.16

Título original: *Blue Eyes*
Jerome Charyn, 1974
Traducción: Pablo Álvarez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A HARVEY PHILIP CHARYN

Qué te parece tu chico de ojos azules,
Señora Muerte.

E. E. CUMMINGS, *Buffalo Bill*

PRIMERA PARTE

—Coen el Pistolas.

El teniente de guardia dio un codazo a su ayudante y guiñó un ojo a la agente auxiliar, una portorriqueña rubia que se ocupaba de la centralita en las horas de menos jaleo y sentía debilidad por los detectives. El ayudante del teniente tenía la ilusión de ablandar a la *portorriqueña*^[1], procuraba recortarse los pelos de la nariz e, incluso, llegó a probar con perfume francés, pero no sabría decir aún de qué color era la ropa interior de Isobel, ni hacer mención del lunar que tenía encima de la rodilla. Isobel prefería a los hombres de Homicidios.

Los cinco patrulleros de uniforme en la sala de reuniones compartían la opinión del teniente. Se les atragantaban los privilegios de los detectives del segundo piso: placas doradas, misiones gloriosas, oportunidades de magrear a Isobel... Les entró la risa al ver la partida de caza, un surtido completo de escopetas, cigarros y chalecos antibala. Podían tolerar a DeFalco, Rosenheim y Brown, y ya conocían el pavoneo de aquellos don nadies de corbata fina. Despreciaban a Coen. Ganaba más que su sargento y había llegado a detective de primera sentadito en la oficina de algún inspector y como escolta de embajadores y estrellas de cine por cuenta de la Oficina de Servicios Especiales. Estaban seguros de que Coen era un espía del Comisionado Primero, esperaban que volviese con un tiro en la cabeza.

Solo Isobel le deseaba lo mejor. Era el primer *israelita* que conocía con ojos azules. Él no le había pedido que se desnudase en una banqueta de la sala de juntas, como DeFalco y Brown. Él se la llevaba a su apartamento, la desvestía como Dios manda, le compraba tartas de fresa, se pasaba horas sentado con ella en la bañera, y no la obligaba a vestirse a toda prisa. Le vio guardar el arma en una bolsa de la compra. DeFalco se metió entre Coen e Isobel. Esperaba más atenciones de ella. Una hora antes de entrar en servicio, ella le había hecho un arreglo en los bajos junto a las taquillas. Se abrochó el protector inguinal al chaleco antibalas frente a Isobel. Ni siquiera así le miró.

—¿Dónde tienes a tu chico? —le gruñó a Coen.

—Fuera, en las escaleras.

Y allá salieron, cuatro detectives de Manhattan, dejando atrás a Isobel y al guardia de seguridad. DeFalco, Rosenheim y Brown le hicieron el vacío a Arnold el Hispano, que llevaba puestas las esposas de Coen. Era un portorriqueño negro con una pierna de madera. Iba siempre con los detectives en coches sin distintivo, cerca de la sirena si era posible. Había casi vivido con la Brigada de Homicidios hasta que el comandante lo expulsó del edificio por escupir a los prisioneros y hacer proposiciones deshonestas a las sospechosas y a la mitad del cuerpo auxiliar. Bajo las luces verdes, Arnold parecía enfurruñado. Quería ayudarlos a trincar a Chino Reyes,

el salteador de taxis, para así poder encargarse de nuevo de las celdas de la brigada. DeFalco no tenía piedad con Arnold. El Hispano era el *confite*^[2] personal de Coen y no prestaba sus servicios a ningún otro detective. Apoyado en su pierna mala, Arnold echó un vistazo a la bolsa de Coen.

—He visto a Chino, Manfred, te lo juro por Dios. Estaba comiendo costillas de cordero en Bummy's, en Broadway Este.

Rosenheim frunció el ceño.

—¿Desde cuándo se mezcla Chino con capitanes y policías de paisano? Ya sabes quién suele andar por ese bar, Coen: si nos colamos ahí, vamos a salir sangrando.

—En Bummy's —insistió el Hispano.

—Métete en el coche —dijo Brown.

Arnold tuvo que hacer fuerza para activar el zapato ortopédico. Al sexto intento, consiguió salvar el escalón. Se metió en el asiento delantero del deslucido Ford verde, entre Coen y Brown. Conducía Brown, el detective más joven. DeFalco y Rosenheim iban repantigados en el asiento trasero.

—Eh, Arnold —susurró DeFalco—. ¿Quieres la sirena?

Arnold se frotó las muñecas con las esposas hasta que se le pusieron azules, pero fue incapaz de decir que no. Se saltaron tres semáforos en rojo, con la sirena atronando entre las rodillas, Arnold cada vez más asustado e impresionado. Por salir de paseo con los polis habría renunciado incluso a tirarse a la hija del verdulero. Llevaba las esposas a la vista del público. Tenía la lengua hinchada de saliva.

—Sujetadlo. El Hispano va a salir volando.

Coen apagó la sirena.

—Dejadle en paz.

Arnold se secó la baba. Rosenheim reía. Coen se puso la bolsa de la compra entre las rodillas. Rosenheim cogió aire suficiente para decir:

—Tiene razón. Coen tiene razón. Los mejores cocos del cuerpo están buscando al loco del pintalabios y a nosotros nos asignan un vulgar negraco chino que les mete puñetazos a los taxistas. ¿Por qué no nos han puesto al Hispano y a mí a buscar al loco? En nada le teníamos trincado, le cortábamos el cacahuete y le ensebábamos que no se puede ir jodiendo a las portorriqueñas de Manhattan Norte.

—Rosenheim —dijo DeFalco—, deja de darle a Arnold información confidencial. Igual luego se lo cree y en lugar de uno tendríamos dos pirados de los que preocuparnos. Déjalo en lo de Chino. Coen y Chino son primos.

Rosenheim y DeFalco sonrieron sin tener que guiñarse siquiera: los dos sabían que Coen sería el primero en entrar en Bummy's y, si por casualidad, Chino le reventaba la cabeza no lo lamentarían. No les hacía gracia trabajar con el nene maravillas. El comisionado se los había impuesto. Si hacía falta partir caras, o hacer el trabajo sucio, podían contar con Brown. El rabino de Coen ya no estaba en la Oficina del Comisionado y a los jefes les faltó tiempo para quitárselo de encima. Había ido rebotando de un departamento a otro. Pero no se podía decir nada cuando

él estaba delante. Posiblemente los jefes lo usaban de cebo. Solo un idiota bajaría la guardia cerca de un tío salido de la brigada de chivatos.

Por eso tenían puestas sus esperanzas en Chino. Chino había jurado a Coen freírle los sesos. De padre criollo y madre china, no tenía ningunas ganas de que un detective rubio le tocara la cara. Coen le había humillado delante de sus clientes. Los corredores de apuestas de Chinatown contrataban a Chino para que controlase sus partidas de *fan-tan*. Estaba a buenas con todas las comisarías del centro. Nunca había redadas en las partidas que llevaba él. Pero desde la Oficina del Fiscal del Distrito les cayó un marrón: sobre uno de los caballeros chinos de una de las partidas de Chino pesaba un busca y captura por asesinato en Port Jervis, Nueva York, así que DeFalco, Coen y tres agentes de uniforme se colaron en la partida con una maza, dos placas doradas y la bolsa de la compra de Coen. Entraron a la fuerza por la puerta trasera de la lavandería donde se celebraba la partida. Cachearon a todos los chinos. Tiraron por el suelo las fichas de *fan-tan*. Confiscaron doce mil ocho dólares en efectivo. Chino, con las manos sobre la cabeza, estaba que echaba humo. Se tiró sobre Coen, que estaba ocupado en palpar los bolsillos de un chino. Coen le arreó con el revés de la mano y le abrió una mejilla. Chino se negó a que le tomaran las huellas en comisaría. Coen le forzó la mano sobre la tablilla de huellas y le hizo quedarse en la celda mientras DeFalco se llevaba a los jugadores a la sala de interrogatorios. Chino escupió a través de los barrotes. Arnold el Hispano, que se ocupaba de las celdas hasta que el comandante le echó, quiso venderle una almohada y una silla. Chino escupió un poco más alto. Arnold se paseó alrededor de la celda tocándose los testículos. Un ayudante del fiscal del distrito examinó a los jugadores detrás del falso espejo de la sala de interrogatorios y avisó a DeFalco que los de Homicidios habían trincado al amarillo equivocado. Los chinos llamaron a sus lacayos desde el teléfono del piso de arriba. Chino estaba en la calle a las cinco horas, pero la redada había afectado su reputación. Los jugadores ya no se sentían inmunes cuando tenían a Chino en el local. Una vez por semana llamaba por teléfono a comisaría. Iba a por Coen.

—Decidle a Ojos Azules que Chino Reyes se acuerda de él.

Tomó por costumbre asaltar quioscos y taxis en el distrito de Coen. Esperaba poner en evidencia a los detectives. Por descuido o exceso de celo, abolló la cabeza de un par de taxistas. Coen llevaba su pistola al trabajo en una bolsa de la compra.

Dejaron el coche en Clinton Street y obligaron a Arnold a quedarse allí. Rosenheim sacudió las esposas de Arnold.

—Es peligroso, Hispano. No querrás que Chino se entere de quién le señaló.

Coen estaba rebuscando en su bolsa. Arnold no pudo captar su mirada. Se quedó enfurruñado en su asiento y se puso a imitar los pitidos y chirridos que salían de la radio policial. «Sector nueve H, acudan al siete cero cinco de Delancey. Hay un niño con convulsiones. Den aviso a la central si hace falta una ambulancia... Sector siete G, hay una mujer sospechosa en Battery Park».

Rosenheim llegó hasta la entrada lateral del bar y se quedó allí, limpiándose las uñas con una lima. Coen, Brown y DeFalco entraron de golpe por la puerta delantera. No habían sacado las pistolas, pero Coen tenía la mano metida en su bolsa, Bummy Gilman vio a los tres detectives desde los servicios. Se enjuagó las manos y las dejó bajo el grifo. No tenía por qué tolerar detectives en su local. Los capitanes de comisaría comían con Bummy. Los polis judíos jugaban con él a pinocle en la central. Y tenía a un teniente de uniforme en su reservado. DeFalco apuntó a la bolsa de Coen en el suelo. Bummy siguió poniéndoles mala cara. DeFalco se acercó hasta él.

—Bummy, no tengo nada que ver con esto. Algún pringado de mis colegas dice que Chino Reyes estaba comiendo costillas de cordero aquí en el bar.

—Yo no escondo chinos mierdosos. Vete al local de otro a montar la bronca. Vaya amigos de mierda tienes, DeFalco.

El teniente les llamó desde la mesa de Bummy.

—Bummy, tráelos.

DeFalco se puso firme mientras el teniente se sacudía la camisa.

—¿Quién coño os ha dicho que entraseis en mi territorio con un arma?

—Buscamos a Chino Reyes.

—Que jodan a Chino Reyes —dijo el teniente. Estaba bebiendo *whisky* a palo seco—. ¿Quién es el payaso de la pistola?

—Coen.

El teniente se retrepó en su reservado, sin dejar de masticar.

—¿Manfred Coen? —Se echó un trago de *whisky*—. ¿Buscas a Chino Reyes y te traes al nene del comisionado a Bummy's?

—Ya no está con el comisionado.

—A ver, caraculo, los de la brigada chivata tienen el carné de por vida. Lo que pasa es que lo están paseando. Te lo cuelan y luego se lo llevan. Un consejo, DeFalco, no salgas demasiado por ahí con ese payaso. Aún pensará la gente que está casado contigo. Salid por atrás. No quiero que me vean con una rata.

Coen no quería irse. Metió la bolsa bajo un taburete de la barra y pidió una ginebra con endrinos. «Bebida de mujeres», pensó Bummy, pero no le dijo al camarero que tapase las botellas. Brown se tomó una cerveza alemana con DeFalco. Solo miró una vez al teniente. Coen salió por la puerta delantera después de tomarse tres copas. Pispó unos cacahuetes para Arnold. Rosenheim estaba en el coche, dormido, con un tebeo en español sobre los ojos. DeFalco fue a retorcer una oreja a Arnold, pero lo dejó al ver los morros de Coen. Se conformó con darle con el dedo en el pecho.

—Para que te fíes de los hispanos. ¿Quién te pagó para que mencionases Bummy's? Ahora resulta que el Hispano cree en fantasmas. Debe de haber estado esnifando cola.

—Manfred, Chino comía costillas. Tenía puesta una servilleta muy fina y ponía

«Bummy's». Estaba ahí.

—Ya lo sé.

DeFalco se dio una palmada en el muslo.

—Jesús, ¿confías más en Arnold que en Bummy?

Regresaron a comisaría sin volver a hablar de Chino.

Embutido entre un barril de salmuera y un montón de manteles. Chino había visto a Arnold el Hispano a través de la rejilla del trastero de Bummy. Le daba lástima el Hispano, que no podía vivir sin dormir en coches de la policía y chupar el óxido de las celdas de comisaría. Pero no iba a dejar que un soplón con esposas fuese por ahí chivándole su escondite a los polis de Manhattan. «Arnold, uno de estos días te vas a juntar con tu amo. En el cementerio judío». Pensaba ir a por Coen y su hispano a la vez, partirles los dientes, mostrarles lo poco provechoso que era meterse con Chino Reyes. Esperó a que los polis dejaran Broadway Este y luego salió del trastero sin dar la cara ante Bummy. Llevaba puesto un pelucón rojo que había comprado en unos almacenes de Peil Street y más tarde retocado con unas tijeras. Se negaba a hacerle más concesiones a la poli. Llevaba el pelucón sobre todo por Bummy, tenía a varios capitanes invitados en su reservado y no podía permitirse una escena en su bar. De no ser por él, Chino habría meado en Ojos Azules y sus amigos.

Cruzó por Bowery, evitando los retorcidos callejones de Doyers Street, porque no quería que ninguno de los tenderos chinos le viese con peluca. En Mulberry estaba más seguro: ni a los italianos ni a los portorriqueños les importaría un chino pelirrojo. Paseó bajo las salidas de incendios de su antigua escuela. Por ser un chino de costumbres cubanas, los duros de la escuela pública 23 no le habían aceptado nunca (Chino tenía nueve años cuando llegó con su padre de La Habana). Le llamaban «negraco» y le impidieron el acceso a cualquiera de las bandas de chinos. Así que Chino tuvo que robar fruta y verdura por su cuenta. Copiaba el estilo de los macarronis que pululaban por Grand Street y a los once años ya vestía tirantes con sus iniciales en la presilla, pantalones acampanados desde la rodilla y calcetines a rayas. A los trece años, repartía bolitas de gamba y pato picante entre los jugadores de *fan-tan* de Mott y Pell. Pronto guardaba carteras y cinturones con dinero durante las partidas de *fan-tan* y se ganaba un extra arbitrando peleas entre jugadores, hasta que Coen le obligó a quitarse de en medio.

Reconoció a Solomon Wong sentado en un cubo de basura. Solomon lavaba platos para Reyes padre en Cuba y, como Chino y su padre, también se había hecho norteamericano. Vivía en los patios de algunos hoteluchos de Bowery. Cuando le veía en otoño, temblando de frío con un mugriento abrigo de entretiempo cuyas mangas podía enrollarse dos veces a la cintura, Chino estaba seguro de que el viejo no sobreviviría al invierno. Pero llegaba marzo y Solomon aparecía tirado en unas escaleras, en un cubo de basura, en un camión de reparto averiado con el abrigo aún

más astroso que el año anterior. Ya estaban en abril y Chino se dirigió en español al viejo llamándole «tata» con mucho cariño y sin afectación.

—*Bueno' días, tata.*

El viejo eructó un «hola» macilento. Tenía problemas para pronunciar las eses sin dientes. Chino habría querido darle cien dólares, o incluso doscientos, pero Solomon se habría sentido insultado por un regalo tan espléndido. Chino había tenido que aprender el arte de la medida con aquel viejo. Solomon quizá aceptase un préstamo de cinco dólares, pero solo si se hacía en nombre del padre de Chino.

—Tata —dijo Chino, y metió el dinero en la manga de Solomon—. Los huesos de mi padre saltarán de su tumba si no me aceptas estos cinco.

Chino se fue a la pastelería Ferrara y pidió tres milhojas, un canutillo de nata y un vaso de horchata de almendra, bebida muy al gusto de italianos, cubanos y medio chinos. Un jugador de dados del otro lado de la ciudad le cogió con un milhojas a medias. El jugador tenía sesenta y siete años, el pelo teñido de rubio y lunas enteras en las uñas.

—Chino, quiero a la chica.

Chino atacó otro milhojas.

—¿Me oyes? Tiene que ser Odette.

—Ziggy, más te vale bajar el listón. Esa chica está fuera de catálogo.

Incapaz de trabajar en Chinatown, Chino mantenía una pequeña caterva de putas para un sindicato del otro lado de la ciudad.

—Zorro dice que aún está en activo. Esta se la cuento, Chino, va en serio.

—Cuéntasela —dijo Chino.

—Chino, te ofrezco ciento cincuenta. Es puro beneficio. No tiene ni que quitarse una prenda. Solo quiero mirar.

—Ziggy, lárgate ahora que todavía tienes dos piernas. No puedo digerir el canutillo con tu perfume en la nariz.

No todos los problemas de Chino tenían su origen en Coen. Estaba enamorado de una prostituta de dieciocho años, una de sus chicas. Chino distribuía octavillas que anunciaban a Odette, la reina del porno, por ciertos bares y establecimientos de caballeros, le organizaba encuentros con hombres serios que llegaban a su apartamento en Jane Street con billetes de cincuenta metidos en los zapatos, pero no era capaz de meter ni un dedo entre la ropa de Odette. Ella se negaba a fornicar con un chino. Tragándose su orgullo, ofreció pagar. Doscientos dólares. Por una de las chicas que controlaba. Doscientos dólares por alguien que debería estar admirando el cuero suave de sus tirantes, que debería estarle agradecida por hacerla rica. Odette dijo que no.

—Chiquitín, yo no me lo monto con pistoleros.

Chino hubiese querido marcarla, afeitarse el pubis, grabarle sus iniciales en la tripa, sin importarle lo valioso de la mercancía, pero Odette era capaz de controlar sus arranques con un par de palabras bien escogidas.

—A Zorro no le gustaría con sangre en el trasero.

Así que Chino fue directo de Bummy's a Ferrara, con la peluca de un color pardusco y sucio (no podía arriesgarse a ir a los *dim sum* de Mott Street, aunque se moría por comer cerdo con oreja marina), hasta que la baba empezó a acumularse en el labio inferior y se cansó del jarabe de almendra en la lengua. Entonces se fue en busca de Odette. Probó en Jane Street y aporreó el interfono con un dedo retorcido.

—Odette, ¿estás en casa? Quiero que hablemos. Te prometo que no te tocaré.

La casera de Odette salió a la puerta con rulos en la cabeza y chinelas rosas. No quiso abrirle a Chino, que se vio obligado a gritar contra el cristal.

—Lléveme donde la señorita Odette.

Pero su ceño fruncido le convenció: tendría que entrar por detrás.

—Eh, muchacha —dijo al tiempo que tamborileaba contra el cristal—, no me esperes.

Fue escurriéndose hacia el lateral del edificio, pisoteando jardincillos y destrozando los restos de algunas macetas. Los gatos de Jane Street no querían moverse a su paso. Tuvo que soltarse uno de los tirantes y fustigarlos hasta que uno de ellos salió de la escalera de incendios. Entonces saltó para agarrarse al peldaño inferior, se aupó a pulso y se recostó contra el alféizar de Odette. No vio nada por la ventana. A través de la nube de la cortina, reconoció los muebles verdes. Forzó la ventana sin romper el vidrio. Una vez dentro, registró la habitación y media de Odette y se comió un par de canapés de los que tenía en la nevera para los clientes que Chino le llevaba (había medias lunas, triángulos y cuadraditos de pan moreno con trocitos de queso), lo que le recordó su nueva ocupación de chulo. Cogió medias del cesto de la ropa sucia, portaliagas, sostenes pringosos de los que usaba en sus películas. Buscaba recuerdos, un botín de ropa interior.

—Jesús —se dijo, mientras se llenaba los bolsillos—. Estará con sus amigas.

Y salió por la puerta delantera, desdeñando la salida de incendios, con un portaliagas colgándole hasta la rodilla.

Podría haber ido al bar habitual de Odette, The Dwarf, pero las dos porteras del local eran más altas que Chino y antes de llegar junto a Odette lo habrían puesto hecho un guiñapo. Así que la llamó desde una cabina al otro lado de la calle.

—Odette Leonhardy —dijo, cambiando la voz.

—¿Quién es?

La portera tenía una voz más suave de lo que pensaba.

—Zorro.

—Todavía no ha llegado, señor Zorro. ¿Quiere dejar un mensaje?

—Sí —dijo Chino—. Dígale que alguien ha estado hurgando en su cesta de la ropa sucia. Y que si quiere que le devuelva la ropa de fiesta, más le vale portarse bien con cierto caballero. Ella ya sabrá quién.

—¿Algo más, señor Zorro? Buenos días, entonces.

Chino se quedó en la cabina mordiéndose un nudillo y contemplando el fluir de la

sangre, el pelo rojo pegajoso por culpa del azúcar de los milhojas que se había comido. No sabía si ir al centro o no, si ir a buscar a Zorro, a Odette o a Coen. Se quedó en la cabina, asustando a quienes querían hacer una llamada. Por último, colgó una media del techo de la cabina y se alejó de The Dwarf.

DeFalco, Rosenheim y Brown despreciaban a Coen porque no vivía en la isla, como ellos. No tenía familia. Solo un tío en una residencia de Riverside Drive. La mujer de Coen le había dejado por un dentista de Manhattan. Ahora tenía dos niñas, ninguna de Coen. Coen comía en restaurantes cubanos. No permitía que ninguna de las agentes auxiliares se acercase a su bragueta. Compraba bombones a Isobel, la *portorriqueña*, y hacía que las ofrendas de pastelitos y helados de limón de los demás les pareciesen ridículas incluso a ellos mismos. Desde niño, era amigo de César Guzmán, empresario del juego y el puterío, y todos sabían que los Guzmán le debían un favor. Después del fiasco de Bummy's, los tres polis se fueron a casa, a Islip, Freeport y Massapequa Park. Coen se fue a Columbus Avenue con Arnold el Hispano a beber café cubano y hartarse de frijoles.

Los camareros, que no aguantaban a la mayoría de norteamericanos, tenían cariño a Coen y sus diez palabras de español. Le llenaban la taza de leche calentita. Le servían porciones extra de frijoles. Aunque estaban orgullosos de las esposas de Arnold, ni se fijaban en la pistola que Coen llevaba al cinto. Le aceptaban como *patrón* de Arnold, pero sin la hipócrita cortesía y las sonrisitas que usaban con otros policías y con los de sanidad. Respetaban sus largos silencios y evitaban que los clientes distraídos se acercasen a él. Estuvo sentado frente a su taza durante una hora. Arnold leía sus tebeos. Luego, Coen dijo:

—Déjame a mí a Chino.

Arnold, absorto en su tebeo, ni le oyó.

Coen vivía en un edificio de cinco plantas de la Setenta con Columbus, justo encima de un colmado hispano. Tenía los cristales de dos ventanas rotos. En la nevera de Coen, las manzanas criaban verrugas. A las tres de la mañana lo despertó la Oficina del Comisionado. Lo esperaban en el centro a las cuatro. En otros tiempos, Coen se habría cambiado de ropa interior y limpiado los dientes con hilo dental. Pero estaba cansado de aquellos secuestros. Brodsky, uno de los chóferes de la oficina, le condujo hasta allí. Brodsky era un detective de primera, como Coen. Se había ganado la placa dorada llevando de paseo a las mujeres de los inspectores y adiestrando a agentes infiltrados. Años atrás, era capaz de colar a sus amigos en el cuerpo de detectives por unos cientos de dólares. Con la llegada de jefes nuevos y más jóvenes, tuvo que abandonar esa práctica. Al pasar por Central Park, iba gruñendo a Coen.

—Esta vez te la cargas.

Coen bostezó. Llevaba puesta una corbata pálida sobre la chaqueta del pijama.

—¿Quién me busca?

—Pimloe. Uno de Harvard. No te va a dejar pasar ni media.

—Otro gilipollas —dijo Coen.

No conseguía zafarse de la Oficina del Comisionado. Los llevaba pegados desde sus días de novato. Isaac Sidel, un subinspector nuevo en la oficina, le había sacado de la academia porque le hacía falta un crío, un crío de ojos azules, que se infiltrase en una banda de polacos revientaalmacenes que estaban desvalijando el sector textil con el beneplácito de ciertos detectives del departamento. Por indicación de Isaac, Coen se vistió de pana barata y se dejó un tupé al estilo de los macarrillas polacos. Estuvo cargando abrigos en la calle Treinta y Nueve para una empresa fantasma y comiendo en un bar de obreros, hasta que un miembro poco importante le reclutó para la banda mientras compartían un plato de morcilla. Coen no participaba en los golpes. Solo transportaba los cargamentos para la banda. Un día, dos hombres bien trajeados robaron el cargamento de Coen y le atizaron en las espinillas. Isaac le contó luego que los dos eran detectives del condado a las órdenes del fiscal del distrito que llevaban otra investigación, además de los robos, y querían quitarse de encima a Coen.

—Manfred, ¿cómo pudieron descubrirte tan rápidamente?

En menos de un mes, la banda estaba desarticulada y se descubría a los detectives corruptos sin que Coen fuese de mucha ayuda. Lo devolvieron a la academia. Se dedicó a las prácticas de tiro con el resto de aspirantes. Todas las noches se iba a la cama antes de las doce y seguía todas las reglas, como Cenicienta. Después de la graduación, la Oficina del Comisionado lo repescó. Coen tenía ya un rabino. Isaac lo asignó a la Brigada Especial de Detectives del Comisionado. Medio año después, Coen tenía su placa dorada. Fue subiendo junto con su jefe Isaac y llegó a detective de primera a los veintinueve años. De vez en cuando, los de la oficina se lo prestaban a la Oficina de Servicios Especiales para que escoltase a una famosa amenazada por algún pirado de Manhattan. Los de Servicios Especiales querían un poli educado, guaperas y duro, preferentemente de ojos azules. Fue el niño prodigio del departamento hasta que su rabino cayó en desgracia. Un depositario de apuestas, en deuda con la Oficina del Fiscal, mostró su gratitud por su lenidad tras haber estrangulado a su esposa, dando el nombre de un inspector judío que figuraba en la nómina de un sindicato del juego del Bronx. Los de la fiscalía se chivaron al Comisionado. Isaac presentó su renuncia y se perdió de vista sin una pensión. La Oficina del Comisionado esperó un mes antes de deshacerse de Coen.

Brodsky le dejó en una de las madrigueras del Comisionado, la de Lexington con la Veintinueve. Desde aquí, Herbert Pimloe dirigía sus investigaciones; él era quien había ocupado el puesto de mandamás de Isaac en la oficina. Coen se sentó con Brodsky en una banqueta frente al despacho de Pimloe. El edificio estaba dedicado a la fabricación de camisetas deportivas, y Coen se entretuvo en comparar el dibujo de su chaqueta de pijama con las muestras de tela de las paredes. Brodsky se fue a las cinco. Coen pensó en las dos niñas de su mujer. Sonrió al pensar en las tácticas que les gustaba emplear a los de la Oficina del Comisionado: tenerte sudando en la banqueta de madera, obligarte a pensar en tu vida, hasta que llegabas a dudar de la

existencia de tu padre y tu madre muertos. El vigilante de la empresa llegó al descansillo y se quedó mirando a Coen.

—Hola —dijo Coen.

Le estaba entrando sueño. Al vigilante parecía indignarle que hubiese pijamas en su edificio. Coen se ajustó la corbata y se adormiló en la banqueta. Una mano le cogió por el cuello. Reconoció a Pimloe por el maletín y los zapatos italianos. Pimloe llevaba un buen cabreo. Esperaba que sus empleados se mantuviesen despiertos. Coen entró tambaleante en el despacho. Pimloe cerró la puerta.

—Lo pasas bien en la gran manzana, ¿no?

—Puedo vivir sin ella, Herbert.

—Y una mierda. Te caerías a cachos fuera de Manhattan. Los quinquis meten más miedo en Queens. Allí nadie sabría apreciar tu manicura. No podrías saludar a Cary Grant por la calle. Te conozco, Coen, si te sacasen de Manhattan no aguantarías nada.

—Vengo del Bronx, Herbert. Mi padre vendía huevos en Boston Road.

—El Bronx —dijo Pimloe—. Los morenos tienen fábricas de lanzas en el Bronx. Hunts Point es un terreno de prácticas perfecto para las unidades tácticas. Podrían tirarse en paracaídas sobre Simpson Street y acabar con el Vietcong. Manfred, en el Bronx se te pelaría el culo. Se te encogería hasta el pito.

Coen metió una mano por la manga opuesta del pijama.

—Herbert, ¿qué es lo que quieres?

—Cambia de pijama, Coen. Estás que das asco.

Pimloe cogió el pisapapeles, una foca de cobre con bigotes pintados.

—Busco a una chica.

Coen reprimió una sonrisa.

—No para mí, idiota. La chica se ha escapado de casa. Lleva más de un mes desaparecida. Su padre piensa que algún chulo del West Side la ha trincado.

—Herbert, quizá haya sido el loco del pintalabios. ¿Ya has probado en la morgue?

—Cállate, Coen. Su padre es el ángel de Broadway, Vander Child.

—Herbert, ¿por qué yo? ¿Qué hay de los de Desaparecidos, o uno de tus genios de la brigada de atracos?

—A Vander no le gusta la poli. Tú le caerás bien. Le dije que eres quien protege a Marlon Brando en Nueva York.

—No conozco a Marlon Brando.

—Pero conoces a todos los chulos. Eso es lo que cuenta. Vander tiene un ejército de detectives en la calle. Y no encuentran ni una mierda. El nombre de su hija es Caroline.

Coen metió un dedo en el pijama y empezó a rascarse. Pimloe le miró.

—Demasiado mayor para ti, Coen. Dieciséis y medio.

Garabateó una dirección en la Quinta Avenida sobre un papel del departamento.

—Vander te espera. Si te portas bien, Coen, te dejará ver las vistas desde su ventana. Igual hasta te da un poco de salami *kosher*.

Coen se dio la vuelta. Pimloe siguió hablando.

—Coen, eres el judío más raro que he visto. Alguien debió de equivocarse de cuna. ¿Qué tal anda Isaac?

—Pregúntaselo tú.

—Todos los judíos dormís en la misma cama. Tú, Isaac y Papá Guzmán.

—Tus espías papan moscas, Herbert. Los Guzmán se hicieron católicos hace siglos.

—¿Entonces por qué ponen pergaminos judíos en las puertas?

—Porque son supersticiosos. Y además, ¿qué tiene que ver Isaac con Papá?

—Estás lento, Coen. Isaac es el nuevo guardaespaldas de Papá. Imagínatelo, el mejor cerebro que teníamos puteándose para una panda de carteristas. —Pimloe le dedicó un guiño a Coen—. Vas a estar un tiempo fuera de Homicidios. Te saco de los turnos. No te molestes ni en ir a las reuniones. Me informas a mí.

Mientras bajaba las escaleras, Coen fue haciendo nudos en la corbata. Brodsky se lo encontró medio dormido en la acera. Coen no abrió la boca hasta que llegaron a Columbus Circle.

—¿Por qué le interesarán tanto los Guzmán a Pimloe? No le pueden incordiar mucho desde el Bronx. Papá odia el aire de Manhattan.

—No va detrás de Papá. César se ha largado de la tribu. Ha cambiado de barrio. Pero el East Side no le va. Anda por la Ochenta y Nueve Oeste.

—¿Y lo de Isaac? ¿Está con él Isaac?

—¿Te ha dicho eso Pimloe?

—No. Dice que Isaac está de lameculos de Papá.

—Los quinquis andan siempre con quinquis —dijo Brodsky.

Coen decidió andar el resto del camino. La gente se quedaba mirando su pijama. No llevaba la pistolera a la vista. De repente se acordó de la fidelidad de Brodsky a Pimloe y, llevándose las manos a la boca, gritó hacia el coche.

—¡Brodsky, eras un cenutrio antes de que Isaac te recogiera! ¡Él te enseñó a limpiarte los mocos! ¡Solo el dentista de Isaac pudo curarte las encías!

Brodsky subió la ventanilla y huyó de Coen.

Herbert Pimloe era, a sus cuarenta y dos años, subinspector. Odiaba a Coen. Quería pringarle en la mierda de Isaac. Isaac había llegado a subinspector jefe a los cuarenta y eso escocía a Pimloe. La carrera de Isaac le obsesionaba. Isaac había controlado la oficina antes de pegar el salto al Bronx, y ahora Pimloe estaba al mando de las unidades de investigación del Comisionado, pero no tenía el control que tenía Isaac sobre los detectives y las secretarías. Y no era capaz de caer bien en la Oficina del Comisionado, por mucho que ocupase el antiguo despacho de Isaac.

Pimloe se había graduado *magna cum laude* en Harvard con una tesis sobre las aberraciones y las habilidades negociadoras de Hitler, Stalin, Churchill, Mussolini y

De Gaulle. Sus amigos siguieron camino hacia las facultades de Derecho, de Medicina y de Empresariales y por los departamentos de Filosofía, y Pimloe mencionó vagamente algo sobre justicia criminal. Después de estudiar la capacidad mental de los principales arribistas de su tiempo, nació en él un intenso disgusto hacia la universidad y los libros. Acabó de patrullero novato en el Departamento de Policía de la Ciudad de Nueva York. Le dieron una porra antidisturbios y un Colt 38 Police Special, y se salvó de la leva. Tras cinco años de patear por Brooklyn y Queens, el Comisionado le llamó a su lado. Alguien debió de ver el *magna cum laude* en su ficha. Estuvo pasando informes a máquina para el comisionado, escribiendo informes para Isaac Sidel, la mano derecha del comisionado; estuvo infiltrado un par de veces y cambió el Colt por una Smith & Wesson. Fue subiendo con el resto de jefecillos de la oficina, siempre un paso por detrás de Isaac, esforzándose bajo su sombra hasta que desapareció, pero no había manera de librarse del Jefe Judío. Isaac era capaz de encandilar a un despacho entero.

Brodsky pasó a recogerlo a las siete menos cuarto. Brodsky había sido el chófer de Isaac y, aunque esta circunstancia aumentaba la consideración de Pimloe entre el resto de subinspectores, no se fiaba del chófer; no le gustaba que le midieran con Isaac. Estaba melancólico y no quería volver a casa con su mujer.

—Jane Street —dijo—. Encuéntrame a Odette.

El chófer se rio. Pimloe empezó a interrogarle.

—¿Crees que el muy cabrón está metido en algo?

—Lo está. Lo está.

—¿Seguro?

—A ver, Herbert, ¿es que no conozco a Coen? Nos llevará hasta Zorro. Ya lo verás. Le echaremos a la tribu entera sobre la chepa.

El chófer no consiguió sacarle una palabra más. Echaba de menos a Isaac. Isaac no se ponía murrio en un coche oficial. Brodsky no se sentía cómodo conduciendo para un inspector *goy*^[3] salidito de Harvard. Dejó a Pimloe en Jane Street.

—Herbert, Coen sacará algo. Te lo juro.

Pimloe le despidió con una débil inclinación. Tenía la cabeza llena de Odette. Fue galleando por el vestíbulo, tocando todos los interfonos. «Coooño» dijo, cayendo en la jerga de Isaac. No podía entrar en el edificio. La casera de Odette le miraba desde el otro lado de la puerta. Le enseñó las puntas de su placa de subinspector.

—Asunto oficial —dijo contra el cristal, y su aliento empañó la puerta.

La casera descorrió el cerrojo y Pimloe se coló dentro. Carecía de la dulce sonrisa de Isaac, pero aún podía camelar a una casera de Jane Street.

—Señora —dijo, recuperando el acento de Harvard—, ¿está en casa la actriz?

—Está arriba.

—Le cuesta abrir la puerta, ¿verdad?

—Son las reglas. ¿Es para una visita matutina? No admito a desconocidos en casa antes de las once.

—No tiene por qué preocuparse, señora.

Le tendió una vieja tarjeta de detective.

—Detrás tiene mi número. Puede llamar a mi superior, el Comisionado Primero de Nueva York.

La casera se fue presurosa hacia su apartamento del sótano, aferrando la tarjeta de Pimloe, y Pimloe subió las escaleras. No estaba rascando interiores por cuenta del comisionado; iba en busca del escote de Odette, de la humedad de su ombligo, de la forma que tenía de ponerles mala cara a los hombres. «Tenía que prendarme de una torti», fue pensando por las escaleras. Ella se negó a acudir a la puerta hasta que se puso a gritar «Odette, Odette» a través de la mirilla.

—Soy yo, Herbert. Es hora de que tengamos una charla. Déjame entrar.

Pimloe sonrió cuando oyó la cerradura que se abría, pero Odette dejó la cadena puesta y apareció recortada contra la rendija de luz de la puerta.

—Podemos charlar aquí mismo —dijo.

—Odile, ¿estás loca? Soy Herbert Pimloe, no uno de los macacos de tu tío. Llevo una placa con una estrella. No voy por ahí cuchicheando con chicas por los pasillos.

—Pues habla alto.

Pimloe podía de hecho saltar la cadena con el pulgar, pero quería sufrir por Odette. Veía la silueta de su nariz, pedazos de su boca, el comienzo de la barbilla.

—Odile, déjame entrar un minuto. Tendré las dos manos en la puerta.

—Inspector, solo soy Odile para mis amigos.

Pimloe rozó la cadena con los nudillos haciendo de inspector para Odette.

—¿Dónde está Zorro?

—¿Te crees que es tonto? César no vendría aquí. Pero he tenido visita.

—¿Quién?

—Chino. Me robó todos los portaligas mientras yo estaba en la ciudad.

Pimloe notó el bajón de sus calzoncillos; se le encogió nada más oír mencionar a Chino Reyes. No llevaba pistola al cinto. Tenía siempre su Smith & Wesson guardada en un cajón porque prefería no ir cargado con un arma. No se había dado cuenta de que Chino disfrutaba del privilegio de la escalera de incendios en casa de Odette. No quería encontrarse en las escaleras con el matón preferido de César Guzmán. De modo que dijo adiós con un dedo desgano y alcanzó la calle antes de que Odette llegase a cerrar la puerta.

En la Quinta Avenida, Coen vestía su traje de *tweed* con calcetines morados. Mientras atravesaba el parque, se desentendió del horizonte urbano y de la piedra quemada. Coen temía el East Side. Mientras duró su matrimonio y cuando protegía a una joven ingenua de un musical de Broadway (una muchachita ligera de cascos con los tobillos frágiles y una larga lista de amenazantes enamorados), Coen hizo buenas migas con el productor del espectáculo. Se convirtió en pieza indispensable del séquito del productor y aparecía por su apartamento de la Quinta Avenida con y sin la chiquita. Coen sacaba bola, mostraba sus cicatrices y su placa dorada, contaba historias de horriblos asesinos de niños y de violadores detenidos, y prestaba su pistolera. Tardó tres días en darse cuenta de que su mujer le había dejado. Se había ido con el joven dentista Charles Nerval.

El productor le dejó usar la habitación de la criada. Coen se acostó con la chiquita. Se acostó con la chica *au pair* del productor, una noruega que sabía más inglés que Coen. Tras alguna que otra insinuación del productor, se acostó con su esposa. Se sintió incómodo cuando los amigos del productor empezaron a llamarle «el clavo». Estrechaba la mano de columnistas del *Post*. Cuando iba a recaudar el dinero que le debían al productor, Coen llevaba corbata de las más gruesas. Echaba de menos a su esposa. En las fiestas, luchaba con un musculoso ladrón que el productor había incluido en su séquito. A Coen, no le importaban los tirones musculares ni las orejas hinchadas. Después se bebía un *whisky sour*, escupía un poco de sangre con la cereza y se partía cien dólares con el ladrón. El productor anunciaba incluso aquellos combates de lucha. Les dio a los dos calzones de lentejuelas para que los luciesen.

El ladrón, un chico ucraniano de encías carcomidas, odiaba los combates y odiaba a Coen. Una vez, mientras le mordía la mejilla, le dijo: «mátame, guapito, antes de que te mate yo». Hasta entonces, el chico no había cruzado palabra con él. Coen tenía diez años más, una tripa más dura y rodillas más fuertes, y habría podido zarandear como hubiese querido al chico, pero alargaba los combates para satisfacer a los invitados del productor. En el punto álgido del quinto o sexto combate, Coen le hacía una llave de tijera al chico, oyó la animación de los invitados que le azuzaban, doblados por la excitación, y cerró los ojos. El chico aprovechó aquel instante para liberarse y aporrear a Coen con los codos, algo imperdonable según las reglas impuestas por el productor. Los invitados le quitaron el chico de encima, al tiempo que le abucheaban y le pateaban, las mujeres con tanta saña como los hombres. Medio trastornado, Coen se echó encima del chico, apartando tobillos y pies. Dejó la habitación de la criada. Rompió relaciones con la esposa del productor. Se puso a cocinar en casa. Stephanie, su esposa, le puso un pleito para poder casarse con

Nerval, el dentista.

Coen se preparó para Vander Child. Le dio su nombre al portero del edificio de Child. El portero llamó al piso. Coen se sentó en un banco del vestíbulo con las piernas abiertas. El portero sonrió bajo las solapas de su pechera y se puso condescendiente con Coen.

—Lo siento, pero el señor Child no conoce a ningún Manfred Coen. Diga qué es lo que desea, por favor.

—Dígale «Pimloe» —gritó Coen contra el comunicador—. P-I-M-L-O-E.

El portero le dejó pasar.

Child le recibió vestido con una bata de franela de enormes bolsillos. Era un hombre guapo, con un hoyuelo en el labio y una insignificante pelambreira, de la edad de Coen. Coen casi no podía creer que Child tuviese una hija de diecisiete años. Se quedaron frente a frente, los dos rozando el metro setenta y cinco. Los ojos de Child eran más verdes. Le gustaba el detective que le había buscado Pimloe. Le preparó a Coen un ponche de frutas con ron y lima dulce. Insistió en que bebiesen del mismo cuenco. Al tercer sorbo, Coen se mareó. Ya en el sofá, ambos descubrieron que eran fanáticos del pimpón.

—¿Usa una Butterfly? —dijo Child.

—No. Una Mark V.

—¿Rápida o lenta?

—Rápida —dijo Coen—. ¿Dónde le da usted?

—En casa. Detesto los clubes.

Coen se mantuvo impertérrito.

—¿Tiene una mesa aquí?

Arrebujado en su bata, Child condujo a Coen a través de los dormitorios, una salita de estar y un pasillo con armarios. Una chica de pechos erguidos y vestida con otra bata de franela insultó a Child desde un dormitorio. Estaba sentada en una cama redonda, bebiendo ponche y jugueteando con unos auriculares.

—¿Quién es el nenito? —preguntó, señalando a Coen—. ¿Otro cliente? ¿Está vivo? Vander, querido, ¿voy a tener que subirme al trapecio?

Le tiró los auriculares a Child. Este los esquivó y sacó a Coen de la habitación.

—Mi sobrina —dijo Child—. Tiene mucha imaginación. Cree que vivo en un burdel.

Se detuvieron en una habitación con paredes forradas de corcho, con una suave luz azulada y una mesa de pimpón de reglamento. Coen admiró la reluciente pintura verde de la mesa. Child le puso una Butterfly en la mano. Pudo oír que la chica cantaba una canción de colegio «*Carbonderry, my Carbonderry*», decía. Sopesó la pala de pimpón. Child sacó una pelota nueva y voleó sin quitarse la bata. Coen golpeó con la Butterfly. Child sonrió.

—¿Quién le enseñó a hacer eso? ¿Dickie Miles? ¿Reisman? ¿Quiere una goma más dura, una pala granulada?

—No, ya juego con esta.

Al venirle la bola con luz azul, Coen tuvo que entrecerrar los ojos. Se preguntaba cuándo empezaría Child a hablar de su hija. Tenía problemas con los saques de Child. Envarado por culpa del traje, no podía rematar las bolas altas. La corbata le estaba asfixiando. Child le ayudó a desvestirse. Coen acabó jugando en calzoncillos. Le costó, pero acabó por acostumbrarse a la corriente de aire que recibía en las rodillas. Child tenía un repertorio de golpes más amplio. A Coen, se le escapaban sus globos. Los golpes de muñeca le llegaban junto a la empuñadura. Coen papaba moscas. Child castigaba su lado débil y le acorralaba en una esquina de la mesa. La pala se le escapó dos veces de la mano. La chica volvía a cantar. «*Carbonderry, my Carbonderry*». Sus grititos nasales y burlones impedían a Coen culminar sus golpes. La bola sonaba gruesa al dar contra su pala. Cuando la chica entró, Child tenía una ventaja de dieciocho a dos. Le hizo gracia ver a Coen sudoroso, en calzoncillos y calcetines.

—Querido, ¿no es este el sabueso que va a traer de vuelta a Carrie? Para ser poli tiene buenos pezoncillos.

Se acercó hasta el lado de la mesa de Coen.

—¿Te ha dicho que soy su sobrina?

Coen apartó la vista del cuello abierto. La chica era más alta que él, y sus pechos ondulaban a la altura de su cuello.

—Pues es de verdad, sabes. Nadie se lo cree. Vander no tiene favoritos en sus repartos.

Child apretó con un dedo un par de dientes en la Butterfly.

—Calla la boca, Odile.

—Vander, ¿no podrías usar al sabueso para algo más grande? Ya va lo bastante desnudo. Y está precioso con la pala en la mano. Dile que la agite, cariño. Quiero verlo.

Child le tiró su pala. Le dio en el hombro y ella dibujó un grito perfecto con los músculos de la mandíbula. Las aletas de la nariz se agrandaron. Con el dolor, sus senos describían una curva gloriosa. Al gemir, su cuerpo se volvía elástico. La rotundidad física de la chica dejó anonadado a Coen. Era capaz de empequeñecer una habitación de un solo gesto. Salió corriendo con Child. Les oyó parlamentar en el pasillo. Child volvió mucho menos interesado en Coen.

—Odile es actriz —dijo—. No deje que su verborrea le impresione. Tiene la cabeza llena de pornografía.

Child ganó tres puntos rápidos y guardó las palas. Llevó a Coen hasta su estudio.

—Mi hija fue al colegio con Odile.

—¿Primas hermanas? —preguntó Coen.

—Sí, primas hermanas —dijo Child, escrutando a Coen—. Odile es la mayor. Tenía embelesada a Caroline. Las dos se liaron con un chulo judío.

—Ese chulo ¿es de Manhattan? ¿Es de los de a pie o va en coche?

—Tiene un nombre español, no sé más.

—¿Guzmann? —preguntó Coen—. ¿Es Guzmán? ¿César Guzmán?

—Puede.

—¿Cómo conocieron sus chicas a César?

—Señor Coen, es usted quien dice César. Puede ser Alfred, Pepe o Juanito. Yo qué sé.

—¿Qué hacían con un chulo, señor Child?

—Esto no es East Hampton, Coen. Los chulos pasan todas las mañanas por la escuela de Caroline buscando carne fresca. Juegan muy fuerte. Varias chicas de Carbonderry se han fugado con hispanos. La escuela procura echar tierra sobre el asunto. No se puede mantener un cinturón de castidad en Amsterdam Avenue.

—Entonces, ¿cree que su hija está con ese chulo? Si su sobrina estuvo liada con él, tendría que recordar su nombre.

—¿Odile? No le sacaré mucho. Está compinchada con Caroline. Se hace la muda.

—Aun así, daño no puede hacer. Me gustaría preguntarle un par de cosas.

—Preferiría que no lo hiciese, Coen. Pimloe le contará lo que haga falta sobre Odile. Ya habló con ella una vez. Se puso a desvestirse a media conversación. Irá desviando su atención, Coen, e intentará camelárselo. Además, mis hombres ya la han interrogado. Los detectives que contraté en la agencia.

—¿Qué les dijo, señor Child?

—Ya se lo he dicho. Nada. A la muy zorra, le gusta montar el numerito con los detectives.

Child le entregó fotografías de Caroline y el informe de los detectives, que iba en un sobre marrón de bordes ondulados, distintivo de la agencia en cuestión. Lo de los bordes molestó a Coen. Supuso que los detectives estaban timando a Child. La chica de las fotografías tenía facciones ratoniles y pelo pajizo. El cuello, la afilada línea de la mandíbula, los huesos tras las orejas, poco o nada tenían que ver con Child. Coen echó un vistazo dentro del sobre. Había justificantes de gastos muy inflados, detalles sobre «vehículos sospechosos» aparcados cerca de la escuela Carbonderry, vagas menciones de trata de blancas. Coen no podía creer que alguien se molestase en recopilar un botín tan magro.

—Creen que puede estar en Perú —dijo Child.

Coen sonrió para sí. Los Guzmán eran de Perú y allí tenían primos carteristas, atracadores y timadores; aquellos primos eran capaces de tragarse a cien chicas de Nueva York con solo que Papá Guzmán se lo pidiera.

—Ahí va algo de dinero —dijo Child y sacó seiscientos dólares de una caja de madera—. Pimloe dice que no hay poli que compre mejor información que Manfred Coen.

—Con seis de estos puedo comprar el mundo, señor Child.

—Quédeselo —dijo Child y plantó el dinero en la palma de Coen—. Perú es un sitio solitario.

Coen se entretuvo jugando con la lámpara que había en la puerta del apartamento

de Child. Puso la pantalla en una silla y fue pasando los billetes uno a uno por la bombilla. Buscaba las marcas de Pimloe bajo los números del Tesoro. El dinero estaba limpio.

Child repasaba los detalles de su festival de Harold Pinter cuando oyó golpes en el montacargas. Hizo caso omiso pensando que eran ratas entre los cables o que el hijo del celador se había tirado un pedo en el hueco. ¿Por dónde había que empezar, por *Los enanos* o por *La fiesta de cumpleaños*? ¿Lo montaba con americanos o se traía un reparto inglés? Le faltaban cincuenta mil dólares. Tendría que poner a trabajar más duro a Odile. Se negaba a financiar musicales. No quería tener nada que ver con absurdas obras de misterio. Se resistía a las producciones a medida de estrellas de cine renacidas de sus cenizas, incluso aunque le garantizaran un beneficio de cien mil dólares al año.

Vander era un purista en lo tocante a los espectáculos que patrocinaba. Contaba con perder dinero. Su padre, que también era Vander Child, y mucho más rico, legó a Vander hijo su gusto por los cruasanes y su pasión por «*le ping-pong*», que aprendió a jugar a los trece años en una sala de baile cercana al Bois de Boulogne, cuando París se vio invadida por los desempleados campeones checos de pimpón y Vander padre era el embajador oficioso de Nueva York en Francia. Tras tres cansinos años en Princeton, en los que levantó todo su dinero a sus compañeros de estudios jugando a pimpón con ellos sentado en una silla, se hizo amigo de una cuadrilla de actores sin blanca, llevó una producción de Alfred Jarry hasta Nueva York y se hizo famoso como «Child, el Ángel».

Los golpes de la cocina no paraban. Vander abrió el montacargas; Chino salió dando tumbos, la camiseta cubierta de grasa, la peluca sobre un ojo. Vander se apresuró a coger a Chino por los tirantes y volver a meterlo en el montacargas.

—No lo hagas —dijo Chino, su único ojo visible clavado en Vander—. Una vez otro poli blanco de cara bonita me tocó y lamentará la herida que le hizo a su mamá al salir de su tripa. El poli tiene un socio portorriqueño, un lisiado. Los dos van a criar malvas.

—Chino, ¿has atacado a los porteros? ¿Has estado cascando cabezas?

—Yo no. He entrado por el sótano. Me ha costado encontrar el montacargas. Vander, tengo las rodillas peladas. No estoy acostumbrado a colgarme de un cable.

—¿Quién te envía? ¿Zorro? Dile que ya no quiero su dinero.

—Díselo tú. Los negocios no los hago por montacargas. Vengo por Odette. ¿Dónde está? ¿En la bañera?

Vander dejó escapar una risita.

—No deberías jugar con su ropa interior, Chino. Ha prometido que te va a sacar los ojos.

—Por mí, vale.

Chino estiró los dedos en torno a la barbilla y llamó a Odette a gritos.

—No gastes pulmón. Está con sus amiguitas. Se ha ido a The Dwarf.

Chino lo comprobó. Levantó primero los jirones de su peluca para tener libres los dos ojos y atravesó el salón, abrió armarios dos veces más altos que él e inspeccionó cada una de las cuatro bañeras de Vander. Le gustó el refinamiento del jabón perfumado en forma de huevo y los abundantes albornoces colgados de ganchos plateados. Manoseó el huevo y olisqueó el albornoz en busca del rastro de Odette. Convencido de que no estaba allí, agarró el pomo de la puerta.

Vander se interpuso entre Chino y la puerta.

—Chino, te agradecería que volvieres a bajar por el montacargas. Puede que mis vecinos no entiendan tu aspecto.

Chino apartó a Vander con un pellizco en la manga.

—Vander, tengo por costumbre no pasar dos veces por el mismo sitio. Trae mala suerte.

—Entonces quítate el pelucón. Vas a asustar al ascensorista.

Chino se metió la peluca bajo el brazo; llevaba el pelo revuelto. Vander no apreció una gran mejora; la desaparición de la peluca no hizo más que acentuar las prietas líneas que iban desde las orejas de Chino hasta sus ojos, pasando por las mejillas. Marcas macabras, pensó Vander. No consiguió calmarse hasta que el ascensor dejó su planta. Marcó el número de Pimloe en la Oficina del Comisionado. Al hablar por teléfono, carraspeó:

—¿A eso le llamas protección, Herbert? Ha estado aquí... No, no Zorro, Chino. Casi me arranca el brazo. Herbert, yo no pedí esto. Se supone que tienes a un tío en la calle veinticuatro horas al día. Estoy hasta las narices de huelebraguetas. Tu chico ha estado aquí, Coen. No era capaz de quitarle los ojos de encima a Odile... ¿Qué? Herbert, no soy su entrenador. No puedo encadenar a Odile... Herbert, no ha visto a Zorro. ¿Crees que no lo sabría? Le rompería los pies si me mintiese... No importa. No quiero más chinos en el montacargas, nunca más. Ocúpate primero de eso. Adiós.

Chino ya había fastidiado el apetito de Vander. Hoy no encargaría cruasanes ni magdalenas de la pastelería. Hoy comería pan corriente.

Coen se encontró al chófer de Pimloe dormido en Columbus Avenue dentro de un coche oficial, a dos puertas de su apartamento. Le despertó de un capón.

—No te pases de listo, Coen.

—Escucha, Brodsky, tu jefe debe de pensar que soy subnormal. No me gusta que un pijo *goy* me suelte seiscientos dólares por un trabajo de mierda. ¿Por qué me envía a mí? ¿Cuántas pistas le soltó a Child sobre los Guzmann? El muy payaso se olvidó de que César no va de paseo. No sabe conducir.

—Si tan payaso es, ¿cómo es que puede ponerte de uniforme y hacerte comer la placa? Es tu dueño, Manfred. Tócale las narices y acabarás arrancando malas hierbas por orden de un capitán de comisaría de Staten Island. O sea que compórtate. Límitate a encontrar a la chica.

Coen se metió en el coche.

—Llévame hasta Pimloe.

—Narices. Ya has tenido audiencia con él. Basta y sobra. Pimloe no puede ir perdiendo el tiempo.

—¿Por qué no? ¿Está metiéndola en adobo en la mansión Gracie?

—No es como tú, Coen. No va por ahí metiéndose pelotas de pimpón en los bolsillos.

Brodsky sonrió. Al recordar los nudillos de Coen, se frotó la cabeza.

—Tranquilo, Manfred. No te pongas nervioso.

—Child no parece muy preocupado por su hija. Me juego algo a que está en la Novena, viviendo con un jugador profesional de bochas. Estarán jugando en el suelo del comedor.

—¿En la Novena? Pues será fácil encontrarla.

—Brodsky, sácate el dedo de la nariz y clávalo en el volante. Quiero ir a Amsterdam con la Ochenta y Nueve.

Brodsky le dejó frente a un edificio de piedra arropado por dos banderas gemelas en la fachada. Las banderas tenían una inscripción exótica, un campo de estrellas sencillas y unas pinceladas de blanco, morado y oro. A Brodsky, le hicieron gracia las banderas.

—¿De qué va esto? ¿Es uno de esos burdeles de los que tanto se habla? ¿De esos solo para diplomáticos africanos?

—Es la escuela de la chica desaparecida.

—¿Quieres que espere, Manfred?

—No. Dile a Pimloe que voy tras un chulo blanco que va en Cadillac y consigue chicas feas para Perú.

De la escuela Carbonderry entraban y salían chicos y chicas con uniformes

morados y cucuruchos de helado. Las chicas, cuando se estiraban los calcetines negros, parecían abismalmente lejos de la voluptuosidad de Odile, aun cuando algunas caminaban con cierta gracia gordezuela. Coen no vio posibles coches de macarra en torno a la escuela: ni un Mark IV con banda de filtro solar, ni Eldorado de color crema; nada plateado; nada verde menta. En una sola hora, pasaron cuatro policías vestidos con petos y cintas en la cabeza. Los reconoció por el color de las cintas: los jueves, los chicos de antivicio iban siempre de azul. Estaban buscando al pederasta que trabajaba exclusivamente el West Side. Uno de los polis de paisano paró a Coen.

—¿Te mola la escuela, chico? ¿Te pone cachondo oler zapatitos de niña? ¿Cómo te llamas?

Coen le metió la placa bajo los dientes. Y el poli de paisano, mucho más joven que Coen y muy tímido cuando tenía placas doradas delante, se fue rezongando a otra manzana. Vinieron más diademas. Coen tuvo que renunciar a Carbonderry, para no arriesgarse a un encontronazo con los novatos cada cuarto de hora. Decidió ir a visitar a su tío Sheb. Se acercó primero a un puesto de papayas de Broadway y esperó a que pasase el *chileno* con su taxi pirata. Fue el chileno, ese día sin taxi, el que tropezó con Coen. Se bebieron un zumo de papaya por cuenta de Coen. El chileno se impacientó cuando vio que Coen se quedaba callado. Envidiaba la capacidad que tenía Ojos Azules para ralentizar, era un agente con el aspecto de alguien que no quiere nada y no valora nada. Por eso, el chileno abrió fuego.

—Coen, no me iría mal una taza de café. Tengo el taxi en el taller.

—¿Una taza entera? —dijo Coen, planteando así los términos habituales de negociación entre detective y soplón, pero sin el afecto que sentía por Arnold—. ¿Qué tienes que merezca una taza?

—Prueba a ver.

—Un chulo blanco. Que va por el barrio con un Cadillac verde, puede. Especialista en chicas jovencitas. Quiero el nombre.

—¿Blanco? ¿Cómo de blanco? ¿Tiene ojos azules, Manfred?

—Supongo que pardos o grises.

—Prueba con Elmo Baskins. Las chicas le llaman Elmo «el Grande».

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En la calle, tío. Lleva un Imperial marrón.

—Blas, te doy solo media taza —dijo Coen, al tiempo que alisaba cincuenta dólares para el chileno—. Para la otra media tendrás que esforzarte más.

El *chileno* cogió los cincuenta y Coen siguió Broadway abajo. Entró en una tienda de dulces y frutos secos y compró almendras tostadas, orejones y un cuarto de kilo de barritas de sésamo. Entró en la residencia de ancianos Manhattan View cargado de bolsas de papel y tuvo que saludar con la cabeza a todas las ancianas sentadas en el banco verde de la puerta. Estaba seguro de que conocían su historia. Manfred, el hijo de Albert y Jessica, los que metieron la cabeza en el horno con la

ropa de vacaciones puesta y salieron en las noticias. Coen escogió Manhattan View para el tío Sheb porque no era confesional y no quería ver a su tío acosado por viejos fanáticos judíos por tener un hermano y una cuñada suicidas. Sheb encontró a Albert y Jessica; fue Sheb el que los sacó del horno y gritó que estaban muertos por la escalera de incendios. Pero ya antes de esto lo consideraban loco. Pasaba el tiempo sentado en la tienda de Albert, mirando huevos al trasluz con la polla fuera. Nadie veía un coágulo de sangre tan rápido como el tío Sheb. Él mismo se bebía los huevos sanguinolentos y luego escupía los pedacitos de cáscara sobre el mostrador. Las viudas y las señoras mayores aceptaban sus requiebros y sus sobornos de huevos extragrandes yacían con él en el camastro que tenía junto al retrete. Aquella insistente sexualidad era la que había mantenido en parte su cordura. Tenía que vestirse bien y cortarse el pelo para sus señoras. Tenía que graznar las frases correctas, ser capaz de acariciar rodillas sin quitarle el ojo a los huevos.

Tras atravesar el área de solteros de la residencia, Coen encontró a su tío en una salita apartada de la biblioteca en la que los caballeros podían reflexionar en privado. Sheb llevaba puesta una camisa vieja de Coen y los pantalones grises de la academia de Policía. Estaba llorando y garabateaba una carta con un plumín. Cada cinco trazos hundía por completo el plumín en el tintero. Fingió que no veía a Coen, que se había quedado escuchando el rascar de la pluma y no curioseaba.

—Albert, no tenemos la barriga que hace falta. Vale, sé que hay tíos con tetas. Pero la barriga no. Jessica nos puede. La persona superior es la que se sienta para mear. Siempre. Preferiría tener un agujero entre las piernas y no un puño. ¿Cuántos huevos, Albert, cuántos huevos?

La tinta goteaba sobre los pantalones de su tío y Coen decidió hablar.

—¿Estás escribiendo a Albert, tío Sheb?

Sheb le contempló con un desprecio infinito.

—Albert lleva trece años muerto. ¿Le iba yo a escribir a Albert? Dime algo. ¿Qué llevas en la mano?

—Dulces, tío. De Broadway.

Sheb investigó las bolsas. Oisqueó las almendras tostadas, masticó un orejón y partió las barritas de sésamo. Y le echó una buena bronca a Coen por comprar tanto.

—Manfred, ¿es que quieres taparme la boca con medio kilo de sésamo? Cógelo. ¿No es esto medio kilo?

Coen habría querido saber por qué su tío le atacaba en sus periodos de lucidez.

—A mí no me engañas. Le echas la culpa a Sheb. Si no, vendrías con menos bolsas.

—¿Qué culpa, tío? ¿Por qué?

Sheb se atragantó con las barritas de sésamo.

—¿Por qué no un cuarto de kilo? Esa es una cantidad razonable. Con un cuarto de kilo nadie se pone enfermo. Manfred, ¿has visto alguna vez reventar una tripa? —Le guiñó un ojo—. Los dulces tienen mucho gas. Si llega hasta el cerebro la has pifiado.

Las orejas se te ponen azules.

Volvía a llorar.

—Tu padre, que Dios le bendiga, tenía huevos grandes. También llevé sus pantalones. Eran de tiro estrecho, como estos. ¿Has sabido algo de Jerónimo?

—Está con los Guzmán, tío. Le he perdido el ritmo al Bronx. No sé ni moverme por Boston Road.

Jerónimo era el hermano mayor de César, un chico de cuarenta y tres años. Tostaba malvavisco en la tienda de dulces de los Guzmán y provocaba escasez de jarabe de chocolate. Treinta y siete años atrás había sido expulsado del primer curso por las prodigiosas erecciones que tenía, a sus seis años. Jerónimo no echó en falta la escuela. Rondaba por la tienda de dulces o se iba a ver cómo Sheb bebía huevos con sangre.

—Jerónimo está aquí —dijo Sheb.

—¿Jerónimo en Riverside Drive? Tío, si no sabía ni distinguir las calles.

—Vino a visitarme el mes pasado. Nos zampamos tres tabletas de chocolate.

—¿Iba con César?

—Vino solo.

—¿Dónde suele estar Jerónimo? ¿Dijo algo del apartamento de César? Tío, es importante.

—No me lo dijo. ¿Cómo iba a hablar con la boca llena de chocolate?

—Ven, tío. Esta sala está muy oscura.

Sheb no dejó que Coen metiese las narices en ninguna de las zonas reservadas a las viudas y solteras. Estaba cansado de intrigas. Se había propuesto que sus años en la residencia fuesen exclusivamente de contemplación.

—Manfred, no puedes imaginarte el folleto que hay aquí dentro. Solo las parejas casadas lo llevan mal.

Se habían sentado en la sala. Sheb iba ofreciendo a las enfermeras, los otros solteros, las señoras de la limpieza y a los maridos cornudos la oportunidad de comer algo de sus bolsas. Le gustaba alardear de Coen ante sus compadres.

—Mi sobrino está en la poli de Manhattan. Lleva una pistola que te puede clavar hasta las amígdalas. Yo soy su único tío. No hay más Coens. Mi hermano mayor, Albert, decidió que con cincuenta años bastaba. Se metió en el gallinero con su mujer, Jessica. Fuera, los dos tenían mucho frío. Me acuerdo que Jessica tenía la piel fina.

Sin previo aviso, Sheb cerró la boca y él y Coen cayeron en el mutismo de siempre; estuvieron chupando orejones una hora. Unas cuantas viudas echaron un vistazo por la sala, admiraron el aspecto estoico de los dos Coen y se fueron convencidas de que Sheb era el guapo. Sheb se acabó el último orejón y sonrió. Nada había de corrosivo en aquellos silencios. Era la forma de ser de los Coen. Albert y Sheb estuvieron treinta años en una huevería, gruñéndose un par de palabras al día. Incluso el más tonto de los cornudos de la residencia era capaz de apreciar la

corriente que unía a Sheb y Coen. Tenían a la mitad de la sala electrizada antes de que Coen se fuese.

Mientras bajaba por Columbus, Coen creyó que le seguía un tipo pelirrojo. Se paró en el escaparate de una farmacia para ver una maqueta sobre la circulación de la sangre. Al fondo, había una máquina que bombeaba agua púrpura a los riñones, el corazón y el cerebro a través de una serie de tuberías ramificadas. El tipo de Coen se metió en un café cubano. Coen se quedó mirando los tubos. Cuando llegó a casa sonaba el teléfono. Pudo oír el desafecto en la voz de Isobel. Haciéndole recados a Pimloe, había descuidado a la *portorriqueña* de comisaría. No le regañó. Tenía un mensaje de Arnold el Hispano. Arnold había tropezado y perdido su zapato ortopédico.

—¿Se lo han llevado al Roosevelt, Isobel?

—Arnold odia los hospitales. Está en su cuarto.

—¿Quién le ha levantado el zapato?

—Chino Reyes.

Coen se acordó del tipo de Columbus, aquellos pómulos altos bajo el pelucón rojo. Se dijo: capullo, capullo, capullo, capullo, capullo. «El *israelita* se ha vuelto loco», pensó Isobel y le colgó.

Isobel tuvo que impedir que el teniente de guardia le subiese la falda.

—Tengo que llevar la leche al capitán —dijo.

Pero no subió. Los de la Brigada de Homicidios la habrían pitado. Isobel tenía aún costras en los codos por culpa de la banqueta del vestuario de Brown. Y DeFalco le había desgarrado los pintis cuando volvió de su turno de noche. Así que se coló por detrás del sargento de guardia sin firmar la hoja de asistencia, sonrió al de seguridad, le hizo un gesto a una de sus amigas, que escribía a máquina cerca de la sala de juntas y se tomó un descanso anticipado. Echaba de menos al *israelita*. Brown y DeFalco la trataban con rudeza. El *israelita* tenía manos suaves. Y sabía con qué fuerza se debe morder un pezón. No lo pasaba tan bien en comisaría sin Coen. Estaba cansada de las rascadas que se llevaba con los polis de oficina. Las patillas de Brown la traían sin cuidado. Así que fue coqueteando con el taxista portorriqueño (aunque no alentó sus miradas ni los chasquidos que iba haciendo con la lengua) y llegó frente a la casa de Coen en nueve minutos.

Pilló al *israelita* poniéndose el abrigo. Se iba al albergue de Arnold. Ella deseó que el Hispano hubiese sabido conservar su zapato. Coen dudó si quitarse el abrigo, pero le indicó que pasase.

—Isobel, me tienen corriendo de arriba abajo por toda la ciudad —dijo.

A ella le gustaban los tonos nasales de su voz. DeFalco no sabía hablar sin hacer burbujitas con los labios. Y Brown llegaba al orgasmo demasiado cerca de su oído; sus gemidos podían dejarla sorda.

—No me estoy quejando, Manfred. ¿Quieres ir a ver a Arnold? Puedo pasar en otro momento.

Pero ya estaban en la cama y empezaban a sobarse, aunque Coen no le llenaba el brazo de baba, como DeFalco, ni le marcaba las nalgas con las uñas de los dedos de los pies, como Brown. No era un hombre ansioso. No tenía esposa en Long Island ni acudía a Isobel directamente desde su cama de matrimonio. No tenía fotos de bebés ni instantáneas en el césped o en el sofá familiar con las que hacerle daño, con las que recordarle que era solo una *portorriqueña*, una auxiliar a merced de los polis. Y tampoco describía sus órganos sexuales, ni inventaba elogios para los pliegues de su clítoris hasta hacerla sentir una policía de genitales ensortijados. El *israelita* no curioseaba. No la miraba desde su lado del camastro. La ayudaba a desvestirse y aceptaba los agujeros de sus bragas y las manchas lechosas de su sostén sin tirantes. Pero ella no era capaz de ir más allá con él. El *israelita* no le contaba nada de sí mismo (por Brown y el Hispano, supo que había perdido a su esposa por culpa de un dentista y que a los veintitrés años había quedado huérfano). Habría querido serenarle, contarle sus propias pérdidas: un marido que violó a su hermana y huyó a campo traviesa hasta el Gran Lago Salado, un padre que murió de tuberculosis, un hermano que persiguió una paloma demasiado lejos y se cayó de un tejado en Brooklyn... Pero podía ver que Arnold le rondaba por la cabeza y que ella le impediría concentrarse en la bota. De modo que se estuvo quieta y le recordó la hora que era.

—Manfred, no hace falta que pongas la bañera. Entro a la una en punto.

Pero le hizo bañarse. Nunca había conocido a otro poli con tanto tacto en una bañera. Le lavó los pechos sin sopesarlos y sin fijarse en los lunares. No le asqueaba el sudor bajo sus brazos. No contaba las arrugas de su vientre (ella las achacaba a los abortos que había tenido). Llegaba tarde, así que tuvo que sacudirse el pelo sobre la alfombra de Coen y ajustarse el sostén sobre la piel todavía húmeda. Coen intentó convencerla.

—Isobel, el hombre del capitán esperará. Tiene toda la tarde para recoger las botellas de Coca-Cola.

—Manfred, tú vives arriba, con la brigada. Resuelves tus misterios. Vas y vienes. No te importan los chicos de uniforme. Se mearán en los pantalones si no estoy allí para atender su preciosa centralita e ir a buscarles café.

—Yo he llevado uno de esos uniformes, Isobel. En la academia. Gris, en vez de azul. No me importaría renunciar a la placa de detective. El uniforme no me mataría.

Tenía prisa, ya no podía discutir. En vez de eso, le aduló.

—Estás mejor con pantalones de vestir.

Pero el *israelita* le hubiera gustado incluso de uniforme. Le besó junto a la boca, con la lengua escondida tras unos labios muy prietos (de otro modo no hubiera podido irse) y buscó un taxi en la calle. Una mano la empujó contra la acera pero no permitió que cayera. Vio la negra oscuridad bajo la peluca roja. Chino estaba

agradecido a Isobel. Ella le dio agua y Arrowroots en la celda cuando Coen lo llevó hasta allí para que le tomaran las huellas. No pensaba atacar a una *portorriqueña* en Columbus Avenue; solo quería recordarle a Isobel el favor que le debía. En la otra mano, llevaba una bolsa de papel.

—¿Es ahí donde escondes la bota de Arnold? —dijo ella.

Chino enseñó los dientes.

—¿Qué problema hay? Ojos Azules lleva también una bolsa al trabajo, ¿no?

—Chino, ¿estás siguiendo a Manfred?

—Qué va —dijo Chino—. El poli ese no ha comprado esta calle. Voy buscando gangas.

—¿Qué gangas? —preguntó Isobel.

—Las que sean.

—Chino, dame el zapato. No le diré a Manfred de dónde lo he sacado. Le diré que estaba en la cuneta.

—El Hispano tiene que sufrir —dijo, y puso la bolsa fuera de su alcance. Metió a Isobel en un taxi.

—Úsalo deprisa, Isobel. Ojos Azules va a tener una vida muy corta.

Los ojos muy abiertos de Isobel no le hicieron ninguna gracia a Chino; había calculado mal la lealtad que la unía a Coen.

—No te preocupes —dijo—. Soy el ángel de la guarda de Ojos Azules. Estando yo en Manhattan, ¿qué puede pasarle?

Isobel llegó a comisaría cuando los patrulleros de a pie salían. Algunos iban con la porra entre las piernas, apuntando al vientre de Isobel.

—La chica de Coen —dijeron—. La novia de Coen el Pistolas.

Y fueron saliendo de comisaría, zarandeando a Isobel hasta que consiguió zafarse de los apretujones. El asistente del capitán, que en ausencia de Isobel se había encargado de la centralita, se rio con tantas ganas que se le olvidó abroncarla. Sin Isobel pegada a la centralita, no podía cumplimentar sus tareas de tarde. Tenía que localizar una determinada marca de cigarrillos para el cuñado del capitán y hacerle de chófer a la mujer del teniente, que iba a un centro de estética en Queens. A Isobel, no le importaron mucho sus pulgares. El tipo estaba demasiado preocupado por sus encargos para apretar fuerte. E Isobel pensaba en Coen.

Coen tuvo que cantar su nombre dos veces antes de que Arnold le dejase entrar. Arnold volvió a pata coja al sofá. Vivía en Columbus Avenue, en un albergue de inquilinos de habitación única, o IHU. Sobre el radiador, tenía una lata de cacao con todas sus provisiones. Fuera, en la ventana, había un plato para el queso. Tenía marcas azules a ambos lados de la nariz. Llevaba una espada japonesa en la mano.

—Yo mato a Chino, como venga verás. Le voy a enseñar *fan-tan*. Le voy a dibujar un tablero en la tripa.

—¿Qué pasó, Arnold?

Arnold se dio un golpe en el pie torcido con la espada plana.

—Me asaltó, Manfred. En Amsterdam. El cholo me metió una bolsa de la compra entre las piernas. Me ha robado el zapato.

—¿Llevaba una peluca roja?

—No lo sé. Lo hizo muy rápido.

—¿Estás seguro de que fue Chino?

La cara de Arnold se agrió.

—Conozco el estilo de Chino. No se puede empeñar un zapato. Solo a un cholo se le puede ocurrir quitárselo a un inválido. Me habló, Manfred. Me dio recuerdos para Ojos Azules.

—Yo me ocuparé de él, Arnold. Tú descansa.

Coen se sentó en el sillón. Arnold se dio cuenta de que estaba haciendo tiempo. Su patrón estaba siendo educado y respetaba sus dolores. Por eso Arnold le quitó ese peso de encima.

—Manfred, dime, ¿qué necesitas?

—Nada —dijo Coen.

Arnold quería alcanzar a Coen antes de que callase del todo.

—¿Qué quieres que te compre? Venga, Manfred, sé justo.

Coen bajó la cabeza.

—Un chulo blanco llamado Elmo, Elmo el Grande. Va de niñas pequeñas. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Déjame un dólar.

Arnold se puso en marcha usando la espada como muleta. La espada iba dejando marcas en la moqueta. Se fue a por la prostituta de la puerta de al lado. La fulana aquella se hacía la zona de textiles y casi todo el West Side. Le debía favores a Arnold. Antes de que el comandante le diese la patada, Arnold le procuraba un par de chucherías en comisaría cada vez que los polis de paisano del distrito de Coen iban a por las chicas. A través de Arnold, Coen podía establecer contacto con cualquier puta del albergue. Oía los porrazos de la espada por el pasillo. Arnold le devolvió el dólar

a Coen.

—Betty dice que Times Square. No quiere tu dinero. El tal Elmo aparca delante de la Autoridad del Puerto. Es un cliente duro. Los chulos negros se andan con mucho cuidado con él. Levanta a las chicas de pueblo recién bajadas del autobús. Ya sabes, fugitivas del sur. Blancas y negras, a partir de once años. Manfred, ese no se achanta.

—Se achantará —dijo Coen, y se levantó.

Arnold casi torció la espada al seguirle.

—Voy contigo. Manfred, sin mí no serás capaz de sacudirle.

—Ya le sacudiré. ¿Betty ha dicho algo de su coche? ¿Es un Imperial marrón?

—Dice que un Apollo. Un Buick Apollo de color sucio.

Coen se estiró la barbilla, un gesto que había aprendido de su padre, que podía pasar días enteros sin vender ni un huevo.

—No soy capaz ni de saber qué coche lleva un chulo.

—Manfred, ¿qué quieres con semejante gilipollas?

—Estoy haciendo favores en el Departamento de Policía.

En el pasillo, Coen tuvo que saltar sobre botellas de Swiss-Up. Un par de IHU le llamaron en susurros desde sus habitaciones.

—Eh, tío, ¿qué pasa?

No les hacía falta Arnold para saber quién era Coen. Le conocían del club de pimpón de Schiller, sito en los sótanos del albergue. Cuando se cansaban de mirar a las paredes y beber vino agriado en los alféizares, bajaban donde Schiller: allí podían juntarse en un banco y ver volar las pelotas de pimpón bajo la suave luz de las lámparas. Los horarios, en particular, les gustaban mucho. Schiller no cerraba nunca. Schiller era un gnomo barbudo que vivía en una salita anexa a sus mesas y que desdeñaba a sus clientes más adinerados para sentarse con los IHU. Se partía el pan con ellos. Les preparaba pasteles de verduras. Pero era un hombre de humor cambiante. Y si los IHU le daban mucho la tabarra o tiraban cachos de pan a los jugadores, Schiller despejaba el banco. Por lo general, los IHU tardaban una semana en perdonar a Schiller y volver a esnifar rabanitos y comer pan con él. También odiaban al Hispano. Cuando Schiller les echaba, él podía quedarse. Arnold tenía una silla frente a la mesa reservada para Coen. Se sentían inferiores porque Arnold tenía unas esposas, y porque tenía contacto con los detectives de Manhattan. Y por eso iban largando sus secretos. Parodiaban sus andares. Ese pie es culpa del incesto, decían. Un padre se tira a su hija y nace Arnold con los dedos de los pies pegados. ¿Cómo si no puede haber una mamá solo doce años mayor que su hijo? De todos era sabido que el padre de Arnold era enterrador en San Juan. El Hispano, les gustaba explicar, llegó de Puerto Rico a los cinco años con su hermana-madre-tía para ayudarla en su carrera como *prostituta* en el Harlem negro. El mierdecilla se pintaba los dedos deformes con colores de huevos de Pascua e iba cojeando por Harlem, recogiendo clientes para su madre. Tenía que ser un mal nacido, ¿no? Solo un aborto como él le haría la pelota a

un judío de ojos azules.

Coen estuvo tentado de quedarse en el club (Schiller le guardaba la pala, los pantalones, la toalla y las zapatillas en un armario de zapatos). Si entraba donde Schiller, se pasaría la tarde jugando y no le quedaría energía ni entusiasmo para hacer frente a los chulos de la Autoridad del Puerto. De modo que se alisó las arrugas de los pantalones y se fue paseando a Times Square. Coen era uno de los pocos detectives de Nueva York que no tenía coche. De vez en cuando, tomaba prestado un Ford verde del parque móvil de Homicidios e iba con él de comisaría en comisaría. Pero prefería el metro, o los pies. Sentado al volante recordaba los huevos de su padre; recordaba a Jerónimo, a las dos hijas de su mujer, y desviaba la atención de la carretera. Los polis de su departamento pensaban que Coen tenía un conductor secreto, alguien de la Oficina del Comisionado que le traía y le llevaba, y eso les convencía aún más de que Coen era un traidor y un chivato de los jefes.

Torció por la Novena Avenida. En la calle Cuarenta y Siete comió una naranja. Curioseó por los mercados de especias. Compró un donut griego, contento de haber tomado la Novena y no la Octava. Los espectáculos porno de los escaparates, las tiendas de cuero falso y los gorilas de *night club*, con sus sombreros y sus trajes de dril, le hubieran deprimido. Coen, que había visto bebés muertos en la morgue y había oído cuerpos churruscados tras un incendio, había pasado de la academia a la Oficina del Comisionado y de esta a Homicidios sin tener que hacer una redada en una tienda de pornografía. Dio la vuelta a la manzana de la Autoridad del Puerto y vio a varios chulos negros en sus Buicks y Cadillacs en las calles opuestas. Le saludaron con la mano cuando asomaba la cabeza, y jugueteaban con las ventanillas eléctricas para que Coen no pudiera ver sus caras. Los chulos iban solos. No había chicas de pueblo cerca, con el hatillo auestas. Coen se metió en un Sedan DeVille beis aparcado entre dos taxis de la estación junto a la Novena. No había visto más chulos blancos.

—¿Elmo Baskins?

Elmo no le dejó sitio para sentarse, y Coen tuvo que apoyarse contra la ventanilla. Cuando Coen llegó, estaba brillantando las palas de sus zapatos de plataforma con un dedo seco. Llevaba anillos en los meñiques y nomeolvides cuajados de vidrio.

—¿Quién me busca?

Por instinto, Coen dijo:

—Vander Child.

Elmo se tapó la risa con los nomeolvides.

—¿Un pistolero de Child? Con esas historias vas a hacer que se me parta el pecho. Tú debes de ser Coen, el pequeño poli dueño de Manhattan.

Coen se agachó e intentó intimidar al chulo.

—Elmo, puedes hablar conmigo, o puedes llorar con los del fiscal del distrito. Robar chicas de colegios privados no te dará popularidad. —Estiró tres dedos—. Eso es sodomía, violación y transporte ilegal de menores entre estados. A nadie le gustan

los secuestradores.

Elmo no se tragaba el farol.

—Venga, tío, te ayudo a hacer el arresto. Te llevo en coche. Arréstame.

—Elmo, ¿qué tal anda el negocio de los esclavos? ¿Dónde se puede colocar a la niña de Child?

—Vete a dormir, tío.

Se quedaron sentados, sin tocarse, separados por unos diez centímetros, Elmo soplándose los anillos y Coen deseando olvidarse de Pimloe para seguir atrapando homicidas, hasta que Arnold llegó por la izquierda y empujó a Elmo sobre Coen. Elmo estaba furioso.

—¿Me metes *portorriqueños* en el carro?

Pero Arnold ya había metido una bolsita de dos dólares de heroína en el cenicero de Elmo (la mierda la había sacado de Betty) y se quedó esperando a que Coen cayese sobre el chulo. Arnold no estaba nervioso. Ya había pringado Cadillacs antes. Elmo tragaba saliva. Le asqueaba tener que regatear con un poli y su chivato. Les fue a gruñir algo, pero entonces vio la espada de Arnold. Coen quedó asombrado. El chulo no era capaz de controlar las rodillas. Solo un chalado llevaría una espada por Times Square. Elmo no estaba seguro con gente así. Eran muy capaces de rajarle las tapicerías.

—Guzmann es el que buscas.

—¿Por qué Guzmann?

—Está en guerra con Child.

—Vander dice que no ha visto nunca a César.

A Elmo se le pasó un poco el susto de la espada. Jugeteó con la saliva.

—¿Cuánto hace que trabajas para él?

—¿Crees que César raptó a la chica?

—César no. Pero él podría decirnos dónde está.

—¿Perú? —dijo Coen.

El desdén de Elmo fue evidente.

—No hay línea a Perú.

—Dame la dirección de César.

—No puedo, Coen, te lo juro. Tiene una serie de apartamentos. Para sus partidas de dados. Va y viene con las partidas. Por eso no hay quien le pille.

—¿Estás espionando el colegio Carbonderry para César? El de la Ochenta y Nueve.

—¿Ochenta y Nueve? Tío, a mí no me verás tan lejos.

—¿Qué hay de la sobrina de Child? Odile. ¿La conoces?

—¿La tía de piernas largas y chichi estrecho? Esa va de películas porno. Frecuenta mucho The Dwarf. Es un bar gay de la Trece. Solo para chicas. Coen, te hará falta un carné para entrar. Las gorilas de la puerta no respetan las placas de poli.

—Ya he estado en The Dwarf, Elmo. Dime una cosa, ¿César y Child se pelean por los derechos sobre Odile?

—No estoy seguro.

Arnold iba enfurruñado en el taxi de camino a las calles setenta con Coen. Le hubiera gustado interrogar al chulo. Llevaba puestos tres calcetines y una pantufla rota en el pie malo. Llevaba la espada entre las rodillas.

—Manfred, le tenías que haber preguntado más.

Arnold iba insistiendo cada cinco manzanas. Aun así, Coen le estaba agradecido. Él solo no habría cascado a Elmo. Pararon ante el albergue de Arnold.

—Manfred, llévame al bar.

—Hoy no voy a ir a The Dwarf, Arnold. Si voy, te llevaré conmigo. Ya he tenido bastante.

Arnold entró cojeando en el albergue. Coen le llamó.

—Arnold, ¿quieres que te traiga pastel gitano?

—No tengo hambre —dijo Arnold desde las escaleras.

—¿Quieres verme jugar donde Schiller?

—Hoy no.

Coen ya no tenía ganas de pimpón. Con los pantaloncitos de la Marina se le helarían los muslos. Schiller le recordaría cuántas veces había que frotar las mesas. Y no quería meterse en The Dwarf, por mucho que Odile pudiese ayudarle. Tres años atrás, Coen había estado vigilando The Dwarf desde una furgoneta tapadera propiedad de la Oficina del Comisionado. Había cogido incluso zapatos de tacón, faldas y pelucas del armario de vigilancias para colarse dentro. Las gorilas se olieron al poli y le cachearon en la puerta. Coen había dejado la pistolera con Isaac. Estaba limpio. Se puso a bailar con una bibliotecaria de Brooklyn. La bibliotecaria tenía unos pechos hermosos y una mano capaz de relajar los bultos de la espalda de Coen. Tuvo que apretar las piernas para bajar la erección. Estaba casi enamorado. Temía decirle a la bibliotecaria que no era una chica. Ella le escupiría. Las de la puerta le arrancarían los brazos. Las dos eran chicas fornidas. Le entró ronquera de tanto susurrar. La bibliotecaria intentó jugar con su enamoramiento. Quería sacarle dinero. Ella estaba en The Dwarf a sueldo, Coen apremió a Isaac para que hiciese la redada, Isaac le fue dando largas, Coen volvió a la furgoneta. Por último, Isaac le dijo que la redada no podía hacerse. Un cargo medio se la había fastidiado. No se sabía qué pez gordo de la alcaldía tenía una hermana gemela que casi vivía en The Dwarf. Coen decidió que visitaría a su exesposa y cruzó por Central Park Oeste. El portero le dijo que Stephanie no estaba en casa.

—Tengo la llave —mintió Coen.

Abrió la cerradura de Stephanie con el juego de ganzúas que le dio Isaac, aunque pasó un rato en el pasillo buscando la adecuada. Con lo que había en la nevera se hizo un tentempié: untó mostaza de Dijon sobre unas galletitas saladas y se bebió un vaso de vino portugués. Charles Nerval, el otro marido de Stephanie, se había hecho rico

en el Bronx Este inflando las cuentas a la Seguridad Social de su consulta. Coen se quitó los pantalones, dejó la pistolera a un lado y encontró uno de los albornoces de Charles. Había asistido, al igual que Charles y Stephanie, al Instituto de Música y Bellas Artes. Coen, que apenas sabía dibujar un huevo, consiguió entrar porque el instituto buscaba desesperadamente chicos. Charles, cuyo padre era trapero, tocaba el violín. Stephanie tocaba la flauta. Estaba solo al alcance de los mayores y apenas hablaba con Charles y Coen. Luego se fue a Oberlin, estuvo viviendo con el decano tras su graduación, cultivó tulipanes en Ohio, tuvo un aborto, regresó a Nueva York, se encontró con Coen por la calle y se casó con él. Coen se relajó en la bañera de Stephanie y Charles, el vaso junto al lavabo. Probó las sales de baño de Charles y se sentó, envuelto en espuma hasta la barbilla. No oyó entrar a Stephanie.

—Cabrón —dijo ella delante de las niñas (Alice tenía tres años y Judith, cuatro), que iban vestidas con jerséis idénticos—. ¿Quién te ha dado permiso para entrar aquí?

Le alegró ver a Coen y le daba vergüenza reconocer que a las chicas les gustaba más que Charles. Él frunció el ceño y pidió besos de Judith y Alice. Si no hubiese estado preocupado por Elmo se habría pasado por la tienda de chucherías y hubiera salido con regalices, gajos de naranja y gominolas de menta. Stephanie sacó unas toallas para Coen. Era una chica fecunda y habría querido tener hijos con él. Recién salido de la peculiar muerte de sus padres, a Coen le intimidaban las familias numerosas. Ya separado de Stephanie, adoraba a las dos chiquillas y no les permitía que le llamasen «tío», solo «papá» o «papá Freddy». Esta devoción por las chicas también atraía a Stephanie hacia Coen. Nunca había conseguido sobreponerse al color puro de sus ojos.

—Freddy, las niñas no deberían verte desnudo.

—¿Quién lo dice? Estoy bajo la espuma. ¿A Charles no le miran?

Ella rescató a Judith y Alice, las metió en su habitación, bajó el humidificador, sacó el baúl de los juguetes y volvió junto a Coen. Estaba ocupado secándose las nalgas. Stephanie admiró las curvas que se marcaban en sus abdominales cada vez que pasaba la toalla. El vello del ombligo se le secó en forma de árbol.

—¿Cómo es que no estás buscando al loco que mutila niños?

—No soy muy popular, Steff. El jefe que lleva el caso seguramente no me quiere cerca. Podría contaminar a sus hombres. No me perdonan que fuese discípulo de Isaac.

—¿Qué tal está ese hijo de puta solitario?

—¿Isaac? La mano derecha del comisionado afirma que trabaja para los Guzmans. Un imbécil llamado Pimloe. Lleva unos días tocándome la pera.

Era eso precisamente, ese desabrido modo de hablar de los polis, lo que había apartado a Stephanie de Coen; Charles tenía ojos menos profundos, se mostraba cohibido con sus propias hijas, tenía abdominales blandos, pero no rezongaba ni decía tacos a media voz. Casi todo el vocabulario de Coen le venía de Isaac. Pero ya

no vivía con él, así que no tenía que echarle la bronca. Le tocó la base del cuello. Coen la atrapó con la toalla. Se besaron frente a las cortinas de la ducha, y él metió la lengua hasta la garganta. Charles no sabía besar. Le hacía mimos durante un minuto, echaba un ronquido y caía sobre la almohada. Con un miserable dedo, Coen era capaz de alcanzar todas sus zonas sensibles, desde los omoplatos hasta los muslos. Pero si se aferraba a él no era por su habilidad. Entre sus brazos, lejos de sus hijas, de su marido, de los recuerdos de la flauta, podía sentir la presión triste de un hombre enloquecido por la pérdida de sus padres, un hombre muy alejado del detective y el «superpoli».

Más tarde, mientras daba de comer a Charles, Alice, Judith y Coen, Stephanie se avergonzó de las marcas rojas de su cuello. Le sirvió las porciones más grandes a Charles. Coen se fue poniendo taciturno mientras quitaba la piel de las patatas. Si a Charles le resultase molesto no estaría encorvado sobre una patata al horno. Él, Coen, no habría tolerado jamás a un exmarido en su entorno. Pero cuando Coen estaba cerca, Charles se preocupaba menos por el dinero, se volvía más juvenil, prestaba más atención a su mujer y sus hijas. Hizo un sombrero con la servilleta de Judith. Probó las espinacas de Alice. Estuvo llamando «señora Coen» a Stephanie. Coen se había encargado de proteger a Charles en el instituto y había impedido que los chicos del vecindario se metiesen con él por la funda del violín. Ya entonces Coen le hacía gracia a Charles, porque olía a huevos y no sabía dibujar. Pese a sus ojos azules y rasgos rubios, Coen era tímido con las chicas. En cambio, Charles era el que llevaba preservativos en la bolsita de resina, el que era capaz de desabrochar un sostén con la punta del arco, el que le birló la esposa a Coen.

—Más zanahorias —gruñó—. Más guisantes. Manfred, ¿vas alguna vez a la galería de tiro de Rodman's Neck?

—No. En vez de eso juego a pimpón.

Judith mordió la cucharilla del helado.

—¿Qué es pimpón, papá Charles?

—Pregúntale a papá Fred.

Stephanie trajo las tazas del café y se ofreció a explicárselo a Judith.

—Es algo para los bobos —dijo Coen—. Para gente que odia el sol. Le damos golpes a una pelotita sobre una mesa verde con librillos de goma.

Coen bajó en el ascensor con una manzana en la mano. Vio una peluca entre los arbustos del otro lado de la calle. Corrió hacia el parque.

—Chino —aulló—. Sal de ahí. Da la cara.

No salió nadie de los arbustos.

—Vuelve a seguirme y te mato, Reyes.

Blandiendo la pistola, Coen se adentró en el parque. Perdió la manzana. Se estaba portando como un payaso, persiguiendo pelucas entre los matorrales. Volvió a guardar la pistola.

La portera más antigua de The Dwarf, una antigua campeona de pulsos en la penitenciaría de mujeres llamada Janice, se había erigido en carabina y benefactora de Odile. Metió baza tan pronto como Dorotea plantó una mano cerca de la entrepierna de Odile. No permitía chupetones ni toqueteos tan cerca de la barra. Ninguna de las habituales, fuera alta o baja, podía bailar con la cara entre los pechos de Odile. Sweeney, una chica más delgadita a la vez prima y compañera de Janice, intentaba suavizar su postura.

—Hermana, ¿no te estás pasando un poco? Métete con otra gente. ¿Por qué Lenore puede morrear en la sala delantera y Dorotea no?

—Porque Lenore no está bailando con Odile, por eso. Odile atrae a las hermanitas como el azúcar a las moscas. Mientras esté de guardia, yo eso no lo tolero.

—Estás celosa, eso es lo que pasa. Lo que quieres es tener a Odile sentadita donde la puedas ver todo el tiempo.

—Cierra la boquita, hermana.

Y una cosa tenía que admitir Sweeney: su prima tenía los puños americanos más grandes de Nueva York. Por eso podía achantarse ante Janice sin perjudicar su reputación en The Dwarf. Además, tenía noticias para Odile.

—Fuera hay un tío que te busca, chica. Un macarra con un zapato raro. Juraría que es el chinaco ese que molesta a las chicas, pero hoy tiene algo raro.

—Mierda —dijo Odile—. Mierda.

Quizá hubiera empleado palabras más gruesas para describir a Chino de no haber prohibido Janice los tacos en la sala delantera. Con todo, se separó de Dorotea para fisgar a Chino a través de la rendija entre la cortina y el soporte. Tuvo que contener la risa, so pena de enfrentarse a la mala uva de Janice. Chino llevaba puesto en el pie izquierdo un zapatón enorme, un zapato torcido de color café, un zapato con un bulto en el talón y la suela más gruesa que había visto nunca; el cuero estaba arrugado a ambos lados, tenía un cordón pardo y feo con las puntas de plástico recomidas y llegaría hasta media pantorrilla; allí pellizcaba los pantalones y arruinaba la raya de la pernera. También llevaba un pelucón mugriento sobre los ojos. Se balanceaba con las caderas, y mantenía el equilibrio con el otro zapato, bajo y plano. Odile fue hacia la puerta, o al menos cerca de Sweeney, y fue escupiendo advertencias dirigidas a Chino.

—Chino, si me la vuelves a jugar, si vuelves a colarte por mi ventana, si vuelves a toquetear mis portaligas y la ropa de las pelis, si vuelves a tocar los bocadillos, te va a hacer falta un zapato ortopédico para el otro pie.

Chino perdió el equilibrio: quería encandilar a Odile, mostrarle los complicados giros que era capaz de realizar con el zapatón de Arnold como timón.

—Creí que te gustaría, Odette. Lo robé para ti. Es de un soplón portorriqueño.

A Odile, le conmovió la caída de hombros de Chino, lo desesperado de su postura, pero no quería salir. Y cuando vio que Chino se tambaleaba hacia ella, se escondió detrás de Janice y Sweeney.

—No te acerques —dijo.

Chino vio que Janice sacaba los nudillos de bronce de un bolsillo de su chaqueta. Sweeney sonreía con demasiada fijeza. Intentó incitar a Chino.

—Cruce nuestro umbral, señor Reyes. El escalón no es muy alto. Venga, chinito. Aquí la prima tiene un aperitivo para ti.

Chino solo hablaba con Odile.

—Tenemos que hablar de negocios, Odette. Clientes. El señor Bummy Gilman. Y un par más.

—Pues habla con mi contestador —dijo Odile, asomada tras las hombreras de Sweeney—. Deja nombres y fechas. Y asegúrate de dar bien el precio. No pienso liarme con ninguno de esos patanes por menos de setenta y cinco.

—A Zorro no le va a gustar esa mojigatería tan repentina. ¿Desde cuándo marcas tú los precios?

—De eso que se preocupe Zorro, y a ti ni te va ni te viene. Lo que pasa entre César y yo no es asunto de ningún chinaco.

Dorotea, Nicole y Mauricette, las tres parejas de baile más habituales de Odile, se acercaron a la puerta para disfrutar del espectáculo de Chino subido a un zapato ortopédico. Janice volvió a meterlas en el local de un empujón, y Dorotea se llevó de la mano a Odile a la pista de baile, cuatro metros cuadrados de parqué astillado encajados entre la máquina de discos y la barra. Janice era quien llevaba la música: las chicas tenían que bailar con Peggy Lee y Rosemary Clooney o retirarse a la segunda sala, donde podían beber cubatas, estudiar las profecías de *El libro de los cambios* o pegarse el lote frente a un tablero de parchís (las dos primas no permitían ninguna otra muestra de pasión).

Odile estuvo brusca con Dorotea; no quería una lengua en la oreja cuando tenía que pensar en Chino. Aún podía ver aquel pelo absurdo más allá de la cortina. Recordaba lo que Janice podía hacerle a cualquier borracho que entrase en The Dwarf por error, o a un poli fanfarrón que quisiese meterse en el bar sin los papeles en regla: dedos rotos, hombros dislocados, mejillas ensangrentadas... Y entonces volverían a llevarse a Janice a la cárcel de mujeres por el celo que demostraba en el bar. Odile no sabía explicar por qué, pero no quería que le hiciesen daño a Chino. Quizá fuese por su gallardía al ponerse el zapatón. Chino sabía lo que le gustaba: nada de regalos, ni de perfumes, ni estolas de visón que cualquier peletero le podía conseguir, sino un zapato ortopédico. Dorotea cambió de la oreja izquierda a la derecha.

—Hermanita, ¿por qué no vas a explorar a Nicole? —dijo Odile—. Déjame los tímpanos en paz.

Siguió a Sweeney a la sala trasera. Sweeney era la única que no la sobaba, la única que no le comía la oreja cuando bailaban. Una pareja de jugadoras de parchís se cambió de sitio al verlas entrar. Sweeney tenía el rincón más oscuro de la sala reservado para Odile.

—¿Problemas con los hombres, niña? Podrías venirte a vivir conmigo. De

hambre, no te morirías. Y tampoco tendrías que despatarrarte por dinero.

Odile tarareaba una de Peggy Lee. No podía olvidarse de Chino. Entre estribillo y estribillo de *Golden Earrings*, el éxito de 1947 de Peggy, iba susurrando «Chino Reyes, Chino Reyes». No pensaba acostarse con un chino negro, con un empleado de Zorro. ¿Era responsable del robo del zapatón? ¿Cómo podía impedir que Chino estuviese loquito por ella? Apartó las fichas del parchís, bostezó contra un puño y se durmió apoyada en la hombrera de Sweeney.

Por toda Columbus Avenue se le conocía como «el superpoli». Le importunaban con la pérdida de un mono, el robo de un televisor, parientes que habían tenido un roce con la policía local. Después de ver durante años un coche del Comisionado Primero ante los escalones de su casa (Isaac desarrollaba sus mejores teorías jugando a las damas con Coen), todos pensaban que Coen tenía mano en la Oficina del Comisionado. La mujer que vivía encima de él, viuda y dueña de un joven dálmata, estaba preocupada por la seguridad de su perro. En Central Park y alrededores, había una epidemia de envenenamientos de perros, y la señora Dalkey quería que Coen atrapase al envenenador sin más demora. Llegó a ofrecerle quince dólares por sus esfuerzos y cada mañana bajaba a su apartamento con Rickie, el dálmata, para ponerle al día de los últimos envenenamientos. Coen no podía soportar al perro. Era un perro lloriqueante, malcriado por la señora Dalkey, y tenía la costumbre de regar con orines el umbral de Coen.

—¡Detective Coen, detective Coen!

Coen se acercó a la puerta a tientas. Pudo oír que Rickie rascaba la pared y mascaba la pintura. El perro entró a husmear. Coen ya veía el pis en sus muebles. Ofreció a la señora Dalkey un refresco de cereza y embutido polaco. Tuvo que hacerle caso al perro antes de que ella le contase nada. Rickie se tragó un trozo de embutido y bebió de una copa de cuello largo. La señora Dalkey no sabía comer tan rápido.

—Convulsiones —le dijo—. El caniche del señor James. Fredericks se soltó de la correa. Ese asesino ha contaminado el jardín de piedra de la Setenta y Dos. Fredericks tosió piedras. Cayó muerta mientras trataba de morderse la cola. La señora Santiago cree que le vio. Un portorriqueño enano que les da caramelos a los niños. Vive en el albergue de la caridad. Estoy segura. Puede que incluso sea el loco del pintalabios.

—¿Por qué lo dice, señora Dalkey?

—Pues porque un hombre que odia a los perros es muy capaz de perseguir niños pequeños. Los envenenadores y los criminales sexuales tienen la misma mentalidad.

Cuentos de vieja, se dijo Coen. Dio las gracias a Dalkey por sus ideas y limpió lo que el perro había hecho. Cogió la línea IRT del metro para llegar al Bronx. Ya iban demasiadas menciones de César Guzmán, demasiados mamarrachos que no se quitaban a César de la cabeza. Puede que Papá estuviese fijo en Boston Road, pero tenía contacto con sus cinco hijos.

Moisés Guzmán llegó a Boston Road vía La Habana con una caterva de chiquillos y sin *mujer*. Eso fue en 1939. Durante sesenta años, los Guzmán habían estado asentados en Lima, Perú, y habían adoptado la religión de los limeños. Eran

chamarileros, contrabandistas, carteristas, gente de ciudad. En sus libros de catequesis, guardaban amuletos judíos. Rezaban a Moisés, a san Juan Bautista y a san Jerónimo. Los habituales de la Iglesia les volvían la espalda. Otros apartaban la mirada. Los Guzmán se consideraban holandeses, aunque ninguno hablaba ni una palabra de holandés. Antes de llegar a América, la familia había deambulado por Lisboa, Ámsterdam y Sevilla. Los Guzmán de Perú no recordaban ya ninguno de aquellos lugares. Moisés huyó de Lima porque mató a un policía. Solo y con cinco hijos, se convirtió en «Papá» para los *norteamericanos*. Compró una tienda de dulces y se mudó a la trastienda. Sacrificó su amor por las guayabas y los pies de cerdo y aprendió a hacer el café aguado y el sifón dulce que tanto les gustaban a los gringos. Ocupado con sus dulces y sus chicos (César tenía dos años en 1939), Papá tardó siete años en establecer una cofradía de carteristas norteamericanos. Fueron llegando primos de Perú. Hubo una época en la que en la tienda de dulces de Papá dormían catorce personas. Los primos se casaron, se adentraron en Brooklyn y Nueva Jersey, y Papá tuvo que volver a pertrecharse. Obtuvo permiso de la policía del Bronx y de las cinco principales bandas judías para establecer una oficina de apuestas en la tienda. Las cinco bandas se destruyeron mutuamente e hicieron de Papá el rey de los números de Boston Road.

El tren de Coen salió del túnel de la Ciento Cuarenta y Nueve entre chirridos, en dirección a la estación colgante de Jackson Avenue en el Bronx. El punto en el que la luz del tren tocaba por primera vez las paredes del túnel estaba recubierto con un limo duro y grisáceo que de niño asustaba a Coen y que aun hoy lo desasosegaba. El traqueteo bajo tierra y las paredes que engullían los vagones mareaban a Coen que siempre llegaba al instituto con náuseas, asqueado de los bocadillos de huevo que llevaba en la fiambra. Las paradas en Jackson, Prospect, Intervale, Simpson y Freeman Street le atontaban, le volvían taciturno. Desde la estación de Simpson Street casi se podían coger las zanahorias del hotel Bronx; dos veces había visto desvestirse a chicas negras; recordaba las rajadas en el tapizado de su asiento, las braguitas de la segunda chica, el ángulo particular que tomaba el tren respecto a la ventana, que dificultaba la visión de Coen y lo obligaba a retorcer el cuello en un ángulo imposible para no perder de vista la ventana.

Bajó del metro en la Ciento Setenta y Cuatro, donde Southern Boulevard se cruza con Boston Road. No fue directamente donde Papá. La tienda de dulces era un lugar importante de apuestas, y quizá Coen asustase a alguno de los corredores de Papá. Por eso dio tiempo a la tienda para reaccionar ante la presencia de un poli desconocido en el vecindario. Se quedó al otro lado de la calle, cerca del club social de Puerto Rico que le servía a Papá de mirador. Los miembros del club le observaron desde detrás de los visillos. Coen dejó al aire parte de su pistolera. Quería provocar a los portorriqueños. Se sintió aliviado cuando le hicieron señas, moviendo la cortina, de que fuese hacia la tienda. Le miraron fijamente y articularon la palabra «maricón». Coen sonrió y fue hacia la tienda. Los corredores de Papá y sus recaudadores estaban

concentrados en las estanterías de material escolar. Rellenaban boletos de apuesta de espaldas a Coen. Nadie se movió por él. Papá estaba tras el mostrador, preparando *banana splits* para una tribu de niñas bizcas sentadas en los taburetes. Las chicas, todas con gruesas gafas, debían de ser hermanas, o al menos primas. Aporrearon los taburetes y aullaron de alegría cuando Papá les llevó una jarra enorme de guindas confitadas. Lo de ser un pez gordo de las apuestas no había hecho que Papá descuidase sus platos de helado. No miró a Coen hasta que hubo servido a todas las niñas.

—Queremos virutas de chocolate, señor Guzmán. Y Marietta quiere otra guinda.

Una vez tuvo a las chicas frotándose las tripas con las mejillas manchadas de salsa, Papá salió de detrás del mostrador para abrazar a Coen. Se abrazaron junto a la máquina de gaseosas de Papá. No tenía reparo alguno en mostrar su afecto por un poli. Podía besar a Coen sin que hubiese repercusiones. Nadie, excepto Papá, controlaba la tienda de dulces. Por eso seguía siendo el rey. Dominaba su provincia con un dedo metido en el cuenco del chocolate. Todos y cada uno de los corredores, recaudadores y pagadores tenían que ir a informar a la tienda de dulces. Los tres hijos medianos de Papá, Alejandro, Topal y Jorge, se encargaban del negocio cuando no preparaban gaseosas ni freían huevos. El resto de recaudadores eran primos sudamericanos, judíos retirados, polis caídos en desgracia, como Isaac, o *portorriqueños* que debían su sustento a Papá. Cualquiera corredor que decidiese independizarse y largarse con la recaudación del día tenía veinticuatro horas para redimirse; tras ese periodo de gracia, estaba listo para el cementerio particular de Papá en el lago Sheldrake de Nueva York. Quienquiera que acompañase al réprobo al lago le decía: «Moses, trabajo para Moses». En asuntos de negocios, Papá exigía que se emplease su nombre en inglés.

—Papá, ¿dónde está Jerónimo?

—Ay, el bobo ese se cambió de barrio para estar con su hermano. No sabría ni comer dulces sin César. Yo solo soy el tonto de su padre. Le bañé durante cuarenta y tres años. Manfred, ¿te acuerdas de cómo encaneció a los quince años? Los imbéciles se preocupan más que nosotros. Las arterias se les secan antes. No viven tanto tiempo. Aunque si me preguntas, es más listo que Jorge. Jerónimo cuenta con los nudillos, pero sabe contar hasta treinta y cinco. Jorge no sabe llegar a diez sin equivocarse. Son buenos chicos, todo rabo y nada de cerebro. ¿Qué tengo que hacer, preparar helados todo el día y olvidarme de Jerónimo? César no piensa traerlo de vuelta.

—¿Quieres que te lo traiga, Papá? Dime dónde está César. Le necesito por otro asunto.

—Ese chico tiene diez direcciones. ¿Quién es el más tonto? Manfred, es un crío. Tuvo que huir de aquí. En Manhattan se lo comerán crudo.

—¿Cómo le encontró Jerónimo, Papá?

—Con la nariz. Cuando se vive entre dulces se te desarrolla el olfato. ¿Qué más

dan los barrios? El sudor se huele de orilla a orilla.

—¿Y qué hay de Isaac? ¿Dónde está Isaac?

Papá se quedó mirando los helados.

—¿Cuál de ellos? ¿Isaac el Napias? ¿O Isaac Pacheco?

—Mi Isaac —dijo Coen—. El Jefe.

—¿Ese? —Y Coen tuvo que afrontar la rabia de los dientes amarillos de Papá. Insultaría a su propia familia de todo corazón, pensó Coen, pero no a un extraño ni a un poli—. A Isaac le doy los huesos. Ese rebusca en mi cubo de basura.

—¿Desde cuándo eres tan quisquilloso con un poli corrupto? Hay detectives retirados que dan la cara por ti, y tienes en la calle a vieja carne de comisaría. Deberías emplearle, Papá. Isaac tiene el mejor cerebro de toda la ciudad.

—Sí, tan bueno que le trincaron con la agenda de un corredor de apuestas en el bolsillo.

—Alguien le tendió una trampa, no puedo decir quién. Isaac no quiere hablar conmigo.

—Yo te digo que es un pordiosero y un ladrón. Le acogí porque me daba vergüenza ver a otro judío morir de hambre en Boston Road. La ciudad es caritativa. Yo soy caritativo. Nadie puede decir que Moses no da de lo que tiene. ¿Qué tal está tu tío, Manfred?

—Tiene buen aspecto. No puede dejar de pensar en mi padre.

—Quiero visitarle. No me siento a gusto fuera de la tienda, pero se lo debo a Sheb. Se portaba bien con Jerónimo. ¿Te acuerdas de lo bien que tu tío sabía pintar un huevo? Él y César eran los únicos capaces de hacer olvidar el chocolate y la *halvah* a Jerónimo.

Las niñas llamaron a gritos a Papá; querían una segunda ración. Papá las hizo callar.

—Silencio. La casa os invita a otra ración gratis, pero cuando a mí me convenga.

Le pidió a Coen que se quedase.

—No puedo —balbuceó Coen; los aromas del mostrador empezaban a surtir efecto.

Se sentía aprisionado por los Jelly Royals envueltos en papel pegajoso, por las bandejas de piruletas, por los *pretzels* guardados en un bote cubierto de vaho. Papá no había cambiado de jaleas ni de marca de malta en treinta y cinco años; todo aquel dulce pudo con Coen. Vio encanecer a Jerónimo. Se atragantó con el espesor del helado. Oiga, oiga, ¿está Moses en casa? Si César podía robar *pretzels*, Coen también. En veinte años como cliente de la tienda, Coen no había robado más que dos veces. Sentía un fiero respeto por el viejo. Moses fue quien le envió por giro el dinero para que regresase desde los barracones de Bad Kreuznach cuando murieron sus padres. Y no fue culpa de Papá que pasasen tres semanas hasta que el dinero llegó a Coen. Sheb sabía dónde estaba. Pero Sheb no quería abrir la boca.

—Manfred, ¿para qué lo buscas? —Desde detrás del mostrador, Papá tenía que

gritar para acallar a las niñas—. A César.

—Información, Papá. César puede ayudarme a encontrar a una chica que se ha escapado de casa.

—¿Gentil o judía?

—Gentil, Papá.

—Manfred, ¿sabes el restaurante *kosher* que hay en la Setenta y Tres, cerca de Broadway? Vete allí. A eso de las ocho o las nueve de la tarde, verás a unos cuantos vejstorios con flores en el ojal. Coge una flor y espera. Es uno de esos sitios en los que te recogen para las partidas de dados. Métete en el coche con los viejos. Dile mi nombre al conductor. Dile «Moses», no Papá. Más cerca que eso no te puedo llevar. ¿No te olvidarás de Jerónimo, Manfred? ¿Me dirás si le gusta estar con su hermano?

—Te lo diré, Papá.

Coen evitó la huevería de su padre, que estaba al sur del negocio de los Guzmán, en Boston Road. No quería soñar con huevos aquella noche. Ahora era una iglesia de la Pascua de Pentecostés pintada de azul celeste, y otro centro de apuestas de los Guzmán. Coen se cruzó con Jorge a la puerta de la tienda de dulces. Era el mediano de los chicos de Papá, estúpido e incorruptible a sus treinta y nueve años, con poca o ninguna relación con sus hermanos y soltero como ellos. Llevaba los bolsillos y las mangas repletos de monedas de cuarto; como no dominaba la aritmética y podía perderse si giraba demasiadas esquinas, Jorge hacía la ronda de Boston Road y aceptaba solo apuestas de cuarto de dólar. Papá le compraba camisas y pantalones con bolsillos adicionales, pero a media tarde Jorge tenía que meter las monedas en los zapatos. Jorge iba cansado, su mono de trabajo repleto y no tenía ganas de charlar con Coen. Le saludó con un gruñido e intentó pasar. Coen le retuvo.

—Jorge, ¿dónde está Isaac? Por favor.

Sin dejar de gruñir, Jorge señaló con la barbilla hacia el luminoso del bar asador Primavera de Southern Boulevard con la Ciento Setenta y Cuatro. Coen no sabía cómo darle las gracias; al final le tiró de la manga, se coló por entre el tráfico y entró en aquel bar portorriqueño. Reconoció a un hombre calvo sentado en el último taburete con rizos grises tras las orejas. El tipo bajó de su asiento antes de que Coen pudiese decir «Isaac» y se encerró en el servicio. Coen podría haber saltado el pestillo con su carné de atribuciones. Pero llamó por la rendija.

—¿Isaac? Llevo encima tus gonzúas. Podría sacarte de ahí, si quisiera.

Coen no sabía si había oído tirar de la cadena o al hombre que lloraba.

—Isaac, ¿eres el representante del bar? Estoy de caza por culpa de Pimloe. ¿Me puedo fiar de él, Isaac? ¿Me está tendiendo una trampa? Jefe, ¿te hace falta algo de pasta?

Coen metió por debajo de la puerta veinte dólares del fajo que le había dado Child. No fue capaz de ver si Isaac recogía el dinero. El camarero de la barra se quedó mirando a Coen.

—¿Se acabaron las damas, Isaac? Nada.

Quería aclarar su relación con Child, su percepción de Odile. Coen tenía poco que ver con el resto de detectives. Solo hablaba de trabajo con Isaac. Tras la caída en desgracia de Isaac, Coen fue como sonámbulo por los despachos de los detectives de Manhattan, Brooklyn, Staten Island y Queens, de un departamento Homicidios a otro. Era la criatura de Isaac, adiestrado por Isaac y, como tal, maltratado y apartado. No hizo más intentos de contactar a través de la puerta. Ató el fajo con una cinta de goma y salió para coger el metro.

Los novatos Lyman y Kelp patrullaban por el Bronx en un Ford sin identificación, Quejándose de las mujeres policía de su promoción. Pertenecían a una nueva raza de policías: educados, generosos, hábiles de palabra, con largos mostachos y pelo pulcro y algo largo y cierta actitud irónica hacia la propia institución policial. Lyman vivía con una azafata de líneas aéreas, mientras que Kelp tenía en reserva varias amiguitas despampanantes, y los dos novatos asistían a los cursos de sociopatología y cultura portorriqueña de la Universidad John Jay de Justicia Criminal.

—Tías en un coche patrulla —dijo Lyman—. Tío, es increíble.

—¿Qué esperabas, Alfred, que se pasasen el día escribiendo a máquina en la oficina del capitán? Imagínate las calenturas que ocasionarían.

—Óyeme, cuando la cosa se enmerda, cuando se arma en la Séptima Avenida, yo qué sé, drogas que vienen a clavarte agujas en los ojos, travestidos que te sacan un pincho, las muy gilipollas se encierran en el coche y ni se les ocurre pedir ayuda por radio. Y los de control se creen que te las estás tirando en el asiento de atrás. Increíble.

Habían asignado un nuevo puesto a los dos novatos: el inspector Pimloe de la Oficina del Comisionado Primero los había sacado de sus respectivas comisarías. No era un puesto glorioso. En vez de trabajar infiltrados, con micrófonos entre las tetillas y una pistolera en la entrepierna, tenían que llevar a los inspectores de barrio en barrio con un coche de la oficina. Con gusto hubieran maldecido a Pimloe aquel día, pero el subinspector (Pimloe) les había asignado una misión especial: tenían que recoger al antiguo brazo derecho del comisionado, el legendario Isaac, que había caído en desgracia y había mancillado la reputación del departamento. Pero los investigadores adscritos a la Oficina del Comisionado aún sentían devoción por el Jefe: a través de ellos, Lyman y Kelp habían oído historias de Isaac. Aquellos investigadores apenas toleraban a Pimloe; seguían siendo «los ángeles de Isaac».

—¿Cuánto crees tú que cogió Isaac, Alfred? ¿Medio millón?

—Más, mucho más. ¿Cómo coño iba a joder su carrera por menos de eso?

—Vaya mierda, tenemos a Pimloe y podíamos haber tenido al Jefe.

—Tío, tenía que haber esperado un par de años antes de irse a la mierda por un puñado de apostadores. ¿Te imaginas lo que hubiera sido ir de redada con Isaac? Cargados de armas hasta el culo. Increíble.

El punto de encuentro era un buzón de Minford Place, dos manzanas más allá de Boston Road. El tipo que estaba junto al buzón no se molestó ni en hacerles señas. No quiso sentarse en el asiento trasero, el «asiento del comisionado». Se sentó delante con ellos. Sus harapos no les despistaron: Isaac era un genio del disfraz. Pero su hedor era espeluznante. Lyman, que iba sentado en medio, tuvo que volver la cara. Kelp, que ya había trabajado en un refugio de indigentes durante un trabajo de campo para la John Jay, tenía más experiencia con personas sin lavar. Lanzó la primera pregunta.

—¿Voy demasiado deprisa, Jefe?

Isaac le gruñó.

—No me llames jefe.

—¿Quiere que frene un poco, inspector Sidel?

—Soy Isaac. Simplemente Isaac. Conduce como quieras.

Kelp siguió conduciendo, mirándose en el retrovisor muy ufano: los investigadores habían exagerado la reputación de Isaac. No era más que un gordinflas de patillas descuidadas y medio calvo. Un subinspector jefe deshonorado que se hundía en la miseria de su exilio en el Bronx. Kelp se alegraba ahora de no haber sido nunca uno de los ángeles de Isaac. En la mente de Kelp, Pimloe empezó a ganar puntos. Pimloe tenía educación. Pimloe tenía un anillo de Harvard. Pimloe no tenía capas de grasa bajo la barbilla. Pimloe se mostraba respetuoso con los novatos. Él no te humillaba sentándose delante.

Fueron avanzando hacia Manhattan en silencio. Increíble, pensaba Lyman, temeroso de decir nada. La peste le obligaba a meter la nariz en el hombro de Kelp. Kelp se alegraba de la reserva de Isaac. No quería discutir cuestiones tácticas con un poli de doble papada. Observó el reflejo de aquel gordinflón. Se iba a tragar su insolencia. Cerca del puente de Willis Avenue, Isaac abrió la boca.

—¿Qué tal está Herbert?

—¿Pimloe? —murmuró Lyman desde debajo del brazo de Kelp—. Está bien. Dice que tenemos que ocuparnos de usted. Le envía saludos.

—¿Me ha rayado la silla?

—¿Qué? —preguntó Kelp.

—La silla en la que se sienta. En mi despacho. Que si la ha rayado.

—No me he fijado, Isaac.

Kelp estaba contento con su respuesta: le estaba plantando cara al Jefe. Era Kelp el que tenía la placa ahora, y no Isaac. A sus amigos novatos les diría: ese Isaac no es nadie. Le pasé la mano por la cara y no reaccionó.

Llevaron al Jefe hasta un edificio de apartamentos de la Noventa y Una Este que tenía dos porteros y una marquesina de cristal. Isaac pasó con sus harapos entre los dos porteros. Ni siquiera les dio las gracias a los novatos.

—Vaya personaje —dijo Lyman, capaz al fin de respirar—. El tío ese va donde quiere vestido de mendigo. Increíble.

Kelp no tuvo tanta compasión con Isaac.

—Que le den. Es un capullo, ¿no lo ves? Ese olor no era del disfraz. Alfred, era de verdad. Ese no tiene más que meados y tobillos llenos de costras.

—¿No es esta la casa del comisionado? ¿Tú crees que el comisionado le invitaría si fuera un mierda? Usa el cerebro. ¿Cómo vamos a ganarnos la placa dorada? El comisionado debe de tenerle afecto. Igual lo repatria y lo vuelve a colocar. No creo que malgaste su tiempo con indeseables.

—Eso ya es cosa de Pimloe.

Kelp puso rumbo a East River Drive: si vigilaba la velocidad, podían cruzar el centro en menos de nada y llegar a la oficina mientras Pimloe estaba fuera comiendo; se echarían un cafelito con los pies sobre la mesa y llamarían a sus muñequitas desde sus respectivos cubículos.

—Increíble.

En el restaurante, Coen llevaba puesto su «abrigo de apostar», una chaqueta roja con bordados verdes bajo los botones; una vez había visto a un tahúr muy reputado con una chaqueta similar. Tras leer el menú de la ventana, pidió el menú favorito de su padre: tostada de champiñones, tortilla de guisantes, berenjenas a la rumana, tartaleta de ciruelas y un pastel de semillas llamado *mohn*. Todos los Coen eran vegetarianos consumados, su padre, su madre y el tío Sheb; solo el hijo se salvó. Coen pasó menos días sin carne que cualquiera de ellos. Según su padre, un chico en edad de crecer necesita algo de pollo en la sangre, y Coen tuvo que comer picadillo de pavo, picadillo de hígado y picadillo de pollo con cogollos de lechuga. A sus treinta y seis años aún le entraban arcadas en cuanto veía limpiar una lechuga. El olor de hígados de pollo le deprimía y la peste a pavo le ponía furioso.

Del restaurante, iban saliendo ancianos con rosas en la solapa. Todos iban vestidos con trajes anchos, pardos o grises, los calcetines enrollados en los tobillos y marcas de arañazos en los zapatos. César había pinchado en hueso en Manhattan si esta morralla era su clientela. Empezó a preocuparse por la flor del ojal hasta que vio un ramillete de rosas de tallo corto cerca de la caja registradora. Se sonrió ante la exhaustividad de la operación de César: el restaurante proporcionaba las rosas. Pero le costó conseguir que le vendieran una. La cajera insistió en que eran para los clientes habituales. Se rindió cuando vio que los ojos de Coen se volvían de color azul pizarra, un color inhumano, en su opinión. Coen se alejó con el olor dulzón clavado en la nariz. Se quedó junto a los viejos jugadores, mareado aún por los efluvios. Lo viejos le ignoraron y siguieron jugando con los ojos.

El conductor llegó en una limusina para doce pasajeros, contó las rosas y permitió entrar a Coen. Los jugadores ocuparon ocho asientos. Estaban de mal humor por tener a Coen entre ellos. El conductor intentó quitarles la mala uva. Era un hombre rechoncho, vestido con un chaleco de seda que le sacaba bultos por los dos costados.

—¿Qué pasa, Julie, quieres que te arree en la cabeza? Boris Telfin no se lleva a los amigos a una partida envenenada.

A Coen, no le gustó la locuacidad del conductor, ni sus guiños, ni el vicio que tenía de estirar las hebillas del chaleco. Murmuró tres palabras.

—Me envía Moses.

El coche de recogida fue a toda velocidad hacia la parte alta de la ciudad, giró hacia el este, se perdió un poco por la parte alta del parque y llegó por fin a su destino, a pocas manzanas al norte del restaurante. Cinco de los jugadores se bajaron y esperaron frente a una lavandería. El conductor dejó a otro pasajero en una zapatería de Amsterdam. Los dos últimos jugadores iban tarareando.

—Boris, ¿tú crees que el cielo aguantará? Tiene pinta de llover.

Coen era el de la cara larga. El conductor enfiló hacia el sur. La limusina estaba equipada con una radio en la frecuencia de la policía, y durante el viaje al centro Coen pudo oír que la operadora llamaba a un equipo de detectives de robos de su distrito a la central. El conductor alardeaba. Quería que Coen se diese cuenta de que César tenía bien pillada a la policía de Manhattan. Cambió de frecuencia y dio con una emisión ciudadana. Dos individuos berreaban las bondades de las ondas alfa y beta. Los jugadores se quedaron pasmados.

—¿Tuviste suerte o no con las alfa?

—No estoy seguro.

—Si te tapas los ojos con media pelota de pimpón, en menos de veinte minutos puedes caer en trance —musitó Coen para sí.

Los jugadores supusieron que era otro subnormal del Bronx; conocían ya los casos de César y sus hermanos; las pataletas, las rachas de amnesia, los ojos hinchados... Pero Coen no tenía el aspecto de los Guzmán; solo estaba hablando con la radio. Fue Isaac el que le dio la idea de las ondas cerebrales. Mientras jugaba a las damas con Coen, Isaac cortaba una pelota de pimpón en dos con unas tijeras, se cubría los ojos, mantenía las mitades en su sitio con las mejillas, se bebía el té tibio de Coen y «entraba en alfa» mientras Coen fregaba los platos y esperaba que las dos mitades cayesen de los ojos de Isaac. Aquello quería decir que Isaac salía del alfa para hacer trizas a Coen a las damas y resolver cualquier misterio policial que le hubiese estado importunando todo el día. Coen, en cambio, había tenido poco éxito con la pelota: podía pasarse horas sentado con los ojos tapados, pero no sentía más que calambres en el cuello y escozor donde la pelota mordía las mejillas.

El conductor llegó a East Broadway y se detuvo ante Bummy's, donde Coen había estado buscando a Chino Reyes. Se quedó solo en el coche mientras el conductor entraba con los dos jugadores en Bummy's. Coen se preguntó cuánto tiempo seguirían dando tumbos. Quizá llegase a ver Staten Island, o los mejores amarres de Brooklyn. Entraron dos brutos. Coen los reconoció: eran un par de matones que se alquilaban a treinta dólares por día. César tenía que estar muy mal. Embutieron a Coen contra la tapicería. No se lo tuvo en cuenta. Sabía que le cachearían: el conductor habría insistido en que se asegurasen de que no llevaba un micro.

—¿Quién te envía, macaco? —dijo el primero.

—Moses.

—Sherwin —dijo el segundo—, sí que es un macaco. ¿Quieres que le toque la cara?

—Macaco, ¿vas detrás de Jerónimo?

Coen se encogió de hombros.

—Busco a César Guzmán.

—¿Quién eres, macaco?

—Detective Coen, de la Brigada de Homicidios del Distrito Segundo.

—Te lo dije, Sherwin. Es un macaco con placa. Quiere hundir a Jerónimo.

—Fui al colegio con César —dijo Coen—. He bebido malteados con Jerónimo. ¿Para qué podría quererle? Haced que César se ponga al teléfono. Decidle que Manfred está aquí, en su coche.

Los dos gorilas le pusieron mala cara a Coen, discutieron, le advirtieron de que no se moviese y sacaron al conductor de Bummy's. Los tres discutieron a propósito de la placa de Coen. Le hicieron dar vueltas y más vueltas hasta que le dejaron en un aparcamiento de Hudson Street. Coen necesitaba mear con urgencia. Le permitieron ir detrás de la caseta del vigilante. Les entró la risa al oír el chisporroteo contra las tablas. Las risas hicieron que Coen mease a borbotones. Sacudió casi todas las gotas y volvió a la limusina. No vio ni al conductor ni a los dos matones. Entonces oyó que los matones se quejaban.

—¿Cómo íbamos a saberlo? Dice no sé qué de compañeros, no sé qué del colegio. ¿Qué vamos a saber nosotros de placas?

Tenían que estar detrás de la cabaña con una cuarta persona. El segundo matón salió con la mano en la mejilla. El conductor se escurrió hacia la entrada de la caseta. El primer matón se acercó a la limusina y abrió la puerta para César. Coen no estaba seguro de si César había venido para matarle o para darle un abrazo. Era el más inconstante de los hermanos, más habilidoso que Alejandro, más testarudo que Jorge, el más joven, el más delgado, el más raro, el único con valor para escapar del puño de Papá. Su nombre de guerra era Zorro antes de huir a Manhattan. Así se le conocía en los círculos policiales más duros. Aquella tarde llevaba tirantes, una camisa de angora y botines de puntera. Rugió más que saludó a Coen.

—Si quisiera hablar contigo iría a sentarme a tu puerta, Manfred. ¿Por qué vienes a verme usando el nombre de Papá?

Coen decidió ir de listo.

—Busco a Jerónimo.

—Ja, ja. Más chistes como ese y te va a sangrar la entrepierna.

De niños habían sido inseparables: protegían a Jerónimo de los que le tiraban piedras y de los ladrones de Southern Boulevard, desnudaban al monstruoso espantapájaros que había al otro lado de la granja de verano de Papá en el lago Sheldrake, practicaban ritos de sangre (se pinchaban los brazos con imperdibles), perseguían *prostitutas* por las calles... Cuando su padre y su madre se iban de viaje para comprar huevos, Coen dormía con César y Jerónimo en la litera de Jerónimo. César habría matado por su padre y sus hermanos y, en una ocasión, habría matado por Coen. A los catorce años, se distanciaron. Coen empezó a circular por Manhattan con bohemios y niños judíos del Instituto de Música y Bellas Artes. Se apartó de César. Se pasó a Manhattan y se sintió superior a los Guzmán de Boston Road. Se lavaba los dientes con agua de Manhattan. Se comía los bocadillos de huevo de su madre en parques y museos. A los quince años, se dio cuenta de su esnobismo, de lo incómodo que se sentía con aquellos niños, de lo nervioso que se ponía en los

museos, pero no pudo regresar junto a César. Para entonces, César ya era inescrutable: había adoptado los silencios de Jerónimo y no tenía más que mudos holas y adioses para Coen. Papá supo perdonar al chico de instituto, le servía bolas extra de helado y le sentaba junto a Jerónimo; César no pudo.

—Mira, Manfred, puede que aparezca y desaparezca, pero no echo de menos las letanías de mi padre. ¿Hasta qué punto necesitas a la chica de Child?

—¿Has hablado con Papá? —dijo Coen.

—¿Hasta qué punto?

—Estoy hundido si no la encuentro. Sigo enganchado a uno de los comisionados. Y me pueden dejar tirado donde les plazca.

—Está en Ciudad de México.

—Pensaba que en Perú —dijo Coen—. ¿Puedo llegar a ella, Coen?

—Tú solo no. Te hará falta alguien. Pero puede que no te guste. La chica está con gente bastante bestia.

—¿La han comprado?

—Eso no importa. Nos vemos dentro de una hora. El conductor te dará mi dirección de esta noche.

—César, ¿qué farfullaban tus amiguitos de Jerónimo?

—No me interrogues, Manfred.

—Quizá pueda ayudar.

—Seguro. Los peces gordos de tu departamento quieren hundir a mi hermano en la mierda y tú seguro que estás dispuesto a detenerlos. Vete por ahí, Manfred.

—¿Hundir a Jerónimo? ¿Por qué? ¿Por pasear por la calle? ¿Por toquetearse el rabo? Eso es de bobos.

—Quieren hacer de él el loco del pintalabios. Eso es lo que se dice. Y yo no me gasto el dinero en información errónea.

—César, he visto los esbozos que han hecho los fisonomistas de la policía, los retratos robot. No se parecen en nada a Jerónimo.

—No te preocupes. Si le echan la zarpa encima, cambiarán los dibujos.

El conductor llevó a Coen al otro lado de la ciudad. En los viejos tiempos, cuando Coen aún vivía en Boston Road y trabajaba para Isaac, una vez tuvo que rescatar a Jerónimo de una comisaría del Bronx. Selma Paderowski, trece años y consumidora de batidos de chocolate, miró de reojo el cabello lanoso y gris de Jerónimo y decidió que estaba enamorada. Para mostrar su afecto, le tiraba piedras, le arrancaba pedazos de camisa y le incitaba a echar un vistazo a su raja. Los Guzmán, ante su evidente locura, toleraban aquellas insinuaciones a Jerónimo. Al verse animada, le asaltó cerca de una boca de incendios cuando iba solo, sin César ni Alejandro, le forzó un pulgar por dentro de su falda y chilló hasta que acudió un agente de a pie. Coen estaba sentado en la escalera de incendios. Bajó a trompicones por la escala, saltó a la calle y se llevó al patrullero. Aun protegido por Isaac, era un novato en la policía y forcejeó un poco con la placa.

—Asunto civil —dijo—. Yo me encargo.

El agente le envió a tomar viento.

—Este arresto es mío, colega.

Papá, Cesar, Topal, Alejandro y Jorge estaban en cuclillas junto a la bomba de la boca de incendios, dándole agua a Jerónimo y observando a Coen. César quería arremeter contra la espalda del agente. Pero Papá le contuvo tras la bomba. Con todo, estaba aterrorizado, más incluso que sus hijos. Coen recordaba la postura deslabazada de Papá: hacía veinticinco años que era estadounidense y aún tenía la planta de un extranjero, de un peruano en el Bronx. El agente se llevó a Jerónimo.

—Le ayudaré, Papá —gritó Coen.

Dio por supuesto que el agente trabajaba para algún enemigo de Papá. Fue corriendo hasta una tienda y telefoneó a Isaac. Isaac interceptó al agente, consiguió que cambiase unas cuantas palabras en su libreta de registro y puso a Jerónimo en manos de Coen. Jerónimo fue derecho a la tienda de dulces, se bebió dos litros de leche con cacao, para lo que rompió tres vasos de papel, y Papá le juró gratitud a Coen y prometió honrar la memoria del jefe de Coen con sus cirios judeocristianos.

Coen llegó demasiado pronto a la dirección de la Ochenta y Nueve Oeste de César y se entretuvo paseando frente al edificio. Un hombre salió de una camioneta cargado con una caja enorme en la que se leía «Reparaciones telefónicas», entró en el edificio, parlamentó con el portero de noche, le dio la mano y siguió hacia los ascensores. A Coen no le gustó que el portero se mirase, ufano, en el espejo. No era difícil imaginar que el dinero había cambiado de manos. El portero estaba abriendo su cartera cuando Coen le preguntó por el apartamento 9-D.

—¿A quién busca?

Coen no quería decir que a Zorro, de modo que se hizo el misterioso con el portero.

—Llame. Diga que Coen ha llegado.

El portero le dejó pasar.

—¿Le esperan arriba, caballero? Pase, pase.

Coen bajó al sótano. Encontró al de las reparaciones sentado en su caja junto a las conexiones de teléfono con una libreta en el regazo; llevaba puestos unos auriculares y había pinchado una línea con unas pinzas dentadas. Lo que más le molestó a Coen fue la diversión que el trabajo le procuraba a aquel tipo, que se reía por lo bajo a cada cosa que oía con su equipo. Coen le arrancó la caja de debajo y fue arrastrándole por la camisa por toda la habitación.

—Deprisa —dijo Coen—. ¿Quién te paga?

—Hablemos —dijo el tipo—. Colaboraré, pero hablemos.

Coen relajó un poco su presa y le clavó en el estómago la culata de su 38 para horas fuera de servicio. El tipo se calmó al ver la pistola de Coen.

—Esa es una Police Special, ¿no? Jesús, me has asustado. Pensaba que eras el gorila de alguien. Ahora escucha, dame tu número de placa, porque te vas a enterar.

Mi gente tiene contactos en la pasma.

—Te voy a hundir, mamón. Vas a tener el culo escocido los próximos diez años. Pinchar teléfonos no es ninguna broma.

El tipo babeó sobre su libreta.

—Espera. Soy investigador privado, Jameson. Ahí va mi tarjeta. No era nada, lo juro. Ahora mismo lo dejaba.

—¿Quién te paga?

—Child.

Coen pisoteó los auriculares y sacó a Jameson del sótano a patadas.

César estaba esperando a Coen con un pijama de mangas anchas. El pijama mejoraba su actitud. Sonrió, abrazó a Coen en la puerta; tenía una jarra de sangría preparada, con fruta en el fondo. Removió la fruta y comprobó el punto de dulzor con el dedo. Se chupó el dedo al estilo Guzmán, metiéndoselo en la boca hasta el nudillo. Satisfecho, le sirvió un vaso a Coen, que no podía quitarse el desasosiego de encima después de su hallazgo en el sótano.

—César, ¿a qué viene el lío de tantos apartamentos? He pillado a un hombre de Child abajo que te había pinchado el teléfono. ¿Qué relación tienes con Child?

—Él se dedica a las películas caseras y me acusa de intentar meterme en su terreno.

—¿Y es verdad, César? ¿Le haces la competencia? ¿Le estás preparando algo a Child?

—Jamás en la vida. Vander trafica con mierda.

—¿Su sobrina es la estrella?

—¿Quién? ¿La tetas altas? ¿Odette? ¿Odette Leonhardy?

—¿No es Odile?

—Odette, Odile... Esa está chiflada. Es una loca. Se los tira de diez en diez.

—¿Ha trabajado alguna vez para ti, César?

César acercó la nariz a la sangría y olisqueó.

—Lo mío son los dados, Manfred. Ya has visto al conductor. Yo proporciono locales, nada más. Mis clientes se buscan la vida con las tías. Puede que ella te sepa decir cuántas veces se lo monta con jugadores de dados. ¿Acaso crees que soy responsable de Odette?

—¿Quién llevó a Carrie Child a México?

—A mí que me registren.

—Esfuézate un poco más, César. Si te es tan fácil localizarla, es que sabes quién la sacó de Manhattan.

—Pregunta a Isaac —dijo César, con los dedos húmedos por culpa de la jarra—. Pregúntaselo al cerebro.

Coen estaba al borde de un ataque.

—Ahora me dirás que Isaac está metido en la trata de blancas. Y que es un ejecutor de tu padre. Ya no me sorprendería nada.

Los dos mascaban hielo y chupeteaban las pieles de la fruta. En esas estaban, cuando llamaron a la puerta. Coen se atragantó con el hielo cuando vio el mechón de pelo rojo frente a la puerta de César. César se rio ante el espectáculo de Coen y Chino persiguiéndose con las pistoleras asomando tras las chaquetas.

—Guardad la artillería —dijo, asqueado por el balanceo obsceno de las pistoleras.

Ninguno de los Guzmán tenía pistola. Papá no creía que la mecánica fuese de fiar. Tenía miedo de que sus hijos se volasen el pito. Por ese motivo, ni Papá ni los carteristas marranos tuvieron éxito en Perú. Allí, uno de cada dos rateros y policías llevaba *pistola*.

—César —dijo Coen—, ¿este es el tío que tenías para mí? Olvídalo. Me iré solo a México.

—Manfred, estás en Babia. En Ciudad de México te comerán crudo. Chino sabrá introducirte. Chino conoce la gente y las calles.

Chino se quitó la peluca.

—Ya te arreglaré, Coen, Ojos Azules de mierda. César tiene mi promesa. Por eso te ayudaré primero.

Hizo un giro de cadera para darle un cate en la oreja a Coen (se había dejado el zapato contrahecho en el centro). Con las chaquetas aún puestas, empezaron a pelearse. Tiró a Coen contra las estanterías de César.

—Te crees que esto es comisaría, ¿eh, poli? Te gusta tocarme la cara cuando hay más polis delante. En cuanto volvamos, te liquido, tío.

César sacó a Coen de entre los libros. Chino se acuclilló y fingió acicalarse.

—Venga, Coen, tómame las huellas ahora.

Coen se incorporó con un gruñido, y César tuvo que pedir paz. Se pusieron de acuerdo en la fecha, el hotel y el método de recuperar a Caroline Child. César no le ofreció a Chino un vaso de sangría. Coen le encontró un vaso. Chino no bebió hasta que César le hizo una seña de aprobación. Y Coen se sintió como un reptil. No estaba seguro de si César estaba siguiendo las reglas marranas de etiqueta de su padre. Quizá los Guzmán no bebiesen con los pistoleros que contrataban. Pero Chino obtuvo permiso y dijo «¡Salud!» antes de beber la sangría. Coen sonrió. Tenía la cabeza inflada con alcohol endulzado.

—Vander pagará el viaje —dijo.

Las mejillas de César se inflaron de enojo.

—Manfred, tú paga lo tuyo. Yo me ocuparé de Chino y de la chica.

Sus mejillas perdieron volumen y volvió a mordisquear las pieles de fruta.

—Ese es mi regalo para Vander.

Le dio un último abrazo a Coen.

—Manfred, no soy ningún santito. Me has preguntado por la chica y yo te daré la chica. A cambio, quiero algo. Un favor.

Coen no rompió el abrazo.

—Jerónimo está en México.

César notó que la sorpresa distendía los hombros de Coen.

—Está en casa de nuestro primo Mordeckay. Le alegrará verte. No quiero que mi hermano esté todo el tiempo con desconocidos. Ve a verle, Manfred. Siéntate con él en el parque. Chino te enseñará dónde. Si está demasiado flaco, si mi primo se aprovecha de él, si no le dan lo suficiente, me lo dices. Pero no vayas repitiendo lo que te cuento. Nadie tiene que saber nada de Jerónimo. Ni Isaac ni nadie.

—César, a Isaac no lo veo nunca. Pero ¿por qué estás tan preocupado? Isaac trabaja para tu padre.

César se le quedó mirando.

—Él es el que ha señalado a Jerónimo.

—¿Me estás diciendo que Isaac es un traidor, César? Le han echado del cuerpo. ¿Para qué iba a ayudarles? Él no se cargaría a Jerónimo.

—Me da igual. Es él.

Coen salió de allí con un zumbido en la cabeza.

Chino tuvo que interrumpir su asedio sobre The Dwarf para complacer a Zorro y aceptar lo de Coen Ojos Azules. Llevaría al poli a México, pero se negaba a llevar el zapatón más allá de la calle Cuarenta. Ya no pensaba en él como el zapato de Arnold. No le había cambiado los cordones, ni le había alisado las arrugas. No quería un zapatito de petimetre. Y ningún poli de este mundo le obligaría a devolverlo. Ni siquiera el gran Isaac, que ahora estaba lavando calderilla en el fregadero de Papá. Chino podría haber tomado por asalto The Dwarf con su revólver, un Colt Commander 45, que luego haría desaparecer en un solar de Prince Street antes de su viaje a México. Podía haber ahumado las solapas a las porteras, a Janice y Sweeney. Pero hubiera asustado a Odile. Por eso se acercó a la puerta con la mano del revólver libre y el 45 metido en la sobaquera sobre el corazón. Chino tenía solo dos horas; luego tendría que deshacerse del revólver y encontrarse con Coen en el aeropuerto.

Odile le observaba desde las cortinas. No había salido del bar en treinta y seis horas. Incluso cuando Chino de vez en cuando desaparecía, sospechaba que estaría meando en un callejón cercano o comprando latas de cerveza. Janice despertó a Sweeney, que roncaba apaciblemente en un camastro tras la barra.

—Viene el chinito —le dijo Janice—. Viene para acá.

Había un brillo en las barbillas de las primas que a Odile no le cuadraba. Pudo sentir las líneas de guerra. Con el zapatón puesto, Chino no sería nunca capaz de escurrirse entre Janice y Sweeney. Estaba azuzando a las dos primas: estaba loco.

—Chino Reyes —gritó—, no me acostaré con ninguno de tus clientes si no retrocedes.

Lo agarraron por los brazos, le alzaron sobre el umbral (era solo un peso gallo, cincuenta y tres kilos) y le tiraron contra la barra. Janice cerró los dedos en torno a los anillos del puño americano. A las seis de la mañana, el bar estaba desierto, y tenía

a Chino a su merced, para jugar con él al gato y al ratón. Sweeney le arrancó la pistolera del pecho y tiró el revólver a una cubitera. Luego sujetó a Chino mientras Janice le daba en la oreja, hasta que saltó la sangre. Sweeney advirtió a Odile:

—Cierra los ojos, niña. Será mejor que no mires.

Pero Odile ya estaba dando manotazos contra los nudillos de bronce, y en sus manos había marcas del contacto con el metal.

—Sweeney, dile que pare. Chino es problema mío.

—No cuando invade el local —dijo Janice—. Entonces es nuestro.

Se lo estaba pasando demasiado bien como para hacerle caso a Odile.

—Sweeney, no volveré a este sitio en la vida. Una marca más en la oreja y se acabó.

—No escuches a esa zorra —dijo Janice a su prima—. Volverá arrastrándose.

A Sweeney, le aterraba tener que dirigir The Dwarf sin Odile. Obligó a Chino a ponerse en pie. Con el cuello metido bajo el brazo de Janice, colgaba como una marioneta con una oreja en carne viva y un zapato con alzas. Odile lo sacó a empellones de The Dwarf, aferrándole con las dos manos de los tirantes, convencida de que semejante alfeñique no habría sobrevivido a los ataques de Janice. Le había gustado Chino, aunque no tenía intención de demostrarlo.

—Capullo —le dijo—. Puedes apoyarte en mí, si quieres.

—No me estires los tirantes —fue lo único que supo decir.

Nadie, hombre o mujer, le había marcado la cara con un puño americano; la oreja le estaba aullando. Chupeteó mechones del pelucón rojo para conservar la cordura entre todo aquel ruido. Odile se preguntaba por qué estaría humedeciendo la peluca.

—Chino, podría llevarte mejor sin la bota.

Pero Chino se negó. No pensaba dejar su zapatón tirado en la cuneta y le daba igual que los fognazos de su cabeza lo dejaran sordo. Odile se lo llevó a casa. Le cubrió la oreja con una solución de yodo y se la vendó con gasas de algodón. Los aullidos cesaron, pero el escozor del yodo le obligó a morder la peluca. Odile le desabrochó el cuello de la camisa y lavó los restos de sangre que tenía en el cuello. Pudo ver la tensión que acumulaba en las costillas. Se empeñó en tomarle la temperatura. Chino, con el termómetro de Odile en la boca, farfullaba. Estaba acostado en su colchón, recostado contra un par de almohadones.

—Tengo que ir a México, Odette.

Ella le puso más almohadas en las rodillas. Era hipermétrope y no podía leer el termómetro (Odile no tenía gafas), de modo que se inventó una temperatura.

—Treinta y nueve. Casi cuarenta. Jan debe de haberte pegado la gripe.

Chino se olvidó del ardor de la oreja. No podía permitirse fallarle a Zorro; le había prometido que sería la carabina de Coen. Le quitó el termómetro de las manos e investigó la medición. Frunció el ceño.

—Odette, está roto. No tiene mercurio.

—Mentiroso —dijo ella.

Partió el termómetro sobre Odile: sobre su mano abierta no cayeron bolitas de mercurio. Chino sonrió ante su victoria. Ella se sintió ofendida.

—Abróchate la camisa, Chino. No me gustan los hombres desnudos en mi cama.

Chino ya no estaba tan aturdido; lo de la oreja había remitido, y no tenía ganas de que le mangonease una chica que trabajaba para él pero que no aceptaba más que llamadas telefónicas, que le enviaba dinero en sobres perfumados de sus clientes pero le faltaba constantemente al respeto. Ahora, Chino tenía ventaja: estaba en una posición inmejorable en el colchón. No le echó la zarpa encima. No quería estropear la mercancía. Usó la lógica con la reina del porno.

—Alguien que se lo monta con Bummy no debería ser tan escrupulosa.

Se abrazó el pecho de pollo.

—Estoy cien veces mejor que Bummy.

Odile estuvo tentada de desnudarle. Tenía un bulto delicioso bajo la camiseta. Pero su argumento la dejaba indiferente.

—Nunca me lo he hecho con Bummy Gilman —dijo—. Me paga para que le enjabone la hernia. Cien... no, ciento cincuenta por cada lavado.

Chino se sintió aliviado al comprobar que las dos gorilas no le habían registrado los bolsillos; sacó un fajo de billetes de cincuenta de la billetera.

—Te pagaré. Llámalo una compra al contado. ¿Qué son cuatrocientos para mí?

—Chino, no puedo coger tu tela —dijo ella, y le obligó a meterse el dinero en el bolsillo—. Estás demasiado cerca de Zorro. Me mataría si llega a enterarse.

Le dio lástima la cara mohína de Chino, las contracciones de su esternón, la oreja vendada, la curva del dedo del gatillo, y estaba enfilada con la exhibición de la billetera: nadie le había ofrecido nunca cuatrocientos dólares por sus truquitos. Fue tranquilizándole y le puso la mano sobre las palpitations. El pecho saltó a su contacto.

—Jugaremos —dijo—. Pero con el pantalón y la camisa puestos.

Chino no sabía cuántas condiciones le pondría Odile; no era capaz de dejarla en portaliagas. Debería haberse sentido más humillado, pero quería esa mano sobre su pecho. La besó, sintió el roce de sus dientes y su cabeza empezó a echar humo de nuevo.

—Chino, ¿tienes frío en los pies? ¿Por qué tiembles?

—La oreja, que me ha dado un escalofrío. No es nada.

Y tuvo que contener las manos, evitar que rozasen su piel demasiado pronto, si no los puntos de presión tras sus orejas se hincharían y le bloquearían las adenoides; hasta ese punto era capaz de excitarle Odile. Chino no era un fetichista. Podría llevarse a otras cinco chicas, *cubanas* y *negritas* de traseros más redondos y gruesos muslos, o una belleza finesa que necesitaba la pistola de Chino contra el ombligo para alcanzar el clímax. Chino prefería a Odette. No era cuestión de estatura (Chino solo se dejaba seducir por chicas altas), ni del encanto de los dedos largos y huesudos de Odile, ni de la perfección de su pecho (podría pasarse una hora siguiendo la línea de

los senos de Odile, la curva de pezón a pezón, las arrugas que producía la axila). Le atraía su desdén, la dura prominencia de su labio inferior, la cantidad de desprecio que era capaz de comprimir en una frase. Si estuviera en su mano, sacaría volando a Odile de la pornografía. Se cargaría a Janice y Sweeney, le prohibiría el acceso a The Dwarf y le retiraría a Bummy Gilman el derecho de visita. Ya no tendría que lavarle los huevos para ganarse la vida. Pero la chica era propiedad de Zorro, no suya. Y si desafiaba a los Guzmán tendría que volver a asaltar taxis y esquivar las armas escondidas en bolsas de papel. Chino estaba deprimido.

Odile le arrancó la peluca, acarició las oscuras raíces de su cabello, y Chino, con aquellos dedos encantadores en su pelo, ya no estaba tan tristón. Se zambulló en los cojines, cogió a Odile por una pierna, coló una mano por la pernera de sus pantalones, la forzó hasta el hueco de detrás de la rodilla, llegó a medio muslo, extasiado con la piel de gallina y la pelusilla que encontró (ni siquiera la bella finlandesa tenía un vello tan fino), sintió sus pezones erguidos contra la frente y el hueco de la mejilla y se corrió contra su cadera, sus gritos amortiguados por el jersey contra su boca. A Odile le gustó su cara angulosa contra sus pechos. Quiso mantener la posición exacta de su abrazo, pero la humedad en sus pantalones importunaba a Chino.

—México —balbució, y se apartó de su pecho.

—Chino, ¿a dónde vas con esa oreja?

No recordaba tener la entrepierna tan pegajosa desde que en octavo pululaba por los cines de Mott Street (Chino fue siempre un año rezagado en la escuela). Se tapó la oreja herida con unos mechones de peluca. Estaba demasiado absorto para besar a Odile.

—Te traeré un recuerdo del Deefe^[4] —dijo—. Algo que Zorro no pueda identificar.

Ella pensó que estaba delirando.

—Chino, vuelve a la cama.

En el pasillo, estiró los pliegues de sus tirantes. Se cruzó con la casera de Odile en el descansillo. Esta miró con asco el vendaje y las arrugas de su camiseta. Pero Chino estaba inmunizado contra caseras. En Abingdon Square, tomó un taxi.

—Prince Street —gritó—. Y de prisa.

Quaglio, el taxista, era un tipo de Queens, despierto, de cuarenta y cinco años, que tenía una porra cerca de la caja para yonquis y clientes indeseables y que no se dejó engañar por la peluca roja. Llevaba una circular en el salpicadero con una advertencia contra Chino Reyes, el salteador de taxis, en la que las compañías independientes ofrecían mil dólares de recompensa por arrestar a Chino. Quaglio (sus amigos le llamaban Quag) reconoció los pómulos bajo el pelo artificial, pero la circular no decía nada de una cojera. El taxista se dijo que ningún ladrón profesional podría salir huyendo tras un golpe con un zapato con alzas. Los del taller, que tenían sus propios contactos con los criminales de tres al cuarto, le habían comentado que el

salteador de taxis se hacía pasar por chulo de putas para despistar a la poli de Manhattan. Por eso, Quagliozzo decidió poner a prueba a Chino en el propio taxi. Él no llevaba un panel de vidrio entre su asiento y el de los pasajeros, como otros pirados de la seguridad (¿cómo iba a charlar con una barrera semejante?); a cambio, conducía con una mano en la porra.

—Odio a los malditos chulos. Se aprovechan de chicas blancas, se lacan el pelo, van por ahí en putos Cadillac. Si tuviera un chulo en mi coche, lo mataría.

Quagliozzo no consiguió que Chino moviese ni una mejilla.

—¿Y usted, qué opina?

—Prince Street —dijo Chino, y le indicó que parase frente a un solar—. Espéreme.

Se acercó a una hilera de cubos de basura que había en el solar. Solomon Wong, el antiguo lavaplatos de su padre, estaba sentado en el cubo más al norte.

—Salomón, ¿qué tal?

Solomon recogió los muchos vuelos de su abrigo (que en su día había pertenecido a Papá Reyes) y sacó del cubo una bolsa de viaje. Chino cambió de zapatos, dejó el zapato ortopédico bajo la custodia de Solomon y le metió la peluca dentro del abrigo; no le iban a pillar con pelo rojo. Cuando Chino volvió al taxi, Quagliozzo ya estaba nervioso.

—¿Para dónde voy ahora, señor?

—Conduzca —dijo Chino—. Ya se lo diré.

Quagliozzo tenía pruebas suficientes para atrapar al salteador de taxis; sin la peluca y el zapatón, era idéntico al hombre de la circular. «Es listo, es listo», razonaba Quagliozzo. Usa un cubo de basura como escondite. Después de cada robo, esconde allí el dinero. Quagliozzo sintió más respeto por Chino.

—Oiga, tengo que soltar lastre.

Paró frente a una cafetería de Bowery, se llevó la caja con el dinero al cagadero que había al final del mostrador y, tras hacer una finta, se dirigió al teléfono de la pared. Llamó a urgencias de la policía. Salió mascando chicle. Chino no estaba en el taxi. Quagliozzo se echó la culpa.

—Tenía que haberle dado con la porra.

Se unió a los tres coches patrulla que respondieron a su llamada y los condujo a Prince Street. En el solar, no encontraron a Solomon; rebuscaron entre la basura, pero nadie encontró el zapato de Chino.

Al ver que todas las facciones querían atraerle (Pimloe, Papá, Vander, Isaac quizá), Coen no mencionó su viaje a nadie. Dejaría el país sin comunicarlo a la Oficina del Comisionado ni a la División Segunda. Pimloe se subiría por las paredes si supiera que viajaba con un chino ladrón de taxis. Los de Homicidios querían su piel. El Comisionado rogaría por la vuelta de Isaac. Coen tenía aún el fajo de Vander y pensaba gastárselo en México con Jerónimo y el primo Mordeckay. Viajaría de incógnito, sin placa ni pistola.

Al salir hacia el aeropuerto, encontró una abultada bolsa de papel. El aroma era ineludible. Coen olió los dulces de Papá a través de la bolsa: *halvah* negra, gominolas, chocolate, caramelos ácidos, claros y oscuros, para Jerónimo. César debía de haber ordenado a alguno de sus hermanos que saquease la tienda de Papá. ¿O sabía el propio Papá del paradero de Jerónimo? Coen ya no tenía tiempo para elucubraciones. Tomó la bolsa y se encontró con Chino frente a la terminal del aeropuerto. No dijeron nada acerca de los bultos negros en la oreja de Chino. Los dos pasaron bajo la barra del detector de metales. Pero Chino primero colocó su pinza billetera y la cigarrera en una cesta. Pareció enojado al ver que Coen no cogía una cesta.

—Poli —dijo—, ¿dónde tienes la pistolita? ¿Dónde está la placa?

—Las he dejado en casa —dijo Coen—. En un calcetín, debajo de la almohada.

—Imbécil —masculló Chino—. ¿Vamos a enfrentarnos a aquellos bestias sin juguetes de policía? No contaba con eso. Zorro ya me había dicho que tenías el seso un poco aguado. Un poli atontado. Tu placa es valiosísima, y tú la guardas en un calcetín. Imbécil.

Siguió rezongando contra Coen hasta llegar a la puerta de embarque y también dentro del avión. Coen bostezó. Tenía que pasar varias horas sentado junto a un chino de La Habana que no hacía más que escupir. Así que se puso a pensar en el menú. Se imaginó que, en un avión mexicano, les darían tostadas y frijoles. Se aferró a su cinturón de seguridad hasta mucho después de haber despegado. Solo había volado dos veces, en aviones militares de carga, para ir a Alemania y volver, hacía trece años. Chino estaba más avezado, ya que se iba de vacaciones al Caribe y volaba por encargo de César. Había salido del *barrio chino* de La Habana, donde su padre regentó una panadería y un restaurante hasta 1959. Tenía veinticuatro años y despreciaba a los *fidelistas*, cuya presencia en La Habana había acobardado a su padre y le había hecho vender la panadería y cerrar el Café Nuevo Chino. Lejos de Cuba, los huesos de su padre se encogieron y acabó tosiendo sangre en Doyers Street. Chino se burlaba de Coen por los politikeos de los judíos, los cuales, de eso estaba convencido, habían llevado a los *fidelistas* al poder.

—Coen, ¿está vivo tu papá?

—Muerto.

—Y el mío. ¿Le gustaba Stalin? ¿A tu papá? ¿Eh?

—Era polaco —dijo Coen—. Los polacos odian a los rusos.

Chino se permitió acercarse más su codo al de Coen. Nunca había trabajado con un policía.

—Coen, por la placa no te preocupes. Conozco a un hojalatero en el mercado de Lagunilla. Él te conseguirá una bonita placa.

Aun así, cuando volviesen a casa tendría que castigar a aquel judío. Demasiada gente había hablado ya del poli que abofeteó a Chino Reyes. Coen tuvo que pasarse sin frijoles. Le dieron jamón adobado, patatas al gratén y una tajada de tarta de limón.

Coen se sintió mareado bajo la luz del sol mexicano. Buscó plantas exóticas alrededor del aeropuerto. Chino le llevó a través de la aduana y llamó un taxi. Regateó con el taxista, ofreciéndole un precio fijo con los dedos, y metió dentro a Coen. Pasaron por un barrio de chabolas y lúgubres cabañas, Coen absorbió en las caras y los baches de las aceras, y tomando por Insurgentes Sur entraron en Reforma, en una tierra mágica de monumentos, *glorietas* y altos hoteles rosados. Chino iba señalando las avenidas.

—Igual que París, ¿verdad? Los Campos Elíseos.

—No he estado en París —dijo Coen, impresionado por la cantidad de *glorietas* y cruces.

—Ni yo —dijo Chino.

Se quedaron en el hotel Zagala, frente al parque de la Alameda; Chino pagó al conductor con monedas estadounidenses y llamó al botones gritando «*mozo, mozo*». Un viejo delgado con gorrilla, capaz de llevar seis bultos a la vez, le arrebató las maletas a Coen. Les alojaron en el tercer piso, en una habitación estrecha con vistas a la pared de otro hotel. Coen ya estaba dispuesto a tenderse, pero Chino no podía soportar la habitación. Se puso a gritar por teléfono, maldiciendo al director, a la esposa del director y al conserje de la tercera planta.

—Hay que darles en la cabeza —le explicó a Coen—, porque si no te pudres detrás de una pared.

Les cambiaron a una habitación más estrecha en la octava planta con un enorme *bañadero* de porcelana y vistas al parque. Despidió al *mozo* con una palmadita en la espalda y algo de calderilla. Pero se sintió amable y le regaló un sombrero y una bufanda de su maleta.

—Coen, no des mucha propina. Si no, sabrán que eres un pardillo.

—Chino, acabas de darle un sombrero de cincuenta dólares.

—Eso no es nada, me gustaba el tamaño de su cabeza. Pero nada de dinero.

Sentado en el inmenso *bañadero*, con una pastilla de jabón del hotel en la rodilla, Chino le enseñó a Coen una fórmula para convertir dólares en pesos. Coen paseó por la habitación, intentando memorizar la fórmula. Le estaba cogiendo cariño a Chino.

—Chino, ¿cuál es tu nombre de verdad?

—Herman —dijo Chino sin vacilar—. Solo mi padre podía llamarme así. Como te atrevas, te arranco la cara de un mordisco. Te lo prometo.

Coen estaba impaciente por entregar los dulces a Jerónimo, pero Chino durmió una hora después de su baño. Se puso una camisa bordada, alisó los tirantes, se metió un pañuelo limpio en el bolsillo y pidió un té fuerte en el vestíbulo. Luego cruzaron la Alameda, llegaron a una zona más vieja de la ciudad y fueron a buscar a Jerónimo. Chino pasó de largo frente a los puestos de tacos y cocos para comprar *Life Savers* a una indígena. No permitió que Coen se quedase a ver a dos niños que amasaban tortillas en un puesto callejero.

—Deprisa —dijo.

Lejos de las avenidas, Coen notó la temperatura de los mercadillos, los vendedores y las caras prietas en las aceras. Se deshizo de Chino y comió rodajas de pepino (sazonadas con chile) a la carrera. Se quedó embobado ante los carteles —*Tom y Jerry, La pequeña Lulú, Fabiola Falcon*— y las panaderías. Chino miró con asco la bolsa que llevaba Coen para Jerónimo.

—¿Pescado?

—*Halvah*. De parte de Papá.

Pasaron *pulquería* tras *pulquería* a lo largo de San Juan de Letrán, y la gente del interior se quedaba mirando al chino y el rubio que pasaban juntos. Coen veía cada vez menos mujeres por las calles. Chino giró por Belisario Domínguez y se detuvo frente a una casa con un balcón mugriento y un patio interior.

—Aquí viven los *chuetas* —dijo—. Los comecerdos. Los judíos cristianos.

—¿Marranos? —preguntó Coen—. ¿Es un barrio marrano?

—*Chuetas* —repitió Chino con desprecio.

Entró en el patio, y su cuerpo se perdió en la penumbra a los cinco pasos. Coen se quedó bajo el balcón. Cuando se acostumbró a la espesa luz de aquellos muros, pudo ver a dos chiquillos en camisón que jugaban a la pelota en un recodo del patio. Jugaban en silencio, y el rebotar de la pelota era el único sonido entre aquellos muros. Coen no le veía pies ni cabeza a aquel juego. Le daban a la pelota como ancianos, pulcros y severos en sus camiones, con la cintura rígida, sin malgastar energías. Se quedó con la duda de si todos los niños marranos nacían con rodillas rígidas. En Boston Road, César y Alejandro pateaban una pelota rosa con ganas, como con un resorte en las rodillas. Incluso Jorge, que no podía encorvarse por la calderilla que desde los diez años recogía para Papá, y Jerónimo, cuya mente estaba absorta en los dulces y la moribunda pigmentación de su cabello, mostraban más animación que aquellos dos niños. Justo cuando Coen empezó a pensar que le habían abandonado, Chino reapareció con el primo Mordeckay, un Guzmán más gordo, en camisón, con los rasgos de Alejandro y los ojos estrábicos de Jorge. Coen le presentó a Mordeckay como «*el polonés*». A Mordeckay, pareció gustarle el nombre. Chino le pidió los dulces a Coen. Mordeckay le dio las gracias al «*polonés*». Luego volvió a entrar en la

casa.

—Venga —dijo Chino.

—¿Dónde está Jerónimo? ¿Nos lo va a traer? ¿No le has visto?

—¿Al bebé? No. —Chino fue caminando hacia San Juan de Letrán—. *Imbécil*. Aquí no os podéis encontrar. Los *chuetas* están locos. La gente de ojos azules les vuelve supersticiosos. Le temen al pelo rubio. No te preocupes. Ya está arreglado. Jerónimo vendrá.

Situó a Coen en el extremo norte de la Alameda.

—Quédate aquí, voy a buscar los trastos para esta noche. Sonríe, Coen. Te digo que el bebé aparecerá.

A los cuarenta, treinta, veinte, quince años, Jerónimo era siempre «el bebé». Papá le hacía engullir bocadillos de espinacas, Topal le limpiaba las uñas con un imperdible, y quienquiera que se lo encontrase por la calle tenía que abrocharle los zapatos. Los otros cinco Guzmán se turnaban para bañarlo; no podían dejarle solo en la bañera. Y sin embargo, Jerónimo tenía un sentido de la orientación infalible, capacidad suficiente para entender los semáforos verdes y rojos, el instinto de esquivar el amarillo chillón de los taxis y la valentía de poner dinero en la mano del conductor del autobús. Tragaba caramelos más deprisa que Topal o Alejandro. Consumía más chocolate que una caterva de colegialas. Lloraba por los pollos desplumados del escaparate del carnicero, con los ojos clavados en la hilera de cuellos retorcidos, pero lamentaba más la falta de plumas que la pérdida de la vida. Era capaz de silencios más profundos que los de los Coen. Él era, de los Guzmán, el que más fuerte podía aferrarse a algo. Al que más quería era a César, luego a su padre, luego a Topal, luego a Alejandro, luego a Jorge y luego al tío Sheb. Echaba de menos la huevería, el aura blancoazulada del foco para ver los huevos al trasluz, el puré de guisantes de Jessica Coen. Era un hombre-niño de afectos, modales y miedos fijos. Se negaba a pasar bajo una escalera, pero era capaz de besar al más pulgoso de los perros. Partía cachos de *halvah* para *abuelitas* desdentadas y niños negros desesperados pero no para jovencitas casadas. Mimaba a las ardillas, maltrataba a los gatos. Trepaba por escaleras de incendios para curar el ala de una paloma. No prestaba atención a pájaros con ojos de sangre.

Coen le vio cruzar el parque desde la calle Hidalgo. Iba arrastrando los cordones, llevaba los pantalones a rebosar de dulces y se le marcaba la preocupación en la frente: no había visto a Coen. Las marcas fueron agrandándose mientras le buscaba por el parque. Coen gritó:

—¡Jerónimo! ¡Jerónimo!

Y a Jerónimo se le desorbitaron los ojos. Desaparecieron las arrugas. Corrió hacia Coen, golpeando el aire. Coen le abrochó los zapatos. Luego se abrazaron: Jerónimo le aplastó las costillas con un codo. Lucía gruesas patillas grises. Los pelos de la nariz eran también grises. En los nudillos, el pelo era negro Guzmán. Tuvo que secarse la baba antes de poder hablar. Farfulló el nombre de pila, que le salió «Manfro». Tomó a

Coen de la mano y lo sacó del parque. Pero no le dejó cruzar la calle hasta que se iluminó el «pase» en el semáforo. Luego le llevó directo a la heladería de un comercio enorme de Madero. Pidió un té caliente para él y un helado de chocolate para Coen. Mojó la *halvah* en el té y ablandó los caramelos de su padre con el pulgar (el bebé tenía unos dedos increíbles). El helado sabía a queso. Sentados allí, en los taburetes, en posición confidencial, Coen pretendía sonsacarle al bebé algo sobre Mordeckay, César y los marranos de México, y saber algo del viaje desde Boston Road hasta Belisario Domínguez vía Manhattan. Pero su astucia no le servía con Jerónimo y tuvo que resignarse al agrio chocolate de su copa.

Mientras subía con el bebé por Madero, Coen comprobó la incongruencia de llevar a un chico del Bronx a México. Iba con la mano aferrada entre tres dedos de Jerónimo, los dos con la vista gacha, atentos a los charcos y las grietas de la acera: lo mismo podrían estar en Boston Road. El bebé giró a la izquierda en la plaza del Zócalo y se metió en una zona de mercadillos. A escasos centímetros de la cabeza de Coen, colgaban chaquetas de la casa de Juan el Rojo. En la calle, coexistían salones *de belleza* y escuelas de radio. Los tenderetes abrazaban la avenida Cinco de Febrero de punta a punta. Jerónimo y Coen se detuvieron en una *pastelería*: allí se hicieron con unas pinzas metálicas y empezaron a cargar pasteles, bollos y galletas en una bandejita. Jerónimo manejaba las pinzas con la lengua fuera. Siguiendo el ejemplo de otros clientes, Coen tomó un enorme cedazo redondo de madera y espolvoreó los pasteles de Jerónimo con una cantidad decente de azúcar glaseada, pero Jerónimo quería más. Entonces Coen enterró casi las pastas. Pagó menos de cinco pesos (unos treinta y siete centavos) por las dieciséis piezas de la bandeja. Fueron engullendo pastas y acabaron con las mejillas hinchadas en el Zócalo, cada uno con un bigotito de azúcar. Por último, Coen dijo:

—César está preocupado por ti, Jerónimo. ¿Tienes de todo? ¿Te llevas bien con Mordeckay?

El bebé se sacudió el azúcar del labio.

—Jerónimo. ¿Qué le tengo que contar a César?

Jerónimo besó a Coen sobre los ojos y le llevó hasta el borde de la Alameda.

—Bebé, ¿quieres que venga César a buscarte?

Coen intentó seguir a Jerónimo más allá del parque, pero el bebé levantó la mano y se lo prohibió.

—Casa —dijo, al tiempo que señalaba la calle Madero.

Se alejó de Coen con las pastas restantes metidas en una bolsita cerrada que les había dado la señora de la *pastelería*. No saludó con la mano. No sonrió a Coen. Estaba ocupado con los semáforos. Se agachó cuando enfilaba San Juan de Letrán y empezó a rascar las grietas de la cuneta con el zapato. Coen se quedó contemplando sus torcidas zancadas, y pensó que Jerónimo sabría hacerse su propia Boston Road en la calle Hidalgo. La *halvah* no era más que una propina. El bebé podía sobrevivir sin la tienda de dulces.

Coen se maldijo cuando llegó al hotel Zagala. Se le había olvidado comprobar la bragueta de Jerónimo. Iba tan mustio en el ascensor que el mozo tuvo que recordarle cuál era su piso. No tenía noticias nuevas para César. El bebé era partícipe de secretos que Coen no descubriría jamás. No podía infiltrarse entre Jerónimo y Mordeckay: los Guzmán eran gente reservada, astutos, con frentes amplias y cubiertas de arrugas y una desconfianza de varios siglos de antigüedad. En Lima, se habían hecho pasar por tontos, y adoptaron el uniforme oficial de mendigos mudos, para pispar monederos y limpiar las residencias veraniegas de los ricos. Antes de eso, habían musitado plegarias acristianadas en Holanda, Portugal y España; la claridad de sus voces dependía de la estación, del clima y de la afinidad local por los marranos y demás conversos. Solo a Papá le gustaba hablar, pero no contaba nada de sí mismo en sus adornadas historias sobre cómo crio a cinco *pretzels* en Norteamérica.

Chino encontró a Coen tirado en la cama. De su bolsa de viaje, sacó dos automáticas de nueve milímetros de cañón largo y aceitoso, dos porras de cuero, una colección de placas y una caja de munición. Contento con su botín, se puso a pasear en torno a Coen con los brazos en jarras. Coen no quiso mirar las pistolas ni las placas.

—¿Por qué no fue Mordeckay con Jerónimo? ¿Es que no puede sentarse en la Alameda? ¿O beber té en un mostrador? ¿Le tiene miedo a los polis del norte? Quería hablar con él del chico.

Chino barrió la amargura de Coen con un gesto de la mano.

—Los *chuetas* no salen nunca de su casa. Mordeckay está casado con el porche. Te juro que no sabe ni dónde está el Zócalo. No verás a los comecerdos en el parque. ¿Quién vigilaría entonces el cerdo del horno? No te preocupes por el bebé. Tiene su dirección cosida en la camisa. No puede perderse.

—Alguien debería contarle a César lo de los paseos en solitario de Jerónimo. Pensaba que estaba ocultándose.

—Hombre, no le vas a contar a Zorro lo que ya sabe.

Depositó las placas en el regazo de Coen.

—Tenemos otros asuntos. Yo no he venido a cuidar al bebé. ¿Cuál de estas quieres? ¿La placa de barrendero de Texas? ¿La estrella de bombero? ¿La de auxiliar de hospital? Es la que brilla más. ¿La de guarda forestal? Tanto da, mientras esté en inglés. Los cholos no saben leer. ¿Cuál escoges, *imbécil*?

—La de bombero —dijo Coen.

Solo entonces Chino pudo dejarle de lado y atender a sus propias necesidades. Sopesó las dos automáticas, cerró un ojo ante cada cañón y procedió a cargar la munición. Coen vio pasar las halas entre los dedos de Chino. Iba colando las balas en las culatas vacías con la base de los pulgares. Luego se lavó las orejas con un paño húmedo, se cambió de camiseta y se untó el cuello y la nuca con aceite de olor. Coen había conocido a yonquis atracadores que usaban chalecos perfumados y cuellos de borreguilla, pero no había contado con que Chino se acicalase tanto para un golpe tan

normal. Chino se ató una funda para la porra a la pantorrilla. Le dio una funda similar y la otra porra a Coen, y este se la puso, más por diversión que por otra cosa. Pero no quiso aceptar la pistola.

—Ojos Azules —dijo Chino—, ¿te vas a meter entre esos gorilas y les vas a robar a su mujer sin una pipa?

Coen dijo que sí. Luego le preguntó:

—¿Mujer? ¿Cómo que «mujer»? Chino, ¿le compraron la chica a César? ¿Se dedica a falsificar certificados de matrimonio mexicanos? ¿Fuiste tú el que trajo aquí a la chica?

—Venga —dijo Chino, y se metió las dos automáticas en el cinto.

Con su chaqueta a prueba de arrugas bien abrochada, podía caminar sin que se viera el bulto. Coen le siguió hasta una cafetería de la calle Juárez. En el luminoso del escaparate, se leía en verde un parpadeante «Productos Idish». Chino pidió un bote de pepinillos y pastrami caliente. Coen tomó sopa de pollo.

—No está mal, ¿eh, polaco? Traen el salami desde Chicago.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Zorro.

—Jesús —dijo Coen—. ¿César come aquí también? Nadie más que César pide pepinillos de bote.

—Idiota —dijo Chino—. ¿Qué pasa, que yo no aprendo cosas? Deja en paz a César. Me estás fastidiando el apetito.

En Reforma, subieron a un taxi de dos pesos, e hicieron el viaje con un grupo de mexicanos vestidos con camisas de manga corta.

—Buena' noches —dijo Chino, y con esto se ganó a los mexicanos, que estaban deseosos de oír a un chino hablar español como los *capitalinos*.

—Noches —respondieron ellos.

Sentados de a cuatro en el asiento trasero, con las rodillas apretujadas, ninguno apreció las culatas bajo los bolsillos de Chino, ni notó la porra de la pantorrilla. Hubo un revuelo de presentaciones de asiento en asiento.

—Hermano Reyes —dijo Chino, usando su nombre de pila para los mexicanos.

Sonrió a Coen y le pellizcó en la pierna por llevar tanto tiempo callado.

—Noches —dijo Coen.

Chino le presentó como un gran hombre detective, Manfredo Coen. Los mexicanos parpadearon con respeto al enterarse de que Coen era un hombre de Homicidios en Nueva York. Quisieron saber más cosas de Chino. Él les contó que era comerciante, que se dedicaba a la carne de caballo y otros bienes de consumo, y que era un experto en el manejo y el mantenimiento de taxis. A juzgar por la fijeza de sus miradas y la atención que prestaban a Chino, la carne de caballo y los taxis les parecían más interesantes que los homicidios. En la rotonda de Mississippi, estrecharon la mano de Coen y le dijeron a Chino que se sintiese en su ciudad como en *su casa*. Chino quería comprar unos caramelos antes de ir a buscar a la chica, de

modo que siguieron por la avenida hasta llegar a un hipermercado descomunal de tejas y vidrio. Coen vio una horda de chicas y chicos más o menos rubios, vestidos con ropas descoloridas, que parloteaban frente a un mostrador. No fue capaz de identificar sus voces, ni su acento, ni sus culitos prietos. Más que erguirse, se estiraban y, con los dedos metidos en los bolsillos, parecían estar posando en el local. Coen no los mencionó hasta que Chino se hubo decidido por unas bolas ácidas.

Entonces susurró:

—¿Quiénes son esos? ¿Albinos?

—Chicos de la colonia estadounidense —dijo Chino.

—¿No saben doblarse? ¿Es que no tienen cintura?

—No te preocupes por ellos. Están chalados, los niños gringos. Viven de las portadas de sus discos. Se meten mierda en tecnicolor. Beben con pajita. Igual que Jerónimo. Son peores que los comecerdos. Mordeckay al menos se queda en casa.

Luego se apiadó de ellos.

—No es culpa suya, polaco. Ellos no enviaron a sus padres a México. ¿Qué pinta crees que tenía yo cuando mi papá me llevó a Nueva York? Llevaba orejeras en verano y en invierno. Le echaba azúcar a la cecina. Perdí mi sombrero en la taza del váter. No te embobes, polaco. Venga. Puede que a los cholos no les guste la hora que hemos escogido para robarles a su gringa.

Llevó a Coen por la calle Mississippi y a través de los tres carriles de Melchor Ocampo hasta llegar a un edificio de apartamentos de estuco rosado en la calle Darwin, cerca de Shakespeare. A Coen se le hacía difícil asociar a aquellos fulanos cochambrosos y una chica raptada con la marquesina a rayas y el picaporte dorado de la puerta principal. Subieron hasta el quinto piso en un ascensor diminuto de techo falso y paredes chapadas. Coen no paraba de rascarse los nudillos, pero Chino no daba señal alguna de nerviosismo. Levantó los faldones de la chaqueta para airear las culatas. Salió al descansillo, abrió una puerta y entró sin avisar. En el salón, había cuatro mexicanos. Todos ellos vestían corbatas y camisas blancas impolutas. No se movieron al ver a Chino. Coen supuso que eran hermanos, porque todos tenían una cara abotargada y un entrecejo irregular que les daba un aspecto enfurruñado; solo uno de ellos llevaba bigote. Maldijeron a Chino, usando su apodo. También mencionaron a los Guzmán y a Zorro. Miraron con desdén las automáticas de Chino y le mostraron una especie de recibo.

Chino se volvió hacia Coen, que seguía en el umbral.

—Polaco, dicen que la gringa es su esposa. Y tienen papeles para demostrarlo. Imagínate, un amancebamiento legal a cuatro bandas.

Empujó a Coen hasta el salón. Los cuatro mexicanos se echaron para atrás.

—«*El polonés*» —susurraron, al tiempo que señalaban a Coen. Evitaban su mirada—. «*El polonés*».

Tomaron sus pertenencias y salieron, esquivando a Coen, para apretujarse en el ascensor.

—¿Qué coño ha sido eso? —dijo Coen.

—Polaco, tienes fama. México es tuyo. No volverán por casa en una semana.

Partió con los dientes una bola ácida y se metió los pedazos bajo la lengua.

Coen estaba que echaba humo.

—Chino cabrón, ¿es que has ido por la ciudad contando historias sobre mí? ¿Has ido largando fantasmadas? ¿Quién soy, el nuevo matón de Zorro? Especialista en estrangulamientos. ¿Soy de los que te vuelan la boca?

Del dormitorio salió una chica con un vestido verde oliva muy decente. Tenía los ojos legañosos de tanto dormir.

—¿Dónde está Miguel? ¿Dónde está Jacobo el Rojo?

Chino se desentendió encogiéndose de hombros.

—Ni idea, preciosa. Se fueron con mucha prisa. Jacobo me dijo: «encárgate de mi mujer».

La chica, soñolienta aún, se golpeó los dedos del pie contra una de las gruesas patas del sofá de los mexicanos. Fue a trompicones hasta Chino con un pie en la mano, intentando no caer sobre Coen. Los saltos le sacudieron la somnolencia. Cuando descubrió la placa de Coen se puso a maldecir.

—Tú eres ese tío que trabaja para mi padre. Odette ya me advirtió sobre ti. El poli judío que se la chupa a los millonarios.

Luego examinó la placa y vio que Coen lucía una estrella de bombero de Acapulco. Le ignoró y se rio a la cara de Chino. Tuvo que sentarse en el suelo para controlar los espasmos de su estómago. A Chino le gustó ver cómo se hinchaban sus pantorrillas.

Coen se acuclilló frente a ella, con las manos en las rodillas.

—Carrie —dijo—, Caroline. Levántate, por favor.

A Chino le parecía que Coen no tenía por qué contemporizar tanto con ella. Él la hubiera cogido por los pelos y le hubiera dejado claro cuál era su sitio. No les tenía aprecio a las niñas gringas ricas, esas que te escupen y luego van a esconderse tras las rodillas de papá. Pero tenía que comportarse. No podía ofender al señor Ojos Azules.

—Que no le engañe la estrella de su camisa, señorita Child. Es el de verdad. El detective Coen. Ni él ni yo podemos quedarnos mirando mientras usted vive con unos cholos.

Caroline se quitó las cuatro alianzas y les tiró dos a Chino y dos a Coen.

—Con vosotros no voy a ninguna parte. ¿Dónde está Miguel?

Siempre atento a Coen, Chino la cogió por los codos y la llevó hacia el dormitorio. Estaba llorando.

—¿Dónde está Miguel?

—Chino —dijo Coen—, ¿qué estás haciendo?

—Déjame hablar con ella, polaco. Ahí dentro. La convenceré. Suave, suave.

Coen se puso a escuchar tras la puerta del dormitorio. Le oyó decir: «todos los subnormales están con papá». Salió acompañada por Chino y con un vestido simple

de algodón; solo era una chica de diecisiete años, de manos vulgares y cara angulosa, y no la esposa-amante de la calle Darwin. Coen sintió lástima por ella y se odió por hacer de pastor para su padre. Chino intentó animarle.

—Polaco, hasta que no cerré los ojos no se cambió de ropa. —Luego le enseñó los brazos de la chica—. Mira esas marcas. Los cholos la han metido en el caballo.

—Está loco —dijo Caroline—. Son inyecciones contra la alergia. Miguel pagó por ellas. Sin inyecciones, estaría moqueando todo el día.

—Caballo —dijo Chino.

Consiguieron evitar al conserje y entrar con ella en el hotel. Coen se puso a dar vueltas por el baño.

—¿Cómo la vamos a sacar? Necesita una tarjeta de turista, algo que demuestre que es ciudadana.

Chino sonrió.

—No te preocupes. Zorro lo ha arreglado.

Sacó unos papeles arrugados de la cartera: la tarjeta de turista y el certificado de nacimiento de Inez Silverstein, una nieta de Mordeckay que estaba en Carolina del Norte.

Caroline se durmió en la cama de Coen. Coen se sentó junto a ella.

—Carrie —susurró—, ¿quién te llevó a la calle Darwin?

Chino le chistó.

—Jesús, la vas a despertar.

Preparó dos lechos para Coen y para él frente al pie de las dos camas. Coen se desnudó en el baño. Chino musitó un «*noches*» y al instante empezó a roncar. Coen se metió en la cama en ropa interior.

Caroline prefería más los ronquidos regulares de Chino que la respiración pesada de Coen. Le hubiera gustado estar con Jacobo el Rojo. Jacobo no se escondería en un colchón de hotel, con los pies colgándole fuera. Si hubiese tenido la oportunidad, habría metido a Chino en su cama. Las orejas de Coen eran demasiado puntiagudas. Tenían la fijeza de las de un sabueso. Y le desagradaban los polis con zapatos de puntera fina. Chino tenía los ojos más monos: no le recordaba a su padre, como Coen. Le tenía cierta ley a Chino; él la había llevado a México junto con el chico aquel de pelo gris, un idiota que tenía erecciones en el avión. Chino le había presentado a Jacobo, Chepe, Dieguito y Miguel, había tomado prestadas las alianzas de un viejo judío de otro barrio, un tal Mordeckay, y ahora conspiraba para llevársela de regreso.

Probablemente el poli tenía algún tipo de poder sobre él.

Caroline no era una niña mimada. La escuela Carbonderry no le había hecho rebelarse, como a Odile. No se hacía grandes ilusiones respecto a sus poderes de seducción. Jacobo se había quedado gratis con ella; la compartía con sus primos por deferencia. Aquel acuerdo satisfacía a Caroline. Detestaba la devoción de su padre por el arte, su ufana vida de mecenas, sus aires de superioridad ante cualquier manifestación de americanismo, sus festivales de Pinter, sus semanas de Beckett, sus

happenings de Artaud (modestos actos en los que se destrozaban bancos y las chicas del público perdían parte de sus blusas, aunque nunca Caroline), sus tés ingleses, sus cruasanes, sus rocambolescas partidas en la sala de pimpón, actividades vedadas a Caroline. Desposeída de los placeres de su padre, Caroline pagó a su prima Odile trescientos dólares, ahorrados de una paga mensual de treinta dólares, para que la sacase de tapadillo del país. Quizá habría acabado quedándose junto a papá si este hubiese sido capaz de mirarle a la cara. Vander era un coleccionista de bellezas: se rodeaba de gente como Odile y de personitas hipersensibles de sus reposiciones de Bernard Shaw (chicas de narices imperfectas y magníficas barbillas). Consciente de su falta de atractivo, Caroline quiso demostrarle a su padre que podía ser deseada por un hombre, aunque solo fuese Jacobo el Rojo.

No apartaba la vista de Chino. Quería de él algo más que los silbidos que le llegaban desde el pie de la cama. Así que estiró una pierna y le rascó el brazo con una uña pintada.

Chino se despertó, rígido como un cuchillo. Reconoció el pie que flotaba sobre él.

—Señorita, vuelva a meter esos dedos en la cama y déjelos ahí.

—No —dijo, esforzándose por hablar en susurros—. Chino, ¿tienes sueño? Si no puedes subir, ya bajaré yo.

—¿Está loca? —dijo él—. ¿Y qué pasa con el polaco que tenemos debajo de la otra cama? El poli ese es hombre escrupuloso. No se engañe. Si usásemos el mismo cepillo de dientes, él lo sabría.

Caroline empezó a hacer pucheros; el camisón que le había dado Chino le llegaba hasta las rodillas y no conseguía levantar el dobladillo.

—Oh, ¡que se vaya a paseo! No es más que un poli tonto. No me importa.

—A mí sí, señorita.

Chino se arrebujó bajo la cama; tenía que pensar en Odile; aquella chica le hacía mojar los bolsillos. Debería haber seguido la máxima de César: no te enamores jamás de una *prostituta*. Pero en los dedos sentía el cosquilleo de haber trepado por los pantalones de alguien y haber tocado el vello sedoso y las cicatrices de la rodilla. Y con Caroline agitándose sobre él, inquieta sobre el colchón, Chino temía no poder pegar ojo.

El *chueta* Mordeckay Cristóbal da Silva Gabirol había llegado a México procedente de Perú. Sus antepasados eran mayoritariamente portugueses. Habían sido criptojudíos, convertidos al catolicismo para conservar la piel, y se habían hecho sacerdotes, marinos y ministros de los reyes de Portugal, hasta que la Inquisición les cayó encima y los expulsó a Holanda y las Américas. Los Da Silva pasaron por cinco inquisiciones menores antes de llegar a Perú. Para entonces, se habían visto reducidos a chatarreros mendicantes, oían misa (en lo que ellos seguían llamando «sinagoga») y musitaban sus oraciones en casa, a la vez que cocinaban ingentes cantidades de cerdo

a las puertas de su casa para despistar a sus vecinos cristianos y protegerse frente a futuras inquisiciones. Así heredó Mordeckay su condición de cocinero y consumidor de cerdo. Ya no había necesidad de aparentar para engañar a los cristianos (no se había quemado a un Da Silva desde 1721), pero los *chuetas* no eran capaces de renunciar a su secretismo. Mordeckay tenía predisposición al desánimo. Jamás se aventuraba más allá de su *colonia*, y no sabía nada de Ciudad de México. Vivía intramuros, toleraba los callejones y *galerías* de Belisario Domínguez y aborrecía el ruido y la brutal luz de la calle.

Hacía algunos servicios especiales para sus primos norteamericanos del Bronx, y se le pagaba por ello. No buscaba otros empleos, y pasaba las horas rezando sobre sus ollas de cerdo hirviendo. Mordeckay rezaba por los Da Silva, vivos y muertos, por sus primos del Bronx y todos los *chuetas* del mundo, por el Día del Perdón, por los cerdos sacrificados para que los Da Silva pudieran sobrevivir, por la oscuridad que protegía a los *chuetas*, por la lengua portuguesa que tanto les había ayudado, por el español que hablaba en América y por su propia apostasía, su alejamiento forzado de las leyes de Moisés. Veneraba a Cristóbal Colón, a quien consideraba un *chueta* nacido en Portugal, y a la reina Esther, que desposó al rey persa para salvar a los judíos y se convirtió en la primera marrana de la historia. Los *chuetas* tenían preceptos sacros para santa Esther: el suyo era día santo y no les estaba permitido escupir, orinar ni comer cerdo. Por santa Esther, Mordeckay no comía más que espinacas. Y por mucho que se quejasen sus riñones, no iba al baño hasta entrado el anochecer.

Mordeckay no estaba circuncidado. Siglos atrás, los *chuetas* no se arriesgaban a cortarse el prepucio por miedo a los inquisidores, que de inmediato les hubieran identificado como judíos; los *chuetas* contemporáneos continuaban con esta costumbre, pues no olvidaban a los inquisidores de antaño. No podían romper un vínculo de cinco siglos. De modo que conservaban el prepucio y rogaban a su señor Adonai en busca de perdón, a la vez que se santiguaban y escupían al demonio.

—Perdóname, Adonai —recitaba Mordeckay cada mañana en portugués moderno —, perdóname por pisotear tus leyes, por ignorar el precepto de la circuncisión. Soy impuro, Adonai. Mía es la pestilencia, y mi semilla es impura. Por ese motivo, Adonai, he resuelto no casarme nunca. El año pasado, Adonai, vino un rabino de América del Norte para circuncidar a los conversos de la colonia. Yo me negué, Señor. No podía traicionar la herencia familiar. A los trece años, Adonai, nuestros padres nos desvelaron la verdad de nuestra fe y juraron que quienes se sometiesen al ritual del corte dejarían de ser Da Silva. Así que cerré mis piernas al cuchillo del rabino. Lo que he hecho, Adonai, lo hicieron antes mis antepasados. De no ser así, no existiría. Perdóname, Adonai, y envíame libros de tu ley en español y portugués. Es mi ruego y mi esperanza que los espías de la tarde no descubran dónde vivo, y solo tus ángeles, Señor, los ángeles de Adonai, me sigan hasta la oscuridad del porche y la seguridad de mi hogar.

Como parte de su compromiso con el Bronx, Mordeckay había heredado a Jerónimo. Tras encontrarse con el bebé en el aeropuerto (solo por los Guzmán dejaba Mordeckay su *colonia* e, incluso entonces, en un coche conducido por otro y con ventanillas oscuras), Mordeckay se lo llevó consigo a Belisario Domínguez. Pero el bebé no podía estar quieto. De modo que Mordeckay tuvo que acompañarle a las inmediaciones del Zócalo y al puñado de *librerías* cercano al parque de la Alameda. No podía seguir el paso feroz de Jerónimo y se vio obligado a sentarse en un banco de la Alameda para recuperar el resuello, o no habría llegado a su piso con los pulmones en funcionamiento.

A pesar de todo, Mordeckay profesaba una callada lealtad y una delicadeza raras incluso en un *chueta*. No preguntó jamás a sus primos por qué le habían endosado un *subnormal* que no era capaz de sobrevivir sin un caramelo en la boca. No importaba que él también amase al chico. Le hubiera rodeado de la misma fiera devoción tanto si detestaba sus mejillas pegajosas por el caramelo como si no.

Solo una vez se había inmiscuido en los asuntos de sus primos marranos. Sucedió dieciocho años atrás, cuando visitó el Bronx por petición expresa de Moisés Guzmán. Mordeckay viajó por mar. Atravesó en barco el trópico de Cáncer y el golfo de México, rodeó los cayos de Florida y fue subiendo por el accidentado Atlántico hasta llegar al puerto de Nueva York. Los Guzmán le recibieron en el muelle abrigados con jerséis y orejeras; en los pantalones, pringados de jarabe, se les formaban estalactitas. Mordeckay vestía una camisa de madrás, apropiada para el invierno mexicano. Le forraron con jerséis y orejeras y le sacaron de Manhattan en el coche familiar, un Chrysler sedán del 49 conducido por Boris Telfin, un vecino (ninguno de los Guzmán aprendió jamás a conducir). Mordeckay admiró lo espacioso que era el coche.

—Moisés —exclamó, en una mezcla de portugués y español, para que los chicos de Guzmán no pudiesen entenderle—, ¿vamos a tu *judería*?

Papá se rio. Le explicó a Mordeckay que la *judería* del Bronx llegaba de un extremo al otro del barrio.

A Mordeckay aquello le pareció absolutamente milagroso. No había oído hablar jamás de una *judería* tan grande, capaz de engullir barrios enteros; ni siquiera la gran *Judería* de Lisboa (antes de la expulsión de los judíos) habría sido rival del Bronx. Mantuvo su anonadamiento hasta que le sacaron del Chrysler y se encontró en la tienda de dulces con cinco influyentes Guzmán. Fue presentado como Mordeckay, el primo de México. No tuvo cama propia, y fue pasando de cama en cama en la trastienda: un día dormía con Jerónimo y al siguiente con Topal. Le dieron juegos de ropa interior de abrigo, un cepillo de dientes infecto (anteriormente propiedad de Alejandro) y un orinal para defecar en caso de que el retrete estuviese ocupado (Jerónimo tenía sus mejores sueños en el trono de los Guzmán).

Los calendarios de Papá y Mordeckay no coincidían del todo, y cuando Mordeckay anunció que debía hornear su *pão santo* en pleno invierno, Papá se

enfureció.

—Primo, esta no es época de *Pascua*. Espéranos. El pan lo preparamos en julio.

El primo Mordeckay se negó, y Papá tuvo que renunciar a su horno por la preparación de aquellas quebradizas obleas de *pão santo*, de sabor amargo que le causaron ardor de estómago. Aun así, obligó a sus hijos a ingerir el pan de Mordeckay. Pero en cambio no consintió en honrar el día de santa Esther.

—Primo, aquí no adoramos a mujeres.

—Moisés —dijo el primo, con la cara congestionada por el rubor de la vergüenza—, ni siquiera los cristianos viejos insultan la virtud de santa Esther. No puedo permanecer en tu casa.

Y Papá, que era capaz de aplastar la nariz de un hombre con dos dedos, decidió ser amable con el primo Mordeckay. No quería que aquel pariente desapareciese en el negro polvo de Belisario Domínguez sin haber vivido el Bronx. De modo que contuvo la orina el día de santa Esther hasta que la sangre le congestionó la cabeza y empezó a ver doble (los Guzmán acostumbraban a mear una vez cada hora por culpa de las abundantes bebidas carbónicas que tomaban). Prohibió el cerdo a sus hijos y les dio espinacas por indicación de Mordeckay. De este modo honraba a su primo, el pariente que recitaba largas oraciones en honor de Adonai y que andaba en tratos con santas (un acto aborrecible a los ojos de Papá).

Por su parte, Mordeckay presentó sus respetos a los *negocios* de Moisés. Pasó a formar parte de la maquinaria de los Guzmán, una conjura de corredores, recaudadores y banqueros que manejaban divisa pequeña. Durante el tiempo que estuvo con Papá, Mordeckay no vio nunca papel moneda por valor superior a *cinco dólares*; trabajaban para Papá *chuetas* de Bogotá, Lima y Palestina, deficientes mentales, policías expulsados del cuerpo y *portorriqueños* sin hogar, que depositaban y recogían monedas y garabateaban palabras en papel higiénico, un juego que Mordeckay no alcanzaba a entender. Trabajó amistad con uno de los corredores de Papá, un primo de Palestina (los *chuetas*, que habían pasado sus vidas en diversos estados de dispersión y solo podían respirar en culturas ajenas, que eran tanto musulmanes y cristianos como judíos, no aceptaban la soberanía de un estado terrenal judío, de modo que evitaban toda mención al Israel moderno y para ellos «Israel» era un estado mental, un lugar desdibujado sin fronteras fijas, un lugar imaginado quizá por la reina Esther en el lecho del rey persa). Este *palestino* había ido a Tel Aviv desde Bogotá porque quería tomarse un pequeño descanso de los rigores de la dispersión y sentía curiosidad por una ciudad regida por judíos, pero huyó de Palestina para eludir a un gran rabino que se había propuesto circuncidarle y llevarle a la sinagoga. Los *chuetas* no podían entrar en la sinagoga: oraban en casa o en una iglesia.

Mordeckay le confeccionó al *palestino* un chal con las sábanas de un barbero de Boston Road; hacia mediodía se metían bajo los chales y no salían hasta pasadas las seis, después de rezarles a santa Esther, santa Teresa de Jesús, los mártires cristianos

y marranos, los turcos que en su día amaron a los judíos, cada uno de los hijos de Moisés y los ángeles de Adonai. El *palestino* unía a su piedad la condición de ladrón. Papá quizá hubiera pasado por alto unas recaudaciones irregulares, pero es que el *palestino* (cuyo nombre era Raphael) robaba a manos llenas. Antes de planificar el entierro del *palestino*, Papá consultó a Mordeckay.

—Primo, Raphael me está ofendiendo. Si no contraataco, otros aprenderán de él. Tiene que desaparecer, Mordeckay. Puedo enterrarle en Queens, con los católicos, o en mi granja. Tú eliges. No te preocupes. En su lápida, habrá cruces.

Mordeckay sintió escalofríos al pensar en el *palestino*, y sus mejillas se motearon de rojo y azul ante la barbarie de Moisés.

—Castígale, de acuerdo, Moisés. No pido clemencia para un ladrón..., pero ¿derramarás sangre de tu sangre? Es tu primo, Moisés. Dios no lo quiera.

Enfrentado a la tozudez de Papá, Mordeckay recurrió al rezo. Se santiguó, se arrodilló a los pies de Moisés y conjuró a su santa favorita.

—Reina Esther, intercede. Protege a tus hijos, los *chuetas*. Muestra a mi primo el daño que hará si hiere a uno de los suyos.

El destino estaba del lado de Papá. El *palestino*, que además había seducido a las mujeres de varios corredores de Papá, fue asesinado por un marido celoso. Papá pagó de su bolsillo el traslado del cuerpo a una funeraria portorriqueña. Luego convocó a Mordeckay y a sus cinco hijos.

—Chicos, los norteamericanos se reirán de nosotros si no actuamos rápido. Moisés Guzmán no tiene a cornudos trabajando para él. Si no pude abofetear a Raphael en vida, lo haré ahora que está muerto.

Mordeckay masculló algo acerca de la diferencia entre la venganza pía e impía, pero tuvo que transigir: resistirse a la familia que le daba cobijo sería un acto inconsciente. Además, entre Jorge y Alejandro lo llevaron en volandas hasta las puertas de la funeraria. Mordeckay se quitó las orejeras y el sombrero. Los Guzmán husmearon por todas partes; interrumpieron varias ceremonias hasta que encontraron la capilla de Raphael. Apenas había un puñado de gente en la sala en cuestión: aquí y allá un *chueta*, la esposa del marido celoso, el conserje de la capilla y un tipo con pinta de sacerdote con sotana y jersey de lana. Papá se acercó al féretro. Alzó la cabeza del *palestino* (un empleado morboso la había maquillado y encerado para que Raphael mostrase media sonrisa). Le besó en los ojos, lamentó en dos sollozos la pérdida de un primo y le abofeteó en las dos mejillas. Jorge, Alejandro, Topal, César y Jerónimo siguieron el mismo procedimiento, y sus sollozos fueron tan fuertes como los de Papá. Mordeckay lloraba cuando llegó ante el ataúd: las bofetadas le habían descolorido la cara, y una de las mejillas colgaba ya.

—Adonai, perdóname por mancillar a uno de tus ángeles. Prometo aprender tus leyes. Rezaré más tiempo, con más fervor, a la próxima reina Esther.

Y le abofeteó.

Los dedos de Mordeckay quedaron tiznados de azul; la mejilla (la que no había

caído) osciló con la fuerza del golpe. Salió corriendo de la capilla.

—Papá —susurró Alejandro—, ¿quieres que le vuelva a traer?

—Déjale en paz —gruñó Papá.

Para cuando Papá y los chicos regresaron a la tienda de dulces, Mordeckay llevaba ya su camisa de madrás. Le rogó a Papá que le liberase de sus obligaciones en el Bronx. Papá no podía obligar a un primo a quedarse: un hombre tan fervoroso no estaba hecho para Boston Road. Besó a Mordeckay en la frente. Mordeckay dio las gracias a los chicos por tolerarle en sus camas y se metió en un buque de línea mexicano con las orejeras en el bolsillo.

SEGUNDA PARTE

A los jugadores ocasionales, los que acudían una vez a la semana al club de pimpón de Schiller, les hacía gracia aquel poli que jugaba con la placa y la pistola puestas. Disfrutaban del espectáculo de una pistolera sobre unos pantalones cortos azules. Y apostaban entre ellos, apuestas de caballeros, nunca más de un penique o un cigarrillo, a que el poli no podía rematar la bola con la artillería a cuestas. Schiller no aprobaba aquellas apuestas. No quería que su club degenerase en un circo. De modo que mantenía a los jugadores ocasionales lejos de Coen. Pero no era un hipócrita. Ni siquiera Schiller podía ignorar el peculiar atractivo del uniforme de Coen: la cinta amarilla de la cabeza, las muñequeras, la Police Special, la camiseta y los pantalones cortos, la placa dorada y las zapatillas de cuero daban a Coen el aire de un hombre con una formidable capacidad de concentración y una auténtica pasión por el pimpón.

Fue Chino el que le impuso la pistola a Coen. Con Chino suelto y atracando taxis, poniendo a caer de un burro a Coen en el distrito segundo y ahora espiándole al resguardo de una peluca roja, no podía permitirse ir al club de Schiller sin pistola. Al principio, el propio Schiller o Arnold le sostenían la pistolera, y él jugaba en la mesa del fondo, desde donde podía ver todas las salidas. Pero le molestaba convertir a Schiller y Arnold en sus guardianes. ¿Por qué tenían que apechugar con el trabajito de meterle la pistola en la cara a Chino? De modo que Coen se enfundó la pistolera. Y como no se sentía cómodo en pantalones cortos y quería asegurarse de que ningún recién llegado le confundiera con un pistolero de Columbus Avenue, se puso también la placa. Schiller tenía sentimientos encontrados al respecto. Si bien detestaba la idea de que hubiese armas en su club (era un judío austríaco pacifista y vegetariano), se sentía mucho más seguro cuando estaba Coen. Ningún gamberro de Broadway centro se atrevería a bajar y desbaratarle las mesas, los bancos y la cafetera.

Después de lo de México, Coen dejó de preocuparse por Chino, pero olvidó cambiar de uniforme. La pistola se convirtió en un hábito. Necesitaba el peso junto a la cadera para dar sus mejores golpes. Y siempre que fallaba un resto fácil o no conseguía cambiar al *drive* acariciaba la placa. De nuevo jugaba con regularidad, seis veces a la semana. Se había autoimpuesto unas vacaciones. Entregó la chica al chófer de Pimloe, en lugar de a Child (años atrás, Isaac le había enseñado a adular el ego de sus superiores), pero no se había presentado todavía a la división. Estaba cansado de dar tumbos. Por eso prefería lavar cada día la cinta del pelo y pelotear en el club de Schiller con su Mark V.

Coen había jugado a pimpón en el lago Sheldrake con los chicos de Guzmán a los diez, once y doce años. Era el amo de las mesas de campo y vencía a los granjeros, al repartidor del pan, a los hombres de la urbanización, a Jorge, a César y a Jerónimo con una pala de lija o con la pala granulada más sofisticada de César. Nadie

era capaz de cazar los cañonazos de su servicio ni los extraños pero efectivos golpes con efecto que le arrancaba a la pala de lija. Jugador de exteriores, sabía colar la pelota en la brisa y dejarla muerta al otro lado de la red. Los Guzmán rechinaban los dientes y juraban que Manfred se lo montaba con el viento. Jerónimo solo jugaba los días soleados. César aprendió a sacar provecho. Incitaba a los granjeros y los veraneantes a jugar, ofreciéndoles de cinco a doce puntos de ventaja contra Coen, en función de su habilidad y del estado de ánimo de Coen. Antes de que cumpliera los trece, el padre de Coen dejó de enviarle a él, a su madre y al tío Sheb a la granja de verano de los Guzmán. Se olvidó del pimpón, se concentró en el temario de música y arte y empezó a dibujar a Jerónimo al carboncillo, y también huevos. Durante el verano siguiente, se encargó junto con Sheb de la tienda y estuvo pensando en el espantapájaros del lago Sheldrake. Llevaba ocho semanas en el instituto cuando César regresó de la granja. Después de estar separado de los Guzmán más de medio año (Papá sacó a César del colegio en mayo y no le dejó regresar hasta octubre), Coen circulaba por Boston Road con una calcomanía del instituto (marrón y azul) sobre la camisa y se mantuvo alejado de la tienda de Papá.

Después de que su mujer se casase con Charles, el dentista, Coen fue a parar al club de Schiller. Con su abrigo oscuro y cuadrado y sus pantalones de pernera demasiado corta, Coen resultaba inconfundible como policía. Pero Schiller le aceptó. Respetaba el primitivismo de las necesidades de Coen. Con placa o sin placa, solo los hombres solitarios se ven atraídos hacia un club de pimpón. Schiller tenía una teoría. El pimpón era un juego hogareño. Permitía mostrar cortesía y otras virtudes. Por eso puso una pala en la mano de Coen, una Mark V con doble capa de espuma y goma blanda, la mejor que tenía. Y Coen jugó. Contra el propio Schiller. Nunca había tocado una pala como aquella. La pelota se hundía en la espuma y salía rebotada en ángulos inverosímiles. No tenía el «poc» familiar de las palas de goma dura, ni el más agudo de la de lija. La pelota parecía gemir contra la espuma y chapotear. Muy pronto, no pudo ya vivir sin aquel sonido. Al jugar en sala, tuvo que renunciar a sus trucos y aprender a contener el efecto salvaje de la pala. Schiller le mandaba bolas bajas y cortadas que Coen no era capaz de devolver. Schiller se negó a darle ánimos. Coen vivió una semana enfurruñado. Entonces estudió el vuelo de la pelota. Sus desplazamientos ayudaban a Schiller, no a él. Si ponía la pala bajo la pelota sin golpearla ni mover la muñeca, rompía el efecto de Schiller y podía devolver la pelota al otro lado de la red. Desarrolló un poderoso contraefecto. Empezó a devolver los remates abiertos de Schiller. Siempre cerca de la mesa, tomaba la pelota recién salida del bote y la lanzaba hacia las esquinas, con lo que el pobre Schiller iba zumbando de un lado a otro.

—Emmanuel, ¿dónde estaban las palas de espuma cuando yo era niño? —dijo Coen, mientras secaba la Mark V con una servilleta de papel—. No fue justo hacerme jugar con lija. Con una de esponja hubiera sido un fenómeno, un jugador cinco estrellas.

—Sí, claro —dijo Schiller, cortando en seco la euforia de Coen—. Entonces no había palas blandas en Estados Unidos. Tomamos la costumbre de los japoneses. Nosotros les enseñamos la bomba atómica y ellos nos dieron la pala de dos capas. No sabría decirte cuál de las dos es la peor arma.

Schiller estaba agotado y algo ofendido por un pupilo capaz de derrotarle con tanta rapidez, y Coen pasó a jugar con el rango inferior de los habituales del club, locos del pimpón que se habían destetado con las palas de goma dura y habían cambiado a regañadientes a las blandas. Coen los puso en evidencia con sus dejadas y con su abanico de efectos. Encontró su puesto en la categoría media de fanáticos y, con ellos, ganaba, perdía y discutía las cualidades de las distintas capas de goma y mangos de madera. Pero los jugadores por excelencia, los auténticos pirados que cambiaban la goma en cuanto aparecía un pico, solo jugaban con pelotas de la China continental y practicaban golpes en mesas vacías, vivían en un hemisferio diferente al de Coen. Esos eran los que sabían tirar globos liftados con un mero golpe ascendente, de manera que la pelota formaba dos jorobas perfectas al tocar la mesa y te saltaba al puño o salía muerta de la goma. Schiller se ganaba la vida con aquellos fanáticos, pero no disfrutaba con su compañía. Eran puntillosos y engreídos, condescendientes con otros jugadores más flojos, y sentían celos de los golpes de otros. Schiller les asignaba las dos mesas delanteras y les dejaba acercarse a la cafetera. Coen les era más familiar que otros jugadores menores, por aquello de la placa de detective, pero ninguno quiso enseñarle a tirar globos. Y siempre que se juntaban tres o cuatro se reían en privado de su uniforme y se preguntaban en qué pararían los detectives si Coen estaba entre ellos.

Ahora jugaba tan a menudo y con tanta concentración que rascaba constantemente la pala contra el reborde de la mesa; cerca del mango, habían saltado pedazos de goma. Coen reparaba las calvas de los cantos con laca de uñas roja, que impedía mayores grietas, pero pronto tendría que despegar la goma y comprar un juego nuevo. Le molestaba la delicadeza de la pala, su cortísima vida útil, y así se lo dijo a Schiller.

—Pues juega con las granuladas —le dijo Schiller, y Coen tuvo que callar.

Al pasear la mirada por las mesas, vio que Vander Child se acercaba a él, vestido con zapatillas deportivas y pantalones de lino, con una bolsa bajo el brazo.

—*Buenos días* —dijo en español, recordando burlón el paso de Coen por México.

A Schiller, no le cayó bien desde el principio: solo un hombre sin principios iba a jugar a pimpón con pantalones blancos. Y se fue a su cuchitril para preparar un pastel de espárragos. La frialdad de Schiller serenó a Child.

—Lo siento. No quiso usted pasar por casa. Y quería darle las gracias, así que pensé que podíamos pelotear un poco. ¿De acuerdo? No pretendía invadir su territorio. ¿Quiere que me vaya?

—Vamos a pelotear —dijo Coen, y Child sacó su Butterfly.

—He buscado un internado en Vermont para Caroline. No irá muy lejos. Tendrá

grandes historias que contar a las chicas. Dudo que alguna de ellas haya estado de ama de casa en Ciudad de México. Manfred, le estoy muy agradecido. Si no fuera por usted, Pimloe aún estaría olisqueando el suelo.

—No estoy tan seguro —dijo Coen, y sirvió un saque alto que pilló a Child a contrapié. Felicitó a Coen.

—Se ha vuelto más hábil desde que jugamos en casa.

—No soy yo —dijo Coen—. Es la pala.

Y envió el saque a la otra esquina. Child lanzó un golpe torpe, con la Butterfly cogida como si fuera una garra, y la pelota le golpeó en los nudillos. A Coen no le gustó la desmaña de Child. Sabía bien la ventaja que sus saques podían darle. No deberían plantear tantos problemas a Child. Al siguiente saque, no dio efecto a la bola. Volvió a darle en los nudillos. Lanzó dos saques que superaron a Child y perdió todo interés por él.

—Yo no olvido a quienes me hacen un favor. Le dije a Pimloe exactamente lo que pensaba. Le dije: «está malgastando a Coen. Ese chico tendría que estar más arriba». No le debe quedar tanto para jubilarse, Manfred. Si esos cabrones le manipulan, siempre puede recurrir a mí.

—Juegue, señor Child.

Entre saque y saque, Child adulaba a Coen.

—No sería cicatero con un hombre de sus características. Usted podría sacar a Caroline de los baches, alejarla de los líos. ¿Me escucha, Manfred?

—No me debe nada, señor Child. Se lo debe a César Guzmán. Él encontró a su hija, él y un atracador de taxis que se llama Chino Reyes. A mí, me pilló en medio, nada más.

—Bobadas —dijo Child—. Carrie no hubiera vuelto a casa con esos palurdos. Fue usted.

Coen dejó de llevar la puntuación.

—No tenía demasiadas ganas de venir. Chino la persuadió. ¿Qué está pasando entre usted y Guzmán, señor Child? No me gustan las payasadas. Me había jurado usted que no sabía nada de César.

—Ética comercial, Manfred. Nada más. No me gusta mencionar a los rivales, especialmente cuando son tan molestos. Además, no ha pasado nada malo. Carrie ha vuelto y usted está a partir un piñón con Pimloe. Ya es su rabino. ¿No es así como lo dicen en comisaría? Alguien que tira de usted hacia arriba.

—Mi rabino se fue —dijo Coen—. Anda pescando por el Bronx.

Al ver que era incapaz de mover a Coen, de ponerlo en su sitio y acogerlo bajo su manto, Child escogió ese momento para mencionar la pistola y la placa.

—Le veo bien pertrechado, Manfred.

Coen siguió negándose a dar gusto a Child.

—La fuerza de la costumbre —dijo—. No puedo ni mear sin la pistolera.

Child no podía congeniar con un poli tan idiota. Estaba listo para dar una paliza a

Coen con su Butterfly, zurrarle en pimpón, zarandearle de lado a lado, castigarle por su intransigencia, por no darse cuenta de que había perdido su oportunidad con Vander Child, pero Coen no se esforzaba en sus restos, y Child no podía jugar contra una pala muerta. De modo que la pelota iba entre ellos en una monótona línea flotante que no variaba. Testarudos los dos, escondieron su resentimiento en una serie de golpes más y más preciosistas. Ondulaban ambas caderas, lanzaban los hombros en un ángulo perfecto y resoplaban educadamente, sin alterar la trayectoria de la pelota. A Arnold el Hispano le parecía que había dos *maníacos* frente a la mesa. No le gustaba interrumpir las partidas de pimpón de Coen, pero su cara había palidecido de tanto seguir la pelota, y el enviado del Comisionado Primero le esperaba. Hizo un gesto con el dedo a Coen. Imitó los andares de Neanderthal del chófer. Se escupió en las manos. Coen no le miraba. Arnold murmuró: «loco». Aquel *maníaco* pensaba seguir dándole a la pelotita hasta que Schiller retirase la mesa. Arnold recurrió a la astucia. Al siguiente resto de Child, saltó de su asiento para susurrar:

—Brodsky te está esperando.

La bola cruzó dos veces la red antes de que Coen dijera.

—Mierda.

—Está fuera, Manfred.

Coen confió su pala a Arnold, se excusó ante Child y pasó junto al cuchitril de Schiller al salir. El chófer se puso a insultarle y se burló de su ropa de pimpón.

—Si vas a vivir en una cueva, podías avisar. Pimloe quiere verte. Venga.

Coen pensó que irían a las mazmorras de Pimloe en el centro, pero Brodsky le llevó a un supermercado de Washington Heights. Pimloe apretó la boca cuando vio llegar a Coen. Estaba en uno de los pasillos con un carrito de la compra.

—Vas a conseguir que nos arresten a los dos —le gruñó a Coen. Luego se volvió hacia Brodsky—. ¿No podías haberle traído vestido como Dios manda? Déjale tu abrigo, por el amor de Dios.

Coen sonrió al ver el contenido del carro de Pimloe: paquetes familiares de harinas varias, diversas pastas de dientes y bolsas de pomelos para pasar desapercibido. Trabajar con Isaac había truncado su formación en Harvard y ya no sabía hablar sin las muletillas y los insultos de Isaac.

—Coen, llevas demasiado tiempo en servicios pechonales. Se te acabaron las tetas. Más te vale cooperar o te pongo a vigilar negros en Bushwick Avenue.

—Me harías un favor. En la Segunda División me odian. Todos creen que soy tu chivato.

—Tú ocúpate de lo que te pido, Coen, y no tendrás que seguir en Homicidios con esa panda de capullos de la Segunda.

—¿A quién voy a tener que buscarle las cosquillas, Herbert?

—A nadie. Quiero que te pegues a César y a todos los Guzmann.

—Ese Brodsky... —dijo Coen—. Dile que es muy gracioso.

—Manfred, él sabe que te criaste con la tribu. No te pide que les entierres, solo

que te sientes un rato con ellos.

—Me imagino que César me dará un beso y las listas del prostíbulo que piensa abrir. Igual hasta te puedo detener unas cuantas pollitas y un par de jugadores.

—No están metidos en casas de putas —dijo Pimloe—. Andan en otra cosa. Además, no les debes nada.

—¿Cómo estás tan seguro, Herbert?

—Ellos mataron a tus padres.

Los agujeros de las bolsas de pomelos brillaron en verde para Coen; por lo demás, conservó la calma. Aún podía leer las etiquetas de las harinas.

Pimloe se quedó detrás del carrito: ya antes de su ascenso, había puesto en tela de juicio la utilidad de Coen para el departamento, el chiquillo de hermosas mejillas que tanto podía hacer de hombre como de mujer pero tenía una naturaleza fría y dura y una cabezota muy dura, y un desprecio absoluto por las ideas. Por eso se dio la vuelta y le dejó a Coen al chófer.

—El inspector tiene razón, Coen. Los supermercados se comieron al pequeño comerciante. Tu padre aceptó dinero de los Guzmán para seguir tirando, y cuando tú te alistaste, mientras estabas de uniforme y salvabas el Bronx de Papá de los rojos, los Guzmán empezaron a atosigar a tu padre, le hicieron demandas nada razonables: querían su dinero de una sola vez, y antes de perder su tienda tu padre prefirió abrir la espita del gas.

Coen apartó las cajas de harina que le separaban de Pimloe.

—¿Quién te lo ha contado?

Pimloe intentó llevar el carrito a otro pasillo pero Coen puso el pie en su camino.

—¿Quién te lo ha contado?

Fue el chófer quien respondió.

—Isaac.

Pimloe apretó los dientes.

—Te lo juro. Fue Isaac.

Temía por su vida. Quizá llevar las rodillas al aire y una camiseta azul fueran risibles en un supermercado, pero era Coen el que tenía una pistola.

—Manfred —dijo el chófer—. Hace años que lo sabemos. Lo de tu padre y los Guzmán.

Coen tenía las piernas heladas. El aire acondicionado se le colaba por los calcetines de lana y le comía los tobillos. Tenía que bajar la voz.

—Llévame al club de Schiller, Brodsky.

Brodsky miró a Pimloe.

—Llévale —dijo Pimloe—. Y luego vuelve a buscarme.

Ahora que Coen estaba atontado, Pimloe podía permitirse cierta generosidad. Recuperó las cajas de harina y repitió los planes para Coen.

—Recuerda, Coen, ponte a la estela de César.

Desde la seguridad del carrito, podía volver a mangonear.

—Tranquilízalo un poco, Brodsky. Explícale que no soy su enemigo. Dile que los dos queremos lo mismo. Ver a Guzmán en la trena.

Brodsky le llevó hasta el coche. Coen se frotó los tobillos. Se quitó las muñequeras y la cinta de la cabeza y se las guardó en el bolsillo. Brodsky no estaba seguro por dónde caerían los reproches. Encogió los hombros y el cuello.

—Manfred, ya sé que es una cabronada contártelo ahora, pero él necesitaba esa ventaja. Él no tiene el don de gentes de Isaac. Fue idea mía meterte en esto, Manfred. Olvídate de las putas. César maneja una puñetera agencia matrimonial, un club de corazones solitarios para mexicanos de mediana edad. Él les proporciona todas las novias que les hacen falta. El paquete lleva garantía. Si no les gusta, se la cambia. A nadie le importa cómo las mete en el país. Lo que me gustaría saber es de dónde saca la materia prima. Está especializado en carne joven.

—Autoridad del Puerto —sugirió Coen.

—¿Qué?

Pero Coen no volvió a abrir la boca hasta que el chófer le hubo dejado frente a los escalones del sótano de Schiller.

—Pimloe monta un escándalo hasta cuando se suena los mocos. Isaac hubiera acabado con cualquier agencia matrimonial en una semana. Trincan a las chicas en la estación de autobuses. Es el principal vivero de chicas. Y ahora dime qué tiene Pimloe en mente. ¿Por qué quiere hacer daño a Jerónimo?

El chófer se encogió de hombros.

—¿Quién es Jerónimo?

Coen le persiguió por toda la calle, pateando el parachoques del coche.

—Manfred, para, por favor... No te puedo decir nada de Jerónimo.

Los fruteros de Columbus le tenían cariño a Coen. Le saludaban mientras daba patadas.

—Manfred, no he hablado con Jerónimo en mi vida. Pregúntaselo tú mismo a Pimloe. Pimloe no te mentiría.

Volvió a entrar en el club de Schiller.

Arnold seguía en la mesa de Coen con Vander Child. Ambos vieron las marcas pálidas en las mejillas de Coen y las bolsas azules bajo los ojos.

—¿Qué pasa, Manfred?

Al quedarse solo con Arnold, Child consiguió apreciar el hábitat de Coen. No dijo nada sobre los trapos que Arnold llevaba anudados en el pie (el Hispano no quería sufrir la humillación de tener que tomarse las medidas para otro zapato: esperaría lo que hiciese falta hasta que Coen le quitase su zapato a Chino Reyes). Y quedó impresionado por la devoción que había conseguido despertar en aquel macaco.

—¿Qué pasa, Manfred?

—Estoy cansado. Arnold. Voy a descansar en el cuarto de Schiller.

Child enfundó su Butterfly.

—Manfred, me hubiera gustado aclarar todos los misterios... jugar una partida

decente... nada de efectos raros ni golpes de feria... sin hablar de ese César.

—Más adelante, señor Child. Quizá más adelante.

Cogió su bolsa y salió, vestido con sus pantalones blancos. Schiller no le dijo ni adiós. Arnold le buscó unos cuantos cojines a Coen.

Con Coen agotado y tumbado en el cuchitril de Schiller en pantalones de deporte, Arnold subió al albergue de indigentes. Tuvo problemas en las escaleras de salida porque tenía que agarrarse con dos manos a la barandilla y saltar con la pierna mala suelta; los trapos del pie se le desanudaron y tuvo que hacerse otro zapato temporal con periódicos viejos y cordel del almacén de Schiller. De este modo llegó al segundo piso del albergue, y allí los niños y los perros del rellano comido por la mugre admiraron su bota de papel. Los IHU sabían que era un maldito confite, el chivato de Coen; pese a ello, disfrutaba de cierto prestigio, gracias a las esposas y al carné de atribuciones caducado (de Coen) que llevaba en la cartera.

Arnold era el *sheriff* sin sueldo del albergue. Patrullaba por los pasillos y mantenía a raya a la escoria de otros albergues semejantes, garantizaba la seguridad de las prostitutas dentro y fuera de sus habitaciones, devolvía los cupones de comida y los cheques de ayuda robados a los jubilados, presa fácil de tipos más jóvenes y ambiciosos del albergue. El poder del Hispano no iba más allá de la visibilidad de sus esposas. Cualquiera de los gamberros podía haberle roto los pies, el bueno y el malo, pero todos sabían de dónde había sacado Arnold las esposas y no querían tener líos con Coen. Habían oído hablar de «la máquina de Isaac» en la Oficina del Primer Comisionado, tipos con ojos más azules que los de Coen capaces de arrancarte la nariz con el pulgar y de hacerte muescas en la oreja con el arma reglamentaria. Por desgracia, la pérdida del zapato influyó negativamente en su trabajo.

Fue a visitar a los borrachines que se congregaban en los rellanos con sus botellas de Swiss-Up. Les recordó que debían retirar los cascos vacíos de las escaleras.

—*Amigos*, con tanto vidrio vais a lastimar a los perros. Dad gracias a Jesús de que ningún niño se haya tragado un asa todavía.

El borracho más viejo, Piss, antiguo artista de vodevil que tenía marcas en la cabeza de hacer el pino sobre el escenario, le respondió:

—No nos hacen falta consejos de alguien que no sabe ni conservar un zapato, Hispano.

Ayudado por el resto de borrachines, acorraló a Arnold y lo empujó contra la pared.

—Paga peaje, Arnold. Paga ahora o te vas de cabeza por las escaleras.

Arnold, pegado a la pared, no temblaba: ya se había enfrentado con los borrachos otras veces. Tenía que conocer sus debilidades, o no hubiera podido sobrevivir como *sheriff*.

—Piss, volveré de la tumba y me subiré a tu chepa. Te chuparé la sangre del

cuello. Se te pondrán los ojos en blanco.

Piss liberó al resto de sus obligaciones para con él: no pensaba aceptar tributo de un fantasma.

Arnold fue a ver a Betty, la puta que vivía en la puerta de enfrente. Ella solía hacer la compra del Hispano y le hacía pasar por su marido en los papeles oficiales; no podía solicitar cupones de comida si no constaba como familia.

—Arnold, esta mañana había una oferta de huevos morenos. He comprado tres docenas.

—Betty, sabes que los huevos me dan sarpullido si me tomo más de uno a la semana.

—No pasa nada, encanto. Aguantarán.

Arnold llevó su parte de los huevos a Rebecca y George, una pareja de ancianos que vivían uno enfrente del otro en el pasillo porque las reglas del albergue estipulaban que cada habitación podía ser ocupada solo por un inquilino. George podría haber eludido esta regla del único ocupante si hubiese tenido dinero suficiente para untar al guardia de seguridad. Los recién nacidos eran también «ilegales» allí, pero el albergue estaba lleno de madres solteras, cada una de las cuales le pagaba a Alfred (el guardia de seguridad) un dólar a la semana por el derecho a su hijo. El mismo dólar era aplicable a toda persona, hombre o mujer, que tuviera perro. Pero Alfred cancelaba ese privilegio si el perro le ladraba o cagaba bajo su silla.

Para adaptarse a las normas de Alfred, Arnold puso un sofá en el pasillo para Rebecca y George. La pareja pasaba la mayor parte del día en el sofá y lo dejaban solo para hervir un huevo o para cumplir con el toque de queda a medianoche. Le dieron las gracias a Arnold por los huevos. Él no pudo quedarse a charlar con ellos. Tenía que cumplir con sus tareas.

Pasó junto al grupo de actores desempleados (hombres que llevaban quince años sin trabajar), que jugaban a Monopoly con cerillas y botones desaparejados que Arnold les suministraba siempre que podía. Aquel día no tenía botones.

—Tendréis que esperar, amigos. Schiller, el de abajo, me ha prometido una remesa nueva. Adiós.

Firmó los formularios de compensaciones de Cookie, el ciego de la 305. Dio de comer a Delilah, la hija de dos años de la señorita Watson. Dejaba al fabricante de muñecas para el final.

Ernesto montaba espectáculos de marionetas para los hijos e hijas de un magnate de la caña de azúcar en Santiago de Cuba. No pudo encontrar trabajo en Estados Unidos. Los *norteamericanos* no apreciaban las marionetas de Ernesto: eran criaturas de manos grandes y caras abultadas e inquietantes. Algunas tenían incluso cola. El *cubano* se negaba a ponerles nombres. Si tuvieran una personalidad fija, no podría cambiarles el traje. Poseía cierto número de barras de labios y colorete, con los que pintaba a las marionetas; luego las lavaba. Arnold se apiadaba de la imposibilidad de encontrar un trabajo para Ernesto; el *cubano* tenía pocos amigos en el albergue.

Escupía a los perros, los cuales, estaba convencido, conspiraban para comerse sus marionetas. Se negaba a charlar con prostitutas, borrachos y madres solteras. De vez en cuando, vagaba por las calles y volvía al albergue con alquitrán en las mangas o fango en los zapatos. El *cubano* había aprendido retazos de inglés de los hijos del hombre de la plantación, pero no quería hablarlo dentro del albergue. Se mostraba intolerante con los portorriqueños. Al Hispano, se lo ponía muy difícil. Pero Arnold era capaz de pasar por alto la irritación del *cubano*. Le llevaba gominolas y tebeos en español; casi siempre iba para ver las marionetas.

Le gustaban los hilos que usaba Ernesto para articular los nudillos; las articulaciones le parecían al Hispano de un realismo aterrador. Procuraba no acostumbrarse demasiado a la cara de ningún muñeco. Quizá en la próxima visita la cara hubiese desaparecido y entonces se le aparecía en sueños. Se fijaba en rasgos aislados: el rojo de una nariz achatada, las pelusas sobre un ojo, y pasaba a la siguiente marioneta. Arnold juraba que de niño había visto muñecos idénticos en ceremonias de brujería de las afueras de San Juan. Pasaba cinco minutos con Ernesto, nunca más.

El guardia de seguridad se le acercó por el pasillo. Alzó la porra y no permitió que Arnold rodeara su silla. Estaba sentado bajo una bombilla, con las gafas de sol puestas.

—Hermano, tú me debes algo. Has estado recaudando de la gente de cada piso. El ciego te ha dado un cuarto por copiar su firma. ¿Cuánto ganas por chulear a Betty?

—Alfred, a ver si te fijas. Me confundes con uno de tus clientes de a dólar semanal. Yo no escondo bebés en los pantalones.

Quizá Arnold podría haberse mostrado más duro con el tipo, pero no tenía contrato de alquiler y Alfred estaba en contacto directo con los dueños del albergue.

—Me haces la competencia, Hispano. En este sitio no caben dos *sheriffs*. Ve con cuidado por las escaleras, ¿me oyes? Tendría que escribir un informe si alguien te mete un palo por el culo y te envía a criar malvas.

—Te agradezco la preocupación, Alfred. Mañana vendrá un tipo de la Oficina del Comisionado para investigar quién ha estado vendiendo vinacho mezclado con alcohol metílico.

El trasero de Alfred se pegó al respaldo de su silla y la porra casi se le cae.

—Llevo una placa en el bolsillo. Los superpolis no me asustan.

Arnold aprovechó el momento para saltar por encima de la porra antes de que le zancadilleasen. Alfred intentó cogerle por las esposas. Arnold llegó a su cuarto. Los periódicos del pie estaban desgarrados por culpa de lo mucho que había tenido que arrastrarlos. Sacó del armario más calcetines (cortesía de Betty) y se hizo otro zapato de emergencia.

No podía dormir en el cuartito de Schiller. No era el olor a espárragos lo que le tenía en vela. Coen había conseguido roncar a pesar de otros guisos y frituras. Una vez, Arnold le enseñó la manera de exorcizar a un enemigo escupiéndolo contra una pared hasta que te latían los pulmones y la cara se te oscurecía, y quizá Coen llegase a probarlo, pero aquel día no tenía sentimientos asesinos. No pensaba en los Guzmán. Pensaba en el tío Sheb y en la pregunta que le había estado reconcomiendo durante aquellos últimos trece años. ¿Cómo había sobrevivido Shebby? Coen conocía la estrecha lógica de su padre. Albert no era un hermano desconsiderado. Tanto daba lo loco que estuviese o la presión a la que le hubiesen sometido los Guzmán o la cantidad de huevos que pudiese perder: no se hubiera tomado la molestia de dejar este mundo sin llevar consigo a su hermano. Los Coen eran gente muy minuciosa. Se fueron al horno con la ropa almidonada. ¿Qué se puso Shebby para asomarse a la escalera de incendios y cantar la muerte de Albert (y la de Jessica)? Una vecina le encontró con el viejo guardapolvo de Albert, ropa de la tienda, que tenía manchones de sangre en las mangas y olía a huevos. Jessica no hubiera permitido semejante prenda dentro de casa. Ella se encargaba de adecentar a Sheb: retiraba bufandas y calzoncillos desgastados de su armario, de forma que pudiera sonreír a las viudas y las esposas casquivanas. Albert y Jessica no imponían a Sheb a sus clientes. Los éxitos de tío Sheb eran por mérito propio. Pero querían adornar su anómalo comportamiento, recordar a Boston Road lo guapo que podía llegar a ser Sheb, incluso cuando iba encorvado y hacía pompas con la saliva. ¿Y qué decir de un tío al que se había privado de los huevos de Albert? Escapar del horno no tuvo coste alguno para Sheb. A Coen le salieron arrugas permanentes, líneas diseminadas sobre las mejillas; las rodillas le dolían con el mal tiempo, y su pelo rubio encanecía con rapidez, pero Sheb no había cambiado en trece años.

¿Qué hacer? ¿Acercarse a la residencia e interrogar a tío Sheb? No podía ir. ¿Qué iba a hacer? ¿Aplicarle las técnicas de Isaac a su tío? ¿Interrogarle? ¿Amenazarle? ¿Hacerle llorar? ¿Qué podía saber Shebby de cuestiones de dinero? Albert nunca le confió más de un dólar. Y Sheb no podía haber sido motivo de disputa entre Albert y Papá Guzmán. En Boston Road, se mantenían ciertos modales. Papá, que había educado él solo a Jerónimo y sabía lo que significaba tener en casa a un chico retrasado, no hubiera utilizado nunca a Sheb para ahuyentar a Albert de su huevería. Coen no tenía ganas de llegarse hasta el Bronx y plantarse en la puerta de Papá. ¿Qué iban a confesarle los Guzmán a estas alturas? Dio por finalizada su siesta y se puso ropa de calle. Lo haría como lo hacía Isaac: dando un rodeo.

Al ver las señales de concentración de Coen, Arnold no se molestó en saludar. Sabía tomarle el pulso: el poli estaba metido en algo personal. Y Coen cogió el

autobús 10 hasta The Dwarf, el bar de chicas, para despertar a Odile. No hubiera sabido decir por qué. Puede que tuviese ganas de bajar al centro, y quizá pensó que encontraría a César entre las faldas de Odile y que, a partir de ahí, llegaría hasta Papá. O quizá le apetecía ver bailar a las chicas. Pero esta vez, Coen no estaba travestido por orden del comisionado. Y las dos tiarronas de la puerta, más robustas y con espaldas más anchas que él, apenas si bajaron la mirada para despreciar su masculinidad y exigirle su tarjeta de socio.

—Vengo invitado —murmuró Coen a la altura del cordoncillo de sus chaquetas cruzadas.

A las chicas, las primas Janice y Sweeney, no se la pegaba ningún Coen.

—¿Quién iba a invitar a algo como tú?

—Odette. Odette Leonhardy —dijo Coen, recordando el nombre profesional de Odile.

Pero las primas seguían sin tragárselo.

—Odile conoce las reglas. Aquí no se permite traer a la clientela.

Coen estaba a punto de medir sus energías con las de las chicas, con las rodillas hinchadas del pimpón, cuando Odile asomó tras la cortina. Reconoció a Coen y procuró amansar a las primas.

—Sweeney, este es de los míos. Es de los de mi tío Vander. Es colega. Rescata a chicas de Argentina. Se lleva a estrellas de cine al cine. Es un poli muy particular.

Las primas no estuvieron de acuerdo en cuanto a Coen. Sweeney le hubiera dejado entrar si prometía no bailar con Odile, pero Janice, usando su veteranía en The Dwarf, se negó a tenerlo en el local, con lo que Odile tuvo que llevarle a Jane Street. Se sentaron en su apartamento, Odile llevaba un vestido sencillo de algodón: una chica de pómulos altos, dedos preciosos y perfil rotundo. Le preguntó qué quería de ella.

—La verdad —dijo él.

—Oh, qué poli tan ambicioso... Primero tendremos una sesión de *mea culpa*, Odette confesará, luego la escena del salón y, al final, sus pantalones terminan en la silla. Mire, no me apetecen mucho los hombres esta temporada.

—Por mí, no tienes que preocuparte, Odette. Ya no voy tanto detrás de las chicas. Casi todo me lo quito en la mesa de pimpón.

—Odile —dijo ella—, me llamo Odile. Odette es para mis numeritos. Recuerdo lo del pimpón. Usted jugaba con Vander sin corbata. ¿Por qué ha venido?

—Porque me llegan chorradas de los dos bandos y pensé que quizá los que me están jodiendo el cerebro te lo están jodiendo a ti también.

Odile decidió que como poli no era gran cosa y le cayó mucho más simpático. Exprimió dos limones y le preparó una bebida cremosa y caliente en un vaso largo. Abrió para él la nevera, le ahorró los fiambres y los canapés que servía a sus clientes y a los amigos de Vander y le preparó una tortita enorme, antinatural, con utensilios primitivos y una torpeza muy personal. Aquella tortita, rellena de huevo batido y

terroncitos de azúcar, excitó el afecto de Coen y le ligó a Odile. Ahora tendría problemas para interrogarla. Y Odile, que estaba acostumbrada a todo tipo de contorsiones en la cama en su papel de Odette, que había hecho de ninfa para el estudio de su tío Vander desde su segundo año en el instituto y se untaba de gelatina ante las cámaras y los técnicos de Child, se sentía incómoda con Coen. Él no se la comía con los ojos, ni le hacía guiños, ni la obligaba a oler su colonia. No la llamaba «nena» ni se relamía, como hacían otros policías que había conocido. No conseguía entender a aquel hombre tan serio. Le preparó otra tortita. Le dolía el brazo de sacudir la sartén. Quería decirle que se largase, que fuese a husmear a otra parte. Tenía bajo el ojo una vena del tamaño de una cicatriz. La vena se bifurcaba en la mejilla y abría hoscas líneas azules. Entonces deseó poder arroparle, hacerle dormir y medir las líneas de su cara. No se hubiera atrevido a tocar a Coen despierto. Con la boca abierta estaba aún más guapo.

—Odile, ¿trabajas para Vander o para César Guzmán?

—Para los dos.

La vena se revolvió en su mejilla, como un dedo atrapado bajo la piel. No sabía qué decir. Pero si conseguía sacarle más venas, podía seguir mareándole de aquella manera.

—César fue mi novio una temporada.

—¿Cómo le conociste?

—A través de mi tío Vander.

—Cabrones —dijo Coen, y su cara estaba surcada de azul—. ¿En qué te han metido, Odile?

—Películas porno —dijo ella—. Mi tío es el productor, César, el distribuidor, y yo soy una de las estrellas.

Cansada de sus confesiones, se puso juguetona con Coen.

—Ya vio el estudio de mi tío, señor Coen.

—¿Dónde?

—La sala de pimpón. La mesa es pura guasa. Tiene los focos en el armario.

—Lógico —dijo Coen—. ¿Qué hay de la agencia de certificados matrimoniales de César?

—Ah, eso. —Odile resopló por la nariz—. La mierda de las novias, quiere decir.

—¿Cómo meten a las novias en México? César tiene demasiada mala pinta para hacerlo en persona. Y su matón, Chino Reyes, no es el mejor acompañante.

—Vander voló con ellas. Dieciséis en avión. Las vistió de colegialas. Fingió que estaban de expedición arqueológica. Que se llevaba a las señoritas a las pirámides. Un judío las esperaba en el aeropuerto con los anillos. César ya había preparado una ceremonia fraudulenta.

—Mordeckay —masculló Coen—. El que concierta los matrimonios se llama Mordeckay.

—César no me lo dijo. Vander recogió lo suyo de los novios y despegó. Pero se

estaba metiendo en cosas muy serias y quería salirse.

—Por eso César le robó a Caroline, para tenerlo quieto.

—No. Eso fue idea mía. César me hacía un favor. Ese Chino suyo la metió en un avión.

—¿Vendiste a Carrie a los mexicanos? ¿Por qué?

—Era solo provisional. Tenía que darme prisa, señor Coen. Empezaba a tener ganas de salir en las pelis de su papaíto. Y Vander quizá lo hubiese permitido.

—Vaya padre de mierda —dijo Coen.

—Vander no es tan malo. Nos malcrió a las dos, a Carrie y a mí. Yo fui la que le sedujo, la que le rebozó en el incesto.

Coen se sentó sobre los puños, pensativo, vestido con su camisa verde. Quizá su padre y su madre tuvieran una fijación por los hornos, quizá su tío tuviese secretos que ocultar bajo su sucio guardapolvo, pero los Coen no eran tan complicados como los Child.

—Odile, si tu tío está metido hasta el cuello en el camelo matrimonial de César, ¿por qué va de colega de inspectores de policía?

—Porque quiere conservar el pellejo cuando llegue la hora de estrujar a César.

—¿Vander trabaja para Pimloe?

—Para Pimloe no. Había otro hombre.

—¿Isaac? —preguntó Coen—. ¿El jefe Isaac Sidel? Un tipo bajito con patillas.

—No lo sé.

Coen se dejó caer en el diván de Odile, frustrado y resoplando por la nariz, y Odile se atrevió a tocarle la cara antes de que tuviese tiempo de recuperarse. Al ponerle los dedos en la mejilla, casi esperaba que gritase y tumbase la silla. No se movió. Ella siguió la curva de la ceja, pasó el dedo desde la oreja hasta el labio y pensó: «bultos de amor... Un poli de cara sinuosa». Y Coen la dejó explorar. Nunca se había mostrado tan pasivo ante el poder de un dedo. Se sentía como un perrazo viejo y agradecido. Viendo que podía hacer con él lo que quisiera, Odile se volvió descarada y mordió las líneas de su mejilla. Cayeron sobre el diván boca contra boca. Por haber follado principalmente en el estudio, con el ruido de las cámaras en los oídos, ella se mostraba suspicaz con los prolegómenos. Sacó un preservativo de una caja y le dijo que se lo pusiera. Aquel pellejo frío le dio escalofríos. Los dos forcejearon para encasquetárselo. No había usado una goma en dieciocho años, desde el último curso en el instituto.

—Mierda de trasto —dijo Coen.

Y Odile, que se mostraba imperturbable en su carrera de actriz y juraba que no notaba nada cuando tenía a un hombre dentro (ninguna de sus amigas de The Dwarf había estado más allá de su cintura), se estremeció y sintió punzadas en el vientre cuando Coen alcanzó el clímax y algo de saliva cayó sobre su hombro. No supo qué hacer con el grito que soltó. Sus amantes del estudio gruñían una vez y se quitaban de encima.

—Coen —dijo—, antes te he mentado. Con César, no tengo nada. Chino me pidió que fuese suya. Le dije que no. César ya le había advertido que no viniese a preguntar.

Encontró sus bragas entre la ropa de Coen. Se vistió antes que él. Odile no apreciaba la desnudez fuera de la cama. De vez en cuando aceptaba clientes de César, para los que establecía un límite de media hora (Odile aportaba los preservativos, los refrigerios y los licores), pero nunca pasó la noche con ninguno de ellos y no quería romper la costumbre por Coen. Dormía con un animal de peluche, un viejo osito regalo de Vander, de zarpas cortas y botones por ojos, un antifaz (detestaba que le diera el sol en la cara) y dos camisones largos. Estuvo rascándose sobre el diván, sin la más mínima idea de cómo echar a Coen. Forzó la boca en un bostezo. Coen no se iba.

—César me quiere soltera —dijo, haciendo morros—. Él se preocupa por mí. Coen estaba entretenido con el zapato, sacando la lengüeta.

—Odile, ¿César me menciona alguna vez?

—Casi nunca.

—¿Has visto a Papá Guzmán?

—Una o dos veces.

—¿Y a Jerónimo?

—¿El bebé? Estuvo aquí una semana. Chino se lo llevó a México con Caroline. Ella encargó el menú del avión. Pidió gaseosas extra para él.

—¿Alguna vez oíste a Papá o a César hablar de un tal Albert? ¿Albert o Jessica?

—No. Pero Jerónimo decía: «Sheb Coen, Sheb Coen».

—¿Qué más, Odile? Por favor.

—No me acuerdo. Solo algo sobre una cabeza en el fuego.

Las arrugas de las mejillas preocuparon de nuevo a Odile, y se lo llevó a su cama. Coen se quedó mirando a la pared. Sheb escapó del fuego. ¿Se lo encontró Jerónimo? ¿Lo llevó él a la tienda de dulces? ¿Le desnudaron los Guzmán y escondieron su ropa de los domingos, lo volvieron a subir vestido de cualquier manera y le indicaron la escalera de incendios para que cantase su tonada de la muerte a Boston Road? Odile tuvo que forzar la cabeza bajo la axila de Coen para encontrar algo de contacto. No conseguía ponerse cómoda con un hombre tan poco dispuesto. Se durmió contra uno de sus omoplatos, escuchando el sonido de las costillas de Coen. Echaba en falta el abrazo del oso.

Sweeney, la portera número dos, vivía encima de una manufactura de vestidos del Soho (cerca de Broome Street) cuando no estaba de guardia en The Dwarf. Tenía allí tres habitaciones miserablemente iluminadas de aspecto semejante al de una conejera: diminutas, de tabiques delgados, suelo desigual y techos muy muy bajos. El vapor de las planchadoras del entresuelo se colaba por las paredes y alabeaba los muebles de

Sweeney. La fábrica, que iba escasa de mano de obra, contratava chicas retrasadas que llegaban al Soho en autobús desde una institución de White Plains. Las chicas vestían uniformes de algodón azul y zapatos de caña alta marrón neutro; vivían encorvadas sobre sus máquinas de coser como monos de piel pálida y moteada de azul. Sweeney se había encariñado con estas chicas, solía sentarse con ellas en unos comedores de Greene Street durante la media hora que tenían libre y les contaba historias sobre los edificios de hierro del Soho, sobre las ratas que los infestaban e iban introduciendo hierro en sus cuerpos hasta que morían porque la herrumbre les colapsaba hasta las orejas. Sweeney tenía que soportar a la supervisora de las chicas, una mujer desdeñosa que interrumpía su narración, le ponía mala cara y se llevaba a las chicas de los comedores a la fábrica. Por lo demás, Sweeney hacía vida en The Dwarf.

Estaba enamorada de Odile. Las camareras de la barra lo sabían. Las chicas que iban con regularidad al bar se reían con disimulo, tapándose con las mangas de sus camisas vaqueras, cada vez que pillaban a Sweeney arrobada contemplando a Odile. Sweeney se comportaba con una seriedad que las parejas de Odile no alcanzaban a comprender. No se aferraba a los senos de Odile en el cuarto trasero, como hacía Nicole, ni le chupeteaba la oreja como Mauricette. Nicole y Mauricette iban a The Dwarf para saborear a Odile, no para contemplarla. No tenían problemas para emparejarse con otras «hermanas» si Odile no andaba por allí. Dorotea sentía quizá más devoción por Odile, pero incluso Dorotea se cansaba de la fijación de Odile por los hombres. Pero era Sweeney la que sufría con la actitud voluble de Odile, con su mancillación a manos de los hombres, con sus remilgos en el bar. Odile era aún territorio virgen para las hermanas. Lo que tenía con los cerdos de los hombres no contaba. Puede que Odile se lo montase con un puñado de macarrillas del Bronx, pero no había dormido con Dorotea, Nicole o Mauricette. Las hermanas tenían más cuidado que Sweeney. Idolatraban a Odile, sí, pero tenían otras amiguitas por si acaso.

En realidad se llamaba Abigail, Abigail Ruth McBean, y fue Abigail hasta los once años, entonces adoptó el nombre de «Sweeney», que era el de una taberna de Providence, en Rhode Island, donde su padre trabajaba y tocaba la pianola. Ninguna de las habituales del bar había nacido en Manhattan, a excepción de Odile. Su prima Janice era una refugiada de Montauk; Nicole y Mauricette procedían de Connecticut. Sweeney cumpliría treinta años en un mes. Pensaba celebrar su aniversario con un regalo para Odile. Pero podía prever ciertas dificultades. Odile se negaba a vestir ropa salida de Spike's o de sórdidas tiendas de cuero. Sweeney tendría que ir a Bergdorf's o a Henri Bendel's, sitios con empleados demasiado refinados para ser simples dependientes que cogían tu dinero para meterlo en cestitas que lo llevaban a una caja invisible (en Henri Bendel's, los cheques eran preferibles al efectivo). La tienda tenía acobardada a Sweeney, que no acostumbraba a ir más allá de la calle Cincuenta y Siete. Tendría que entrar en Bendel's con su chaquetón del Ejército, el especial de

maniobras que puede abrocharse hasta las orejas; era el único abrigo que tenía (a menos que le pidiese a Janice su abrigo de cuello vuelto).

El miércoles, tenía su noche libre y se quedó hasta las cuatro dándole vueltas a la cabeza, preparándose para el trauma de la moda en el centro. Tenía ochenta dólares para gastar, el dividendo anual de una póliza abierta por su padre cuando ella tenía siete años y que no rendiría del todo hasta que Sweeney tuviese cuarenta y cinco años. Sonó el timbre de la puerta. Sweeney no quería visitas que entorpecieran sus cavilaciones.

—Lárgate —dijo—. Vete a mear a la puerta de otro. Ya no doy más para buenas causas. Si eres la chica de la Asociación del Corazón, no estoy en casa.

Sweeney estaba bebida: el café irlandés que se había tomado para centrarse en Henri Bendel le estaba provocando alucinaciones. No quería acercarse a la puerta.

Pero entonces se apresuró a girar el pomo, con la moral por las nubes; había reconocido los gemidos de Odile.

—Niña —le dijo—, ¿qué haces por la calle a estas horas?

Odile se sacudió el polvo de los tacones de caucho de sus zapatos de plataforma.

—Sweeney, hay un hombre en mi casa. Uno de pelo rizado.

—¿El poli con el que andabas? ¿El rubiales? Odile, estás cayendo muy bajo.

—Es que no quería irse, Sweeney. El poli ese no quería irse. Se me quedó dormido encima. No podía respirar. He tenido que darle esquinazo a Janice. Ya sabes la música que nos arrea a estas horas. Foxtrots y las manos de Nicole en las tetas. Tal como estoy no, gracias. Ni siquiera me he lavado su olor. Acudo a ti, Sweeney. No tengo a nadie más.

—No hace falta que expliques nada.

Y la imagen de Henri Bendel, de las cestitas recorriendo el techo, repletas de cheques al portador, desapareció. Podía olvidarse de los regalos, de las cifras de la póliza, de la manufactura del piso de abajo.

—Ahora te hago la cama, niña.

No permitió que Odile durmiera en el plegatín, un camastro repugnante de muelles mohosos y otros peligros. Odile se vio forzada a aceptar la cama colchón «luna de miel» de Sweeney, con somier y altas cabeceras. Tuvo que beberse una taza de cacao para quitarse el gusto del poli. Se puso el pijama de pana de Sweeney. Y Sweeney se quedó en el plegatín contenta como un perrito. Redujo el zumbido de la nevera y sacó a los ratones de la bañera. Por la mañana, barrería sus caquitas antes de que Odile se despertase. Ya no tendría que comer con retrasadas en el comedor. Prepararía un desayuno al estilo del Soho: salchichas y tortitas simétricas bañadas en caramelo para las dos. Nada de harina blanca. No iba a darle a Odile la porquería del comedor, que sabía a papel. Exprimiría las naranjas con sus propias manos.

Los muelles del plegatín le arañaban la espalda. Sintió una punzada en el riñón. Acabaría por pasar la noche en vela, pensando que tenía que ir a hacer pis. Ya había tenido rachas de esas antes. Si se sentaba en la taza, no echaría ni gota. Y quizá

despertase a Odile. Ya llevaba demasiadas peleas en The Dwarf, demasiados encontronazos con la prima, demasiados gallitos a los que dar puerta, demasiados borrachos cargados de odio contra las mujeres vestidas con traje de hombre, demasiados golpes en la entropierna, demasiados dedos en los ojos. En su mente, fue preparando desayunos una y otra vez para acallar al riñón, hasta que se coló algo de luz entre las rendijas de la persiana de la cocina y pudo ponerse a cocinar para Odile.

Coen despertó de sus desagradables sueños sin Odile. Supuso, que al fin y al cabo, la chica de César habría huido a su club. Le había dejado un bollo en la mesa y un pote de té maloliente. Coen se fue de paseo, con la mente en las escaleras de incendios. Al recordar las canciones de su tío, se le encogía el pecho y tuvo que pararse a resollar en la Sexta Avenida. Tenía un aspecto tan feroz en los cruces que el resto de viandantes matutinos se apartaba a su paso. Se metió en el parque y llegó al club de Schiller con cara demacrada. Aquellas eran horas de aquelarre para Schiller: la mayoría de los fanáticos del pimpón estaban acostados, y a cambio entraban refugiados de las salas de juego de determinadas instituciones psiquiátricas de Nueva York, aferrados a sus palas de lija, que peloteaban entre ellos, apuntando a un lugar concreto de la mesa con una precisión que desconcertaba a Schiller y le hacía retirarse a su cuchitril. Era hacer la vista gorda con ellos o retirarse del negocio. Puesto que no tenían a dónde ir, jugaban gratis en el club de Schiller. Pero no se les permitía acercarse a la mesa del fondo, que servía de tablón de anuncios cuando Coen no estaba. Coen encontró una nota enganchada en la red: Arnold quería verle. Entonces subió las escaleras hacia los apartamentos. Saltó por encima de los colchones tirados en los pasillos. Interrumpió la discusión entre un viejo borracho con la calva cruzada de costurones y uno de los matones jovencitos del albergue, un muchacho corpulento de camiseta de felpa que le sacaba una cabeza a Coen. El chico estaba galleando ante sus admiradores, vestidos con camisetas similares, que le incitaban a abofetear al viejo.

—Piss —dijo—, págame un dólar.

Con la primera bofetada, los dientes del viejo salieron volando. Coen agarró al chico por la camiseta.

—Suéltame —dijo el muchacho, atónito al ver que alguien tan pequeño como Coen le ponía la mano encima de esa manera.

Pero el chico sabía de qué pie cojeaban los polis, incluso los rubios, y prefirió decepcionar a sus admiradores antes que plantarle cara a Coen.

—¿A usted qué le importa Piss?

—Es mi padre —dijo Coen.

Le gustaban los bultos que cubrían la calva del borracho. Atento a la presencia de su benefactor, el viejo gateó por las escaleras buscando sus dientes. Estaba seguro de que podría sacarle un dólar a Coen.

—Miserable —dijo, restallando las encías—. Con un poco de suelto podría conseguir algo de jamón y queso en la tienda.

Y se puso a gatear cerca de Coen. Dejó a los chicos asombrados con su sistema para producir retortijones de hambre: gruñía con el estómago al tiempo que

mascullaba y se arrastraba por el suelo.

Aquellas contorsiones asquearon a Coen. Abandonó al viejo a mitad de camino.

—Hey —llamó Piss, consciente de que, sin Coen, iba a ahogarse en felpa—. No me dejes aquí.

Pero Coen estaba solo a un paso del cuarto de Arnold. Le dio con la puerta en las narices.

Arnold exhibió su zapato ortopédico. Se hubiera puesto a adorar a Coen si este le hubiera dejado.

—Manfred, lo conseguiste, lo conseguiste. Le obligaste a devolverlo.

Coen se quedó en la puerta, escrutando el lustre del zapatón de Arnold.

—Manfred, ha estado aquí. Chino.

—¿Cuándo?

—Hará unas dos horas. Ha tenido suerte de venir en son de paz. Tenía la espada en aquel cesto.

—¿Qué ha dicho?

—Mira, lo ha lustrado él mismo. Con un trapo de los caros.

—Arnold, ¿qué es lo que ha dicho?

—Nada. Un par de palabras sin sentido. Viene, sonrío, me deja el zapato y me dice: «Hispano, dale recuerdos de César y míos a Ojos Azules».

Coen ya se había imaginado que César tenía que estar metido en la devolución del zapato. Chino no soltaba sus trofeos tan fácilmente. Coen sabía cómo funcionaban las cosas con los Guzmán. Papá podía abrazarte, darte de comer, abrirte las puertas de su granja y de su tienda, prestarte a Jorge y Alejandro para lo que hiciera falta, pero no hacía regalos por casualidad. Quizá fuera que los marranos que perdieron todas sus posesiones en España y Portugal habían desarrollado un lenguaje residual para el intercambio de bienes terrenales. Coen no lo sabía. Pero si Papá te daba algo que iba más allá de su afecto natural, lo hacía con malicia. César era igual. Coen tendría que averiguar qué había hecho para merecer el zapato. ¿Había corrompido a Jerónimo en el Parque de la Alameda? ¿Había ofendido a Mordeckay? ¿A Odile? Odile debía de haberle chivado a César su visita a Jane Street.

—Manfred, ¿quieres que me quite el zapato?

—No —dijo Coen—. Pero no te deshagas de la espada.

—Manfred, ¿Chino todavía nos odia a muerte?

—Ya no tanto. Puede que César Guzmán. O puede que Papá. O los dos.

Comieron un poco del queso americano que Arnold tenía en el alféizar. Coen mojaba las gruesas lonchas con un poco de zumo de uvas que Arnold guardaba bajo el fregadero. El rubio caería pronto en uno de sus silencios, y Arnold tendría que rastrear todo el cuarto en busca de trocitos de queso. El Hispano tenía sus ambiciones. No quería seguir siendo un vigilante sin placa en un albergue de la caridad toda su vida, recogiendo bolas de pimpón y comiendo queso. Aunque no le decía nada a Coen, admiraba el estilo de Chino y los bordados de sus camisas. Si no

podía ser policía por culpa de su pie (también era miope y más bajo que Coen), a Arnold no le disgustaría trabajar para César o algún otro Guzmán. Como casi todo granuja, estaba al corriente de ese ritmo especial que parece marcar siempre el estira y afloja entre la policía de un barrio y los criminales. Ya no podía alinearse con los ciudadanos corrientes, los «civiles» que arrugaban el ceño al ver a la policía y se desentendían de los macarras y los desposeídos. Desde que le cogió gusto a ocuparse de las celdas de comisaría, ya no pudo sentarse en terreno neutral. Los civiles eran el enemigo, y, si no bailaba al son de los Guzmán, de Chino o de Coen, bailaba solo.

Coen le dejó con las rodillas al aire, soñando con la camisa de Chino.

—Arnold, te veré luego. Adiós.

Encontró al borracho tirado en las escaleras, dolorido. El viejo tenía ahora nuevos bultos en la cabeza y marcas rojizas entre la baba de la mandíbula. Pero no estaba tan desconsolado como para dejar de fingir. Se puso a caminar con la rabadilla al aire, abrazado a la barandilla. Lejos ya los chicos de felpa, aquel avance afanoso le pareció miserable a Coen.

—Un dólar para vendas y un café —dijo el borracho.

Coen le dio el dólar y le puso el trasero donde debía estar, en las escaleras. Una vez fuera del albergue, le entró el pánico y se echó la culpa de la muerte de su padre y de su madre. Había abandonado a Albert y a Jessica (y a Sheb), había permitido que el Ejército le largase a Alemania. Si él hubiera estado en el Bronx, no habrían empleado el horno. Como hijo único, tendría que haber sabido ver más allá de la tacañería de su padre, la inestabilidad tras la fachada de calma. Los Coen solo tenían a los Coen para mantener los huevos intactos.

Fue hacia el oeste de Central Park, al parque infantil que había frente al bloque de apartamentos de Stephanie; allí pasaba Stephanie las mañanas con Judith y Alice, alejada de sus pudientes vecinos y del aura de la clínica dental de su marido. Acostumbraba a sentarse tras un árbol concreto, de forma que quedaba envuelta en una intensa sombra por encima de las caderas. Judith y Alice estaban muy ocupadas con la arena. Coen quería a las niñas. Abrumado por el peso de Albert y Jessica, y desquiciado por el zapato de Arnold, necesitaba un baño en la familia de su antigua esposa, necesitaba buscarse unas hijas. Quizá Stephanie prefiriese no ser molestada a las nueve de la mañana (llevaba botes de leche para ella y las niñas), pero no se mostró arisca con Coen. Reconoció su estampa desde el otro extremo del parque. Aquellos andares feroces de policía le molestaban, pero su cruda apostura, la decisión de su rostro, le hacían perder el recuerdo del Coen malo, olvidar su obsequiosidad con Isaac, su mutismo para con ella, la confusión que arrastraba. Era Coen el que la seguía, el que continuaba el cortejo brutal e intermitente. Invadía su apartamento, se la tiraba contra la bañera, se calmaba un poco comiendo gelatina con Charles y desaparecía durante semanas. Con todo, parapetada tras su árbol, con los botes de leche húmedos en el regazo, se alegraba de que hubiese venido. Las niñas salieron corriendo del cajón de arena.

—¡Papá Fred, papá Fred!

Él se las cargó a los hombros, cogiéndolas firmemente por el trasero y mascullando un «mierda». Llegaba siempre con las manos vacías, las visitaba a la hora equivocada, cuando las tiendas de frutos secos y de chucherías estaban cerradas. Stephanie dejó escapar una sonrisa. Cargaba con las niñas con tanta devoción que no podía dejarle de lado.

—¿Un vaso de leche, Freddy?

Y así desayunó por segunda vez, galletitas en forma de animal y leche templada, que, mezcladas con el queso de Arnold, le sentaron como una patada. En su nerviosismo, solo se le ocurrió preguntarle sobre Charles. Stephanie no le aburrió con historias clínicas.

—Le va bien —dijo—. Sale del Bronx unas cuantas veces por semana para ver a sus hijas y acariciarme. Freddy, ¿quién es tu amigo, el del pelo largo?

Coen mascaba una galleta.

—¿Quién quieres decir?

—El tipo que ha estado siguiéndome estas últimas mañanas, el que hacía pompas de jabón para las niñas. Me llama «señora de Manfred».

—¿Le has visto hoy, Steffie?

—Sí. Una media hora antes que a ti.

—¿Es una especie de chino con peluca roja?

—Creo que sí. Es medio chino.

Coen dejó a las niñas en el suelo.

—Hijo de puta.

Hablaba con un nudillo metido en la boca.

—Puto César.

Judith puso los dedos en los muslos de Stephanie. Alice se quedó junto a Coen.

—¿Pasa algo, Freddy?

—Nada —dijo Coen—. Minucias.

Se arrodilló frente a Alice.

—No aceptes las pompas del señor chino.

Tomó en su mano el tobillo de Judith, jugueteó con su carne gordezuela.

—Cariño, hay que ser un hombre muy malvado para molestaros a ti y a tu madre. Sé dónde encontrarle.

Se alejó del parque con leche en los labios, aullando por la torcedura del hombro.

—Steffie, no te preocupes. Eres libre. Chino no tendrá la pipa de pompas mucho tiempo más. Lo voy a trincar, a él y a su jefe.

Stephanie quiso llamarle de vuelta, asegurarle que Chino Reyes no le daba miedo; Chino había sido amable con las niñas —le había quitado la arena de entre los dedos a Judith— y cortés con ella, además manifestaba su admiración por «Coen, su marido». Pero tardó mucho en llamarle.

Coen ya había salido del parque. Estaba demasiado ansioso para soportar la

lentitud del autobús hasta el centro y tomó un taxi pirata hasta Bummy's. En comisaría, todos sabían que Bummy Gilman era un «buen samaritano», que entregaba «flautas» (botellas de Coca-Cola llenas de *whisky*) al lugarteniente del capitán y no quería ver por su establecimiento a ratas como Coen, hurones que molestaban a su parroquia y enojaban a todos, tanto civiles como policías.

—Oiga, la casa le paga un *schnapps*, pero luego se larga. Y nada de sorbitos. Como mucho, le dejo beberlo en tres tragos.

Coen no le respondió. Fue siguiendo la hilera de taburetes, en busca de Chino. Bummy tuvo el acierto de no coger del brazo a Coen.

—Puedo llamar a la comisaría, Coen. ¿A quién protegerán? ¿A mí o a usted?

Coen le dijo por fin:

—Bummy, déjame en paz.

Bummy no podía negociar con un chiflado: dejó pasar a Coen, jurando entretanto que presentaría una reclamación al lugarteniente del capitán. Él no les llevaba flautas porque sí. Bummy tenía dinero invertido en Chino Reyes: era Chino el que le procuraba las películas que emitía en la cocina los sábados por la noche para policías amigos y parientes, y con él acordaba sus encuentros de media hora con Odette Leonhardy, capaz de erizarle hasta las amígdalas con una de sus miradas desdeñosas. Le encantaba que le timase aquella chica. Al final conseguía cinco minutos de piel de Odette y veinte minutos de canapés y malas caras. A todo esto había que añadir que era propietario en parte de las películas y tenía una participación en los negocios mexicanos de César. Por eso dejaba entrar a Chino en el local y le permitía sentarse en un reservado, siempre que llevase puesta la peluca y no se mezclase con demasiados policías.

Chino vio a Coen en la puerta. No sintió aprensión alguna. Apuró el segundo *whisky* irlandés de la mañana y se quedó mirando mientras Bummy discutía con Coen. No entendía por qué Bummy tenía la cara tan hinchada. Le había cogido cariño a Coen en México (por su lealtad hacia Jerónimo y sus modales polacos, tan reservados), y el cariño no había menguado. Chino rumiaba sus fracasos con Odette; no era capaz de encontrar a la reina del porno. Llamó a Coen a su reservado.

—¿Qué pasa, chico?

Coen se abalanzó sobre Chino y le apretó la nariz contra la pared, de modo que Chino no podía respirar.

—Hijo de la gran, te mataré si vuelves a acercarte a mi mujer y sus hijas.

Coen retiró la mano. Chino se atragantó, pero no se levantó ni hizo ademán alguno hacia Coen.

—Polaco, ya van dos veces que me tocas la cara.

Separados por el reservado, se enzarzaron en una guerra de bufidos, resoplando abiertamente de rabia. Chino recobró el color en cuanto tuvo pensado un plan. Por ahora sonreiría, más adelante ya pillaría a Coen, ya lo cogería por el cuello. No podía permitirse una pelea en un espacio público. Perdería sus derechos con Bummy y

atraería a la poli. Por ese motivo, se aferró al interior del reservado, cruzó los pies y habló con Coen.

—Era una visita de cortesía, polaco. No asusté a tu señora. Tiene unas niñas encantadoras.

Vio que la mano de Coen se cerraba y se protegió la nariz metiéndose más en el reservado.

—¿Verdad que he compensado al Hispano? Si no fuera por mí iría cojeando por ahí, con el pie lleno de llagas. Yo le he dado movilidad, polaco, no lo olvides.

—Chino, no metas a Arnold en esto. No le hacen falta tus regalitos. Y si César me quiere enviar una señal, que lo haga él en persona.

Chino tenía mensajes propios para César. Quizá Zorro estuviese ocultando a la reina. O quizá le había dicho que evitase sus zonas habituales. No había encontrado a Odile ni en Jane Street ni en The Dwarf.

Coen ya podía tomar el autobús, calmado después de haber tenido carne entre las manos, de haber estrujado a Chino. Paró frente al restaurante de la Setenta y Tres y esperó a Boris, el conductor, el hombre de los chalecos de tres botones. Coen se mantuvo apartado de los jugadores, que lamían la pasta de almendra de sus canutillos y jugueteaban con las flores del ojal ante el escaparate. No estaba seguro de que el conductor hiciera rondas matutinas. No quiso comprar una flor. El conductor pasó a su lado con un sombrero de pluma.

—¿Boris? —siseó Coen.

El conductor frunció el ceño y aceleró un poco el paso. Coen le agarró por los faldones. Al conductor le faltó poco para caerse.

—Boris, dile esto a César, y díselo claro. Basta de bromas con mi gente. Te lo dice Manfred Coen. Puedo retirar todo tu tinglado de la circulación. Te puedo tener sentadito en la sala de interrogatorios. Puedo poner a la panda de vejestorios de las flores delante de un juez. Por eso, más le vale a Zorro contactar deprisa conmigo.

El conductor se sentía mortificado: ¡alguien se tomaba confianzas con su ropa frente al restaurante! Alisó los faldones en cuanto tuvo oportunidad. E hizo un gesto con la cabeza hacia el escaparate para demostrar a los viejos que él estaba al mando.

—Señor Coen, solo Zorro sabe dónde encontrar a Zorro —dijo, después de lo cual se mordió una mejilla en un gesto no muy claro y se apresuró a entrar en el restaurante.

Pero se le cayó el sombrero en la acera, y Coen tuvo que enderezarle la pluma.

—El cerdo ese no es lo suficientemente puro para mi jefe —les susurró a los de la flor en el ojal—. Estuvo casado con una chica no *kosher*.

Cinco minutos después, Coen estaba sentado en su cama, y los tobillos le picaban por la cantidad de encontronazos que había tenido. Cuando sonó el teléfono, sonrió. César le dijo que no tenía ni sesos ni cojones.

—Manfred, para encontrarme no hace falta sacudir a Boris. ¿Por qué humillar a un hombre en su territorio? Ya no podrá ir por allí a comer panqueques.

—Zorro, no deberías haber hecho que Chino devolviera el zapatón al Hispano.

—A ver, chalado, ¿crees que interfiero en los asuntos privados del chinaco? Él tiene su cabecita. ¿Y desde cuándo soy Zorro para ti?

—Eres tú el que quiere que seamos enemigos. ¿Para qué acosas a mi mujer? César, te juro que si el chino ese aparece otra vez por el parque, te planto de una patada en Boston Road. ¿Qué problema hay? ¿Te molesta que intime con Odile? No te preocupes. No llegué a probar sus canapés.

—Otro que ha descubierto América —farfulló César al teléfono—. Anda que no es lista la niña.

—¿Qué?

—He dicho que anda que no es lista. La reina virgen. Te lo restriega por la cara y se va corriendo a los brazos de Vander Child. Me la trae floja lo que le estés sacando a Odette. Trabaja para mí, payaso.

—Entonces, ¿qué es lo que te reconcome, César?

—Ya lo sabes, cabrón de mierda. Papá te dio la granja. Te dejó usar su propio retrete. Aceptaste su comida. En vacaciones, encendías sus cirios. Te confiaba a Jerónimo. Te puso junto a él, a su izquierda. Te perdonó que fueras un Coen. Y yo vi cómo nos dejabas de lado. Manfred y su cuaderno de dibujo. El niño del instituto de Manhattan y sus chulísimas notas. Le dije a Papá que te tirase la crema de chocolate a los ojos. Pero a Papá le gustabas y por eso hacía la vista gorda.

—De eso hace veinte años. ¿Qué tiene que ver con colocar a Chino encima de mi mujer?

—Pregúntaselo a tu queridísimo Jefe.

—¿Isaac? Si trabaja para tu Papá.

—Narices. Boston Road es todo un cable, y los micrófonos van de nuestra boca al culo del Jefe. Isaac no pierde ni palabra.

—¿Y para qué le contrató Papá?

—Porque si viene una rata a husmear, es mejor tenerla donde puedas verla, para que no te coma las tripas en la oscuridad.

—César, la última vez que estuve en el Bronx, Isaac me hizo el vacío. Me cerró la puerta del baño en las narices.

—Te enseñamos a Jerónimo, te enseñamos a Mordeckay, te conseguimos a la chica de Vander, y a ti te falta tiempo para irle con el cuento al Jefe.

—He estado jugando a pimpón desde que he vuelto. Nada más.

—No es eso lo que dice Isaac. Usa tu nombre para tomarle el pelo a Papá. Eres su principal cebo. Tú mismo te has colgado en la cuerda de Isaac. Manfred, lo de ser un caraculo y un mamarracho lo heredaste de tu madre. Se iba a tomar el sol al huerto de Papá, procuraba que Jerónimo la viese de los pezones para abajo y luego iba a quejarse de que el bebé la espiaba.

Coen recordaba la mesa del huerto, los árboles contrahechos de Papá, a Jerónimo, jugando con un arco demasiado frágil para disparar una flecha, a Albert y a Sheb de

excursión, en busca de huevos de campo, tamaño extra, para llevarlos al Bronx; se veía con su madre en la mesa; le rogaba que se tapase con una sábana y caminaba en torno a la mesa como un espantapájaros, con los brazos estirados cada vez que Jerónimo se acercaba a trompicones para recuperar las flechas que dispersaba su arco.

—Cesar, mi madre no está aquí. Pregúntale a Papá cuánto le debía mi padre antes de morir. Dime, ¿cómo es que tardasteis tanto en encontrar mi dirección en Alemania? ¿Sumasteis las deudas de mi padre hasta el último céntimo? ¿Cuánto debía la huevería?

—Espabila, Manfred. A Papá le bastaba un dedo para llevar la huevería. ¿Para qué iba a querer nada de tu padre?

Y le colgó a Coen, que ya no podía sacudirse el olor a fresas ni evadirse de la imagen de su madre, inclinada en los campos, metiendo fresas en un pañuelo que debería llevar en el pecho. ¿Se desvistió así cuando Albert estaba cerca? ¿Era un desafío a los Guzmán o un alarde? ¿Quién más veía lo que había bajo el pañuelo? ¿Fue aquel el motivo de que Albert no volviera a enviarlos a la granja? Coen se plantó una almohada bajo la cabeza y estuvo dando vueltas junto a la pared.

Boris Telfin, *el* Boris Telfin de los panqueques de cereza y los puros de cuarto de dólar, era un conductor de jugadores, un hombre al servicio de los jugadores y no un chico de los recados. Ya era bastante malo trabajar para los marranos, una familia de judíos comecerdo, los Guzmán de Portugal, Lima y el Bronx, que murmuraban padrenuestros al sorber el caldo de pollo, que ponían cruces en sus tumbas, que eran cristianos en un ochenta por ciento; pero no había contemplado la posibilidad de ser una conexión permanente entre Zorro (el más voluble de sus señores) y un chinaco. Aun así, no era del todo culpa de César. La gente del Comisionado Primero le tenía confinado en sus escondites y patrullaba por sus garitos de dados con coches verdes, y César no podía arriesgarse a ir en coche hasta el territorio de Chino. Por eso tenía que ir Boris.

Se encontró con Chino en un solar de Prince Street. El muy idiota llevaba unos tirantes que le hubieran delatado a kilómetros. Boris no podía mostrarse campechano con una persona así (los marranos, por lo menos, no querían violencia ni guerra abierta). Sabía de la carrera de Chino, de los traumatismos de taxistas y otros conductores. Si Chino andaba suelto, no había taxista a salvo.

—Encanto, dile a Zorro que entregué el zapato. Fue mi decisión. Es una bota de puta. Me traía mala suerte.

—Eso ya es viejo. Me refiero a lo del zapato. Zorro le pide un favor. Referente al señor Coen. Ya basta. Personalmente, no me disgustaría alguna lesión cerebral. No le vendrían mal unos cuantos agujeros en la cabeza. Pero no es ese el deseo de César. Quiere que se oculte usted. La señora Coen es libre de seguir con su cristiana vida en el parque sin ser molestada.

—Boris, es que me tocó la cara. Dos veces. Una en comisaría y otra en Bummy's. Solo por eso ya está muerto, pero ya decidiré la hora.

—A mí también me tocó. Me tiró del abrigo. Imagínese, el poli ese viene y me agrede en plena calle. Estaban todos mis cuñados mirando.

—Me acordaré de él de tu parte, Boris. Te lo prometo.

Al conductor empezaba a caerle bien Chino.

—Tienes mi aprobación, Chino, pero por favor, no se lo digas a Zorro. Me enviaría a Queens en una caja.

—Yo no me chivo —dijo Chino.

—¿Qué puedo hacer por ti, Chino? Tú pide.

—Boris, hay un hombre llamado Solomon Wong, antes fregaba platos para mi padre en Cuba, es un viejo, quiero que le protejas. No acepta mi dinero.

—¿Cuánto de vellón? —dijo Boris, yendo a lo práctico.

—Unos diez a la semana.

Chino echó mano de su fajo. Boris dijo que no.

—¿Diez a la semana? Ya los pagará César.

—No. Tienen que ser de los míos. Si no, no sirve.

Boris aceptó el dinero de Chino. Ya estaba listo para partir. Chino se aferró a la limusina.

—¿No quieres saber dónde encontrarlo?

—¿A quién?

—Al lavaplatos. Prueba en otros solares. O en cualquier tugurio.

—¿Crees que hay muchos Solomon Wong?

Chino soltó el coche. Necesitaba un arma ya. Las porteras de The Dwarf tenían su Colt. Lo habían tirado a un cubo de agua cuando intentó asaltar el local en busca de Odile. Cuando hubiese acabado con Coen, les iba a dar para el pelo a las dos tiarronas. No podía comprarle un arma a sus proveedores habituales. El mercado estaba estancado, porque había polis por todas partes; solo los negros podían venderle una, pero no podía acercarse tanto al centro. Echaba de menos el zapatón, aquella tira contrahecha de cuero. Pero cada vez que se ponía el zapato le entraban en la cabeza imágenes turbadoras de su padre. Chino era creyente: no tenía dudas acerca de la realidad de las apariciones. Seguro que era responsable ante ellas. Su padre llevaba fango en la cabeza (señal de que no estaba en paz). Para aplacar al espíritu, Chino pensaba ocuparse de Solomon Wong. Quizá su padre estaba destinado a vagar con la cabeza enfangada hasta que Solomon, vivo y en este mundo, fuera rescatado de su lamentable condición de lavaplatos y *vagabundo* y recibiese unos ingresos fijos, fueran grandes o pequeños. Pero no podía encontrar a Solomon. Y había que alimentar a las apariciones. De modo que se deshizo del zapato. Siguiendo las quejas de su estómago, siguió por Grand Street para comprar *cannoli* y horchata siciliana. Lo de Ojos Azules ya llegaría, pero no aquella tarde.

El corro de la patata al que había estado jugando con César y Chino debía de haberle afectado al corazón. Coen, que juraba que no soñaba jamás, ahora tenía tres sueños por noche. Los sueños no tenían que ver ni con los Guzmán, ni con la huevería, ni con la granja. La mayoría eran sobre su matrimonio: Coen reconstruía las peleas con Stephanie y se enfrentaba a sus llantos y sus miradas mudas y momificadas con algo tan duradero como saliva, la saliva de hacer el amor, desafortunado Coen con la idea de que si penetraba lo suficiente a su mujer, sus problemas desaparecerían. Pero el último de los sueños se apartaba del matrimonio y tenía lugar en comisaría. Coen, un Coen soltero, era llamado al patio largo y estrecho que había junto a la comisaría (patio que servía de gimnasio al aire libre, zona de reconocimiento y morgue ocasional) para identificar dos cadáveres hallados en el distrito. Los cuerpos estaban colocados en ataúdes provisionales (cestas de mimbre de la lavandería del hospital, forradas con mantas viejas de las patrullas de caballería). Coen reconoció las caras gordezuelas entre los pliegues de la cesta. Las niñas tenían el cuello azul y desfigurado, como el de un pollo, y la lengua gruesa. El mimbre había marcado la carne. Tenían los ojos hinchados y cubiertos de marcas marrones. Les sangraban los dientes. El hombre del capitán debía de haberles entrelazado los dedos y juntado las piernas: no podían haber muerto en una postura tan beatífica. Coen tocó primero a Judith. No quería una piojosa manta de caballo sobre su niña, En la cesta, había insectos, ditiscos. Coen los chafaba con los pulgares, pero no podía ir tan deprisa, y los bichos se revolvían sobre sus espaldas y hacían ruidos desagradables con las aberturas de sus caparazones, Coen se quitó la ropa en el patio. Puso su chaqueta bajo Alice y forró el ataúd de Judith con las perneras del pantalón. Llegó el coche de la morgue, perdiendo combustible. Coen no había establecido aún quién le había llamado al patio. ¿El comandante? ¿Brodsky? ¿Pimloe? ¿La pareja ocasional de Coen, el detective Brown?

Despertó escupiendo el nombre de Isaac. Los mocos le habían endurecido la nariz. Según su reloj, eran las tres de la madrugada. Salió de la cama tembloroso, con las rodillas bailándole. Había metido a Stephanie en su mierda. Pero no podía volver a abofetear a Chino por culpa de un sueño. Se puso su traje de detective (espiga, gris sobre gris), se afeitó los incordiantes pelillos de debajo de la nariz y fue al bloque de Stephanie. Apabulló al portero de noche clavándole la placa dorada en las costillas.

—La señora Nerval me necesita. Soy pariente suyo, y policía.

Al portero no le gustaba tener policías en el edificio pasada la medianoche. Operó los interruptores del interfono con un puño nervioso.

—Doctor Nerval... Perdona, doctor Nerval, hay un caballero aquí, dice que tiene relación con su señora. Me ha sacado la placa.

Coen oyó a Charles farfullar algo por el interfono. Se guardó la placa.

—Quiero a su mujer, no a él.

—Doctor Nerval, el caballero pregunta por su esposa.

Coen acercó la boca a los cables.

—Charlie, ahora no me jodas. Es importante. Déjame subir.

—Coen, son las cuatro de la mañana. ¿Te crees que los dentistas no dormimos?

Hay dos niñas en la habitación de al lado.

Charles se puso las zapatillas para recibir al policía. Hubiera preferido que Coen persiguiese a su mujer a una hora más decente. Estaba enamorado de sus dos asistentas, chicas portorriqueñas de suave bigotillo y cinturas estrechas. Pero Charles era demasiado listo para alterar la armonía de su consulta. No perseguiría a Rita ni a Beatriz hasta que le dejaran por un trabajo mejor. Por el momento se limitaba a un apretón apresurado de los muslos cuando sus pacientes, por lo general ancianos, se dormían en la silla de dentista.

Stephanie salió del dormitorio torpemente envuelta en un mantón que dejaba al descubierto mucha piel. Tuvo cabeza suficiente para no tontear con Coen.

—Siéntate, Freddy.

Charles echó un vistazo a un puñado de venas en el muslo de Stephanie y se dijo que era muy afortunado por tener a Rita y Beatriz.

—Steffie, despierta a Judith y Alice, por favor.

Charles se enderezó el pijama.

—El capitán está dando órdenes. Stephanie, a partir de ahora encuéntrate con tus amigos fuera del edificio. El tío de abajo va a empezar a decir que somos gitanos.

—Charlie, déjale acabar. Haznos unas tostadas o métete en la cama.

Coen procuraba no mirar fijamente a su exesposa; le excitaba no la piel desnuda sino la caída del mantón, los pliegues de la tela.

—Llévate a las niñas con la madre de Charlie. Llévatelas a Connecticut. Ahora mismo.

—Está tonto —dijo Charles—. Está loco, eso es lo que pasa. Se cree que dirigimos una agencia de transporte para niñas pequeñas. Stephanie, dile que se busque otra familia a la que molestar.

—Fred, ¿esto tiene que ver con el chico chino aquel?

—Contrataron a Chino para buscarme las cosquillas. He ofendido a su patrón. Los Guzmán piensan que soy un espía.

—¿Isaac está metido en esto? —dijo Stephanie.

Aún le guardaba rencor al Jefe: Isaac se había inmiscuido en su matrimonio, había manipulado a Coen y había conspirado para mantenerlo alejado de ella.

—¿Quién es el chico chino? —dijo Charles—. ¿Por qué no pueden las niñas dormir en sus camas?

—Chino tiene reglas muy raras. Irá a por cualquiera de mi entorno. Ha estado espionando a Judith y Alice en el parque.

Charles se puso a andar por el salón, la cara muy seria, perdido ya su aire burlón.

—Es culpa de Coen. Un poli que se acuesta con delincuentes. Stephanie, ¿para qué te divorciaste de él si luego te lo traes a casa? Hará que maten a las niñas. Voy a llamar a la policía.

—Charlie, tienes delante a la policía.

—¿Tú? Tú no eres un poli. Lo sé todo de Isaac Sidel. Él te vistió, él te dio forma y luego te dejó con el culo al aire. Sin Isaac, no sabes ni cruzar la calle. Los detectives del Bronx me lo cuentan todo. Eras perfecto para darle coba al jefe. Stephanie, abriga a las niñas. Me las llevo con mi madre. Coen, hazme un favor. No vuelvas.

—Estarán en Connecticut solo un par de días —masculló Coen.

Le daba vergüenza contarle a Stephanie que todas sus sospechas se basaban en un sueño. Pero la imagen de Alice y Judith en sus cestas de mimbre le parecía muy válida. No podía ignorar todo el horror que había en las cestas. Charles vistió a Alice, pero Stephanie se entretuvo con los calcetines de Judith para poder hablar con Coen.

—Ve con cuidado, Freddy. Haz las paces con los Guzmán y quítate de en medio.

Le abrazó delante de Charles y las niñas, sosteniéndole como se sostiene a un esposo, sin gesto burlón alguno, y Coen notó que su nerviosismo desaparecía, pero no conseguía librarse de sus temores; padre desaparecido, madre desaparecida, Coen desaparecido. Stephanie pudo notar la tensión animal de su cuerpo, los latidos de su pecho y deseó poder tener dos maridos en vez de uno. Charles empezó a meter prisa.

—Coen, ya seguirás con el masaje mañana. Maldita sea, Stephanie, ¿no puedes odiarle, siquiera un poco, por meter a tus hijas en esta vida de mierda? Yo solo soy su padre. Yo no cuento.

Coen pasó agazapado frente al portero y ganó la calle. Caminaba con los ojos hundidos en el suelo, asustando a los taxistas de Central Park Oeste; veían a un tipo con traje de espiga y ojos duros. Cuando llegó a Columbus, a cinco manzanas de Stephanie y Charles, se dio cuenta del alivio que suponía encontrar a las niñas aún vivas. Coen no atribuía su sueño a brujería alguna. Pero los ataúdes de mimbre frente a comisaría le habían recordado demasiado el horno de su padre, le habían hecho mirar dentro del horno. Al estar tan lleno de Albert era fácil ver el cuello retorcido de Judith y Alice. Cuando llegó a su esquina, tuvo que andar con cuidado para evitar a una turbamulta de ancianos y ancianas. Estaban dándole una paliza a un *cubano*, uno de los IHU del albergue de Arnold el Hispano. Coen reconoció a la líder, la viuda Dalkey, vecina suya, que capitaneaba también toda la manzana. Los brazos del *cubano* estaban cubiertos de puños y garras. Apretaba algo contra su estómago. Tenía rasguños alrededor de los ojos. Coen se abrió paso a través de la partida de caza. Apartó el puño de la señora Dalkey de la mejilla del *cubano*. Ella se puso a aullar y escupir hasta que vio que era Coen. De entre las piernas del *cubano* cayó un pomerano con la nariz ensangrentada. La señora Dalkey se puso obsequiosa con Coen.

—Le hemos pillado, detective Coen. Hemos pillado al muy canalla. Ya no asesinará a más perritos.

Señaló un plato roto cerca de uno de los árboles que ella había plantado en la manzana.

—Envenenó a Mimsey con un trozo de bistec.

El perro no podía levantar la cabeza. Las tetillas se le hinchaban.

Coen se interpuso entre el *cubano* y la gente de Dalkey. No tenía mucho interés en conducirlo hasta la comisaría más cercana, con Dalkey pegada a los talones, acariciando al perro moribundo y presentándolo como evidencia. El *cubano* sabía decir «sí» y «no» en inglés y nada más. Iba pegadito a Coen y prefería dar la cara a unos cuantos viejos antes que a la señora Dalkey. Se había puesto un perfume rancio.

—Bestia —siseó la señora Dalkey desde detrás del muro de ancianos.

Cuando se convenció de que Coen no le haría caso, llamó a un poli novato de Broadway. Los pantalones del novato iban cargados de atavíos: esposas, pistolera, porra, cartuchera, cuaderno de notas y estuche de lápices. Se llamaba Morgenstern. Llevaba enganchada al blusón la insignia de una de las fraternidades de policías judíos. Coen tenía la misma insignia, pero nunca se la ponía; durante su matrimonio, la Sociedad de las Manos de Esaú le comunicó que no podían otorgar parcelas funerarias a parientes no judíos. De acuerdo con los estatutos de la sociedad, Coen y Stephanie tendrían que yacer en cementerios distintos. Coen renunció a su futura tumba a favor de otro policía judío insolvente, que no había cumplido con sus cuotas pero deseaba ser enterrado en el terreno de la sociedad.

—Apúntese la detención —dijo Coen—. Es su ronda. Pero asegúrese de que estos señores no lo hacen picadillo antes de llegar a comisaría.

El novato se empeñó en estrechar la mano de Coen. Aquel era solo su tercer arresto. Los detectives de su comisaría eran mucho más picajosos que Coen. No regalaban arrestos. Y ni le saludaban por la calle.

—Agente Morgenstern —dijo la señora Dalkey—, es el loco del pintalabios, me apuesto algo. Sé reconocer a un pervertido por el sudor de sus ojos.

El novato echó mano a su libreta de notas. Partió la punta del lápiz al escribir la «l» de «loco». La señora Dalkey le dejó otro con mejor punta.

Coen le gritó su número de teléfono.

—Llámeme cuando se lo hayan llevado arriba.

—¿Qué tengo que hacer con el perro, señor Coen?

—Déselo a Dalkey. Y no se olvide del plato.

El novato tuvo que contentarse con ir segundo, por detrás de la señora Dalkey, que ya había recogido a su gente, al perro y el plato del perro. Coen no podía llegar a su edificio sin cortar la procesión. El novato le llamó menos de dos horas después.

—Le han ablandado, Coen. La señora tenía razón. Antes se dedicaba a hacer muñecas. Hace años que no trabaja. Él cameló a los niños para subir a los tejados. Usó un cuchillo Exacto, de las herramientas para las muñecas. En casa, monta

números de marionetas. Con muñecas viejas. El muy pirado intentaba que los trajes les cupiesen a los niños. Por eso los marcaba con la barra de labios. Le daba unos labios nuevos a cada uno. No ha podido engañar a los detectives.

Coen se dio la vuelta en la cama.

—Morgenstern, la gente de ahí debe de ser muy lista. Ese *cubano* no sabía ni decir su nombre en inglés. ¿Le han encontrado vestidos de muñeca encima? ¿Y por qué envenena a los perros?

—No lo sé.

Coen supuso que Morgenstern no estaría tan jubiloso a media tarde. Lo más probable era que los detectives le borrasen del informe. Que un novato le echase el guante al loco del pintalabios podía minar su prestigio.

Irene, alias «la Viuda», alias la señora Dalkey, no podía haber enviudado, porque nunca había sido esposa. Nació en la inclusa de Delancey Street, y una monja del hospital la bautizó Irene. El fontanero Frankenstein y su esposa, una petulante mujer reacia a sufrir un parto en sus carnes, adoptaron a Irene y la llevaron con ellos al taller del sótano en el que también vivían. Tan pronto como Irene aprendió las costumbres del habla (en torno a los tres o cuatro años), la señora Frankenstein sembró dudas en la niña sobre su nacimiento, al contarle que era una «niña de los duendes», un bebé abandonado en las escaleras del hospital por una señora de buena familia que no quería tomarse la molestia de ser una madre. De este modo supo Irene de su ilegitimidad. En la escuela pública número 23 de Mulberry Street (cincuenta años más tarde, Chino asistiría a aquella misma escuela), Irene empezó a pensar en la duplicidad de su vida: niña de cuna rica encasquetada a los Frankenstein. Empezó a retrasarse en sus estudios, y la sacaron de la escuela para ponerla a trabajar de lavandera (Irene aún no tenía doce años). Chicos y no tan chicos la manoseaban en la lavandería y le desabrochaban el delantal mientras ella enjabonaba manteles de una mansión de la calle Veintitrés y seguía considerando las posibilidades de otra vida.

A los quince años, se escapó con un vendedor de escobas que apareció un día por la lavandería. El vendedor se hacía llamar señor Dalkey. Pese a tener esposa y tres hijos en Hartsdale, en el estado de Nueva York, instaló a Irene en Columbus Avenue, que por aquel entonces era un barrio de comercios y pequeños apartamentos para los carpinteros y tenderos que servían en las mansiones cercanas al parque. El vendedor visitaba a su «señora» de Columbus Avenue unas dos veces al mes. La señora Dalkey, Irene, le echó a los nueve años y se convirtió en la Viuda Dalkey. Tenía veinticuatro años y de nuevo era lavandera.

La Viuda tuvo una sucesión de perros, Everett, Stanley, Chad, Noah y Raoul, antes que a Rickie, el dálmata actual. No se hizo con nuevos amantes. A los ojos de la Viuda, los hombres estaban a menos de nada de ser monstruos. El vendedor no formaba parte de su esquema: no entraba siquiera en la visión que la Viuda tenía de sí

misma. Pensaba en el hombre que había desgraciado a su madre, la señora rica, y le había obligado a hacer de su bebé un expósito.

Contempló el deterioro del vecindario a medida que los tenderos exigían a gritos más dinero y las mansiones ya no podían mantener un juego completo de esclavos. Los hoteles pasaron a ser centros de acogida. Los tenderos tuvieron que rendirse a los supermercados. Los judíos se infiltraron desde Bowery, llegaron los negros, luego los portorriqueños y por último los *cubanos*. Dalkey resistió lo mejor que pudo aquellas migraciones mezquinas. Se puso a la cabeza de su manzana y empezó a luchar por unas farolas de alta luminosidad, la asistencia a la iglesia, espacio para los perros en las aceras, la presencia de árboles y el regreso de los tenderos blancos. Había perdonado a Coen su judaísmo hasta que se puso de parte del *cubano*. Le gustaba que hubiese un detective en el edificio. Pero no pensaba aceptar más favores de judíos. Dalkey iba en serio. Dio órdenes a Rickie de orinar en la puerta de Coen.

Al día siguiente de la captura del *cubano*, por la tarde, vio por la mirilla de la puerta a un hombre negro. Llevaba una placa en la mano. Dalkey se asustó. Deseó que Coen no la hubiese abandonado. Hubiera podido llamarle por la escalera de incendios. Volvió a espiar por la mirilla. Malos tiempos eran aquellos si un negro podía llevar placa. Se negó a contestar al hombre hasta que tuvo a Rickie apoyado contra la puerta.

—Diga qué quiere. ¿Quién es usted y qué busca?

—Señora Dalkey, soy un vigilante del albergue de calle arriba. Alfred, el encargado de seguridad.

La mención del albergue asustó a Dalkey; se preguntó si el *cubano* tenía amigos influyentes.

—Y bien, ¿qué quiere de mí?

—Mi jefe, Bogden, Smith y Liveright, la compañía que lleva el albergue, me ha pedido que venga a darle las gracias, señora Dalkey. Hay una recompensa. ¿Podemos hablar? ¿Dentro de casa, señora Dalkey?

La señora Dalkey descorrió los cerrojos, manteniendo a Rickie entre ella y el negro. El perro no le cayó nada bien a Alfred. Si no hubiera estado de visita oficial, le hubiera rasgado la nariz al perro con la punta de la placa. Dalkey le condujo a un saloncito, pero no le ofreció asiento.

—Señora Dalkey, tengo cincuenta dólares para usted si me promete no ir voceando de dónde salió el loco ese. Ya conoce la ciudad. Te obligan a aceptar los casos de caridad y tienes que apañarte con ellos. Si no fuera así, tendríamos una clientela de primera. El tal Ernesto era un retrasado. Ya lo sabíamos. Pero ¿qué le importa eso al Gobierno? Ellos protegen a todos esos monstruos. Yo le pillé lamiendo esas muñecas suyas. Cosa de vudú. Las coloca sentadas, con las mejillas húmedas. Debería haberle tirado por las escaleras. Pero el Gobierno protege sus derechos, y mi placa no es que valga mucho. ¿Qué me dice, señora Dalkey? ¿Está con nosotros? ¿Piensa ayudar a la compañía?

La Viuda lanzó a Rickie contra las rodillas de Alfred.

—No me fío de los que vienen de parte de una compañía —dijo—. Ya le puede decir a su patrón que Irene no acepta sobornos. Es dinero manchado de sangre. Ojalá su hotel se hunda.

—Béseme el culo —dijo Alfred mientras salía por la puerta. Se puso las gafas de sol y escupió a las bombillas del pasillo—. Béseme el culo. Béseme el culo.

Dalkey volvía a correr los cerrojos. Estaba temblando, apoyada contra la puerta, y Rickie gimoteaba ante su sombra cambiante.

—Cállate —dijo—. ¿Por qué no le has destrozado?

Decidió que no daría de comer al perro. Se calmó un poco con cucharadas y más cucharadas de miel mezcladas con el té negro. Cruzó los dedos sobre su corazón. Dalkey tenía setenta y cuatro años. Se propuso destruir todos los albergues de beneficencia antes de morir. Pero el vigilante negro del albergue la había puesto regañona. Recuperó las rutas de su niñez, su sofá cama en el sótano, los dos Frankenstein, la ignominia de tener que vivir tan cerca de las botas pringadas de mierda de un fontanero. Dalkey rompió a llorar. No tenía esposo que la protegiera, solo un perro gimoteante. La historia de su vida parecía desarrollarse como el rollo de papel de cocina que tenía sobre el fregadero: era inútil, arrugada, de usar y tirar. ¿Por qué tenía que absorber ella los horrores del vecindario? Que sean las amas de casa las que atraigan de nuevo a los tenderos blancos. Dalkey estaba acabada. Pensaba dejar la capitania de la manzana. Quería volver con su madre, la de verdad, no la señora Frankenstein. Estaba cansada de ser la Viuda. Rickie hundió la cabeza entre las enaguas de Dalkey. Ahora sí podía compadecer al perro.

—Rickie, ¿recuerdas a tu padre? Somos huérfanos, cariño. Nos caímos de la bolsa. Somos niños de los duendes, como decía aquella señora.

Frotó las calvas del cráneo de Rickie. Le quitó las legañas. Le dio zanahorias, salmón y pasta de hígado para comer. Dalkey volvía a ser la de siempre. Pensaba organizar una nueva campaña por los árboles.

Coen llamó a la Oficina del Comisionado después de su té matutino.

—Póngame con Isaac Sidel.

La recepcionista le pidió que deletreara el nombre.

—En la lista, no consta ningún Sidel —dijo.

—Busque en la agenda privada de Pimloe.

—¿Quién digo que ha llamado, señor?

—Manfred. M de miércoles, A de atleta, N de negligencia, F de fueraborda, R de regla, E de equipo y D de dólar.

El chófer de Pimloe se puso al aparato.

—¿Que quieres, Coen?

—Brodsky, dile a Pimloe que quiero tener una reunión con Isaac. Que sea a la puerta de casa de Papá, en mi apartamento, donde Isaac quiera. Si no quiere reunirse conmigo, voy a montar una buena timba con los Guzmán.

—Limitate al pimpón, Coen. Pimloe ya no te necesita. Tus colegas de Homicidios han estado preguntando por ti. Coen, vuelves al servicio. Mañana ya estarás recogiendo fiambres.

—Si Pimloe me quiere en la calle, tendrá que arrastrarme. Yo recibo órdenes de Isaac.

—¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo, gilipollas? Isaac no trabaja aquí.

—Ya, y yo no soy Coen. Los Guzmán nunca salieron de Sudamérica, y Boston Road no aparece en los mapas.

Cruzó el parque con unos pantalones malolientes y una camisa sin mangas. El portero de Child le confundió con uno de los pintores que se afanaban por el edificio. Le advirtió que la próxima vez usase la entrada de servicio. Child se estaba tomando una tacita de café con cruasanes. Obligó a Coen a sentarse a la mesa y no le consintió que se comiera a palo seco el cruasán. Se lo untó de mermelada de arándanos con un cuchillo fino de plata que hubiera cabido dentro del meñique de Coen. Child daba por sentado que Coen se lo había pensado mejor y venía a trabajar para él. Pero Coen no sonreía y no movía la barbilla más allá de la taza de café.

—Vander, ¿eres un soplón de Pimloe o de Isaac?

Child terminó los cuernos de su cruasán. Se limpió las migas de la cara con la punta de la servilleta. Cuando intentó echar un sorbo de café, Coen puso la mano sobre la taza.

—Vander, has estado jugándomela todo el tiempo. Querías a tu hija fuera del país para tener más sitio para tus espectáculos porno. ¿Por qué llevaste a las novias de César a México? ¿Te hacía gracia entregar a las chicas? ¿Cuánto les pagabas a los macarras de la estación de autobuses, so mierda? ¿Veinte dólares por cabeza? O quizá

las recogías tú mismo del autobús para ahorrar en gastos de transporte. Puede que los tratos que cerraste con Isaac no se sostengan. No hay juez en el país al que le guste un tío de la Quinta Avenida que vende novias menores de edad.

La mesa empezó a deslizarse, y Coen llevó la taza a los labios de Child.

—Bebe, cabrón.

—Fue por dinero —dijo Child, la boca pastosa por el café—. Estaba en apuros.

—Pensaba que eras el gran ángel de Broadway. ¿Para qué quieres las migajas de César? ¿Sabes dónde vive su padre? En una tienda de dulces. Papá Guzmán prepara helados con soda. Cien al día. Tiene dos hijos que están más para allá que para acá y otros dos medio subnormales. César es el menor y el más listo, pero aun así podías haberte buscado algo mejor.

—Coen, cada año pierdo cien mil dólares financiando espectáculos de Broadway. El apartamento me cuesta otros mil al mes. Tengo una esposa en Florida y una limusina que mantener. Sin esas películas, no podría invertir ni cinco. ¿Quién ha mantenido a Harold Pinter en Nueva York, Coen? ¿Quién resucitó a George Bernard Shaw? ¿Quién pagó las traducciones de Gorki?

—Vander, no he visto una obra en mi vida, excepto en Servicios Especiales, cuando acompañaba a la mujer de algún embajador. Y todos eran musicales.

Coen reconoció a Odile por su risita ahogada. Se unió a ellos en la mesa, vestida con un albornoz, y plantó los pies descalzos sobre los zapatos bicolors de Coen. No paraba de incordiar.

—La clásica confrontación —dijo—. El fanático de la cultura enfrentado al poli cavernícola. Los dos me dais ganas de vomitar.

Coen se chupó la mermelada de los dedos.

—Odette, tal como yo lo veo no estás tan libre de pecado. Ayudaste a colar a Carrie en México por tu propio interés. Ninguno se imaginó que me acercaría tanto a César para traerla de vuelta. Mientras tanto, tenías montado tu circo en el apartamento de Vander y además tenías tu pisito en el centro. Puede que a Carrie no le gustase ver cómo revoloteabas en torno a su padre.

—Tío, haz que se calle. Es un mentiroso. Se va de ronda por bares de chicas para ver pezones gratis. Duerme con una pistola en el colchón.

Vander lavó las tazas, el cuchillo y las cucharillas del café. Odile se enredó en las piernas de Coen sin recordar lo que estaba haciendo. Odiaba a aquel poli, le hubiera gustado tirarle la mermelada a los ojos. Echaba de menos su cuerpo nervudo en la cama, después de pasar con él la mitad de una noche. No quería sentirse atada a hombre alguno. Con su tío, podía jugar, mangonearle como a un osito de peluche, porque él aún tenía miedo de César Guzmán y ella era una de las chicas de César. Pero no conseguía que Coen comiese en la palma de su mano. Él no la miraba con lujuria, como Chino. Tampoco le sacaba la lengua. Se parecía más a César, que no es que fuera marica, pero no le hacía falta una mujer más que una o dos veces al mes. Se había acostado incluso con Jerónimo: le había seducido en su escondite de Jane

Street, porque le pareció que aquello le gustaría a César, y el bebé tenía la misma expresión de desdén en su rostro amarillento cuando descargó su esperma en ella, la misma dentadura, la misma independencia, el mismo aspecto fiero y huérfano. No sabía si alguna mujer había tocado los huevos de Jerónimo antes que ella. Pero le daba demasiado miedo preguntárselo a César. Y ahora tenía a Coen. En la cama, gritaba un poco como Jerónimo, un grito corto y seco. No lograba entender qué le llevaba a sentirse atraída por semejante tribu de hombres hoscos. Intentó levantarse, pero estaba liada con Coen.

—Aparta los pies —le dijo.

Coen se agachó y le liberó los tobillos. Child no le ofreció otra tacita, y Odile engullía las migas de la fuente de cruasanes sin mirarle siquiera, así que se largó. Siguió un camino irregular por el parque y salió más allá de la calle Ochenta. Vio bajar por la calle una cabeza de pelo gris y espeso, del tamaño de una col, que avanzaba como un tiro hacia Columbus. La cabeza se movía a un ritmo increíble, apareciendo y desapareciendo tras los techos de los coches y esquivando por centímetros los semáforos. Nadie excepto el bebé podía mover la cabeza con tanta precisión. Y con Isaac suelto por la ciudad a la caza de sangre de los Guzmán, temió por la vida del bebé.

—Jerónimo, ¿por qué te ha traído César tan deprisa? ¿Es que Mordeckay se comió todos tus dulces?

Coen resoplaba, pero no conseguía alcanzar al bebé. Llevaba una manzana de retraso. Sabía dónde iba el bebé. A visitar al tío Sheb. En el Bronx, acostumbraban a sentarse juntos durante horas y a arrancarse mutuamente las canas. Coen tuvo suerte de bajar la marcha. Si no, quizá no hubiera visto que seguían al bebé. Brodsky iba tras él en un coche de la oficina. Coen se coló dentro en el siguiente semáforo.

—Brodsky, vuelve a contarme eso de que tú y Pimloe no estáis casados con el Jefe. ¿No me habías dicho que no habías visto nunca al bebé?

—Coen, sal rápido del coche o te llevo a comisaría de cabeza. No te gustará estar entre rejas. Te tirarán cacahuetes. No sabes cuánto te aprecian por allí.

—Deja en paz al bebé, Brodsky. Se las arregla bien sin que le sigan. Vete a pasear a otra parte. Te juro que estamparé el coche contra el ventanal del First National Bank.

—Eres un animal, Coen. Deberían entregarte a la patrulla del zoo. Tú no perteneces a la calle.

Coen giró las llaves de Brodsky y caló el motor.

—¿Qué quiere el Comisionado con Jerónimo? Los payasos de la Cuarta División ya han encontrado al loco del pintalabios. ¿No lo has oído? Era un fabricante de muñecas que vivía en el hotelucho donde vive Arnold. También envenena perros. ¿Qué te pasa, Brodsky? ¿No quieres comprobarlo? ¿El Departamento de Detectives le oculta información al Comisionado? ¿Están otra vez a la greña? Porque entonces Isaac vuelve a estar al mando.

Coen se quedó frente a la residencia. No quería interrumpir la comunión entre el bebé y Sheb. Compró peras secas para su tío y se comió la mitad mientras esperaba a Jerónimo. El bebé trató de esquivarle en las escaleras. No quería saludar a Coen. En sus sienes, aparecieron dos muescas cuando Coen le cortó el paso.

—¿De dónde vienes, Jerónimo?

César debía de haberle ordenado que no hablase con Coen. ¿Le había metido en la cabeza que Coen era un chivato de Isaac?

—Jerónimo, por favor, no visites a Shebby durante el día. La enfermera te llevará a verle de noche. Mira, te escribiré una nota.

El bebé rompió la nota y se tragó los trozos de papel. Las venas de su frente estaban marcadas como nudillos. Coen no quería que le reventase el cerebro al bebé. Tuvo que dejarle marchar.

—Jerónimo, ve por los callejones. No pares por nadie que vaya en coche. Hay un tipo con patillas que te busca.

El bebé ya estaba en otra manzana cuando Coen acabó de gritar. Se quedó mirando hasta que la cabeza de col tomó un aspecto lechoso. Entonces subió a ver a Sheb.

Estuvieron mascando peras en el dormitorio. Shebby podía ver que algo iba mal por los bocados que daba Coen. Su sobrino no se molestaba en chupar las peras. Shebby se arrebujó más en su sábana. Era un alivio que hubiese más personas en el dormitorio, para no tener que escuchar aquellos bocados a solas. Les ofreció la última pera pegajosa. Su sobrino estaba loco: si no le traía demasiadas, le traía pocas. ¿No era capaz de calcular el número de peras necesario para alimentar a cuatro solterones y viudos estreñidos?

—¿Qué tal está el bebé, tío Sheb?

Sheb miró de reojo a Coen. Metió los dos billetes de dólar que tenía por el agujero del bolsillo. El sobrino no registraría el pijama meado de su tío. Luego se olvidó de por qué Jerónimo le traía siempre dos dólares envueltos en papel higiénico.

—¿Qué te ha dicho Jerónimo, tío?

—Dice que en México las paredes huelen mal. Que los helados tienen paja. Que las moscas se posan en los pasteles. No tenía centavos suficientes para comprar un chicle decente.

Los dólares cayeron por las mangas del pijama. Intentó cazarlos al vuelo y se rasgaron los bordes. Luego los coló en su faja y Procuró aplanarlos contra el vientre. Coen no pensaba mencionar los dólares, por mucho que Shebby los frotase.

—Manfred, ¿cuánto son veinticuatro dólares por trece años?

Coen sacó pasas resacas de la almohada de su tío. Sentado a un palmo del pijama, perdió la capacidad de acusar. ¿Cuántos tíos puede tener un poli? A los Guzmán, les sobraban los parientes, y Papá podía deshacerse de ellos como de los pelos de la nariz, sustituir a un primo por otro, pero los Coen eran solo dos.

—Sheb, mañana te traeré nueces. Las peras llevan demasiado tiempo en el

escaparate. Están más ricas cuando no les ha tocado tanto el sol.

Shebby no se paró a pensar en las desventajas de la fruta puesta al sol. Su sobrino subía a aquel barrio para verle ocho, quizá nueve, veces al año. Si le proponía venir mañana no era solo por amor. Por ese motivo, despejó el dormitorio.

—Chicos, id a sentaros con las señoritas. Mi sobrino y yo tenemos que hablar. Morris, recógete el culo. Te arrastra por el suelo. Sam, como intentes escuchar por la cerradura te taparé las orejotas con un higo. Irwin, quiero privacidad, quiero estar solo.

Y una vez se hubieron marchado sus compañeros de dormitorio, a Sheb se le disparó la lengua. Podía arreglárselas sin sobrino. No necesitaba más que dos dólares al mes y suficiente papel higiénico en el puño. Estornudó.

—Salud, tío Sheb.

—¿Quién te enseñó eso? ¿Tu madre? Esa sí iba con ojo con los estornudos. Tu padre se fue de vacaciones, Manfred. Se echó a dormir con el chaleco puesto. Me hicieron peinarles.

Coen sostuvo la mano de Shebby.

—Manfred, solo cabían dos cabezas por vez.

—Ya lo sé, tío. No tienes que contármelo.

Coen trastabilló cerca de la cama. Tuvo que agarrarse a sus rodillas, o hubiera caído sobre las almohadas con tío Sheb. No quería oír las dimensiones del horno de su padre. Pero Sheb no le soltaba.

—Mi hermano, mi adorado hermano, quería que me metiese en el horno con su mujer. Para poder girar las llaves y pincharnos y ver qué tal quedábamos. Luego nos sacaría con mucho mucho cuidado, y se haría sitio a sí mismo. Pero Jessica dijo que no. No quería compartir el horno conmigo. Quería tragarse el gas cogida de la mano de Albert.

Sheb cogió a Coen por la pantorrilla y le llevó a la cama. Se sentaron encorvados, con una pantufla, una manopla y una cajita de píldoras entre los dos.

—Albert, tu padre, tenía caldo de pollo en la sangre. Dejó que yo abriese la llave.

Coen metió la mano en la pantufla de Sheb; todos los Coen tenían los pies pequeños.

—Shebby, ¿fue Albert el que te puso el guardapolvo, el guardapolvo de la tienda?

—¿Guardapolvo? —dijo Shebby. No podía pensar sin relamerse y dejar correr saliva entre los dientes—. No fue Albert, fue Jessica. No quería que me ensuciase la camisa. En teoría tenía que cambiarme después de sacarles del horno. Y una mierda. No pensaba ir detrás de Albert. Yo no tenía a nadie que me cogiese la mano.

Clavó los dedos en el brazo de Coen y le sacudió.

—¿Eso es un hermano? Venga a hacer planes y más planes, y al final acabo yo de pinche del horno, dándole a la espita.

—¿Dónde estaban los Guzmán, tío? ¿Quién metió sus patatas en la huevería? ¿Cuánto le había prestado Papá a Albert?

—Yo aquí venga a hablar y él me pregunta sobre los Guzmán. ¿Acaso contaba yo la calderilla de Papá? Manfred, tienes el temperamento de tu madre. No podía mirarte sin torcer la boca. Jerónimo me trae dólares. ¿Quién se acuerda del motivo?

—¿Te pagaron para que olvidases mi dirección en Alemania? ¿Me querían fuera del país el tiempo suficiente para limpiar el humo del horno?

—¿Dos dólares por todo eso? Mal sentido del dinero debo de tener. ¿Por qué no iban a seguir pagándome? No es más que el duodécimo aniversario de Albert. ¿Eres tú capaz de encontrar otro hermano en trece años? Manfred, no pillas una. Me pagaban desde antes de que los Coen respirasen el gas. No soy un pordiosero. Papá abrió una cuenta de ahorros para Jorge y para mí. Pero perdí la libreta. No necesitaba la caridad de tu madre, Manfred. Mis tres camisas me las podía haber planchado yo.

Sheb se sentó con el pulgar en la nariz, los ojos alejados de Coen, fijos en la cajita de las pastillas, mientras buscaba con el pie la zapatilla. Coen llamó a los compañeros de habitación de Sheb. Su tío, que en casa necesitaba que le triturasen los plátanos antes de probar bocado, que vestía ropa vieja y nunca aprendió a hacerse la raya del pelo, era el jefe de ala norte de la residencia de ancianos. Coen había subestimado a Sheb. Fuera del Bronx, alejado de los huevos extra de Albert y de la mano de Jessica, su tío había prosperado. Las espitas del horno le habían enseñado mucho. Coen, el hombre de Homicidios, había visto el ingreso de cadáveres con la lengua a la altura del cuello, bebés abrasados por el fuego, una puta de Brooklyn con una barra de cortina clavada en la entrepierna, un rabino de Brooklyn con piojos donde debería tener los ojos, un camello ahogado con renacuajos en el vello púbico; había estado de servicio en las morgues de cuatro áreas, había tocado pieles gruesas como el corcho, había visto al forense serrar una cabeza, pero no había encendido el horno para su padre.

¿Qué sabía él de Albert y Jessica? ¿Cuánto tiempo puede uno olisquear un cuenco de sopa de verduras antes de escaldarse la cara? Otros chicos encontraban preservativos en los cajones de sus padres. ¿Por qué Manfred Coen no? ¿Por qué Jessica se quitaba los sostenes, gruesas copas unidas por tres centímetros largos de puntadas, solo cuando Albert ya estaba en la tienda? ¿Se besaban con la boca abierta? ¿De qué servía vivir pared con pared si no oías a tu padre correrse? A Sheb, por lo menos le había pillado con el pito en la mano. Nada más. Los Coen no eran una raza libidinosa. Llegó a preguntarse si su padre tenía pito. ¿Qué hacía su madre con sus pechos cuando Albert rascaba la mierda de gallina de sus huevos extra? ¿Sabía alguien de otro padre que no hiciera más que vender huevos?

Recordaba retazos: el color del monedero de Albert, la ligera deformación de su pulgar, el olor a vinagre en la casa, las marcas en el mango del cuchillo de picar, el gorrito que se ponía Jessica para impedir que se le llenase el pelo de harina, el bulto en el cuello de Jessica, las arrugas de su sonrisa, las bolitas de naftalina que había en el fondo del canasto, como bayas despanzurradas, la cuchilla de afeitar de Albert, el peine de Jessica, el dibujo de la colcha, sus sombreros, sus zapatos, pero nada que le

permitiese reclamarlos como padre y madre. Tanto podía haber nacido Guzmann como Coen.

Sheb estaba demasiado ocupado con Morris, Irwin y Sam para darse cuenta de que Coen ya no estaba allí. Ya no tenía más peras que ofrecerles. Podría haber culminado la mañana rascándose la barriga con ellos, pero con dos dólares en el pijama se sentía más ambicioso. Desafió al más rico peletero del ala sur a una partida salvaje de pinoche, con Morris y Sam de testigos y depositarios del dinero. Perdió sus dos dólares a la primera baza y aún le dejó a deber un dólar más al peletero. A eso de las once, recordó la visita de Manfred. Le pidió a Irwin que mirase debajo de las camas porque no recordaba haber enviado a casa a su sobrino. Estuvo muy gruñón toda la tarde.

Odile quería venganza. Podría haberle pedido a Sweeney que le rompiese la espalda al poli, o que le machacara los nudillos para que nunca pudiese volver a jugar a pimpón. Pero decidió no implicar a Sweeney en la caída de Coen. Los amigos acostumbran a poner demasiado brío: su exceso de devoción revela tus intereses. Odile prefería un trabajo profesional. El poli la había humillado ante Vander, la había acusado de quitar a Carrie de en medio para practicar un poco de incesto. ¡Como si ella tuviera interés alguno en subirse a las rodillas de Vander! Antes preferiría dormir con Chino y convertirse en su doña, por amor de Dios, antes que asentarse en la Quinta Avenida con su tío. Lo único que interesaba a Vander era el brillo de su piel bajo los focos. Ella le llamó desde Jane Street.

—Vander, ¿dónde puedo encontrar a un fullero del pimpón? Un apostador que se mueva por el centro.

Vander se mostró frío con ella.

—Olvídalo, Odile. No tienes la complexión adecuada para la mesa verde. Prueba con el bádminton. Estarías sensacional enrollada en la red.

—No es para mí, tío. Quiero joder a Coen.

—¿Para qué tanto lío? Coen no es tan bueno. Yo podría hacerle comer la pelota. Contrátame a mí.

—No puedo. Eres un sentimental. Eres capaz de ponerte a llorar sobre la pala de Coen. Irá mejor con un extraño.

Pudo oír que Vander daba un respingo: estaba orgulloso de su estilo en la mesa. Podía volear con el codo, la mano o la cabeza. Pero Vander no le servía de nada.

—Busca a Harley Stone, en las saunas de Christopher Street. Pregunta por la sala de pimpón. Harley ganó el Abierto de Canadá hace algunos años. Tiene los mejores golpes de Nueva York.

—No me entiendes, tío. No me interesan los golpes. Los chicos de campeonato lo hacen demasiado bonito. Quiero alguien que juegue por dinero, alguien que no se cague con doscientos dólares bajo la mesa. Quiero que Coen pierda hasta la camisa.

—Pues tendrás que confiar en un hispano. Sylvio Neruda. Sabría jugar incluso con los ojos de Coen. Pero es un hijo de puta muy complicado. No aceptará a menos que le cojas de buenas.

—Aceptaré —dijo Odile, y salió disparada hacia las saunas, que solo permitían la entrada a los hombres.

El conserje la dejó pasar cuando mencionó el nombre de Vander. Pasó junto a la sala de voleibol, la sala de bádminton, la sala del tejo, la sala de tiro de herraduras, y se cruzó con hombres desnudos que le silbaban a la vez que corrían a por una toalla o saltaban cubriéndose los genitales con las manos.

—Me cago en... —tuvo que murmurar—. Es una casa de maricones.

Vander podría haberle dicho que Sylvio era el portero de la sala de pimpón. Estaba sentado, encogido sobre un taburete en un extremo de la sala, con una fregona entre las piernas; roncaba y encogía los hombros con el restallar de las pelotas. Las cinco mesas de la sala estaban ocupadas, y Odile tuvo que rodear a los jugadores para llegar hasta Sylvio, el fullero del pimpón. Tenía barba de días en las mejillas. Le miró torcido cuando ella le despertó dando un tirón a la fregona.

—Mamasita —dijo—, ¿qué haces aquí? Las señoras no pueden entrar. Si me jodes el trabajo te rompo el culo.

—Sylvio, vengo a por ti. Con una recomendación de mi tío, Vander Child.

Sylvio, que era algo así como cristiano, creía en las epifanías; no conseguía conciliar los contornos del rostro de Odile y los ángulos agudos de su nariz con las luces fluorescentes. Se imaginó que podía ser una de las santas de su catecismo que había venido a perseguirle.

—Vander Child no juega aquí. ¿Cuál es tu nombre, chiquilla?

—Odile. Necesito tu pala, Sylvio. Te contrato por una hora. Te doy cien dólares si eres capaz de ganarle a un tipo de otro barrio.

Sylvio empezó a musitar nombres de santas.

—Lucía, Teresa, Agnes —la miraba con fijeza—. ¿Quién es el chico de los cien dólares?

Ella se lo dijo.

—Nunca he oído hablar de Coen. ¿Dónde juega? ¿En el club de Morris o en el de Reisman?

—En el de Schiller. En Columbus —y le mostró la dirección.

Sylvio se rio apoyado en el palo de la fregona.

—Mamasita, allí solo juegan payasos. Yo no cojo dinero de cucarachas. En Reisman, vale. Lo de Schiller, es un agujero. Me estás haciendo perder sueño. Hasta otra.

Odile no le dejó dar una cabezada.

—Coen es un asesino, un asesino pagado por la Ciudad de Nueva York. Pertenece a una unidad de detectives de élite. Persiguen a chicos retrasados y los atropellan con sus coches.

Sylvio sacó una bolsa de cuero de debajo de su asiento.

—¿Un poli que juega a pimpón? Ahí voy, chiquilla.

Hizo ademán de llevarla al metro IRT, pero Odile se negaba a entrar en un túnel; no había tomado el metro en su vida. Le metió en un coche y cerró la portezuela. Sylvio iba enfurruñado.

—Mamasita, no me gusta el exterior.

Le dio la bolsa para que la sujetara; podía notar el contorno de la pala. Sylvio se arrellanó en una esquina y bajó la barbilla. Odile tuvo que sacudirle cuando llegaron. Él no quiso entrar primero, de modo que ella se aventuró en el sótano con Sylvio pegado a sus talones, sin echar mano de la barandilla. El golpe de aire viciado, la luz torcida que salía de las paredes (el club de Schiller era conocido por sus zonas de sombra), el calzado irregular de las mesas (la mayoría de las cuales tenía al menos una pata torcida) y los IHU que les observaban desde el pasillo incomodaron a Odile, que se había acostumbrado a la vida tranquila y los caballerosos jugadores de la sauna. Pero los IHU le cayeron bien a Sylvio; no había contado con tantos *portorriqueños* en el club de Schiller.

—Amigos —dijo, hablando en inglés a propósito—, la señorita me trae para enfrentarme a vuestra estrella. Coen el poli.

Los IHU estaban repuestos ahora, y Sylvio perdió su simpatía; estiró la mano para coger la bolsa de manos de Odile. Esta estaba ya a medio camino de Coen. Le había visto sentado, vestido de paisano, al otro extremo de la galería, conversando con Schiller. Coen no levantó el trasero por Odile; Schiller tuvo que sacudirle.

—Manfred, me parece que la chica habla contigo.

Ella marcó una cadera, resaltando los detalles de su perfil, pero con aquella luz cruda y desigual, estaba en desventaja.

—Coen, apuesto cien dólares por mi hombre. Apuesto a que te puede dar una paliza en tu deporte. Es Sylvio Neruda, del centro.

Schiller le susurró a Coen:

—No juegues con él, Manfred. Te quitará hasta los cordones. Es uno de esos. Es muy duro cuando se trata de dinero. Si no, su reputación no habría llegado hasta aquí.

—Déjame cien pavos, Schiller.

Coen se quitó la ropa en la habitación trasera mientras Schiller contaba billetes de uno y cinco sacados de la caja. Hubiera querido lamentarse más alto, pero no podía decepcionar al policía. Gritó hacia la habitación:

—¿Quieres que vaya a buscar a Arnold, Manfred? Arnold te trae suerte.

—No.

Coen salió con su uniforme de pimpón, la pistolera abrochada a los pantalones cortos. Vaya chalado, pensó Sylvio, pero no le dio a Coen la satisfacción de sonreír. Sylvio ya había jugado antes contra chiflados; no tenía problema alguno en coger su dinero. Odile puso sus cien dólares bajo la mesa: siguiendo la tradición de los fulleros del pimpón que Vander le explicara una vez, arrugó los billetes. Ningún tahúr jugaba

con dinero liso en el suelo; los billetes arrugados traían suerte; además, así era más fácil coger el bote si a la poli le daba por invadir el recinto. Schiller puso los cien de Coen en una lata de café, que luego colocó bien alejada de las patas para que no distrajesen ni a Sylvio ni a Coen. Luego fue a por las pelotas.

—Tengo una caja de Nittaku. Están nuevas.

Pero el otro no quería jugar con pelotas japonesas.

—Demasiado pesadas —dijo—. Y las juntas no son de fiar.

Se echó mano al bolsillo y sacó dos pelotas Double Happiness procedentes de China y difíciles de encontrar en Manhattan. Sopló sobre las pelotas, las hizo rodar en sus manos.

—¿Te valen? —le preguntó a Coen.

—Pruébalas, Manfred —dijo Schiller—. Podrían tener algo de inclinación. Te quitaría control, y él sabría darles más efecto.

Coen no le escuchaba.

—¿Dónde tienes la pala, Sylvio?

El fullero se permitió ahora una sonrisa; abrió la cremallera de la bolsa y sacó la pala más gruesa que Coen hubiese visto nunca: era una Butterfly de superficie superrápida, con cinco milímetros de espuma y goma en cada cara, más de lo que permite el reglamento en un campeonato. En comparación, la Mark V de Coen era un arma ínfima.

Schiller se quejó.

—Manfred, lo que tiene en la mano es un bate. No lo conseguirás.

—Tira la bola, Sylvio.

Estuvieron dos minutos peloteando, en los que Sylvio empleó sus golpes más lánguidos, para evaluar el revés de Coen; como tantos otros fulleros, no desvelaba sus mejores saques antes de la partida; no quería que Coen se acostumbrase a sus restos. Sylvio prefería coger la pala como un bolígrafo y plantaba toda la palma sobre la goma de la Butterfly para jugar *drive* y revés con una sola cara de la pala. Coen era de los del «apretón de manos»; ponía el puño en el mango, y solo un dedo en la goma, lo que le obligaba a girar la pala cuando cambiaba al revés y retrasaba su capacidad de respuesta. Sylvio podía abarcar la mesa y rescatar cualquier tiro. Coen tenía que jugar más atrasado.

Una vez que fue a recoger la pelota, Sylvio pasó junto a Odile y se detuvo junto a su oído.

—Mamasita, no puedes perder. El poli no tiene golpes.

Regresó a la mesa.

—Coen, nos jugamos los cien a un set, ¿vale?

—Nada de sets —dijo Coen—. A un juego.

Sylvio le hizo un guiño a Odile.

—Es un chistoso. En un juego no va ni a ver mi saque. Le pasará bajo las narices. Coen, quiero ser justo —señalaba a Schiller—. ¿Para qué iba a querer robarle a este

viejo? ¿Cuánta ventaja quieres? ¿Seis puntos? Puedo darte más.

—Sin ventaja.

Sylvio puso las dos manos bajo la mesa; Coen tenía que adivinar en qué mano estaba la pelota para sacar.

—La izquierda.

Sylvio sacó la pelota de su mano derecha.

—Coen, te has dejado la suerte en el cuarto de Schiller.

Schiller sacudió la cabeza. Encogido, con el culo cercano al suelo y la pala a la altura de los riñones para que Coen no pudiese adivinar la dirección del efecto, Sylvio clavó cinco saques endiablados, todos idénticos, en los nudillos de Coen; ni madera ni goma tocaron la pelota del lado de Coen; no tenía nada mejor que oponer a Sylvio que los nudillos. La bola salió despedida de la mesa cada vez. Sylvio le metió un cinco a cero.

Con ayuda de un saque simple alto, Coen sacó dos de cinco. Sylvio, al apartar la vista de la bola para mirar de reojo a Odile, falló un servicio, con lo que ganó solo cuatro de sus cinco saques. Coen volvió a jugar con los nudillos. No sabía resolver el efecto de Sylvio. El marcador estaba doce a tres para Sylvio.

—¿Qué tal otros doscientos, Coen?

—Schiller —dijo Coen—, saca la caja.

Sylvio se quedó mirando al poli.

—Estás de broma —dijo—. Yo no cambio la apuesta a media partida.

Coen le coló un globo a Sylvio y luego consiguió volar dos de cuatro, contrarrestando las liftadas de Sylvio con ligeros golpes secos que le pillaron por sorpresa. Sylvio contaba con que para entonces ya se habría rendido. Se frotó el labio con el canto de la Butterfly.

—Coen, tendrás que quitarte la placa y la pistolera. Me están jodiendo la concentración.

Schiller se puso a protestar.

—¿Dónde pone que tenga que quitarse la pistola? ¿Has firmado un contrato con él?

—Chorradas —dijo Sylvio—. El tío está queriendo arruinarme los ojos. ¿Para qué si no iba a llevar dorados en el pecho?

Odile se mostraba incluso más inflexible que el fullero. No conseguía subirle la apuesta a Coen, independientemente del resultado. Estaba sufriendo junto a la mesa. El fullero le estaba mostrando algo a Odile: que no había forma de humillar a Coen con una pala de pimpón. Se tambaleó en sus zapatos de plataforma: era una chica alta de por sí, sin zapatos, pero con los tacones y plataformas de goma pasaba con mucho del metro ochenta y esto le permitía empuñecer al resto de personas en torno a la mesa: Schiller tenía que ponerse de puntillas para seguir comunicándose con ella. Coen se desabrochó la placa y la pistolera.

Era un hombre sin nada que perder. Sylvio hubiera podido colarle veintiún puntos

seguidos, y Coen le habría entregado el dinero de la lata sin decir ni mu. No tenía padre ni madre de los que ocuparse; la Oficina del Comisionado podía retirarle, pero no les sería tan fácil quitarle su pensión. Schiller se asomó más allá de los hombros de Odile para controlar la puerta. Coen no se inmutó. Si Chino llegaba mientras Schiller tenía la pistola en su regazo, Coen podía usar la pala como protector pectoral o enfrentarse cara a cara con Chino. Echaba en falta el cuero en la cadera y el deslizarse de la pistolera cuando se estiraba por una bola, pero el fullero de Odile no podía hacerle daño. Empezó a devolver los saques de Sylvio con más bote, alejando los nudillos del camino de la pelota. Ahora le daba más goma, y la pelota volvía a la mesa. Una vez resuelta la dificultad del saque, Coen podía concentrarse en las flaquezas de Sylvio. Al agarrar la pala como un boli, Sylvio no tenía tanta envergadura como Coen, porque retorció la mano sobre la pala y tenía que describir arcos más cerrados, lo que le hacía vulnerable por los costados. Por eso, Coen empezó a esquinar sus golpes, jugando duro contra los lados de la mesa.

—La bola está picada —dijo Sylvio—. Debe de tener alguna raja.

—Sirve nueve a dieciséis —dijo Schiller, dándole a Coen la otra Double Happiness.

Odile no necesitaba un enano barbudo en zapatillas que cantase el resultado. La partida era irrelevante. Al ver que no podía contar con el fullero, se inmiscuyó ella misma, quitándose de dos patadas los zapatos y despojándose de la falda. Iba a hacer que Coen la mirase, le iba a obligar a comentar su desnudez y, a poco que pudiese, estropearía sus golpes. Odile no llevaba ropa interior aquel día, y Schiller, que ya se había fijado en el abultamiento preciso de sus senos bajo la camisa de Bendel's, quedó anonadado al ver que la línea no cambiaba sin camisa. El hombre educado y culto que era se avergonzó del bulto en su bolsillo. Schiller se convenció de que Odile tenía los pechos más firmes del país. Estaba demasiado distraído para considerar la seda del vello púbico. Coen estaba enfrascado en levantar la pelota. Vio la falda caída, pero no coartó el impulso de su pala por culpa de Odile. Los IHU aullaban desde el pasillo: «¡tía buena, date un homenaje!». Daban chasquidos con la lengua, e intentaron trepar por la pared del pasillo, pero vieron que el poli tenía una pistola en el regazo de Schiller. Odile volvió a ponerse los zapatos, para incordiar a Coen desde otra altura.

Los del pasillo se desgastaban: «¡Tía buena, tía buena!».

El ruido acabó por afectar a Sylvio; había estado analizando el hundimiento de su juego (aún vencía a Coen dieciocho a doce). Se volvió y vio a Odile montada en sus zapatos. Coen le clavó tres puntos. Sylvio agarraba ahora la Butterfly con el meñique al aire. Ningún pecho, ningún vello púbico podía haberle desconectado de aquella manera. Sylvio no lo enfocaba desde lo sexual (otros habían intentado tentarle durante una partida y habían fracasado). Fue la porosidad de la luz en el club de Schiller lo que deshizo a Sylvio; experimentó una manifestación religiosa, una epifanía, por así decir. Desnuda bajo la luz mortecina, con franjas oscuras que

recorrieran su pecho como otras tantas heridas, y el perfil resaltado por las sombras que marcaba la pala de Coen, la chica se convirtió para Sylvio en una gran mártir, *santa Odile*. Los dedos se le entumecieron y perdió todas las ventajas de su técnica del bolígrafo; ya no podía rebañar la pelota. Quizá hubiera podido ganar a Coen de todas formas; incluso en medio de una crisis, un fullero es siempre mejor que un poli. Pero Odile estaba recogiendo sus ropas. Llorosa, enfadada con Sylvio, con Schiller, con Coen, metió un brazo plomizo en la camisa Bendel. Pasó por el pasillo con una nalga al aire. Sylvio la siguió, con el cuello vuelto hacia Coen.

—Poli, volveré. El mes que viene. Te voy a dar por culo sentado en una silla. Te doy veinte puntos de ventaja, tío. Juegas que das asco.

El fullero se dejó la bolsa y las pelotas Double Happiness, y Coen tuvo que tirárselas. No quiso coger el dinero.

—Dáselo a los de la casa, Emmanuel; que se compren pasteles y helados. Puede atiborrarse el albergue entero. Todos comerán. Pero guarda un poco para Arnold.

No tenía nada de qué vanagloriarse; no era capaz de disfrutar la retirada de Sylvio como Schiller. Schiller sacudió el bote del dinero.

—Manfred, ese es otro tahúr que se lo pensará dos veces antes de venir a tocarnos las narices. Ya no se atreverá a asomar la pala en público.

Coen sintió la necesidad de salir corriendo en pos de Odile, necesidad que consiguió controlar; si había venido con aquel tipo, podía irse con él. Se preguntó a qué acuerdo habría llegado con Sylvio: ¿cama o efectivo? El policía se estaba poniendo celoso. Le tenía afecto, pese a su carácter irascible. Tenía mucho estilo al caminar con sus enormes zapatos de goma. En cuanto Schiller se alejó un poco, Coen murmuró para sí: «Odile, lo has entendido mal. Yo soy el fullero, y no Sylvio. Yo ya jugaba por dinero para Zorro antes de que el niño ese supiera lo que era una pala, Manfred Coen, de la escuela Lago Sheldrake de pimpón. Era tremendo con la lija».

Odile llegó a las escaleras con las mejillas ardiendo. No quería ni mirar al jugador. Llevaba las costuras torcidas. Salió del sótano vestida a medias: no conseguía meter los dedos por la manga. Sylvio se los guio y apreció el lujo de sus huesos.

—No me toques —dijo ella. Le hundió un billete de cien en la mano—. Ya te he pagado. Desaparece.

Sylvio se mantuvo medio metro por detrás de Odile, adaptando su velocidad a la de ella. Se le habían hundido las pupilas, y todo lo que Odile podía ver de él era el sucio blanco de los ojos. Le recordó a los yonquis que hacían el gamberro en el portal de enfrente de The Dwarf, caras de un gris mórbido sin ojos de verdad; tanto se había deteriorado tras su duelo con Coen.

—Ya te he dado para el taxi —le dijo—. Ahora espabila.

Él dejó un paso más de distancia entre los dos. Ella paró un taxi y le cerró la puerta. Mientras bajaba por Columbus, se lo pensó mejor. Le dijo al conductor que diera la vuelta a la manzana; el taxímetro se comió treinta centavos buscando a

Sylvio.

—Sube.

Él se sentó con las rodillas más altas que la cabeza. No se atrevía a tocar de nuevo a Odile. Para estar más cómodo, deslizó la rabadilla por el tapizado. Odile no había querido apabullarle.

—Mi tío escoge a los ganadores. Menudo fullero estás tú hecho.

—Mamasita, estoy en blanco. ¿Sabes lo que es jugar contra un muerto? He contado los parpadeos. Dos parpadeos en treinta saques. Eso no es humano. A un humano, lo puedo aplastar. Pregúntale a quien quieras. Pregunta cuándo fue la última vez que Sylvio Neruda se dejó dinero bajo la mesa.

—Calla —le dijo ella, y él se cruzó de brazos hasta Christopher Street.

Ella no quiso dejarle bajar sin achucharle. Le repasó los dientes con la lengua. Incluso el taxista estaba escamado. No podía creer que pudiesen darse semejantes besos en su taxi.

—Lo siento —le sopló Odile a Sylvio al oído. A él le gustó el calor del labio en movimiento—. Coen es de hielo. Un témpano. Un grandísimo cabrón llamado Isaac le entrenó para ser así.

El fullero entró tambaleándose en la sauna. Estar sentado con Odile debía de haber activado el hueso de la risa en sus rodillas. ¿Cómo valorar el beso de una mamásita santa? La chica tenía una lengua amarga, eso era cierto. Santa Odile había hecho que le flaqueasen las piernas. Nunca más aceptaría apuestas de mujeres. Llegó resoplando a la sala de pimpón, sin mirar a los jugadores, agradecido por la limpieza de la luz fluorescente.

TERCERA PARTE

Justo cuando Coen estuvo listo para ir a ver a Papá, para avisarle al menos que seguían a Jerónimo, para sonsacarle algo del silencio comprado de Sheb, para maldecirle quizá por manipular las finanzas de la tienda de su padre, Papá fue a verle. Coen supo que tenía a la tribu a sus puertas nada más ver el cabezón bajo la escalera de incendios. Era Jorge y se estaba comiendo un pionono. El chico no entendía siquiera las señales de tráfico, pero con él, Papá no necesitaba matones. Era capaz de quitarte un ojo con el dedo, saltarte a la espalda e inmovilizarte el cuello con la mandíbula, cogerte de los testículos o empalarte con un cuchillo de cocina. Papá no habría salido del Bronx por una minucia, de modo que Coen no remoloneó en la puerta. Llevó a Papá hasta el salón, y Jorge se quedó en la calle, recordando caras en el perímetro de sus ojos. Jorge debía silbar si veía a algún policía de paisano o a alguno de los sicarios de Isaac. Sostenía el pionono cerca de la boca. Sus uñas eran de un rosa espléndido, a causa de la cantidad de leche con cacao que bebía.

Coen ofreció a Papá licor de melocotón y un aperitivo del Bronx, un refresco de cereza y barritas saladas. Papá no quería tomar nada. Le dio a Coen un beso de circunstancias y fue a sentarse en la silla de la esquina. Iba vestido con la ropa de la tienda, una vieja chaqueta de sarga con pegotones de caramelo en las mangas. De vez en cuando, Papá estornudaba contra las hombreras de la chaqueta. Detestaba la pasión norteamericana por la higiene. Cuando no podía dejar el mostrador, meaba en un zapato. Nunca bañaba a sus chicos más de una vez a la semana. Dejaba nadando en el caramelo a los bichos que caían en el tanque. Nadie se había muerto por comer un «blanco y negro» de los Guzmán. No podía ni tragar la porquería clara y homogeneizada de las lecherías del Bronx, que ni siquiera dejaba un bigote al beberla. Papá se bebía la nata del bote. Aquel día tenía los ojos hinchados y tuvo que pellizcarse las mejillas para relajar las contracciones, Coen se negaba a creer que Papá estuviese pensando en dinero o en pólizas de seguros.

—Manfred, quiero que Jerónimo esté a salvo. Ve a ver a tu Jefe, dile que Papá renuncia a cinco de sus corredores y a la oficina de Minford Place si se compromete a no tocar al chico.

—Ya se lo dije a César, Papá. No estoy trabajando para Isaac. No hago más que el gilipollas. Papá, desde que dimitió Isaac me han estado enviando de aquí para allá, he estado en todos los barrios menos en uno. No quisieron ponerme en Homicidios en el Bronx. ¿Por qué? Porque podía estorbar a Isaac e impedirle que vigilase la tienda de dulces.

—Manfred, de mí no ha sacado más que dolores de tripa. Tuvo que rascar los suelos para ver un centavo. Isaac vivía de batidos. Yo escupía en cada uno que le preparaba. Me lo hubiera llevado a la granja metido en una cesta y le hubiera llenado

la boca de tierra, pero estamos en Estados Unidos. Aquí no se puede borrar del mapa a un agente de los gordos como Isaac y pretender seguir en el negocio. El resto de polis iría a Boston Road a montar el velatorio.

—¿Por qué ha vuelto Jerónimo de México, Papá? Tendrías que haberle dejado con Mordeckay.

—El chico se sentía solo. No se acostumbraba a los semáforos mexicanos. Un primo no es lo bastante cercano. ¿Cuánto podía sobrevivir sin ver la cara de su hermano?

—Si no hubieras abierto la agencia matrimonial, Isaac te habría dejado en paz.

—Ese negocio es de César, no mío.

—Por favor. César no se hubiera trasladado a Manhattan sin tu aprobación. Y no me creo que Mordeckay aceptase el encargo solo por César. Tú diste el visto bueno a lo de las chicas, Papá. Pero Isaac va a tener que estarse quieto una temporada. Los de la Cuarta División han cogido al loco del pintalabios, así que ese muerto no se lo pueden cargar a Jerónimo.

—Encontrarán otra cosa. Siempre hay un loco suelto.

Y Papá se quedó sentado, con los pulgares bajo la barbilla, un viejo hábito de Perú, de cuando tenía que esperar horas en el mercado de San Jerónimo a que apareciese un comerciante cuyos bolsillos valiese la pena robar. Había amado al Coen niño, le había abierto las puertas de su tienda y de la granja, le había mezclado con su propia gente, pero sospechaba del Coen adulto. Uno no tiene tratos con Isaac durante doce años sin cambiar. De modo que confiaba en Coen solo en parte. Tanto daba lo que Coen fuera capaz de hacerles, a César y a él, no creía que entregase a Jerónimo a Isaac.

—Manfred, puedo ofrecerle dinero. Puedo montarlo todo en el sur del Bronx con un nombre en clave. Abraham. Sería a prueba de chivatazos. No hay comisionado con tantos oídos.

—No pillarás a Isaac por ese lado. Lo mejor que puedes hacer, Papá, es encadenar a Jerónimo a la tienda de dulces, o bien marcarle diez manzanas de Boston Road para que pasee y que Jorge y Alejandro no se despeguen de él.

—Ya me las he tenido con esos *agentes* antes, Manfred. Podrían secuestrar a Alejandro. A Jorge podrían darle un dolor de cabeza permanente con las porras. Podrían atropellar a Jerónimo. Soy supersticioso, Manfred. No quiero que ninguno de mis hijos muera antes que yo.

—Yo también soy supersticioso, Papá. No sabía que mi padre y mi madre tirarían del horno mientras estaba en Alemania.

Papá sacó los pulgares de la barbilla y los cruzó sobre la nariz.

—¿Por qué atosigaste a Albert por el dinero? ¿No podías haber esperado a que yo volviese?

—Manfred, ¿quién te ha estado metiendo la polla en la oreja? ¿Has sobornado a tu tío con chocolatinas?

—No. Isaac se lo contó a Pimloe, y Pimloe me lo contó a mí. Le pareció que si lo sabía tendría más ganas de espiar a César.

—¡Menudo gilipollas! —rugió Papá, y metió los pulgares en los bolsillos—. Que atosigué a tu padre, dices. Yo le mantuve con vida. Con los huevos que vendía no habría podido alimentar a nadie. Mis primos de Perú tenían que sorber cuatro huevos al día porque yo quería tener contentos a los Coen. No me voy a andar por las ramas, Manfred. Yo me dedico a la protección, no a la caridad. Tu padre, tu madre y tu tío Sheb me hacían algún que otro favor. Yo guardaba mis libros de cuentas en las cajas de huevos. A tu tío, le enviaba a por recados para que no perdiera el respeto por sí mismo. Les ofrecí una cabaña en el lago gratis, pero tu madre era demasiado fina. No quería que yo o mis hijos contaminásemos a tu padre. Esa Jessica era una chica culta. Me gustaba tenerla en la granja. Llegó a contar a tu padre que yo me había propasado. Manfred, te juro por la vida de Jerónimo que no lo hice, no hice más que tocarle una vez la rodilla. Debería haber paseado por el huerto con más ropa encima.

—Papá, eso no explica por qué se decidieron por el gas.

—Tu padre vendía menos y menos cada mes, Manfred. Con los huevos que le compraba yo podría haber ahogado a un batallón. No podía mantenerle por siempre.

—Entonces deberías haberle cerrado la tienda antes de que me fuera de maniobras. ¿Cómo podía yo sacar a Albert de la tienda desde mi puesto en Alemania Federal?

—Hacía tiempo que lo de suicidarse les rondaba por la cabeza. Tu padre era demasiado amable. No se puede sobrevivir en Boston Road con su dieta. A los Coen os hubiera ido mejor si hubieseis comido carne en vez de hierba.

—Papá, explícame por qué Sheb recibe desde hace tantos años una cuota de parte vuestra.

Papá se removió en la silla.

—¿Qué cuota?

—Dos dólares al mes, entregados en mano por Jerónimo.

—Manfred, no te cebes conmigo. Bajo todas estas pecas, tengo algo de sangre. Después de preparar el horno para Albert, tu tío era un demente. Jorge lo encontró en la escalera de incendios, riendo y gritando, cubierto de meados. César trepó hasta él e intentó hacerle bajar. Pero solo quiso bajar con Jerónimo. Por eso el bebé tuvo que subir y cogió a Shebby de la mano. Así conseguimos llevarle hasta la tienda. Los chicos le limpiaron el meado. Durmió con Jerónimo, comió del plato de Jerónimo. Y le di una paga semanal, igual que al bebé. Dos dólares al mes. Para el funeral, le dejamos el abrigo de Jorge.

—Papá, a alguien podía habersele ocurrido invitarme. Tenía derecho a echar algo de tierra sobre el ataúd de mi padre.

—César escribió al Ejército, Manfred. No contestaron.

Coen perdió las ganas de seguir investigando. No conseguía doblegar a Papá, no conseguía que le viera más allá de su percepción como Guzmann. Se acomodó contra

la pared. Papá se levantó. La preocupación por Jerónimo hacía que el ojo izquierdo le bizqueara. Tenía más canas en el cuello de las que Coen le recordaba. Tenía los nudillos deformados de preparar helados con soda. Le dio a Coen un beso mejor que el primero.

—Ve con cuidado, Manfred. Procura no tocarle la cara a Chino otra vez. Va por ahí hablando de ti.

Coen se quedó mirando a los Guzmán desde su ventana. Papá no podía doblarse como Jorge. Tenía unos andares rígidos, de tanto estar de pie tras el mostrador diecisiete horas al día. Puso la mano en el bolsillo de Jorge y le guio a lo largo de la calle. No cogería calor en Manhattan. Jorge gruñía pidiendo comida, de modo que pararon en el restaurante y tomaron sopa de centeno, y luego el conductor de César les llevó hasta la tienda de dulces. Papá no sabía llenarse el estómago sin ternera o cerdo. Pero Jorge parecía satisfecho. Eructó contra el puño en el coche. A Papá, no le gustaba pensar en los muertos. Los vivos ya le daban bastante quehacer. Pero la esposa de Albert tenía aún la capacidad de pincharle en el trasero. Los pezones no le decían gran cosa. En un solo bofetón, podría haber escrito una lista de cien pezones más monos que los de Jessica Coen. Pero no lograba traspasar su sonrisa. Compadecía a Albert. A Manfred, lo amaba. Pero Jessica solo le molestaba. Hacía que le saliesen ronchas en los brazos. En vez de esconder billetes de veinte en la chimenea de la casa, se dedicaba a espiar a Jessica desde detrás de un árbol, su cara impasible bajo el sol, mientras sus hijos pateaban el huerto con botas de campo. No había forma de conseguir que se pusiera su blusa, ni de alterar la seguridad de su gruesa sonrisa. ¿Quería acaso que los seis Guzmán compensasen la ineptitud de Albert, su incapacidad para satisfacerla?

Papá tenía escaso aprecio por las mujeres. Tenía por costumbre cambiar de *queridas* en cuanto terminaba su embarazo. Engendraban un hijo para Papá y se trasladaban a otro pueblo. Le enorgullecía saber que cada uno de sus hijos tenía una madre distinta. Esperaba de la *mujer* fecundidad y no toleraba nada más. La madre de Alejandro era una beldad y tenía once dedos en los pies. La de Topal era una buscona corriente del mercado. La de Jorge tenía lunares muy atractivos en el culo y sabía preparar una sopa de pescadores extraordinaria. Quizá la hubiera soportado un poco más si no hubiese sentido celos del resto de los chicos. La de César era mestiza y tenía las caderas delgadas. De la de Jerónimo, no se acordaba. Todas las *mujeres* aceptaban la descabellada agenda de Papá. Ya en los tiempos de Portugal, cuando tenían que officiar los ritos en un sótano, bajo los pies de la guardia civil, los Guzmán celebraban la Navidad en julio y la Pascua en otoño. Las *mujeres* veneraban a Moisés, Abraham, san Juan Bautista y José de Egipto. Menospreciaban la importancia de la Virgen María (ningún Guzmán rezó jamás a una mujer), untaban la carne de cerdo en aceite hirviendo y les lavaban los genitales a los hijos de Papá. Pese a ello, Papá las fue despachando, una detrás de otra. Y sin embargo, Papá no era capaz de librarse de aquella otra *mujer*. Si se ponía a enjuagar un vaso, rascaba

los restos de un *banana split* y veía pezones en el fregadero. Y en la granja no era mejor. Si se sentaba en el huerto demasiado tiempo, sin los chicos, podía oler a Jessica cerca del sembrado de fresas.

Jorge se durmió en el coche. La actitud de Papá cambió tan pronto como el conductor cruzó el puente de la Tercera Avenida. El agua olía diferente del lado del Bronx. Se le estaban cociendo los hombros. Ya podía ejercitar su cerebro sin darse miedo a sí mismo. Papá había aprendido a jugar a la ermita con otros niños marranos de los mercadillos de Perú. Ningún *limeño* de verdad podía darle vida a un trozo de cordel como los marranos, que pasaban la vida empaquetando y desempaquetando sus bienes. Si a algún chico le faltaba intuición en los dedos y no sabía encontrar su camino en las constelaciones del juego, si se le enredaban los pulgares cuando quería ir más allá de «las tijeras» o «el rey», Papá, que por entonces se llamaba Moisés, hurgaba entre los pulgares y practicaba cirugía con el cordel. Sus hijos no llegaron a dominar el juego. La habilidad de Jerónimo no le llevaba más allá de los «cuadrados de meñique». César tenía los dedos adecuados, pero no la paciencia. Jorge, Topal y Alejandro se liaban en la primera combinación. No eran capaces ni de colocar el cordel. Los *norteamericanos* tenían otros juegos. Ninguno de los granjeros del lago ni de los tenderos de Boston Road podía echar una partida con él, nadie excepto Jessica Coen. Alguien debía de haber bendecido sus dedos. Papá no era capaz de vejarla con sus combinaciones. Ella regiraba el cordel con los pulgares vueltos hacia dentro y se escabullía de los enredos de Papá. Era una curiosa forma de hacer el amor. Cuatro manos sobre una cuna de cordel. ¿Cuántas veces rozaría sus senos mientras pasaba de «diamante» a «cuadrado de meñique»? Y él sopesaba sus pechos mientras ella se acercaba para tomar una combinación de entre sus dedos. Ella ni aprobaba ni dejaba de aprobar las caricias de Papá. Él no veía más que los dientes de su rostro y sus inmensos ojos. Siempre llevaba a su niño. ¿Manfred se concentraba en las manos dentro o fuera del cordel? Porque sabía hacer «la mariposa» como Papá.

Sus hijos tenían una habilidad especial. Jorge se despertó de golpe a una manzana de la tienda de dulces. Los taburetes estaban repletos. Las niñas esperaban sus helados. Los duros manchurroneos bajo los ojos y sus miradas porcinas le dijeron que era mejor no entretenerse con el conductor, de modo que envió el coche de vuelta al restaurante con una palmada sobre el parachoques. Y puso a las niñas frente a sus platos, a respirar caliente crema de chocolate, antes incluso de que Jorge pudiese contar las monedas que llevaba en los bolsillos.

—Isaac, Isaac el Gilipollas.

DeFalco, Rosenheim y Brown, confortables en sus chalecos antibalas, estaban poniendo a parir al antiguo Jefe de Coen; no entendían por qué su propio comandante les había puesto bajo las órdenes de Isaac. Brown y Rosenheim cargaban con armas antidisturbios del arsenal local. El rifle que portaba DeFalco era de Coen. DeFalco

había saltado el candado de la taquilla de Coen con unas simples tenazas, pero no quiso llevarse la bolsa de la compra.

—¿Por qué Isaac no usa a los del escuadrón de chivatos para que le lleven y le traigan? —se quejó DeFalco.

A ninguno le hacía gracia tirar de pistola por cuenta del Comisionado.

—Quizá sabe lo mal que trabajan esa panda de payasos de ojos azules —dijo Brown—. Quiere un equipo decente.

—Narices —dijo Rosenheim. Tenía más malicia que los otros dos—. Es una tapadera. Isaac no puede dejarse ver con los chicos del Comisionado.

Saludaron al sargento de armas con las escopetas y bajaron al trote las escaleras; lejos de su oficina, caminaban con más desgana. La espalda se les arqueaba en la planta baja, territorio de la policía uniformada; despreciaban a los pringados de azul. Brown se detuvo frente a la centralita para incordiar a Isobel, la *portorriqueña*; la semana anterior se había puesto remilgada con él y se había negado a agacharse en la sala de taquillas junto a su bragueta.

—Isobel, vamos a cargarnos a Coen el Pistolas. Va de la manita de César Guzmán: ya sabes, el judío negro, y si les pillamos juntos será su última cita en mucho tiempo.

Isobel no estaba para juegos. Le preocupaba Coen y no podía satisfacer a Brown con el *israelita* rondándole por la cabeza.

—Ay, Señor —murmuró Brown, alzando la vista y recordando a Isobel y la tibia saliva de sus dientes.

Habría chocado contra la mesa si Rosenheim no le hubiera cogido del codo y le hubiese llevado por otro rumbo. Los tres salieron al exterior.

—¿Dónde está Arnold? —rio DeFalco, al ver desierta la escalinata—. ¿Dónde está esa rata?

—Mierda de lisiado desagradecido —dijo Brown—. ¿Verdad que le dábamos diez centavos por cada taza de café que nos subía? Me gustaría mearme en su pie deforme.

—Es verdad —dijo quejoso Rosenheim para sí. Con el Hispano cerca, se le movían mejor las tripas.

DeFalco ya estaba refunfuñando otra vez.

—La culpa es de Isaac. El Jefe es el amo de los portorriqueños. ¿No fue él el que reclutó a Arnold para Coen? ¿Cuántos espías creéis que llegó a tener? Yo diría que más de cien.

—Narices —dijo Rosenheim—. Ya era suerte si tenía a diez personas trabajando para él, y todos pringados.

Vieron que Isaac estaba sentado en el Ford.

DeFalco sopesó la caja del rifle de Coen; sintió las imperfecciones de la madera.

—El muy gilipollas nos espera.

—Deja que se muera de hambre —dijo DeFalco.

Al acercarse al coche, perdió el desdén. Los tres detectives se insuflaron

cordialidad en el chaleco antibalas. Compusieron sonrisas falsas que amenazaban con dejarles sin dientes. Rogaban para que Isaac les aceptase; ningún detective era tan temido como un ángel de Isaac.

Se amontonaron en el asiento delantero, e Isaac los inspeccionó desde el asiento trasero. Ninguno se ofreció a sentarse junto al Jefe, pero DeFalco y Rosenheim pasaron al asiento de atrás cuando vieron que Isaac bajaba del coche. Tenían miedo de disgustar a Isaac. Agazapados, lejos del alcance de los retrovisores, DeFalco chocó las manos con Rosenheim. Los dos sonreían; Brown tenía a Isaac para él solo. Esperaban que lo disfrutase, el muy payaso. Brown notó que la piel del cuello se le ponía de gallina. No podía conducir sin órdenes.

—¿Adónde vamos, Isaac?

—Pisa el freno —dijo Isaac—. Vas quemando gomas.

Luego aflojó un poco.

—A Bummy's. Vamos a Bummy's.

—¿Vamos a cascarle, Isaac? —dijo DeFalco.

Estaba nervioso. Corría la voz de que la gente del Comisionado era de gatillo fácil.

—No. Estoy buscando a Chino.

DeFalco estaba casi ansioso.

—¿Puedo romperle una pierna, Isaac?

Se había equivocado por completo con el Jefe; Isaac era un genio y la niña de los ojos del Comisionado, caído o no en desgracia.

—Pretendo ponerme a su estela —dijo Isaac—. Le seguiremos. A ver dónde aterriza.

—Puede que se encuentre con Zorro en algún punto entre la Setenta y la Noventa —dijo Rosenheim, anticipándose al Jefe.

Brown no estaba convencido. Isaac no se comportaba como un hombre que ha renunciado a la gloria. Algunos detectives del Bronx le habían contado que Isaac había criado grasa en la tienda de los Guzmán, que Papá le había marcado de por vida. Pero ¿dónde estaban las señales? Su chaqueta no estaba astrosa. Las famosas patillas cubrían parte de sus orejas. Los astrosos eran Brown y sus compañeros. No tenían el instinto de Isaac para el buen paño. No eran más que detectives de puños gordezuelos. Ninguno habría sobrevivido a la caída de Isaac.

—¿Dónde está Coen? —dijo de pronto Brown, anticipando ideas.

¿Por qué no estaba con él su nene maravillas?

—Coen duerme —contestó DeFalco por Isaac.

Pero Brown no quedó satisfecho con la respuesta. El Jefe no quería pronunciarse. Brown llegó a pensar que quizá Coen se había encallado en el puesto de Isaac con los Guzmán. Aquella excursión armada no tenía sentido. ¿Para qué tanta potencia de fuego por un appestoso chino? Brown podría partir a Chino en dos con los pulgares.

Se llevó un dedo a la mejilla.

—¿Estás seguro de que Chino irá a la parte alta, Isaac?

DeFalco volvió a responderle.

—Me sé todos los movimientos de ese quinqui. En Bowery, se siente solo. Irá para allá.

Brown aparcó frente a Bummy's, mientras DeFalco y Rosenheim se aproximaban a la puerta. Isaac no se movió.

—Quedaos quietos —ordenó.

El golpe tenía a Rosenheim perplejo. No le importaba servir de herramienta al Comisionado, pero con Isaac no sabía a qué atenerse.

—Jefe, ¿no haría falta un hombre adelantado, alguien en punta que pueda obligar a Chino a salir del bar? Alguien que le dé un escobazo.

—No me llames Jefe —dijo Isaac.

Rosenheim se cambió el rifle antidisturbios a la otra cadera.

—¿Qué?

No pensaba tolerar capulladas de un inspector suspendido, de alguien que iba mendigando apoyo de la gente de Homicidios porque no podían verle con su brigada de ángeles.

—No soy tu jefe, y Chino no está aquí.

Rosenheim ya no se podía echar atrás. A la mierda la placa. A la mierda la brigada. A la mierda Isaac. A la mierda Coen.

—¿Me lo jura, «inspector Isaac»? ¿Me jura que Chino no está en Bummy's comiendo *kreplach*?

DeFalco se sentó sobre el arma de su compañero: quería evitar un enfrentamiento en el coche.

—Isaac, ¿nos estás diciendo que has hablado con Bummy? ¿Que ahora mismo hay un chino menos en el bar?

—Correcto.

DeFalco deseó no haber menospreciado la bolsa de Coen; ahora podría aprovecharla para echar una cabezada.

—Despertadme cuando aparezca Chino.

Chino estaba tres puertas más allá, paladeando un batido de leche y moca en una pastelería propiedad de unos rumanos. Estaba también embotado por verse privado de Odile. Su lengua empezó a trabajar al tercer o cuarto sorbo. Escupió el líquido oscuro sobre el mostrador del rumano.

—Ansel, ¿quién te dijo que sabías preparar batidos?

Frunció el ceño.

—¿Esto es moca? Papá sí que sabe hacer batidos. Tú no sabes una mierda. Deberías ir a aprender de los Guzmán, Ansel, en serio.

El dependiente enjugó el escupitajo de Chino con un trapo.

—Lo siento, señor Reyes. Es por el caramelo. Usan productos sintéticos. Colorean el agua, pero no consiguen imitar la moca.

Chino robó una *halvah* del mostrador y se rindió al primer mordisco. Estaba revenida. Todo el local era un depósito de productos rancios. Con darle de bofetadas a Ansel no conseguiría nada. Había otro judío al que machacar, Coen. Y no tenía con qué. Sus fuentes se habían secado. Si hubiera sabido que iba a haber escasez esa temporada hubiera comprado una reserva. Podía conseguir bombas, mazas, punzones de hielo, pero ningún Colt. Ahí estaba él, el ejecutor de Zorro, un pistolero sin pistola.

—Adiós, Ansel.

Salió de la pastelería con su paso característico, un pavoneo ampuloso con las piernas arqueadas que había perfeccionado en Mulberry Street doce años atrás, cuando perseguía a las *sicilianas* de séptimo curso con los meñiques enroscados en los tirantes. Era la hora de su *comida* en Bummy's: café negro, azúcar, *whisky* y nata montada en un gran cuenco. DeFalco, Rosenheim y Brown tuvieron que reírse al ver la flexión de rodillas y demás rasgos de los andares de Chino. No se dejaron engañar por la peluca: reconocieron a Chino tan pronto como pisó la calle. La presencia de Isaac les cohibía; ahora entendían la brillantez de su técnica.

—Isaac —dijo DeFalco—, ¿cómo descubriste sus horarios? Le controlas al segundo.

Brown acarició el cañón de su rifle.

—Isaac, ¿le meto una en la oreja? Ya verás como la bala le estira los pliegues del culo.

Isaac no quiso unirse a su júbilo.

—Vamos a esperarle. No tardará demasiado.

Chino saludó al camarero de Bummy's con el gesto a dos dedos famoso en todo el Bronx. Incapaz de penetrar en las capas altas de Norteamérica, Chino se tenía por un auténtico siciliano de Mulberry Street. Hubiera podido ser algo más políglota si hubiera llevado una vida menos activa (no se pagaba a los ejecutores para largar palabras foráneas). Además de español, italiano, inglés de Manhattan y chino cubano, chapurreaba algunas frases en yidis y francés criollo (una de las lenguas maternas de su padre). Sus lealtades eran poco comunes: no respetaba más festividad que la de san Genaro, que se celebraba hasta el extremo norte de Chinatown y en la que se atiborraba de salchichas y queso fresco. Un capitán de comisaría, que ya conocía de vista a Chino, dormitaba en la mesa de Bummy. Chino no tuvo ni que andar de puntillas: el capitán, despierto o dormido, aceptaba la peluca de Chino. No pensaba cooperar con una brigada de detectives del centro para detener a Chino en el local de Bummy, siempre y cuando el salteador de taxis no se moviese por su distrito. Que se ocuparan los nenes guapos de Homicidios de acecharle. El capitán dormía mejor con el arma sobre la mesa; si no, la tripa le incomodaba durante el sueño, porque la funda de la Police Special le rozaba la riñonada o la entrepierna cuando roncaba demasiado fuerte.

Chino no había tenido quincalla tan cerca desde lo de México. Se imaginó la cara

que pondría Coen al verse frente al cañón del arma de un capitán. La cara del judío se contraería en motas de color amarillento. Coen tendría que pedirle perdón, o le volaría los dedos. Chino tenía que permitirse aquella medida de gracia porque el judío había sido amigo de Zorro. Con todo, Chino no llegaba a decidirse frente a la mesa y sopesaba sus opciones. Si cogía la pistola, Bummy le vetaría el acceso de por vida al local. Pero si no castigaba a Coen aquella misma semana, tendría que admitir que un polaco, un judío rubio, podía tocarle la cara. Chino se apoyó en un talón. Los tobillos se le estaban entumeciendo. La pistola salió de su funda con un suave crujido de cuero y un delicado chirrido. El capitán chasqueó las encías.

DeFalco cronometró el tiempo de Chino: seis minutos y once segundos. Brown ya estaba embagando. Isaac puso la pierna sobre la de Brown.

—No. Dale media manzana. Desde aquí nos olería. Los Ford verdes nos delatan.

—Isaac —dijo DeFalco—, ¿cómo adivinaste que saldría tan rápido?

Brown sacudió la cabeza.

—Ese chino es un culo de mal asiento. No puede parar quieto. Isaac lo sabe.

Rosenheim se metió con resignación en el coche: iría a donde les llevase Chino, pero no se uniría al encumbramiento de Isaac.

Coen esperaba a Isaac. Intentó imaginar el camino que seguiría el Jefe. A Isaac le gustaban las escaleras de incendios. Cuando quería visitar a Coen sin previo aviso se colaba por la ventana, pertrechado con guantes y una bufanda para protegerse de las corrientes del callejón de Coen. En ocasiones formales, dejaba una nota donde Schiller o ponía a su chófer (Brodsky, claro está) a dar vueltas a la manzana hasta que Coen reconocía el coche. Isaac nunca llamaba por teléfono. Nunca podía estar seguro de quién estaba escuchando. Coen estaba seguro de que Isaac no se presentaría por las malas. Isaac no tenía el gusto por lo espectacular de Pimloe. Él no se hubiera encontrado con Coen en el supermercado, con bolsas de pomelos entre los dos. Sería en el cuarto de Arnold o en el club de pimpón. Isaac le tenía algo así como cariño al Hispano. Fue Isaac quien coló a Arnold en comisaría e hizo de él un soplón. Todas las fuentes de información de que disponía Coen (carteristas desengañados, pistoleros en paro, chulos a tiempo parcial), las obtuvo de Isaac. Sin el Jefe, Coen estaría dando palos de ciego.

Isaac no apareció. Coen se puso los pantalones y salió a la calle. La señora Dalkey estaba sentada en los escalones con Rickie, su dalmata. Coen no podía pasar por culpa de las rodillas de la Viuda y las gruesas fauces del perro. Dalkey, ufana en su convencimiento de que había atrapado al loco del pintalabios, no se dignó ni mirar a Coen. De nada le servía un detective que mimaba a los envenenadores de perros y que era amigo de los portorriqueños del albergue. Coen tuvo que saltar por encima de sus rodillas y rozar la papada de Rickie. Dalkey gruñó. Coen se disculpó. No quería estar a malas con la jefa de la manzana. Tendría que esquivar a todos los vecinos, o irse a vivir a otra parte.

—Hace buena noche, ¿verdad, señora Dalkey? ¿Qué tal está el perro?

Ella se limitó a limpiar las orejas del perro con un bastoncillo, y Coen siguió su camino. Los fruteros le saludaron junto a los melones franceses, que acababan de entrar en sazón. Los camareros del restaurante cubano golpearon las ventanas para saludarle. Coen rodeó una mierda de perro y sonrió a los del restaurante. Le apetecía un café cubano, pero no quería comer sin Arnold. Los gays vestían atuendo de verano (estaban solo a 5 de mayo), jerséis de cuello bajo que dejaban al aire la separación entre sus pectorales; estaban sentados en hilera en el tenderete contiguo al restaurante cubano y admiraban los ojos azules de Coen. Durante el invierno había habido roces entre los *cubanos* y los gays, y los chicos ya no podían buscar clientes bajo el luminoso de Pepsi-Cola. Sentados a horcajadas en los taburetes, le hicieron guiños a Coen y adoptaron posturas que permitiesen apreciar en su máximo esplendor sus pectorales y espaldas.

—Eh, rubito. Mira hacia aquí.

Todos sabían que era policía. Pero este no era de los que te enganchaban los genitales a un taburete con las esposas, ni te tiraban caldo por encima como los mamones de la comisaría local. No estaba en guerra con los maricones. Por eso le piropeaban, le agradecían que les dejase tener su masculinidad sobre el taburete. Una señora provista de un bolso minúsculo de piel de antílope abordó a Coen al final de la manzana. Juraba que se habían quedado sin fichas en el metro. En su temeridad había algo más que mezquindad. Tenía ojos ratoniles, que inspeccionaban la camisa de Coen. Solo cerraba la mitad de la boca.

—Soy madre —dijo—. Soy una ciudadana. Crie a varios hijos para el Ejército. ¿Por qué no puedo pasar por el torno?

Coen intentó darle una ficha para el metro, pero ella se negó a aceptar favores de un extraño, así que tuvo que vendérsela y hacer un cuenco con las manos para recibir la calderilla que salió del bolso de antílope. Un par de muchachos del albergue vieron la transacción y maldijeron contra Coen por aceptar calderilla de una vieja. Se encogió para pasar por las escaleras y salió al húmedo vestíbulo del club de pimpón. Era la hora punta de Schiller. Una ola de aire caliente le llegó a Coen desde las mesas. Los fanáticos golpeaban la pelota sin piedad aquella noche, preparándose para el torneo del Waldorf Astoria. No saludaron a Coen, ni hicieron ademán de entender que estaba vivo. No tenían tiempo que perder con polis. Tenían que perfeccionar sus globos y pulir su repertorio de golpes. De ahí que Coen evitara su zona de juego y se acercara a la sartén de Schiller dando un rodeo. Tomó huevos revueltos y, al igual que Schiller, comió con una cebolla en la mano a la que iba dando mordiscos.

—¿Hay mensajes para mí, Emmanuel?

Schiller nunca descuidaba la correspondencia de Coen.

—¿Ve alguna nota en la mesa, caballero? La red está vacía.

—Lo siento, Emmanuel. Pensé que Isaac se pondría en contacto conmigo. Me debe una visita.

—Isaac está con los muertos. Si no, no se hubiera perdido una de mis tortillas. Ese hombre sabía comerse una cebolla con piel y todo.

—Emmanuel, tus cebollas le aguzaban el olfato. Lleva tanto tiempo husmeando a los Guzmán que ya no sabe ni quiénes somos.

—Te equivocas con él. Isaac no es de los que olvidan.

Coen se retiró al cuartito de Schiller. A la media hora, las mesas fueron desocupándose, y Schiller encontró contrincante para Coen, un lavaplatos cubano llamado Alfonso con un estilo crudo y poco ortodoxo que planteaba problemas en las esquinas. Una vez fuera los fanáticos, Coen salió del cuartito vestido con sus ropas de pimpón. Alfonso no se sintió intimidado por la placa y la culata del arma. Ya había jugado otra vez con aquel chico de cinta amarilla en la cabeza. Los dos frotaron sus respectivas Mark V con un trapo que les proporcionó Schiller. Calentaron con una pelota convencional y luego pasaron a otra más pesada, de tres estrellas, que no se picaba con la presión de sus palas de mango grueso. Coen podría haberse puesto a

jugar pensando en huevos, pero el cubano no se lo permitió. Puso a Coen a forzar las caderas y le obligó a meterse en la partida. Entonces Coen tuvo que dejar a un lado los mórbidos pensamientos sobre su pasado, madre, padre, Papá, Isaac y Sheb para contener a Alfonso. Lanzaba sus saques casi con el canto de la pala y le ofrecía a Alfonso porciones insignificantes de goma y espuma. Sus bolas picadas pasaban tan cerca de los dientes de la red que Alfonso no podía devolverlas sin rascarse el codo del brazo de juego.

—¡*Maricon*! —le gritaba a la pelota—. ¡*Boba*!

Pero se la devolvía a Coen. Si se lanzaba a por una bola esquinada, al policía se le enganchaba la pistolera con el borde de la mesa y perdía el punto. Podría haberse desabrochado y dejado la pistolera sobre una silla, pero no quería cambiar su estilo por Alfonso, que se hubiera relamido las puntas del bigote de haber conseguido que Coen se desvistiera. Alfonso vio las recientes muescas blancas en la pistolera de Coen y jugó con medio bigote metido en la boca. Coen tuvo que esforzarse. Estaba empujando al cubano hacia el pasillo con remates de muñeca, preparándose para una dejada que acabaría con Alfonso restregando la nariz contra la mesa, cuando le asaltó una idea. No pudo terminar el punto. Rodeó la mesa para llegar al cuchitril de Schiller y desbarató su siesta.

—Emmanuel —dijo, y le pinchó con el bate—. Nunca besé a mi padre.

—¿Y qué? —gruñó Schiller con su acostumbrada simpatía.

—No recuerdo haberle tocado un hombro, ni haberle estrechado la mano; nada.

—Les pasa a muchos chicos, Coen. Yo tuve un padre que te atizaba en la barbilla si te olvidabas de llamarle «señor».

—¿Le besaste?

—Puede que una vez en toda mi vida. Sabía fatal. Como papel mojado.

Alfonso gritó desde la mesa.

—Tío, déjate de chácharas.

Se secó el bigote con la toalla antes de seguir jugando con Coen. Limpió la pelota con la manga de su camiseta. Le estaba causando problemas a Coen en las dos esquinas. A Schiller, le costó varios minutos encontrar la posición de sueño con el *cubano* trotando por el entarimado. Y heredó las pesadillas de Coen, y soñó con la presión de una mano huesuda contra su frente. Gimió, se pegó a la pared, descolgó de una patada la sartén, y el *cubano* juró que no pensaba pagar por su tiempo de juego con Coen si Schiller no aprendía a dormir en silencio. Alfonso se lamentó de haber limpiado la pelota. El poli le cazaba todos los saques. Desde que Coen cortó la partida para hablar con el propietario sobre besos paternos, Alfonso no era capaz de recuperar la iniciativa. Sonrió, pensando que quizá Coen y Schiller eran un par de mariposones, pero aun así no pudo hacer nada con su pala. Coen le sacaba cada vez de la mesa y le hacía trastabillar en sus botas de combate y devolver la pelota desde abajo.

Chino estaba en la primera mesa con su Police Special, un 38 de cañón corto.

Había ido hasta allí para humillar al policía, para que suplicase por su vida. Pero al ver a Coen con sus deportivas de cuero suave olvidó todos sus planes. Sus ojos se prendaron de los movimientos de los pies de Coen, de sus fintas a los costados, del rojo borrón de la pala, del poder que Coen tenía sobre la pelota. Le gustaron los pantalones cortos de Coen, la vulnerabilidad de sus rodillas desnudas. La pistolera no asustaba a Chino. Podía volarle la cabeza a Coen antes de que entrara en acción. Pasó junto a la banqueta de Schiller y se acercó a pocos metros de Coen. Alfonso fue el primero en ver la pistola. Estaba suficientemente cerca de la línea de fuego como para perder una mejilla o una mano. Chino le hizo un gesto con la pistola.

—Vamos, muchacho. Sal de ahí.

Pero Coen blandía su Mark V.

—Acaba la partida, Alfonso.

Atrapado entre dos locos, un policía con debilidad por el pimpón y un chino amigo de apuntar con una pistola, Alfonso decidió hacerle caso a Coen. Le daba más miedo la media sonrisa de Coen que el arma de Chino. Hizo un saque alto directo a la pala de Coen, asombrado de la seguridad de sus reflejos y de la cooperación de sus rodillas. El vuelo rutinario de la pelota enfureció a Chino.

—Coen, ¿para qué metes al cholo en esto? Mándalo a casa. No tengo broncas con un hispano.

—Chino, cuando acabe la partida te vas a comer la pistola. Te dije que no te acercaras.

Alfonso sintió que se le doblaban los tobillos. Se recostó contra la mesa y devolvió la dejada de Coen, pero no consiguió que su Mark V pusiese efecto al golpe. Y Coen remató la pelota a su axila. Se quedó allí clavada, lo que confundió aún más a Alfonso, que nunca había llevado una pelota en el sobaco hasta entonces. Luego la pelota cayó a la mesa. Alfonso la empujó hacia Coen. Chino le escupió entre las piernas. No pensaba tolerar más voleas con aquella pelota de pimpón.

—Coen, me estás incordiando demasiado para una sola noche.

Apuntó a la red. Quería reventar todas las seguridades de Coen. Pero la pistola tenía demasiada potencia. Astilló la pared de Schiller y agrietó la zona en torno al agujero. Alfonso se escabulló tras las mesas y se escondió en el vestíbulo. Quizá hubiera corrido más si los oídos no le hubiesen zumbado tanto. Schiller se despertó con la garganta llena de polvo y la banqueta encima. Creyó que el hotel se le había venido encima hasta que tragó algo de polvo y entendió quién era Chino. El asaltador de taxis había venido para liquidar a Coen. Schiller no se preocupó por los desperfectos. Dios todopoderoso, Chino podía cargarse todas las paredes del local mientras siguiera fallando. Schiller quiso gritar instrucciones, avisar a Coen de que no se precipitase, aconsejarle que hablase despacio y procurase aplacar a Chino si podía, pero solo le salieron un par de graznidos secos. El polvo le había llegado a la garganta. Y tenía los brazos muertos. No podía levantarse la banqueta de los pies.

Chino no obtuvo de Coen más que un desplante.

—Saca, polaco. Demuéstrame quién eres. Tienes una pistolita. No tienes más que mover la mano derecha.

Coen siguió aferrado a la Mark V. Le dedicó a Chino una sonrisa. Al medir la sonrisa de Coen, Chino comprendió que no obtendría una satisfacción tan lejos del centro y, sujetando la Police Special con ambas manos, imaginó un objetivo a cerca de un metro de Coen y disparó. La pala voló sobre las orejas de Chino. Coen sintió un crujido que le recorrió de los dientes al vientre y le llegó a las piernas. Notó la sangre tras su nariz. Tenía los zapatos en la cara. No sabía explicar cómo había ido de la mesa a la pared. Tenía sed. Recordó un melocotón que compró en Worms durante unas maniobras, uno gigante, *colorado*, por el que pagó el equivalente a cincuenta centavos, porque el frutero le juró en un inglés perfecto que aquel *colorado* había llegado de Sudamérica protegido en una caja de hielo. Coen enjuagó el melocotón con agua de la cantina y fue recorriendo con los dedos las imperfecciones de la pelusilla roja y amarilla. Levantó la piel con una navaja de bolsillo y le pareció increíble que un melocotón, independientemente de su nacionalidad, tuviera una pulpa de color vino en torno al hueso. Estuvo media hora comiendo, chupándose el jugo de los dedos, royendo trocitos de fruta del hueso, saboreando su propia y dulce saliva. Cuando trató de tragar, le salió sangre de una oreja. Sus ojos se volvieron rosáceos. La barbilla estaba oscurecida por las burbujas que salían de su boca. Solo un agujero de la nariz expulsaba aire.

Isaac llegó con su partida de caza después del segundo tiro. Los compañeros de Coen, DeFalco, Rosenheim y Brown, penetraron en el vestíbulo pertrechados con sus armas y sus relucientes chalecos. Alfonso tuvo que quitarse de en medio, por miedo a ser pisoteado. Estaba demasiado oscuro para ver las placas doradas de los tres detectives, pero no podía confundir la importancia de aquellos tres hombres. Nadie, excepto los superpolis, se colaba tan deprisa en una sala de pimpón. Chino estaba ya en las mesas centrales cuando oyó la conmoción del vestíbulo, el amartillado de las armas, el rozar del cuero de los zapatos. Las orejas ensangrentadas de Coen no le habían servido de consuelo. Quería arrugar un poquito a Ojos Azules, no partirlo por la mitad.

—Polaco, tendrías que haberte portado mejor conmigo.

Incluso cuando miró más allá de los cañones de la escopeta y descubrió a Isaac, a quien había conocido en el Bronx y del que sabía que era un espía de la policía de los gordos, no consiguió entender qué hacían allí los detectives con tantas armas. Debería estar buscando a Odette. La próxima vez no se correría contra el bolsillo. Desnudaría a la zorrilla y le obligaría a sentir el latir de su pecho.

DeFalco, Rosenheim y Brown vieron la sangre que manaba de Coen y a Chino que balanceaba el 38 (no apuntaba a nada), y abrieron fuego. Reventaron las maderas, destrozaron tres de las nueve mesas, tiraron una de las lámparas, crearon un caos de vidrios y acribillaron a Chino en el proceso. Rosenheim fue el primero en salir del vestíbulo. DeFranco y Brown inspeccionaron las mesas. No necesitaban confirmación

acerca del estado de Chino. Pero Brown se inclinó sobre Coen.

—Está muerto.

Pasando de puntillas por entre el vidrio, DeFalco tropezó con Schiller. Apartó la banqueta de sus pies, le ayudó a incorporarse y apartó los trozos de yeso de sus ojos. DeFalco no podía saber si Schiller lloraba o intentaba toser. Supuso que Schiller tenía algún problema con la lengua.

—¿Qué quiere decir, abuelo?

Arnold el Hispano se estaba rizando las patillas como preparativo para salir a cenar con Coen cuando todas sus tazas y jarras cayeron de los estantes. Bajó al sótano en camiseta, a saltos, sin el zapato ortopédico. Esquivó a Alfonso y se encontró con Isaac, Schiller, Coen, los tres detectives y los restos de Chino. Lanzó una mirada a Isaac.

—Hijoputa, le tendiste una trampa. No podías seguirle el rastro a Guzmán y por eso dejaste que el chinaco se cargase a Manfred, ahora os habéis cargado al chinaco.

DeFalco contestó por Isaac.

—Hispano, te lo juro, no ha sido así. En principio, era pura rutina. Chino fue a México con Coen, ¿o no? Durmieron en la misma habitación. Entonces, ¿por qué no iban a poder charlar frente a una mesa de pimpón? Estábamos fuera, sentados en el coche, por estas, bromeábamos sobre a dónde nos llevaría luego Chino y, de repente, nos llega un informe por la radio, hace cinco minutos, que dice que Chino se ha largado de Bummy's con la pistola de un capitán. Arnold, de verdad que desde entonces hemos ido en tromba.

—¿Rutina? —Arnold tuvo que sujetarse el labio para no ponerse a llorar delante de Isaac y los detectives—. ¿Entonces por qué habéis venido hasta aquí con la artillería?

—Arnold —dijo Rosenheim—, ya sabes de lo que es capaz Chino cuando le entra la pájara. No podíamos prever su estado. Había que estar preparado.

Brown seguía de cuclillas junto a Coen. No le tenía ninguna simpatía a Isaac. ¿Qué clase de rata tenía que haber sido Coen para que ni su Jefe fuera capaz de salvarle? Isaac tenía un don natural para resurgir de entre sus propios escombros, para salir a flote siempre que quería, y Brown ya no estaba seguro de qué era real y qué fingido cuando Isaac andaba cerca. Ciertamente que la mitad del distrito (él incluido) querían que Chino trincase a Coen por las pelotas, pero Brown no tenía muchas ganas de celebrarlo. Podía mear sin problemas en la calavera de Chino y reventar a otro chino al día siguiente; no pensaba envilecer a un poli muerto. Puede que en el rostro ensangrentado de Coen viese parte de sus propios rasgos. Quizá, bajo todo su rencor, sentía algo de afecto por el nene de Isaac. Brown no sabría decirlo. Cubrió casi todo el cuerpo de Coen con las toallas rosadas de Schiller y esperó a que llegase el coche de la morgue.

Cuando hubieron dado sepultura a Coen (la Sociedad de las Manos de Esaú se hizo cargo del cadáver a petición expresa de cierto jerifalte de Manhattan, aun cuando Coen había sido poco estricto en el pago de sus cuotas), ya habían terminado los ajustes en la Oficina del Comisionado. Pimloe fue quien más sufrió. Perdió a su chófer y tuvo que abandonar su despacho con ventana a Cleveland Place por un cuartito trasero. Los detectives de menor rango que formaban la «brigada de las ratas» (se infiltraban en las comisarías y espían a otros policías para el Comisionado) apenas sí podían disimular su alegría por el cambio. Habían recibido su instrucción de Isaac y respetaban la aspereza de sus teorías, la forma en que esquivaba los procedimientos oficiales, su fanática devoción por el *modus operandi* de los criminales y los policías corruptos. Para ellos, no era el subinspector jefe, alguien a quien debían evitar. Era Isaac, el maestro, el único Jefe. Y ya no tenían que servir a un simple inspector detective como Pimloe. Isaac estaba de vuelta.

Se sentó en su oficina para pensar en las felicitaciones que había recibido por poner fuera de combate a Chino Reyes y por cerrar uno o dos de los garitos de dados de César Guzmán. El rotulista estaba fuera, rascando las letras «Herbert Pimloe» de la puerta. Sus fotos con gente importante, su tetera, su diploma de honor de las Manos de Esaú, sus tinteros de colores, almacenados en el sótano durante meses, volvían a estar en su despacho. Sus subordinados se mostraban exquisitamente corteses. Nadie le hablaba de Papá ni de Coen. Isaac hubiese querido echarles el guante a los seis Guzmán (a Jerónimo quería internarle, no inculparle) y tener a Coen frente a su puerta una vez salido del hoyo (Boston Road). No se había desollado las rodillas recaudando calderilla para Papá ni se había empalagado hasta la muerte con los batidos de Papá, ni mucho menos le habían salido granos en el culo de tanto sentarse en aquellos taburetes para trincar solo a un refugiado chinocubano, un criminal que él había ayudado a crear. Fue Isaac el que reventó la actividad como apostador de Chino en Boyers Street, al enviar señales a la Oficina del Comisionado de las partidas de *fan-tan* auspiciadas por Chino; fue Isaac el que le obligó a salir del centro de la ciudad y redujo sus opciones hasta que tuvo que ofrecerse a César para no morir de hambre, porque Isaac iba dando tumbos en la oscuridad del Bronx y no fue capaz de encontrar gambito mejor que el de Chino. Consideraba a Chino Reyes lo suficientemente estúpido para conducirlo a través de las líneas de los Guzmán, poner al descubierto la agencia matrimonial de César y detener a unos cuantos Guzmán con las novias. Pero Chino solo le llevó hasta Coen.

Isaac podría no haberse ocupado nunca de los Guzmán. La lotería ilegal de Papá no le molestaba. En tanto que hermano en la logia y ministro de información de las Manos de Esaú, le daba vergüenza reconocer que una familia judía podía monopolizar parte del Bronx, pero se consolaba pensando que los Guzmán eran falsos judíos, marranos que aceptaban en Moisés a su Cristo, ridiculizaban el

concepto de matrimonio y comían cerdo. Pero luego empezaron a filtrarse historias hasta Isaac, historias sórdidas que le proporcionaban sus soplonés en Manhattan, según las cuales una banda del Bronx se estaba metiendo en la trata de blancas, y sus agentes en las estaciones de autobús no tenían siquiera cabeza para distinguir entre judías y gentiles huidas de casa. Los Guzmán ya no eran gente pintoresca, simples retrasados que rezaban en su propia tienda de dulces; ahora eran «come-carnes» (compradores de carne humana), una familia de insectos que infestaba el territorio de Isaac. Mandó a sus hombres a las estaciones sin avisar a Coen, porque este se había criado con los batidos de Papá y podría desbaratar el camuflaje de los detectives (la mayor parte de los cuales iban vestidos de mujer). Los hombres volvieron con el rabo entre las piernas. No eran capaces de implicar a los Guzmán con el tráfico de las estaciones. Los chulos que se trabajaban las rutas de autobús tenían que preguntar: «¿quién es Papá?», «¿quién es César?», «¿quién es Jerónimo?». E Isaac tuvo que comprender que no podría atrapar a los Guzmán con los viejos métodos y con espías tan cutres.

Consiguió apabullar al Comisionado, un irlandés de nariz aquilina, una persona muy gentil que se rendía a la capacidad mental de su subordinado y al que aterrorizó la imagen que le pintó Isaac de los seis Guzmán tragándose a las chicas. Isaac planeó su propia caída. Pagó a uno de sus informadores para que le delatase y le implicase lo suficiente en la vida de los apostadores con ficha del Bronx como para tener que presentar su dimisión, devolver su placa al oficial de intendencia, perder su derecho a pensión y darse de baja en las Manos de Esaú. Los detectives que habían estado a sus órdenes pululaban por la oficina, con ojos hinchados de remordimiento. «¿Que Isaac curra para los apostadores? Y una mierda. Alguien quiere colgarle el muerto». Solo Isaac supo apreciar la total simetría de su caída en desgracia: a la semana de despejar su mesa, tenía ofertas para unirse a sindicatos de apostadores de Queens y Brooklyn. Isaac decidió dejarse morir de hambre. Tenía cuarenta y nueve años, pectorales de nadador, patillas frondosas y la cintura de un niño, y tenía también una hija casada y una exmujer rica de por sí. Se trasladó de Riverdale a Boston Road, se sentó en bares de mala muerte, a la espera de que Papá picase el anzuelo. Buscaba pelea con los agentes de a pie, pero todos habían oído hablar de Isaac el Jefe y les faltaban redaños para arrearle con las porras.

Papá le acogió en su seno, pero no hubo abrazo preliminar. Si Isaac hubiese conocido el ambiente de los Guzmán, hubiera entendido lo extraño de aquello y hubiera vuelto cabizbajo junto al Comisionado. Los Guzmán no contrataban jamás un corredor sin abrazarle antes. Papá seguía en esto la costumbre de su padre en Perú. Para los marranos, el mal desprende un hedor perceptible a poca distancia. El abrazo no era más que un subterfugio, una oportunidad para olisquear con cuánto daño podían contar. No oler a un hombre era mostrarle la más absoluta falta de respeto. A Isaac, le tocó sorber con pajita el líquido meloso de las guindas de Papá y comer con la cuchara de Jerónimo. Cargó con el exceso de monedas de Jorge, formó cadenas

con Topal y Alejandro para transportar barriles de caramelo de cien litros al sótano y recibió, para entretenerse, las cuentas con los negros. Papá no le asignó ningún salario. Vivía de la calderilla que conseguía juntar, sin ver nunca un billete de dólar hasta que llevaba su botín al banco. Y lo mismo dieron sus muchas rondas por Boston Road: no pudo encontrar rastro alguno de César ni de la agencia matrimonial.

Así que estuvo limpiando calderilla en la bañera, aprendió con Jerónimo a reconocer el aroma del chocolate blanco; se afeitaba cada tres días, adoptó la caída de hombros de los Guzmán, empezó a hurgarse la nariz y aparecía por la Oficina del Comisionado con las patillas pegajosas, la cara llena de arañazos y moho de calderilla bajo las uñas. Sus antiguos subordinados no daban crédito. Sabían que Isaac estaba liado en el Bronx, pero no habían esperado tanto deterioro. Según recordaban, Isaac era un hombre impecable. Pimloe, al igual que el resto de subinspectores, le miraba por encima del hombro. No quería mezclarse con inspectores que no llevaran traje. E Isaac, que en Boston Road no usaba más que monosílabos, cháchara, gestos para Jerónimo y mugidos para Jorge, vio que no podía explicarse ante aquellos hombres. El Comisionado le rescató: aclaró la misión de Isaac a los subinspectores y detectives de la brigada de chivatos. Todos los subinspectores estrecharon la mano de Isaac (sabían que él sería el nuevo comisionado). Los detectives volvían a no dar crédito, una vez restaurada su fe en la técnica de su maestro; nadie, excepto Isaac, hubiera podido vigilar a Papá a través del tallo de una copa de helado.

Entre todos los Guzmán, Isaac prefería a Jerónimo. Juntos mataban las tardes recostados contra las estanterías de tebeos de Papá, jugando a tres en raya sobre un *magic board* (el bebé ganaba casi siempre) y bebiéndose cuatro litros de batido de chocolate entre los dos. Pero Isaac no permitía que sus afectos enturbiasen los procedimientos de su mente. Jerónimo era el punto flaco de los Guzmán. El bebé no habría sabido limpiarse el trasero sin el papel higiénico que Papá le metía en los calzoncillos para recordarle dónde tenía que buscarlo. Casi en cada esquina debía detenerse para repasar los significados del verde y el rojo. Con todo, Isaac podría haber ido a por Jorge, que carecía de las gracias sociales de Jerónimo y llegaba a marearse caminando en línea recta, de no haber sido Jorge tan locuaz con las uñas y la navaja (Isaac había visto al hijo mediano de Papá pinchar a un corredor por sisarle cincuenta centavos a la familia). Por eso puso a unos cuantos detectives en coches sin distintivo a seguir a Jerónimo por la calle y a golpearle a diez por hora. Papá necesitó menos de una semana para ver de dónde soplaban los vientos. Endulzó las bebidas de Isaac y le dio cuentas fantasma que perseguir. Solo entonces dijo:

—Isaac, no quiero más cardenales para mi chico. Si Alejandro se encuentra un parachoques en el culo, es una cosa. Ya sabe escupir por la ventanilla. Pero escúchame, Isaac, el que le haga algo a Jerónimo, negro o blanco, se irá de este mundo con dos pelotas menos. Que no te confundan las cafeteras. Yo crecí en Perú.

E Isaac, que había puesto fuera de combate a los más entusiastas matones y se había cargado los maniqués de paja del gimnasio de la policía al perfeccionar su

golpe de nuca, no hizo más que bajar la cabeza.

—Papá, no he tocado jamás al chico. Eso son hombres de otra gente. No puedo dirigir el tráfico desde una tienda de dulces.

Papá no tuvo que fiarse de la generosidad de Isaac. Sacó a Jerónimo de la calle. El chico tuvo que limitar sus paseos a ir de taburete en taburete. Entristeció de tanto esquivar los asientos forrados de piel con la boca llena de chocolate. Isaac esperaba ya que la maquinaria de los Guzmán se viniera abajo por la presión de los ojos tristes de Jerónimo cuando el bebé se esfumó en Manhattan. Inquieto, con Papá siempre vigilante, empezó a odiar a aquel otro bebé, Manfred Coen, que se había criado con Jerónimo, Jorge y César. Coen, al igual que Jerónimo, padecía de un exceso de caramelo en el cerebro y chupaba con él los huesos de cordero en la Pascua de los marranos. Le había sacado de la academia porque le hacía falta un muchacho de cara moldeable, un guaperas de ojos azules que no desentonase con un sostén puesto, que pudiese perseguir a un criminal con zapatos de mujer, que pudiese ponerse una nariz falsa, que supiese hacerse pasar por una maricona durante media noche. E Isaac obtuvo su hombre de plástico. Huérfano a los veintitrés, fusilero en Worms al que un horno del Bronx había arrastrado a la pasividad, Coen estaba dispuesto a que le moldeasen el carácter con plastilina. Isaac había encontrado al huérfano definitivo, un chico con un yo estrujable. Dirigido por Isaac, Coen llegó a detective de primera haciéndose pasar por chica cañón, polaco, carterista y poli tonto. Coen se sacó una esposa de algún sitio, una chica que le llevaba a conciertos y poco a poco le privaba de su orfandad, y ponía en peligro su utilidad para la policía. Por ello, Isaac empezó a prestárselo a la Oficina de Servicios Especiales, y el nene maravillas escoltó a las mujeres de otros hombres, durmió en Park Avenue, se desligó de su matrimonio y volvió a los brazos de Isaac.

Isaac no se había aprovechado de la buena pinta de Coen ni había hecho de él un poli de los de traje por amor al departamento. Le parecía que a Coen le iría mejor sin una esposa. Cuando los subinspectores a su cargo le enervaban, trepaba por la escalera de incendios de casa de Coen y se sentaba con este a jugar a las damas y beber té cargado. Coen le animaba a entrar por la ventana. Era un muchacho sin ambiciones. Las comidas dobles y triples que le dejaba a Isaac no tenían por objeto adular al Jefe. Coen no tenía cabeza para estrategias sobre un tablero. Y a Isaac ya le iba bien una horita alejado de tanto inspector quejica. Confiaba lo suficiente en el muchacho como para quitarse los zapatos y echar una siesta en su presencia. Si se presentaba una emergencia, Brodsky tocaba el claxon desde la calle. Y Coen le despertaba con un dedo.

—Isaac, levanta. No pueden vivir sin ti.

Sacado de su sueño a golpes, a Isaac le quedaba el consuelo de la sonrisa, de los ojos azules de un chico con una pistola sobre el corazón, uno de los ángeles de la muerte de Isaac (la mayoría de subinspectores de Isaac eran grandes tiradores, de buenos modales y rostros dulces).

Cuanto más tiempo pasaba Isaac en el Bronx, más rencor acumulaba contra Coen. El chico era tan Guzmán como policía. Isaac había encajonado a Coen, le había mantenido en brigadas de homicidio de los barrios del sur porque no quería arriesgar a uno de sus ángeles, no quería que tuviese que escoger entre Papá y la Oficina del Comisionado. Y entonces Isaac cambió de táctica. Humillado por Papá, obligado a beber agüilla dulce en un sótano, azuzó a Coen contra los Guzmán, le empujó hasta el centro de la agencia matrimonial de César y lo llevó a México, la Quinta Avenida y a Vander Child. El chico molestaba a los Guzmán, pero no pudo herirles. En vez de sacar a César de su madriguera, se llevó un balazo en la garganta. E Isaac volvió a sentarse en su oficina, repatriado, absueltos sus pecadillos por las Manos de Esaú, las letras de su nombre de nuevo sobre la puerta (al rotulista le llevó una hora rascar «Pimloe» y completar «I-S-A-A-C»), sus fotos con famosos en su antiguo lugar sobre el escritorio, sus candados y plumas devueltos por el oficial de intendencia, sus subordinados afanándose por los cubículos, atentos a sus órdenes, su cepillo de dientes junto al lavabo, los calcetines con liga, tiesos los tirantes, pero sin César, sin Papá, sin Coen.

CUARTA PARTE

Schiller se quedó a vivir entre las ruinas. Se negó a limpiar. Recuperó la voz tras una semana de chupar pastillas de regaliz, pero poco le quedaba por decir. Quizá los fanáticos se habrían mantenido fieles al club: las tres primeras mesas estaban intactas, y Schiller estaba tan distraído que apenas les cobraba algunos centavos. Pero las luces les bailaban en los ojos, los muros empezaron a chorrear y tenían miedo de que el vidrio se clavase en sus zapatillas. Por eso se fueron al club de Morris, en la Setenta y Tres, donde los techos eran bajos y la jaulita de alambre que había alrededor de cada bombilla dibujaba sombras sobre la pelota, o al de Reisman en la Noventa y Seis, que era más espacioso y estaba mejor iluminado, pero costaba un cuarto de dólar más por hora. Si pensaban en Coen, era solo para decirse que un poli tan raro se merecía una tumba de pimpón. Y contaban a sus familiares que vieron entrar la bala de Chino bajo el cuello de Coen y que esta le hizo saltar tres metros, le reventó una arteria e hizo salir sangre de las orejas, pese a que ninguno de ellos había estado en el club cuando Chino mató a Coen.

Arnold perdió las ganas de abandonar el albergue. Añadió mermelada a los botes que tenía en la ventana y aplicó una capa de laca amarilla a su zapato, con la garantía de que no se comería el cuero ni disolvería la espuma del arco. No podía culpar a Chino. Para él, Isaac y los Guzmán mataron a Coen. Recibió una invitación de Rosenheim, DeFalco y Brown (compulsada por un jefe de área) para reingresar en el distrito de Coen y hacerse cargo de los calabozos, pero Arnold la rechazó. Sin Coen, ya no podía soportar a los detectives. Schiller le dio la pala y la cinta para el pelo de Coen (la placa, la pistolera y el arma fueron a parar a la Oficina del Comisionado). Arnold se ponía la cinta en su cuarto. Se llevaba la Mark V a sus paseos por la manzana, con el mango bajo la faja, la goma contra las costillas. La pala le dio cierto prestigio entre los IHU, que no apreciaron a Coen ni siquiera después de muerto, y entre los camareros cubanos, a quienes el *agente* de complexión blanca siempre había caído bien. A veces bajaba los escalones del club, con el zapatón apuntando hacia la barandilla, cruzaba el vestíbulo de veinte renqueos, encontraba a Schiller y le decía: «Jesús. Airéate un poco. Venga, hombre, sube a la calle». Schiller no se movía. A veces Arnold tenía una chocolatina para él o el periódico del día anterior. Entonces se quedaban sentados en la banqueta de Schiller, sin saber qué hacer o decir. Arnold no podía respirar vidrio ni estar cerca del polvo de las paredes sin estornudar. Tocaba a Schiller para decirle adiós, casi siempre en la rodilla, conseguía llegar hasta el vestíbulo y comenzaba la ascensión agarrándose con dos manos a la barandilla, con el zapatón vuelto hacia el norte.

Incluso con César desaparecido y Chino muerto, Odile no tuvo que renunciar a su rutina. Se movía en un triángulo continuo que la llevaba de The Dwarf a su tío Vander, de allí a Jane Street y de nuevo a The Dwarf, al menos dos veces al día. En el bar, bailaba cadera con cadera con sus amigas, pero no las besaba en la boca. Para satisfacer a los cámaras de su tío, sostenía cucharillas entre los labios de su vulva y alcanzaba el orgasmo con los bordes de la cuchara. No necesitaba a Chino de macarra. Bummy Gilman fue a buscarla por iniciativa propia. Ella le lavó con una solución lechosa (ochenta y nueve centavos en la tienda) con la ropa puesta y se sacó cien dólares. En aquel momento, mientras enjabonaba los genitales de Bummy y le enjuagaba los muslos, apreciaba a Coen. El poli no la había tratado como un objeto, no había inspeccionado sus largos pezones ni los lunares de la espalda, ni le había pedido trucos con una cucharilla ni lavados con champú. Odile creía en la fatalidad: Coen tenía que morir aquel año, pero le hubiera gustado que esquivase a Chino durante otro mes. Entonces hubiera podido atraerle hasta Jane Street, hubiera podido estudiar los bultos de su ceño, se habría hecho un hueco bajo su brazo, habría dormido una hora con él y se hubiera despertado con tiempo para bailar con Dorotea en The Dwarf.

Odile cumpliría los diecinueve en junio. Había sido la estrella en once largometrajes y trece cortos, se había aplicado crema vaginal para ciento cinco hombres, sin contar a Vander, a quien había seducido con doce años; a Bummy, que ni siquiera le había quitado la ropa; a Chino, que solo había podido pringarle de esperma el muslo izquierdo; a Jerónimo, que la folló con los ojos cerrados; a César, que más o menos era su dueño y no necesitaba permiso para visitar Jane Street; a los cuatro restantes Guzmán (Topal, Alejandro, Papá y Jorge) o a Coen. (Odile, que había visto la desnudez de hombres judíos, hombres como Bummy y el poli, seguía sin comprender por qué los seis Guzmán tenían que cargar con el pellejo de sus pitos. César no le dio explicaciones. Acabó pensando que los Guzmán no servían para judíos). Empezó a encender los cirios verdes que le dio César después de que Velasquez, su perro, se ahogase con un hueso. Pero se le olvidaron las plegarias que acompañaban a los cirios y no quiso cortarlas por la mitad como hacían los Guzmán. De modo que se le acabaron las reservas y dejó de preocuparse por Coen.

Vander, convencido de que vivía bajo una forma benigna de arresto domiciliario, atesoraba sus cruasanes. La Oficina del Comisionado le había aconsejado que no se moviese de Manhattan. En principio debía mantener contacto con los Guzmán, pero César no picaba. Vander no se hacía falsas ilusiones respecto a su valor para los jefazos. Cuando su utilidad desapareciese, lo pondrían frente a un jurado como a un vil animal. Isaac le había delatado en enero, en el aeropuerto, de vuelta de México y

cargado con recibos de Mordeckay por las novias (la mayoría estaban en código marrano y no pudieron ser descifrados). A Isaac le costó menos de una hora convencer al ángel de Broadway, y Vander salió del aeropuerto como espía a las órdenes del subinspector Herbert Pimloe (Isaac no quería asociar su nombre al de los informantes). Con las prisas por desmontar las cámaras y liquidar su productora, Vander descubrió que ser espía le daba inmunidad frente a la policía local. Podía trabajar en pornografía sin temor a las redadas. De momento era intocable, estaba en la lista del Comisionado. Y si no conseguía ir a España aquel año para recoger las pesetas obtenidas con sus inversiones en constructoras castellanas, podía poner a Odile a hacer una película al mes. De Coen no recordaba más que sus partidas. Daba por sentado que la muerte de Chino presagiaba la caída de los Guzmán. Pero no había evidencia de ello.

A César no le pasó por alto la re inserción de Isaac. Hacía malabarismos con sus pisos y vivía a salto de mata entre los pisos de la Ochenta y Nueve y la Noventa y Dos y el cuarto que tenía sobre el restaurante de la Setenta y Tres, en el que adoptaba el nombre de Morris Shine. Tenía una actitud ambigua respecto a la muerte de Coen. Echaba más en falta a Chino. Uno de sus primos del Bronx reclamó el cadáver. Enterraron a Chino en terreno de los Guzmán, fuera de la ciudad, y asistieron al entierro una plañidera marrana, Papá, Topal y Jerónimo tocados con los chales grises fúnebres, y Jorge vigilando la entrada del cementerio con un pincho en cada mano.

El olor de la sopa de cebada y las tortas de champiñones atravesaba el enmaderado y enervaba a César. Coen era el chico de la leche. César comía cerdo, y el recuerdo de sus comidas con Chino, judías con picadillo de cerdo, empanadas de cerdo, cerdo a las cinco especias, cerdo con col china, le hizo escupir en el retrete con rabia y rencor. César llamó a la planta baja (tenía una línea especial conectada a la cabina de la caja del restaurante).

—Póngame con Boris Telfin. Quiero el coche en la puerta dentro de ocho minutos. Este sitio apesta, señora.

La cajera dijo:

—Lo siento, no está en su mesa, señor Shine. ¿Qué quiere que haga?

César masculló «puto, puto, puto, puto» hasta que el conductor se puso al aparato.

—Estaba en el baño, Zorro. Ahora saco el coche. Pero ¿qué prisa hay? ¿Sabes cuántos ojos tiene Isaac? Tiene prismáticos hasta en las tetas.

—Boris, me dijiste que era una habitación con una vista de primera. Te olvidaste de decirme que estaba llena de tubos de la cocina. Saca el coche.

César fue hasta Jane Street. Era mayo y llevaba puesto un abrigo de invierno, con el cuello vuelto sobre las orejas, y una gorra de marinero calada hasta las cejas. Odile le reconoció bajo aquel atuendo. No sabía si Zorro venía a matarla o a partirle los brazos por su alianza con Vander, pero tenía que dejarle entrar. Se le hizo un nudo en

la tripa cuando él pasó junto a ella en el pasillo. El corazón le latía con fuerza. ¿La desnudaría antes de retorcerle el pescuezo? ¿La obligaría a hacer algún numerito desagradable? Cuando se quitó la gorra y el abrigo, pudo ver su palidez. Se desplomó en un sillón. Odile sintió una leve rabia: César no pensaba hacer avance alguno.

—¿Quieres algo para picar, Zorro?

—Nada de canapés —dijo él—. Guárdatelos para tus clientes. ¿Por quién son los cirios?

—Por Coen.

—Ya tenía que haberme imaginado que llorarías al nene de Isaac.

César no quiso reconfortarla con amabilidades. Veinte años de distanciamiento le habían hecho insensible a Coen. Tenía a sus hermanos, y a sus putas, y a un pistolero chino. César reformó al salteador de taxis, neutralizó su vena violenta concediéndole la supervisión de unas cuantas prostitutas y se lo llevó consigo al Bronx para beber vino marrano; no podía desconfiar de un hombre al que le encantaba el cerdo. César lamentaba la pérdida de Chino (tendría que haberse dado cuenta de que Chino se estaba buscando la ruina al perseguir a Coen) y le preocupaba el nuevo escondrijo de Jerónimo (con Isaac aposentado en Manhattan, César tuvo que renunciar a sus visitas al bebé), pero no tuvo problemas para dormirse en el sillón de Odile. César roncaba como sus hermanos y dormía con una mano protegiéndose los huevos. Visto que no iba a sacar nada de Zorro, Odile hubiera querido salir corriendo hacia The Dwarf, bailar con quienquiera que estuviese por allí, sentir una cadera contra la suya, pero no se atrevía a dejar la habitación. César tenía hábitos muy estrictos. Enviaría a sus hermanos a demoler el bar si cuando se despertase no encontraba a Odette. De modo que tuvo que contentarse con mascar la cera del pie de uno de los cirios y escuchar los resoplidos de Zorro.

Papá se disponía a cerrar la tienda de dulces. Más allá de la segunda semana de mayo, no servía batidos. Alejandro se quedaría en el Bronx. Se trasladaría a una galería de bolos durante los meses de verano y desde allí controlaría las cuentas de Papá. Si los mejores clientes de Papá preferían hacer negocios con los negros mientras Papá estaba fuera de la ciudad, no le importaba demasiado. Papá los recuperaría en otoño. No pensaba renunciar al lago Sheldrake por un montoncito de apuestas de diez dólares. Tenía que pensar en su huerto, en su jardín, en la temporada de fresas y en la de moras, y en la seguridad de sus hijos. No podían atropellarle a Jerónimo en el huerto, y Jorge podría sobrevivir sin la maldición de los nombres de las calles y los semáforos. Papá encendió cirios por Chino y Coen en el estante de encima de las cafeteras. Le rezó a Moisés con un trapo sobre la cabeza y escupió tres veces, como establece la ley marrana, para que Coen y Chino pudiesen descansar en el purgatorio. Con todo, tenía poca esperanza en la efectividad de sus plegarias. No creía que un hombre solo pudiese curar las miserias de los muertos. Papá no era tacaño. Podría

haber contratado a plañideras profesionales para convencer a los tres jueces del purgatorio (Salomón, Samuel y san Jerónimo) con el grito poderoso de sus pulmones. Las plañideras tenían tarifas asequibles. Sus llantos podían atravesar los muros de quien pagase su precio. Pero para Papá, no bastaba con lamentos. Los muertos necesitaban familias enteras que intercediesen por ellos, hermanos, hermanas, padres, sobrinos, madres, hijos, todos provistos de chales y trapos, ofreciendo óbolos a los santos cristianos, prendiendo cirios a Moisés, recitando letanías hebreas traducidas al portugués del siglo XVI; Coen y Chino eran hombres sin familia, sin la habilidad para sobrevivir de los marranos. Papá descartaba toda idea de inmortalidad para sí mismo. Había vivido como un perro, mordiendo a sus adversarios en la nariz, oliendo la mierda humana de dos continentes, durmiendo siempre encogido para proteger sus partes más vulnerables, y contaba con caer como un perro, con sangre en el recto y los dientes de alguien clavados en el cuello. Pero Papá no pensaba morir de una sobredosis de Isaac, ni ofrecer a sus hijos a la brigada armada del Comisionado. Le parecía que Isaac era algo más que un simple hijo de puta. ¿Qué clase de policía querría erradicar a los seis Guzmán, casi una especie de hombres? Isaac tenía que ser uno de esos ángeles destructores que el Señor Adonai envía para atormentar a los comecerdo, a los marranos que tantos años llevaban escurriéndose entre los cristianos y los judíos y ya no podían sobrevivir sin Moisés y Jesús (o san Juan Bautista) en sus lechos, y que habían desafiado la ley de Adonai con sus prepucios y sus rosarios. Incapaz de pescar a un Guzmán, Isaac se había contentado con un judío rubio y un criollo de antepasados chinos.

De modo que Papá lloró. El trapo le cubría las orejas. Aulló por Chino en inglés y en un portugués precioso, pero aulló aún más fuerte por Coen. Papá había criado grasa en Norteamérica, después de ser un peladito en Perú. Era propietario de terrenos, de una granja con moras de los Guzmán y de varios locales en el Bronx. Y en la mente de Papá, los cuatro Coen, padre, madre, hermano lunático e hijo, figuraban junto a los locales y las moras. Los Coen eran la Norteamérica de Papá. Papá no tenía que mirar más allá de Boston Road; le bastaba con medir sus pasos con las grietas en los huevos de Albert. Al desenrollar la filacteria marrana (una cintita de cuero con palabras de los libros de Moisés en español, holandés y portugués) a través de la abertura de la manga, rezó primero por la salud de sus chicos y luego por la pervivencia de los Coen. No podía dejar de contar a Jessica, que, con sus sonrisas de independencia, le corroía las tripas y seguramente había entendido el juego de Papá: Papá necesitaba un fracasado como Albert para añadir peso a su propio éxito. Pero no era simple explotación. Papá amaba a los Coen. Puede que sus comidas vegetarianas le disgustasen, pero admiraba la gentileza de Albert, compadecía a Sheb por su aguado cerebro, se sentía atraído por la complexión rubia de Manfred (todos los Guzmán eran morenos y peludos) y le desconcertaba Jessica, le aterrorizaba el desdén que podía comprimir en una sonrisa y adoraba la ambigüedad de su rostro. Y por eso lloraba. No porque hubiese empujado a tres Coen hasta sus tumbas y hubiese

dejado al cuarto pudriéndose en una residencia con vistas al río, ni por poner a Albert en un brete y cortejar a Jessica con un trozo de cordel, ni por mantenerlos prisioneros en una huevería con sus pequeños préstamos, ni por dejar que Coen marchase a una zona de guerra pensada para Isaac y los Guzmán, ni por aliviar el aislamiento de Sheb con billetes de dólar. Papá llevaba demasiado tiempo esforzándose por sobrevivir como para dejar que le afectase un sentimiento tan poco provechoso como la lástima. Pero estaba ligado a los Coen, en el Bronx, en Manhattan o en el purgatorio, y su llanto solo le recordaba que nunca podría librarse de ellos.

El conductor se haría cargo de Jerónimo hasta que llegase la temporada de las fresas: entonces llevaría al bebé al lago Sheldrake para que se reuniera con Papá, Jorge y Topal. Había demasiados tiburones en Boston Road (coches de la policía bajo el mando de Isaac) para tener contento a Papá. Por este motivo, Boris Telfin estaba sentado con el bebé en una habitación alquilada de la calle Noventa, con la calefacción a tope hasta julio, y no bajaba a su asiento en el restaurante junto a la ventana más que una o dos veces al día. La falta de tortas de espinaca y pastel de judías le hacía sufrir. Y además le tenía mucho miedo a César. Zorro, pirado como todos los Guzmán, era capaz de intuir si el suministro de chocolate de Jerónimo era insuficiente o si tenía una mota de grasa en el pelo. Boris tenía que acicalar al bebé: le igualaba las patillas con unas tijeras y maldecía a Zorro mientras enjabonaba la cabellera de Jerónimo.

El bebé quería más. Coló la mano en los bolsillos del conductor, en busca de nueces brasileñas y *halvah* negra. Boris tenía que soportar aquellos dedos en sus pantalones. Y si no hubiera accedido a los paseos del bebé, hubiera ido al restaurante con largos arañazos en la cara.

—Jerónimo, mira antes de cruzar. Estamos en el territorio de Isaac. Si te secuestran, no me hará falta un seguro funerario. Tu padre y tu hermano me regalarán una lápida.

Vistió al bebé con una sudadera, un chaquetón marinero y orejeras.

—Mejor pasar calor que frío. El tiempo puede cambiar. Y los polis no te buscarán envuelto de esta manera.

Boris echó mano a su cartera y no tocó más que tela; el bebé le había limpiado ya el bolsillo. Lo mismo que los monos, decidió Boris. Una familia de ladrones. Pero el bebé nunca le había robado dinero antes.

—¿Dos dólares? ¿Por qué dos dólares, Jerónimo?

Boris no discutió el robo. Los Guzmán le pagaban cien dólares a la semana por el alojamiento y la manutención del bebé, y podía deducir sin problemas esos dos dólares de sus beneficios.

—Jerónimo, la llave está debajo del cubo de la basura que hay en el pasillo. Es de la cerradura superior. No la de abajo. Gírala con las dos manos. Si no, perderás

agarre.

El bebé se marchó antes. Se abrió paso a través de los montones de periódicos que había en las escaleras, tanteando con un pie cada vez en busca de suelo firme, a la vez que mantenía quieto el otro pie. El bedel no supo interpretar el ritmo desacompañado de los movimientos de Jerónimo y pensó que en el segundo piso vivía un lisiado subnormal. Jerónimo huyó del olor a moho del pasillo del bedel, en busca de los hedores del exterior, más naturales. Su piel se volvió rosácea en la calle. Se le formó un rubor oscuro alrededor de los ojos, que se extendía hasta detrás de las orejas y formaba auténticas ronchas de color. A media manzana de la casa del conductor, las rodillas empezaron a superar el cinturón. Las orejeras saltaban con cada zancada. Los habitantes de la calle Noventa no estaban acostumbrados a unos andares tan exuberantes. El bebé conseguía esquivar triciclos y camionetas sin torcer ni un tobillo. La cabeza seguía una línea regular. Los más curtidos gatos callejeros, algunos con cicatrices en los hocicos, dejaban caer las alas de pollo y huían al oír los trompicones del bebé. En menos de tres minutos, cruzó Broadway y llegó a la escalinata de Manhattan View. Las enfermeras le abrieron paso. Todas sabían que era el chico de pelo cano que iba a visitar a Sheb Coen. Jerónimo puso dos pegajosos billetes de dólar y un puñado de papel higiénico sobre el codo del pijama de Sheb. Se besaron delante de los vecinos (hombres y mujeres de una planta inferior), y las ronchas desaparecieron del cuello de Jerónimo. Los vecinos no se metieron con Shebby por besarse en un dormitorio común. A ninguno le engañó el espeso pelo gris, ni el aire rechoncho que le daba el chaquetón. Tenía todos los rasgos de un Guzmán: mejillas prietas, frente abultada, los ojos hundidos en sus cuencas y labios que se curvaban hasta bifurcarse. Los vecinos de Shebby quisieron quitarle la ropa al chico. Se pusieron a tirar de sus mangas e intentaron arrancarle las orejeras. Shebby aulló desde su cama:

—Dejadle en paz, cabrones. Lo que lleva es ropa para todas las estaciones. Como le toquéis las orejas os avío. Jerónimo es como una hermana para mí, mucho mejor que cualquier sobrino o hermano. Él me trae dólares, y nada de malas noticias.

Sheb tuvo que tirarles el atril y las medicinas hasta que desistieron. Jerónimo se quedó con una de las orejeras sobre la boca y las mangas estiradas como trompas de elefante. Sheb recompuso al bebé y volvió a abrigarle con manos engarfiadas. Los vecinos fueron dispersándose, y a Sheb solo le quedó encararse con sus compañeros de dormitorio.

—Hacedle sitio al bebé, cabrones.

Sin explicación ni preludeo alguno, Sheb y el bebé juntaron las muñecas y empezaron a sollozar; sus agudos hipidos asustaron a los compañeros de habitación, Morris, Sam e Irwin, porque no eran capaces de identificar la causa de aquella conmoción espontánea y no habían tenido oportunidad de comprobar que Sheb y el bebé eran muy dados a los llantos largos, y ya se habían comportado así en la huevería, bajo la escalera de incendios y en la granja. Lloraban por su infancia

continuada, por los mechones de blanco que surgieron tan pronto en la cabeza de Jerónimo, por las indignidades menores que les hinchaban los nudillos y acortaban los cuellos en el Bronx, por su desmaña para hacer dinero, por depender de hermanos, padres y cuñadas, por las noches que durmieron fuertemente sedados y soñaron con ventiscas, cloacas desbordadas, escaleras de incendios hundidas, techos en llamas, volcanes en el Bronx... Por el miedo que llevaban consigo durante sus horas despiertos. Sheb rompió la unión y secó los ojos del bebé con la manga del pijama. Morris le guiñó un ojo a Irwin, Irwin se lo guiñó a Sam.

—Chalado.

El bebé alargó su despedida e inspeccionó la manga de Shebby con medio dedo. Sheb comprendió las implicaciones de aquel gesto: el bebé no volvería hasta el otoño.

—Jerónimo, ten cuidado con las ramas muertas. Procura no volver a casa con el culo lleno de astillas.

Se besaron una última vez; Sam sacó los morros imitando a Jerónimo para hacer reír a Irwin y Morris.

—A ver qué haces con esa cara —le dijo Sheb a Sam cuando hubo enviado al bebé de vuelta a casa.

Le dio los dólares a Morris (el papel higiénico se lo quedó).

—Ponte los dientes y acércate a la esquina. Tráenos un surtido mixto. Albaricoques, peras y ciruelas.

—Y dátiles —dijo Irwin.

—Y dátiles —confirmó Sheb—. El pobre no puede cagar sin dátiles.

Jerónimo pasó deprisa frente a la sala de enfermeras. Los viejos que paseaban por el pasillo con sus batas se fijaron en las oscilantes orejeras y en el chaquetón azul oscuro. No sabían qué mal podía traer un chaquetón azul. El bebé vio a Isaac y a su chófer al pie de las escaleras. Brodsky sonreía y agitaba las esposas a la vista de Jerónimo. Isaac cargaba con una pesada caja de cartón.

—¡Le tenemos! —chilló Brodsky, los pulmones cargados de anticipación—. ¿Quieres que le ate los brazos o las piernas, jefe?

Brodsky bloqueaba la escalinata, y el bebé solo podía pasar por encima de la cabeza del chófer o trepar hasta el tejado. Se acurrucó en uno de los escalones. Isaac obligó a Brodsky a bajar las esposas.

—Jerónimo, ven aquí.

Brodsky le susurró al jefe:

—Isaac, no hagas cosas raras. Átale una cuerda a la pierna y te llevará hasta Zorro. He tratado antes con retrasados. Ya me sé sus historias.

—Sal de su camino, Brodsky.

El chófer se apartó a un rincón, con el desencanto reflejado en la cara. Brodsky se había unido con tanto entusiasmo a la causa de Isaac que no podía dejar libre a un Guzmán sin herir sus convicciones íntimas. Le cogió tos en las escaleras. Isaac no quiso reconfortarle. El bebé fue bajando hombro a hombro y se escurrió entre Isaac y

su subordinado sin tocar a ninguno de los dos (proeza nada desdeñable, dada la estrechez de la escalera y las generosas proporciones del chófer). Isaac tuvo que gritar deprisa, por miedo a perderle del todo.

—¡Jerónimo, dile a tu padre que igual este verano se encuentra las moras congeladas! Le estaré buscando. No hay muralla china entre este sitio y el lago Sheldrake. Jerónimo...

El chico ya estaba fuera de su alcance, de modo que hizo una seña hacia arriba a Brodsky, apartándole del rastro de Jerónimo.

—Le puedo trincar mientras huye, Isaac. No le será fácil esquivar mi coche.

—Hemos venido a por Shebby, no a por el chico. Ya me las tendré con Zorro. No me hace falta un bebé para eso.

Pasaron junto a la sala de enfermeras mostrando la placa y fueron hacia el dormitorio de Shebby. Morris, Sam e Irwin no habían recibido jamás la visita de un subinspector jefe. Se lanzaron a adular a Isaac, e intentaron esconder las manchas de huevo de sus pijamas. Le confirmaron a Brodsky lo muy satisfechos que estaban con la policía.

—Ningún quinqui puede traspasar esos escalones —afirmó Morris.

Pero Shebby no quería decir nada. Fijó la vista en Sam, que era a quien tenía más cerca, y le fulminó con la mirada por estar tan dispuesto a ser un tiralevistas. Sheb no se dejaba comprar tan fácilmente. No había pasado tanto tiempo mirando huevos al tras luz para nada. Sentado en la penumbra de la tienda de Albert, siempre era el primero en oír el estruendo que producían los corredores de apuestas y otras gentes de mal vivir al caer desde el tejado por cambiar demasiadas veces sus lealtades. Sheb no podía besar a Jerónimo y luego estar a gusto con Isaac. En tanto que pariente más próximo, tenía derecho a las pertenencias privadas que hubiese en la taquilla de Coen, así como a su cartera, los pantalones cortos, la camiseta azul y las zapatillas que llevaba puestas al morir, objetos todos que Isaac fue sacando de la caja y ofreciendo a Sheb. A Irwin le maravilló la sangre que había sobre las zapatillas y la camiseta. Morris e Irwin se fijaron más en el calzador de la taquilla de Coen.

—Pobre imbécil —masculló Brodsky suficientemente cerca del Jefe, y luego se disculpó ante Sheb—. Lo siento, señor Coen. Pero su sobrino era todo un policía. Todos le temían en la calle, en serio. El pimpón: por ahí tuvieron que pillarle. En la calle, era demasiado duro.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no sé quién era? —dijo Shebby—. ¿Para qué me traen su ropa sudada?

—Como recuerdo —dijo Brodsky, orgulloso de su vocabulario—. Como memento. ¿Qué le pasa? Debería mostrar más respeto por las cosas de un hombre muerto.

Shebby rebuscó en la cartera. Encontró algunas tarjetas de seguros, fotos de las hijas de su exmujer. Abrió todos los compartimientos.

—¿Dónde está el dinero?

—Eso será más complicado, señor Coen. Lo tiene el oficial de intendencia. No se preocupe, yo se lo traeré. Debían de ser unos cuatro dolares en monedas sueltas. Pero ¿qué más le dan a usted cuatro dólares? Es usted un hombre rico, señor Coen.

Brodsky dio un codazo a su superior en busca de algo de cooperación.

—Isaac, enséñale las pólizas de Manfred.

Isaac había estado mirando el calzador, las zapatillas, la taza mugrienta, las cuchillas de afeitar, el espejito de mano, la cucharilla doblada, los restos de un triste hombre, y se sintió sucio y mezquino por sentir la necesidad de glorificar a Coen y subirlo a un pedestal ante Sheb y sus tres acompañantes. A Sheb no le hacía falta el panegírico de Isaac, de modo que se limitó a leer la póliza que llevaba guardada en el bolsillo en un sobre marrón, y a subrayar las cuotas del seguro, los beneficios por defunción y los fiduciarios y, tras sumar las cantidades, comunicó a los presentes en el dormitorio que Sheb recibiría quince mil dólares en los próximos cinco años. Sam, impresionado, puso los ojos en blanco.

—¿Quince mil?

Morris enmudeció de envidia. Irwin miró los documentos y sus sobres.

—Shebby, vamos a ser los reyes. Se acabó el blanco y negro. Podemos permitirnos un televisor en color.

A Sheb, no le impresionaban las cantidades desorbitadas.

—Los quince mil me dan igual. Límitese a darme los cuatro dólares que me pertenecen.

El Jefe no era capaz de operar frente a tanta intransigencia. Brodsky tuvo que recordarle la medalla que llevaba en el bolsillo.

—Esaú —dijo Brodsky.

Isaac metió la mano en el bolsillo. La medalla tenía un baño de plata, un lazo azul y blanco y, en el anverso, estaban grabados el nombre de Coen y sus años de servicio bajo unas astas de carnero. Isaac prendió la medalla del pijama de Sheb y se pinchó un dedo al hacerlo. Se chupó la sangre del dedo, leyó una nota de las Manos de Esaú en la que se destacaba la valentía de Coen en su muerte y se mencionaba su puesto de honor entre judíos y gentiles; luego estrechó la mano de Shebby, apartando el dedo de la sangre, y salió con Brodsky pegado a los talones.

Sheb llevaba mascado más de medio lazo cuando Sam e Irwin consiguieron arrebatarse la medalla; el enganche se rompió en el forcejeo, y Morris se puso a buscar las piezas. Sheb tenía hilachas blancas y azules entre los dientes. Irwin le soltó un sermón.

—Idiota, esa no es forma de tratar una medalla.

Sheb lloraba sin hacer ruido alguno; solo su garganta se movía. Los otros no sabían qué hacer; apenas si habían aprendido a digerir sus gruesos llantos con Jerónimo. No eran capaces de ver una lágrima en Sheb. Morris pasó las zarpas ante los ojos de Shebby.

—¿Tanto odias a tu sobrino, Sheb?

—Háblanos —dijo Morris—. Venga, Shebby.

—Morris —dijo Sam—, ve a buscarle sus frutos secos. Puede que un orejón le suelte la lengua.

Las hilachas empezaban a rizarse bajo el labio de Sheb. Sam no se atrevía a apartarlas. Le hizo un gesto a Irwin y esperaron hasta que regresó Morris. Le dieron orejones, peras, dátiles y ciruelas, traídas en una bolsa pringosa. Shebby no escupió los orejones. Fue tragando la comida. Se tragó los dátiles y los hilos. Se esforzó por eructar. Morris tuvo que palmearle las costillas para que saliese el eructo. Pero su llanto seguía igual. No consiguieron sacarle otro sonido, de modo que se retiraron a sus respectivas camas. Irwin fue pasando la bolsa. Se comieron toda la fruta que quedaba. La piel del orejón estaba dura. Tuvieron que escupirla cada vez. Sheb miraba la pared.

—Pantalones cortos —dijo.

—Shebby, explícanos qué quieres decir.

—¿Qué detective la palma en pantalones cortos?

—Shebby, estaba jugando a pimpón. Fueron solo las circunstancias. ¿Hubieras estado más tranquilo si tu sobrino se hubiera cargado un buen par de pantalones?

Shebby seguía sin querer lucir la medalla.

—Se llevaron al chico de Albert y lo convirtieron en cisne.

Sam se encogió de hombros. Morris e Irwin se miraron por el rabillo del ojo. ¿Qué podía hacerse con un hombre que despreciaba pólizas de seguros y quería comerse una medalla? Sheb estaba ocupado apartando a varios Coen de su mente. Hasta entonces le había ido bien, podía ir al retrete sin ayuda de nadie, había ido tirando con las visitas de Jerónimo hasta que Isaac le llevó unos pantalones y unas zapatillas en una caja, y tuvo que enfrentarse a todas las incapacidades de los Coen. Ya podían contarle lo que quisieran sobre placas y medallas y ropas ensangrentadas: el chico no tenía por qué haberse metido a policía. Cuando vio por vez primera el uniforme de novato, el macuto del que sobresalía la porra, el color gris del periodo de prueba y a Manfred sonriente bajo la visera de su gorra de policía, Shebby habría tenido que tirarse a la pernera de Manfred, morderle en la pantorrilla y demostrarle la locura que suponía que un Coen llevase esa gorra. Tras graduarse en la academia de policía, Manfred le cedió los pantalones a su tío. Sheb empezó a ponérselos y no tuvo que bajarles el dobladillo. Así, ¿quién era el idiota que llevaba pantalones de policía? ¿Quién era el chico de ojos angelicales? Sheb se pasó treinta años escudriñando huevos a la luz de una vela, huésped en casa de su hermano y acabó su larga estancia con los Coen cuidándose del horno por orden de Albert. Mata a tu hermano para heredar los pantalones de su hijo.

Así funcionaba la lógica de los Coen.

Sheb olió fuego en las paredes. Se dirigió a Sam, que estaba en la cama contigua.

—Sal corriendo. El tejado está ardiendo.

Sam delegó en Morris e Irwin, más jóvenes y de pechos más anchos. Entre todos

cubrieron a Sheb con mantas. Aquel era el tercer fuego que olía Sheb en una semana. Sam supuso que estaba intranquilo por la medalla.

—¿Llamo a la enfermera?

—No.

Apilaron más mantas sobre Sheb y le cubrieron hasta las orejas. Si conseguían hacerle sudar dejaría de oler fuegos.

—¿Estás calentito, Sheb?

Le pusieron calcetines en las manos y los pies. Morris pasó un dedo en torno a las orejas de Shebby. No sonrieron hasta que el dedo salió húmedo. Le dejaron cocerse otro minuto antes de regresar a sus camas.

El subinspector Herbert Pimloe contemplaba el ir y venir de los subinspectores jóvenes de sus cubículos al despacho de Isaac. Aquellos «ángeles» preparaban su propio ascenso: no tenían sonrisas para nadie, excepto para Isaac. Él, Pimloe, no podría ser jamás un hombre de Isaac: sus ojos no eran suficientemente azules y se negaba a ponerse ligeros para salir a la calle (y sostenes con relleno). Había perdido diez kilos desde que Isaac resurgió del Bronx para ocupar el sillón de Pimloe. El subinspector no era ingrato: reconocía las verdades elementales, por ejemplo que él había heredado el mismo sillón del propio Isaac. Pero la pérdida de las vistas a Cleveland Place desde la ventana, la usurpación de Brodsky, su chófer, y la indignidad de su nuevo despacho (un cuartito con escasa iluminación) le habían debilitado. La oficina era territorio de Isaac, y si no sabía tragar más le valía irse.

Al subinspector le quedaban algunas opciones. No pensaba solicitar otro chófer al parque móvil de la Oficina del Comisionado, pero siempre podía negociar un empleo con el Fiscal del Distrito, o darse de baja en la policía y hacerse jefe de seguridad en alguno de los centros comerciales Islip. Se resistía a dar ese paso. Odiar a Isaac no implicaba la deslealtad a su oficina. Pimloe trabajaba para el Comisionado Primero. Tendría que capear la redención de Isaac. Y por eso tragaba. Y tragaba. Y tragaba.

Aislado en su cuartucho, la nariz goteante a perpetuidad (ni siquiera la lluvia conseguía entrar por el pozo de ventilación que había tras el muro de Pimloe), salió en busca de Odile. El subinspector sentía debilidad por los trajes con chaleco: probó suerte en The Dwarf con uno de lana escocesa y causó honda impresión en una de las porteras. Sweeney estuvo muy brusca con él por puros celos. Se negaba a aceptar que Odile pudiese tener un amiguito tan refinado. Prefería ver a chulos judíos y quinquis chinos con Odile, hombres a los que podía despreciar sin ambages. Fue difícil superar la tristeza del subinspector. La boca de Sweeney sabía a lana mojada.

—A ver, caraculo —dijo (dirigiéndose a Pimloe)—, la reina está en su casa. Atiende a los enfermos jueves y viernes. Llama flojito a la puerta. Nunca se sabe con quién te puedes encontrar.

El subinspector no siguió las instrucciones de Sweeney; llamó al timbre de Odile

en el portal sin camuflar la voz.

—Soy yo, Herbert —cantó por el interfono—. No te asustes. Es visita personal.

Había esperado tener que discutir con Odile, pero zumbó la puerta y él entró en la casa.

Arriba, Odile era presa del pánico, convencida de que Pimloe venía con Isaac y un escuadrón de la Oficina del Comisionado. Zorro estaba con ella, y Odile le urgía a vestirse. Había pasado tres días en el apartamento, llorando a Coen y a Chino, y Dios sabría a cuántos más. Se negaba a hablar. Ella le afeitaba y le bañaba, temerosa de tocarle los genitales y de abandonar la casa. Habían estado viviendo de galletas saladas y de cerveza rancia. Ahora, ella intentó encasquetarle la gorra de marinero y sacarlo por la escalera de incendios antes de que los ángeles de Isaac rodeasen el edificio. Le aupó al alféizar y dirigió sus pies a los escalones de hierro. No podía esconder el afecto en sus empujones: estaba loquita por todos los Guzmán. Se echó a llorar.

—César, ve con cuidado. Isaac aparece en todas partes. Le haré unas galletas a Jerónimo, ya verás.

Le besó en la boca, sintió la fuerza de su labio (¿mascaba acaso, o le devolvía el beso?) y cerró la ventana. No podía tener esperando al subinspector.

A Pimloe le sorprendió la velocidad con que superó la cadenilla de Odile. Apenas había abierto la boca para hablar, listo para justificarse, y ya Odile le tenía en su habitación, la puerta de nuevo atrancada, la mirilla tapada otra vez. Mientras hacía los honores, le palpó los pantalones en busca de una pistola y le miró de arriba abajo en busca de bultos sospechosos, y se alejó de él con aire confundido: el subinspector no llevaba pistola. Aun así. Zorro necesitarla algo de tiempo para bajar la escalera de incendios, de modo que se ofreció a exprimir un par de limones para la bebida de Pimloe.

—Gracias —dijo él—. No quiero un trago.

Por Zorro se habría desnudado sin que él se lo pidiese (llevaba puesto un minúsculo vestido suelto sin bolsillos), le habría arrastrado hasta la cama y habría soportado su cuerpo de policía sobre el suyo, pero las líneas oscuras y enfermizas de su rostro, las mejillas hundidas de Pimloe la intimidaban y le forzaban a quedarse con el vestido puesto. El olor de la lana que vestía ejercía cierto poder sobre Odile. Al menos uno de los dos tendría que desnudarse, o eso le parecía a ella.

—Ponte cómodo, Herbert. Con ese traje te debe picar todo.

Él se mostró obediente y colgó chaleco, chaqueta y pantalones en el armario, luego cerró de golpe las puertas. Ella sonrió: ya le tenía en calzoncillos y así no podía perseguir a Zorro. Él empezaba a salivar.

—¿Qué problema tienes, Herbert?

—Me han estado pateando la cara. Todos me rechazan, como a una col podrida.

—¿Quién, Herbert? ¿Quiénes son ellos? Pensaba que eras alguien en la oficina.

—Lo era. Ha sido Isaac, Isaac y sus lacayos. Me ha dejado con el culo al aire.

Odile no habría sabido explicar por qué el subinspector resultaba atractivo en su tristeza, como si una boca se hiciera más sensual bajo la amenaza del dolor. La policía, los criminales, la policía, los criminales; ella oscilaba entre unos y otros. El subinspector no vio siquiera que sus pezones se endurecían bajo el vestido. A ella le gustó el estilo de sus calzoncillos: rombos azules sobre fondo rojo.

—¿Quieres reposar los pies, Herbert?

Se sentaron sobre el colchón, las rodillas juntas, en posición digna.

—Usé a Coen de cebo, y ellos me han usado a mí —dijo Pimloe—. Mi propio chófer me ha dejado tirado. Ha vuelto junto a Isaac, para poder volverme la cara por los pasillos. A todos les gustaría que me atragantase con mi propia placa.

Odile no le escuchaba.

—Buscaban un jefe eventual, una perita en dulce que le calentase el sillón a Isaac mientras él estaba en lo suyo. Soy aún más gilipollas que Chino.

Odile le acarició las orejas con un dedo y se puso frente a él, rodillas con rodillas.

—Me han dado por culo —dijo Pimloe—. Me han dado pero bien.

Odile le tenía ya bien cogido por el cuello. Mientras acariciaba los huesos de su cráneo, le hizo bajar hasta su vestido. No tuvo que darle instrucciones: Pimloe mordisqueó los bultitos de tela sobre sus pezones. Su pecho empezaba a humedecerse. Odile gimió una vez. Sus codos cedieron. Ya no pensaba en Zorro.

EPÍLOGO

OJOS AZULES Y EL REY DE LOS BARBEROS

A mediados de 1973, estaba ahogándome no sé dónde, hundido en el lodo de una nueva novela, un mamotreto que hablaba del rey de los barberos y la república de Andorra, cuando descubrí a Ross McDonald. Estaba hasta las narices de mis fantaseos y quería una lectura sencilla. Una novela policíaca, ¿por qué no? Por casualidad me hice con *The Galton Case* y desde el principio me satisfizo su tono neutro y arrullador.

Resultó que el libro tenía una morfología que me impresionó mucho, como si Ross Macdonald tuviese por costumbre desvestir cuerpos para descubrir el esqueleto que esconden. No era nada recargado: paisajes, personajes y lenguaje quedaban al desnudo. Pero aquello no era casualidad, ni estaba hecho a la ligera. Era la obra particular de Macdonald, la «albañilería salvaje que apila detalle sobre detalle para crear una estructura»^[5].

Albañilería salvaje. Esa es la clave de la obra de Macdonald: historias cortas y extrañas que surgen de improviso en espacios herméticos, cerrados. Como el hijo perdido que reaparece, arrastrando un pasado brutal y sangriento, y se transforma luego en un impostor cuya identidad se cimenta en el acto mismo del asesinato. Y en el centro de toda la investigación está el detective-narrador de Macdonald, Lew Archer, que no es ni Marlowe ni Nick Charles, sino algo así como un ángel de la muerte, un observador con auténticos sentimientos que solo invierte parte de sí mismo en el texto. La otra parte está siempre en otro lugar. O, como dice Macdonald: «por supuesto, mi principal interés no se centra en Archer, mi narrador, ni en el personaje cuyo destino me preocupa sino en una versión voluntariamente limitada del yo narrador, tan limitada que cuando se pone de perfil casi se pierde de vista».

Esta lente limitadora le permite a Macdonald presentar a un tiempo un entorno y un pasado sin la menor traza de sensiblería. Macdonald es capaz de asesinar y al mismo tiempo arrullarnos hasta el final del libro.

Volví a mi mamotreto, *King Jude*. Pero las cosas seguían mal en la república de Andorra. No tenía a dónde llevar a mi rey de los barberos. No conseguía colarlo en una narración que tuviese sentido. Decidí, para no abandonar a mi rey barbero, pergeñar una novela policíaca y dejar que Jude el barbero madurase en mi cerebro. Pero no tenía el sedante sentido lineal de Macdonald. Mi estilo era rasposo, furtivo como una serpiente. No sabía desnudar cuerpos con mi prosa. Y no amaba California como la amaba Macdonald. Viví en California durante tres años. Para mí, no conservaba elementos míticos. Recordaba rocas y secoyas. Tendría que buscar a mi héroe, a mi detective, y llevarlo a Nueva York.

Yo había sido culturista y un fanático del pimpón. Mi concepción de los bajos

fondos se basaba en los billares y las bandas callejeras del Bronx. A los doce años, estuve a punto de dedicarme a la extorsión, pero se me pasó la época y a los catorce estudiaba verbos franceses irregulares en el Instituto de Música y Bellas Artes. ¿Qué demonios podía escribir sobre el crimen? Tendría que haber ido a la biblioteca y empezar a sacar informes sobre los ladrones más recordados de Manhattan y el Bronx, pero no quería una novela policíaca que apestase a documentación. De modo que dependía de mi única fortuna. Mi hermano trabajaba en Homicidios. Fui a buscarle a las afueras de Brooklyn, donde trabajaba. Me senté con Harvey Charyn en su comisaría, cercana a la playa. Vi las celdas en las que se encerraba a los malos. Visité la salita trasera en la que los agentes dormían después de una ronda nocturna. Yo era el hermano pequeño de Charyn, el escritor, y las operadoras de radio coquetearon conmigo. Conocí a un detective a quien le habían arrancado la oreja de un mordisco en una pelea callejera, otro que alardeaba de todas las esposas que tenía, un tercero que sufría espasmos paranoicos, pero era de fiar en situación de combate.

Mi hermano me llevó a la morgue de Brooklyn, puesto que necesitaba ver cadáveres para escribir mi novela. El encargado del depósito nos acompañó en el recorrido. Todos los muertos parecían indios. La piel se les había vuelto corteza. Procuré distanciarme de los cadáveres e imaginé que estaba de visita en una feria refrigerada. Harvey fue el que chupaba Life Savers y parecía pálido. Yo no era más que un repugnante mirón en la casa de los muertos.

Pero ya tenía el comienzo de una historia policíaca: el triste espigar de unos cuantos detectives de Homicidios de Brooklyn. Viajé con ellos en coches sin distintivo y escuché el odio que sentían por las calles. No se parecían demasiado a los guerreros detectives que yo imaginaba; eran funcionarios con pistola, que tan solo pensaban en su jubilación. Y como yo había crecido junto a mi hermano y recordaba sus camisetas apretadas y sus sueños de convertirse en Mister América, Harvey me pareció el más triste de todos. En casa él era quien leía libros y yo el que acabó siendo escritor. Él era el artista de la familia, pero yo entré en Música y Bellas Artes, y él no. De algún modo había suplantado a mi hermano, le había quitado su sitio. Yo me sentaba a escribir en la universidad y él tenía que examinar cadáveres. Me habló de un rabino renegado que estuvo un mes pudriéndose en su bañera, de una prostituta de catorce años que murió pisoteada por una banda de chulos porque entró por casualidad en su territorio, de la víctima de un asesinato entre bandas cuyos brazos aparecieron en Nueva Jersey y sus piernas enterradas en una plantación de patatas de Long Island. Nunca se encontró el torso.

Yo observaba el rostro de mi hermano mientras me contaba sus historias. No había allí deleite malsano. No hacía más que exponerme los hechos de su vida como detective. Sentí que el brutal era yo, que me alimentaba de sus listas de homicidios. De este modo empecé mi novela sobre un detective de ojos azules, Manfred Coen. Ojos Azules era una extraña amalgama de Harvey y de mí, dos chicos de ojos pardos. Coen estaba loco por el pimpón, como lo había estado yo. Y aunque no tenía la tez de

mi hermano, sí tenía su talante triste y amable: era alguien que vagaba por Manhattan y el Bronx y soñaba con cadáveres, igual que Harvey. Le asigné un mentor a Coen, Isaac Sidel, un pez gordo en la Oficina del Comisionado de policía que adiestra primero a Coen y luego consigue que lo maten. Isaac era el jefe siniestro y Coen su ángel de ojos azules, una especie de Billy Budd.

Escribí buena parte de *Ojos azules* en Barcelona. Tenía entonces treinta y seis años y no había estado nunca en el extranjero. Aterricé en Madrid ansioso por devorar cada balcón de la calle. Vi los goyas en el sótano del Prado y me sentí como si hubieran transformado mi vida en enormes lienzos oscuros como sangre: el gigante que devora a sus hijos bien podría haber nacido en el Bronx. Me instalé en Barcelona y pasé seis semanas escribiendo.

Terminé *Ojos azules* en Nueva York y se la llevé a mi agente, Hy Cohen. Leyó la primera página.

—¿Quién es Joseph da Silva?

Después de escribir siete novelas como Jerome Charyn y verlas hundirse en la invisibilidad, había decidido utilizar un seudónimo. Había inventado una tribu de carteristas marranos en *Ojos azules*, los Guzmán. Isaac está en guerra con la tribu y los Guzmán se convierten en los agentes de la caída de Manfred Coen. Yo quería sentirme parte de una tribu y me busqué un nombre marrano, Joseph da Silva, con la esperanza de que sus libros se vendieran mejor que los de Jerome Charyn.

Pero Hy Cohen me convenció y seguí llamándome Jerome.

—Llevas escritos siete libros, chico. Es todo un logro. Si te pasas a Da Silva volverás a empezar de cero. Un novelista novel es una especie mucho más amenazada que el autor de siete libros. Ahí fuera te matarán.

Así que publiqué *Ojos azules* sin seudónimo y retomé *King Jude*. Trabajé en ella en París, Londres, Edimburgo, Connecticut y el West Upper Side de Manhattan. La novela engordó hasta alcanzar las mil páginas y yo seguía sin encontrarle un hogar a mi rey barbero. A medida que acumulaba páginas, mi mente parecía estar trabajando en algún otro lugar. Por eso empecé *Marilyn la Fiera*, que recuperaba a Manfred Coen en una etapa anterior de su vida. Isaac Sidel tenía una hija, Marilyn, que se casaba y descasaba y estaba medio enamorada de Coen. La ambivalencia de Isaac hacia su ángel de ojos azules se me hacía cada vez más clara. Al viejo jefe le molesta el afecto de Marilyn por Ojos Azules, aunque se lo calla. Cuando se trata de su hija, es un cobarde y se niega a correr el riesgo de distanciarse de Marilyn la Fiera. Pueden olerse los primeros pasos del mal. Isaac está loco por Marilyn, pero ella es demasiado independiente para un subinspector jefe. Él no encuentra la forma de manipularla y por eso manipula a Coen. Al permitir que maten a Coen está castigando a Marilyn, a Ojos Azules y a sí mismo.

Seguía sin poder dejar descansar a Coen. Tuve que escribir otro libro, uno que continuase tras la muerte de Coen. Isaac se ha convertido en el cronista de Coen. *La educación de Patrick Silver* aborda la congoja del propio Isaac. Los Guzmán le han

pasado la tenía, y esta se dispara nada más morir Coen. Vaga por la ciudad con el gusano dentro y sueña que Coen sigue vivo. La muerte de Coen le ha sacado de su pequeño y ordenado universo y le ha puesto en contacto con el dolor. Manfred y Marilyn eran sus únicos contactos con los sentimientos fuera de la policía. Eran la historia de Isaac. Ahora le queda la tenía.

Deseaba terminar con la historia. Tenía un rey barbero con quien soñar. Pero la novela andorrana siguió en punto muerto. Era pura ficción que se desarrollaba sin un mito personal. Sobre el papel, trazaba magníficas piruetas. Iba bailando de renglón en renglón, y lo que me quedaba era un decorado aburrido.

Volví a Isaac y le dediqué un libro entero: *Secret Isaac*. Es la historia de Isaac tras su descenso a los infiernos. Cuanto mayor es su congoja más éxito tiene. La tenía le está devorando, pero Isaac es ahora el Comisionado de Policía de Nueva York. Es entonces cuando sucede algo peculiar. Isaac empieza a devorarse a sí mismo, a alimentarse de su propio gusano. Ha interiorizado el fantasma de Coen. Llega a convertirse en Coen y aúlla su propia canción de inocencia y experiencia.

Pensé en escribir más libros, algo así como una serie de novelas a lo Balzac, en las que Isaac recorría el país y devoraba Estados Unidos. ¿Qué ciudad podía ser rival para él y su tenía? Pero aún no he aprendido a ser Balzac. Cuando llamo a la comisaría de mi hermano, la telefonista dice: «Ah, es usted Jerome. ¿Qué tal está hoy Ojos Azules?».

Soy el famoso de Homicidios de Brooklyn. Capitanes y tenientes me piden que cuente sus historias. Ahora soy su cronista. ¿Y Harvey? No le gustan las complicaciones de los últimos tres libros de Isaac. Prefiere la pureza de *Ojos azules*. Manfred Coen era del Bronx, igual que nosotros. Manfred Coen fue a Música y Bellas Artes. Estoy seguro de que recuerda a Coen levantando pesas, pero Coen estaba demasiado ocupado cortejando a Marilyn para levantar pesas. Ojos Azules podría haber salido de la comisaría de Harvey. Ojos Azules podría haber sido uno más del grupo.

Pero yo veo a Manfred Coen de otra forma. Ojos Azules era un fantasma mucho antes de que le matasen. Su padre y su madre eran una pareja de suicidas y Coen era el huérfano de Música y Bellas Artes que se encalló entre Marilyn e Isaac y nunca pudo escapar. Su ausencia, tanto vivo como muerto, parece ser lo que da vida a los cuatro libros.

En el cuarto libro, Isaac viaja a Irlanda y visita la casa de Leopold Bloom en Eccles Street. Es un inspector de policía que adora a James Joyce, pero su peregrinaje se debe a algo más que a la literatura. ¿No es Bloom el padre que Isaac habría podido ser? Isaac había creado en Coen a su propio Stephen Dedalus, pero le dio alas percederas. «Hace» a Coen, lo destruye y sufre los efectos de la destrucción. ¿Y qué es lo que le atrae a Coen de Isaac? ¿Busca un padre permanente, uno que no le abandone? ¿O sabe que todos los padres son destructivos, tanto los buenos como los malos?

¿Qué sabe el autor? Para mí, los cuatro libros comprenden una enorme confusión de padres e hijos. Mi propio padre era un peletero que no hablaba nunca. Gruñía un lenguaje primitivo que se parecía más a la llamada de un lobo decepcionado. Pero tenía a Harvey para interpretar las llamadas del lobo. Él me sacaba de cualquier desastre en el Bronx en que anduviese metido. Él fue padre y hermano mayor, e incluso algo de madre, aunque me abandonó antes de que yo cumpliese doce años y me dio una zorra delante de su última novia. Entonces le interesaban más las camisetas ceñidas. No necesitaba a un niño flacucho a su lado.

Y así es como el gusano de Isaac pasó largo tiempo adormecido en mi interior. Nació de un desencuentro entre Harvey y yo, hace más de treinta años. Olviden Homicidios de Brooklyn. Haría falta un Sherlock Holmes para rastrear los orígenes de toda ficción. Fui a ver a Harvey para recopilar material para escribir una sencilla novela policíaca y acabé escribiendo cuatro libros sobre él y sobre mí y con una tenia muy perseverante.

Finalmente, renuncié a mi rey barbero. Andorra no era aquel lugar mágico en el que chicos y reyes pueden sanar. Había inventado mil años de historia para Jude: una cronología repleta de espléndidos detalles, pero tejida con evasiones por la necesidad de ocultar. *King Jude* es un libro escueto, mitología sin intriga.

Quizá usé más de Ross Macdonald de lo que quería admitir. Macdonald acomete contra su pasado en *The Galton Case* y teje una narrativa en torno a su propia herida, la comezón de la ilegitimidad. El impostor que se hace pasar por el hijo perdido de Anthony Galton tiene cierto parecido con el mismo Macdonald o, mejor dicho, Kenneth Millar, ya que Ross Macdonald era el sinónimo de Millar. «Durante años, mi mente se ha visto asediada por un muchacho imaginario en quien reconocía el lado oscuro de mi juventud, tal y como la recuerdo. A los dieciséis años, había vivido en cincuenta casas y en todas ellas había pecado de pobreza. No podía pensar en él sin sentir rabia y culpa».

Como cualquier escritor de ficción, Macdonald es «un falso pretendiente, un graduado del hospicio que intenta abrirse paso con sus mentiras por el castillo». Yo soy otro «pretendiente» y también intento entrar en el castillo con Isaac Sidel y Manfred Coen.

JEROME CHARYN

Notas

[1] Todas las palabras en cursiva están en español en el original. <<

[2] Deformación de confidente. <<

[3] Nombre despectivo con el que los judíos se refieren a los no judíos. <<

[4] D. F., ciudad de México. <<

[5] Todas las citas son de Ross Macdonald; «Writing *The Galton Case*», en *Self-Portrait: Ceaselessly into the Past*, Capra Press (Santa Bárbara, 1981). <<